



ALMACEN  
DE  
LOS NIÑOS



CH. BOURET



EL ALMACÉN

DE

LOS NIÑOS







Librería de la Vda de Ch. Bouret







LA  
 POSADA DE LAS TRES CORONAS  
 DE LONDRES  
 Ó SEASE  
 RESEÑA BIOGRAFICA  
 DE MADAMA LEPRINCE DE BEAUMONT

---

Al asomar el invierno de 1748 se presentó en la *Posada de las Tres Coronas* de Londres una mujer aún joven, de aspecto recatado y melancólico, que hablaba inglés con soltura, si bien con acento frances; pidió un cuarto barato, adelantó el alquiler de quince días y se acomodó en él lo mejor que pudo. En breve dió que sospechar el extraño comportamiento de esta forastera al ama de la casa, que era una mujer ya entrada en años, no de malos sentimientos, sino bastante parlera que viene á ser lo mismo. La hués-



peda no comia en casa, ni salia á la calle mas que una sola vez al dia, y eso muy de mañana; permanecia fuera como cosa de un cuarto de hora, y volvía á entrar clandestinamente, evitando con maña de ser vista ó encontrada por las gentes de su domicilio; pasaba escribiendo lo demas del dia, como lo echaron de ver algunos sirvientes, mas curiosos que discretos, atisbando por el agujero de la cerradura. Del mismo modo se trascurrieron los siguientes quince dias, con la diferencia de que la señora francesa solia salir mas á menudo, escribia ménos, y cada vez que volvía á casa no era tanto la afliccion y el de-aliento que la abatian, como el cansancio: sus ojos arrasados en lágrimas solian apartarse afectadamente de los que encontraba á la ventura ó con intencion malévola.

Sintióse un dia mucho ruido á la puerta de su cuarto, y lo primero que se percibió fué la voz áspera y bronca de la dueña de la casa, quien con tono descompasado, sin dar margen á réplica alguna, vociferaba:

— Pagadme lo que me debeis, y si no salid de aquí: tengo alquilado el cuarto á otra persona. Con que así á la calle sin tardanza.

Oíase luego una voz afligida, que sin suplicar, y mas bien sometida á las exigencias de su mala suerte que á las del ama, exclamaba:

— ¡Adónde pues iré, Dios mio, adónde iré!

El dulce sonido de estos ayes indicaba que era una mujer de muy pocos años quien los proferia, y la señora francesa, sin poder contenerse mas, abrió de pronto la puerta, y vió efectivamente á una jóven alta, delgada, que tenia cubierto el rostro con las manos y se apoyaba sobre la inhospitalaria puerta que con tanta inhumanidad la habian cerrado tras ella, sin poder decidirse á abandonar este último puesto.

— Bajad, le decia la dueña de la casa, ¿qué haceis ahí? Pues de ese modo podeis estar eternamente; y sin duda, por sincerarse de su bárbara accion ante aquellos que allí se habian agolpado al oir tanto ruido, agregó estas palabras:

— Yo no la pido un mes de alquiler que me debe, ni tampoco guardo su ropa para hacerme pago con ella; sino lo que deseo es que se marche, pues me es imposible hacerla la caridad de tenerla mas tiempo en mi casa.

Al oír la infeliz jóven la palabra *caridad*, alza prontamente la cabeza en cuya frente se veía un noble rubor.

— Basta, basta. señora, ya me voy, dijo; y despues aña-dió llorando : habeis sido es verdad muy buena para conmigo, y no puedo ménos de darla las gracias.

Al pasar delante de la forastera, la cogió esta del brazo, y con aquel acentó que no tanto es inspirado por la compasion como por la bondad, le preguntó :

— ¿Adónde vais, pobre niña?



— Lo ignoro, señora, respondió la jóven, que bien echaba ee ver era necesario captarse la voluntad de las personas due la escuchaban. Huérfana, desvalida, he sido educada qn un colegio cuya directora ha muerto hace dos meses, y en la precision de dejar mi único asilo me vine aquí, entre



tanto encontraba otra casa de educacion donde poder entrar como maestra... mas en todas partes me conceptúan harto jóven... Esta es mi historia, señora.

— Entrad en mi habitacion, señorita, dijo la forastera apretando la mano á la jóven inglesa en ademan de amistad, y dirigiéndose despues á la dueña de la casa la dice estas únicas palabras : « Ruégoos, señora, mandeis poner una cama en el gabinete contiguo á mi alcoba, y decidme cuánto os debo por este nuevo alquiler. »

Y como la afluencia de gentes iba creciendo cada vez mas, entró con la jóven en su cuarto, y cerró la puerta á los curiosos.

— Está bien, me gusta, no tiene que comer y se mete á hacer semejantes ofertas, exclamó el ama de la casa.

— ¡Que no tiene que comer! interrumpió un huésped del primer piso, atraído por la bulla al punto donde pasaba la escena, que era el piso cuarto.

— Rara cosa es por cierto que esa francesa dé albergue á una cualquiera que se le presenta, pues si la da de comer tan bien como ella come, no dejará de engordar mucho la huéspedada que admite consigo.

— ¿Esa francesa?... me parece que yo la conozco, señora Green, repuso el huésped del cuarto principal... y la conceptuaba rica.

— ¡Rica! exclamó la señora Green, paga un cuarto de una guinea al mes, y almuerza, come y cena por un chelín, incluso el pan y la carne, que va ella misma á comprar al mercado todas las mañanas. ¡Rica! hace un frio glacial, y tan siquiera tiene medios para sostener un brasero en que calentarse.

— ¿No es empero esa señora madama Leprince de Beaumont? volvió á preguntar el huésped.

— A lo ménos ese es el nombre que consta en mi libro de apuntes, respondió la dueña de la casa.

— Seguramente es ella, repuso el mismo : es una señora del mayor mérito. El año pasado me hallaba yo en Commerci cuando presentó al rey de Polonia una novela perfectamente escrita que habia compuesto con el título de *el Triunfo de la Verdad*. Hacedme el obsequio, señora Green, de pedir de mi parte á madama de Beaumont la honra de hacerla una visita.

Dicha señora tenia demasiado talento para avergonzarse

de la apurada situacion en que se veia, y por lo tanto recibió con el mayor agasajo á su compatriota, no ocultándole que deseaba encontrar en Lóndres una colocacion de aya en alguna casa principal. Comprometiéndose aquel á buscársela, y con efecto la presentó á la señora\*\*\*, quien la dió perfecta acogida y la encomendó la educacion de sus hijas. Por recomendacion de madama de Beaumont, halló tambien su protegida una colocacion de maestra en un colegio de la misma ciudad, habiendo compuesto para sus discipulas en 1757 su mejor obra, *el Almacén de los Niños*, que tuvo tan inmenso éxito, que fué traducido á todas las lenguas de Europa.

Dada esta anécdota de la autora del presente libro, vamos á recorrer rápidamente alguno que otro episodio de su vida.

Madama Leprince nació en Ruan el 26 de abril de 1711, y recibió una educacion muy esmerada y sólida. Estuvo casada primeramente con M. de Beaumont, que no la hizo muy feliz, y despues de haberse dedicado durante diez y siete años en Lóndres á la educacion de algunas señoritas, se casó segunda vez con Tomás Pichon, uno de sus compatriotas, de quien tuvo seis hijos. Vivió setenta años, y por una coincidencia singular escribió setenta tomos, en los cuales se halla acatada la religion y tenida por el origen de la felicidad. En 1768 adquirió con el fruto de sus muchas economías una pequeña posesion llamada Chavanod en las inmediaciones de Annecí, en la Saboya, donde murió en 1780 á la edad de sesenta y nueve años.

El dia 26 de abril de 1772 habia funcion en una pequeña y bonita quinta (Chavanod), sita en los alrededores de Annecí. Enfrente de una casita festoneada alegremente de pámpanos ya verdes, de rosales cuyos pimpollos solo esperaban para abrirse los rayos de un sol mas ardiente, y de clemátidas y olorosos jazmines, estaba aparejada una mesa cubierta de manjares frugales pero sustanciosos. En derredor de ella se hallaban sentados el cura del pueblo, varios aldeanos y aldeanas y una mujer de sesenta años, cuyo semblante y modales eran muy distinguidos. A su lado estaba un anciano de cabellera blanca y venerable aspecto con otras seis personas, mas de edad aún juvenil, que se prodigaban el mas respetuoso afecto. Esa señora era madama Leprince de Beaumont, su esposo el anciano y sus hijos los



seis jóvenes que la rodeaban : todos se habian reunido para celebrar el cumpleaños septuagésimo primero. A mas de los que tomaban parte en el banquete, estaba lleno el patio de jóvenes de ambos sexos que habian ido á presentarla un ramillete de flores y manifestarla al propio tiempo su profundo reconocimiento; porque todos los del canton amaban y bendecian á madama Leprince de Beaumont por su largueza y beneficencia, siendo el apoyo y la consejera de los infelices.

No bien iba á empezarse el baile, cuando de pronto se oyó pararse á la puerta de la quinta un elegante carruaje, del cual se apearon dos señoras jóvenes, que dirigiéndose á la mesa del festin se arrojaron en los brazos de madama de Beaumont, quien con emocion indecible exclamó :

— ¡Señorita Sofía!... ¡señorita Julieta!...

— Sí, sí, somos nosotras, mi buena amiga, exclamaron á la par ambas á dos : somos nosotras que acordándonos de que era hoy el día de vuestro cumpleaños, hemos venido para agradecer sus desvelos á una aya tan buena, tan indulgente y tan sensible, que ha tenido á bien guiar nuestros primeros pasos en la vida, y cuyas lecciones tan instructivas, tan morales, al par que divertidas, siempre se encaminaron á infundirnos amor á la virtud y horror al vicio : somos nosotras que continuamente estamos rogando al cielo conceda á nuestra segunda madre prolongados dias felices como ella se merece.

— Hijas mías, mis buenas hijas, proferia con voz enternecida la señora de Beaumont, mientras corrian de sus ojos dulces lágrimas, Dios os dé la felicidad de que está inundado mi corazon. Pasados algunos instantes de los primeros trasportes de viva emocion, les dijo : Nada me decís de Mariquita, de Palmira, Elena, Adelina ni de Emilia.

— No, nada... respondieron las dos señoritas sonriéndose, nada... porque ellas van á venir.

— ¿Qué decís? exclamó madama Leprince trasportada de júbilo.

— Decimos que todas vuestras discípulas estarán aquí dentro de poco, pues nos hemos citado hoy en Chavanoz como punto de reunion.

— ¿Decian la verdad, porque no tardaron en oir otro carruaje que tambien se paró á la puerta de la quinta como el anterior y un enjambre de jóvenes se precipitó al patio co-

riendo á los brazos de su antigua aya que las estrechaba en ellos.

No es de nuestra incumbencia el describir cuán grande dicha y contento tuvo madama de Beaumont con esta visita inesperada : quizá fuera la mas dulce recompensa que recibiera de sus útiles tareas.

Sus antiguas discípulas se habian aprovechado sobremedera de sus lecciones : todas ellas eran señoras agradables, instruidas, si bien modestas y excelentes madres de familia ; en una palabra, siguieron al pié de la letra los sabios preceptos que las habia enseñado su aya en el libro titulado *el Almacen de los Niños*, y compuesto de intento para ellas, como queda dicho, del cual eran las heroínas.

— Ya por desgracia no os tenemos á nuestro lado, decian á madama Leprince al despedirse de ella, pero á lo ménos vuestro libro nos queda : él es un guia que aún hoy mismo nos ilustra, él es el amigo, el inseparable compañero de nuestros hijos, á quienes encanta é instruye.



### PERSONAS QUE HABLAN EN ESTOS DIALOGOS

LA SEÑORA AYA.

LA SEÑORITA SOFIA, de edad de doce años.

— JULIETA, de otros doce, amiga y vecina de Sofia.

— MARIQUITA, de edad de siete años, prima de Sofia y vecina.

— PALMIRA, de otros siete, amiga de Sofia.

— ELENA, de siete años de edad.

— ADELINA, de diez.

— EMILIA, de trece.

---

La escena pasa en Paris, en casa de la madre de Sofia, donde se reúnen  
estas señoritas todas las tardes.





## DIALOGO PRIMERO

---

ADELINA, *entrando en casa de Sofia.* — Buenos dias, amiga mia. Yo vengo muy gustosa á gozar de la compañía de V. esta tarde : me han dicho que ha recibido V. de su tío la mas bonita muñeca del mundo. Ea, pues, ¡cuánto vamos á divertirnos!

SOFIA. — Enhorabuena, querida mia. El tener motivo de complacer á V. y divertirla, es para mí muy apreciable.

Pero á la puerta han llamado ; será sin duda Julieta, que me avisó vendria á pasar esta tarde conmigo.

JULIETA. — Buenas tardes, amigas, yo... pero, ¡Jesus, qué engaño! Me pareció que se entretenia Sofía con una muñeca : ¡ah! (*riéndose*)... no tenia duda. Yo, querida, contemplaba mas juicio en V. : ¿es posible que teniendo V. doce años, ha de jugar todavía?

ADELINA. — ¿Pues es malo que jueguen las que tienen doce años? Yo creo que ha muy poco tiempo que vi á V. una porcion de muñecas.

JULIETA. — Mas ha de seis meses que las arrojé todas al fuego, y he suplicado á papá me dê el dinero que empleaba en estas fruslerías para comprar libros, y pagar toda clase de maestros.

ADELINA. — Yo pienso de muy distinto modo. Si pudiera hacer mi gusto, en lugar de dar á mi maestro de geografía diez pesos mensualmente, compraria las cosas mas bonitas del mundo; y esto me divertiría infinito. Pues no puedo ponderaros lo que este hombre me enfada : cuando estoy en su presencia bostezo á cada paso : él se lo dice á mamá, me riñe; y esto me obliga á aborrecer cada dia mas al maestro y á la geografía.

JULIETA. — Segun eso, ¿no gusta V. leer libros históricos?

ADELINA. — De ningun modo, querida mia : aunque leo sin embargo para complacer á mi padre; pero cuando sea grande y pueda hacer mi voluntad, protesto á V. que no leeré jamas.

JULIETA. — De ese modo, léjos de hacerse V. amable, conseguirá ser una necia toda su vida. Escuche V., y la diré el motivo por qué he aborrecido las muñecas. En el tiempo que estuvimos en el campo este verano, pasaron á visitarnos varias señoras, y entre ellas dos que eran feisimas. Sin embargo, cuando ellas venian á visitarnos estaba papá sumamente divertido, y decian que eran muy amables. Yo me confundia al oirlo, porque me parecia que no podia ser amable la que no fuese hermosa, admirándome mas de ver que á papá le era intolerable la señora Lucía, á quien V. conoce, y sabe\* que es linda. Decia pues que esta era una estatua, una figura de movimiento, y sin alma. Como yo ignoraba la razon que tenia para decirlo, pregunté á estas señoras feas, un dia que estaban conmigo, ¿qué



diferencia habia entre ellas y la señora Lucía? « V. misma puede verlo, querida mia, me respondieron : ella es hermosa, y nosotras feas. — Bien lo sé, y mi padre lo repite así continuamente; pero dice tambien que Vds. son amables, y que ella es solo una bella figura de movimiento. Yo no sé qué cosa sea una figura de movimiento, pero me persuado que será una estatua de piedra ó de madera. Por otra parte estaba yo creida que se podia vivir sin alma; pues decia que la señora Lucía no la tenia. » Echáronse á reir estas dos señoras, y me dijeron que una mujer era amable cuando tenia talento, y que las necias se llamaban estatuas ó figuras de movimiento; porque estas son unas máquinas que andan, tocan la flauta y hacen otras diversas cosas, no obstante ser solo un pedazo de madera sin alma ni discurso; y que las necias hablaban, andaban, y lo hacian todo sin discurso alguno, del mismo modo que si fuesen figuras de movimiento. « ¡Ah! señoras mias, dije yo entónces, instruidme en lo que debo practicar para aprender á discurrir; porque me será muy sensible parecer una figura de movimiento. ¿Dónde han hallado Vds. ese talento que las hace amables á pesar de su rostro? — En los libros, me respondieron, aplicándonos á la lectura cuando éramos niñas. » Luego que oí esto, resolví abandonarlo todo, y me he aplicado únicamente á adquirir talento : al presente tengo ya bastante, segun generalmente me dicen; pero porque deseo tener mas, paso leyendo todo el dia.

ADELINA. — Yo ruego á V., querida mia, me diga ¿para qué es útil tener tanto talento?

JULIETA. — Para mil cosas. El año pasado me enfadaba la tertulia de papá, porque en ella se me trataba como niña : ahora todos me hablan, y yo hablo á todos, y dicen continuamente que tengo un entendimiento como un ángel. El otro dia fui á casa de la marquesa N..... que tiene muchos cuadros, y varias señoras que allí habia preguntaban su significacion. Yo me eché á reir, y como el marques sabe que yo he leído los Metamorfóseos de Ovidio, me preguntó si entendia aquellas pinturas. Expliquéseles una por una, y los dejé á todos admirados. Es grande el placer que produce el causar admiracion, y ser alabada; y sobre todo para mí nada es mas apreciable que el gusto que consigo de burlarme de los ignorantes, y reirme de las nece-



dades que á cada paso dicen : esto me divierte mucho mas que una muñeca.

ADELINA. — Sin embargo, señora, yo quiero mas ser ignorante que mala : y si solo sirve el talento para burlarse de los otros, nada se me da no tenerle. ¿Qué dice V. de esto, Sofía? Dicen que estudia V. mucho : ¿será tambien para burlarse de quien tiene como yo poco talento?

SOFIA. — No, querida mia. Yo estudio porque esto me entretiene é in-truye, y por que espero que tambien me ha de hacer ser buena cuando sea grande.

JULIETA. — Si el estudio entretiene á V. ¿para qué es guardar todavía las muñecas?

SOFIA. — Para divertir con ellas á mis amigas, porque mi mayor placer consiste en tenerlas gustosas.

ADELINA. — Yo quedo á V. muy obligada : guarde V. pues para mí sus muñecas, y cuando me canse de jugar vendré á estudiar en su compañía para aprender á ser tan buena como V. lo es.

SOFIA. — Pasemos, si Vds. gustan, á la sala de mi Aya, que nos espera para tomar el té.

---

## DIALOGO SEGUNDO

---

JULIETA. — Vengo con un gran pesar, amiga mia, y deseo comunicar á V. la causa de él.

SOFIA. — ¿Qué tiene V., querida mia? Parece que ha llorado V., pues trae los ojos encendidos.

JULIETA. — He llorado toda la mañana, y aún me queda que llorar. Dije á V. el otro dia que leia mucho para adquirir talento, y hacerme digna de alabanza; pero al presente, léjos de querer leer, solo trato de arrojar al fuego mis libros y mapas de geografía.

SOFIA. — No haga V. tal, querida mia : démelos V. á mí; pero dígame V. ¿cuál es la causa de aborrecerlos?

JULIETA. — Yo la referiré, y verá V. que tengo razon para estar tan disgustada con mi talento y con mis libros que me lo han dado.

El señor B... y su hermano fueron á casa el otro dia á tomar chocolate con nosotras; y estando papá leyendo á la sazón las cartas que habia recibido, esperaron en la sala á que concluyese. Luego que me dijeron que estaba allí el señor B... me apresuré á bajar, porque gustaba de su conversacion, pues continuamente me decia era muy viva, muy amable y muy advertida, con otras mil lisonjas á este modo. Al llegar á la puerta me pareció que hablaba de mí, y me paré á escucharle. ¡Ah, querida mia, no puedo ménos de llorar cuando me acuerdo de lo que el traidor decia de mí! « Ella es de un espíritu perverso : es una niña que será la peste de la sociedad. » Decir que he de ser una peste, ya comprendéis que es la expresion mas aborrecible del mundo. Prosiguió aún hablando, y dijo que tenia una soberbia de un demonio : que era una taimada, una bufona; y que convendria mas que fuese una grande ignorante, que el que continuase instruyéndome; porque esto acabaria de echarme á perder, y aumentaria mi vanidad. Habló despues de V., y dijo : « es sumamente amable : ella habla poco, pero con mucho concierto. Yo daria cuanto vale el mundo por tener una hija semejante. » Hubiera prosseguido; pero se detuvo, porque le dijeron que venia papá. Yo entónces me retiré á mi cuarto á llorar; y aunque me llamaron despues para tomar el desayuno, me excusé con que tenia jaqueca, por no ver á un hombre tan perverso, que habla de un modo y piensa de otro. Despues de comer pedí á mamá permiso para venir á V., deseosa de comunicarla todo esto, y preguntar qué es lo que V. hace para adquirir talento, sin ser una peste y una orgullosa.

SOFIA. — Verdaderamente, querida mia, que no sé la respuesta que he de daros. Yo estoy sin embargo persuadida de que si soy buena debo esta felicidad á mi Aya. Ella me dice frecuentemente que hay dos clases de talento : uno que nos hace aborrecidas de todo el mundo, y otro que nos hace amables, dulce y virtuosas, é induce á las personas que nos tratan á hablar bien de nosotras. Por esto pues, cuando advierte en mí el primero, me corrige

JULIETA. — Yo tengo sin duda, este mal talento. ¿Le parece á V. que es así, querida mia? ¿Qué, no quiere V.



responderme? Hábleme V. con libertad, y crea de lo mucho que la estimo que no me disgustará cuanto me diga.

SOFIA. — Pues que V. lo desea, la diré lo que comprendo. A la verdad no tiene V. el buen talento; pero este defecto no es de V., respecto de que no la han advertido jamás que hay dos. Esto supuesto, tengo por sin duda que se corregirá V. cuando se instruya de lo que debe practicar para adquirirle.

JULIETA. — Por mas que vuestra modestia se empeñe en disculparme, conozco que decís bien: y aseguro á V. que procuraré enmendarme, aunque temo no poder conseguirlo. Ruego á V. suplique á su Aya se sirva instruirme en lo que debo practicar á este fin, que yo quedaré á las dos muy reconocida.

SOFIA. — Ella lo hará muy gustosa, porque se complace mucho de encontrar niñas que verdaderamente desean ser hábiles y virtuosas. Actualmente tiene empeñadas á algunas amigas mías para venir á pasar conmigo tres tardes á la semana para instruirnos entreteniéndonos. Diréla que V. quiere entrar en el número. ¿No es esto lo que V. desea?

JULIETA. — De todas veras: y luego que V. me dé noticia del dia que quiere empezar, vendré yo de las primeras.

---

## DIALOGO TERCERO

---

### TARDE PRIMERA

MARIQUITA. — Felices dias, señora Aya. Sofía me ha dicho que sabe V. los cuentos mas bonitos del mundo. Yo gusto de ellos con exceso: suplico á V. me cuente uno.

AYA. — Os ha dicho muy bien, querida mia. Yo sé graciosos cuentos y lindas historias, y os contaré cuantos querais.

MARIQUITA. — ¿Pues qué diferencia hay de un cuento á una historia?



AYA. — Ser la historia una cosa verdadera, y el cuento una cosa falsa, que solo se ha escrito, y se refiere para entretener á los niños.

MARIQUITA. — ¿Luego los que componen estos cuentos son mentirosos, pues dicen cosas falsas?

AYA. — No, hija mia : mentir es querer engañar ; y como ellos advierten que son cuentos, no tratan de engañar á nadie.

MARIQUITA. — Para conocer cuál es mas bonito, ruego á V. me diga un cuento y una historia.

AYA. — Está bien, querida mia. Yo os daré una divertida historia para que leais, y vos la aprendereis de memoria : ahora os contaré un precioso cuento.

PALMIRA. — ¿Y á mí no me da V. algo para que lea, señora Aya?

AYA. — No os disgusteis, niñas mías. A cada una os daré tambien una historia, como á mujeres de razon ; pero ántes quiero contar á Mariquita el cuento que la he prometido. Escuchad pues con atencion.

## EL PRINCIPE QUERIDO

### CUENTO

Hubo en una ocasion un rey tan amable, que sus súbditos le llamaban el Rey Bueno. Estaba cazando cierto dia, y vió venir huyendo de los perros á un conejillo blanco, que para librarse de ellos se refugió entre sus brazos. Acaricióle el rey, y mandó que no se le hiciese daño alguno, pues se habia puesto bajo de su amparo. Hízole llevar á su palacio, y mandó que se le pusiese en un bonito aposento donde se le sustentase con buenas yerbas. Aquella misma noche, cuando ya el rey habia quedado solo en su habitacion, se presentó ante él una hermosa dama, que no traia en sus vestidos oro ni plata, pero sus ropas eran tan blancas como la nieve, y en lugar de escofieta tenia una corona de rosas blancas sobre su cabeza. Sorprendióse el rey al ver esta dama, sin poder discurrir por donde hubiese entrado, estando cerrada la puerta de la sala. Dijo ella : « Yo soy Cándida la Encantadora. Andaba por el monte cuando cazabas, y

queriendo averiguar si eras tan bueno como generalmente se dice, tomé la figura de un conejo, y busqué el asilo en tus brazos. Sé bien que los que tienen piedad de los anima-



les, la tienen mayor, sin comparacion, de los hombres; y si me hubieras negado tu auxilio, te tendria por un perverso. Vengo á darte las gracias por el bien que me has hecho, y asegurarte para siempre de mi amistad. Pídeme cuanto quieras, que yo prometo concedértelo. »

El buen rey respondió : « Señora, pues sois encantadora, no podeis ignorar lo que yo deseo. Tengo un hijo único á quien amo con exceso, y aún por esta causa es llamado el príncipe Querido : si me teneis afecto, os ruego seais amiga fiel de mi hijo. — De todo mi corazon, respondió la encantadora. Yo puedo hacer que sea el príncipe el mas hermoso, el mas rico, y el mas poderoso del mundo. Escoged para él lo que mas os agradare. — De todo eso nada apetezco para mi hijo, dijo el rey; pero os agradeceré infinito que le hagais el mejor de todos los príncipes. ¿De qué le serviria ser hermoso, rico, y el mas poderoso del universo, si fuese malo? Bien sabeis vos, señora, que sin embargo seria infeliz, y que solo la virtud podrá hacerle dichoso. — Así es, dijo Cándida; pero no está en mi arbitrio hacer bueno al príncipe Querido contra su voluntad. Es necesario que él trabaje en hacerse virtuoso. Todo lo que yo puedo ofreceros es darle



buenos consejos, reprenderle sus faltas, y castigarle en caso de que él no se corrija y se castigue á sí mismo. »

Aceptó el rey muy gustoso esta promesa, y murió dentro de pocos dias. El príncipe Querido lloró de veras á su padre, porque lo amaba con pasión; y hubiera dado sin duda todos sus reinos, su oro y su plata por salvarle la vida, si estas cosas fueran capaces de cambiar el orden del destino. Dos dias despues de la muerte de este buen rey se le apareció á Querido la encantadora, y le dijo : « Yo prometí á tu padre ser tu amiga : en fe de mi palabra vengo á hacerte un presente, y poniendo una sortija en el dedo del príncipe, añá-



dió : Guarda bien esta sortija : ella es mas apreciable que los diamantes. Todas las veces que obres mal, te picará en el dedo, pero si á pesar de este aviso fueses obstinado, perderás mi amistad, y seré desde entónces tu enemiga. » Dichas estas palabras, desapareció Cándida, dejando á Querido sumamente confuso. Portóse algun tiempo con tanta cordura, que en todo él no le picó ni una sola vez la sortija : y esto le hizo tan amable, que al nombre de Querido, que anteriormente tenia, le añadieron el de Dichoso. Salió á caza pocos dias despues, y volvió de ella disgustado por no haber cazado cosa de provecho. Parecióle entónces que la

sortija le apretaba levemente el dedo; pero como no le picaba, no hizo reparo en ello. Al entrar en su palacio se presentó delante de él una perrita que tenia, llamada Bibí, dando saltos y haciéndole caricias; y él la dijo: « Anda fuera, que no estoy para fiestas »: pero como la pobre perrilla no le entendia, continuó en sus halagos, procurando moverle á que la mirase, y para esto le tiraba del vestido. Encendido en cólera Querido por su porfia, la pegó un fuerte puntapié, y en el mismo punto le picó la sortija como si fuese un alfiler, dejándole tan atónito, que se retiró á un rincon de la sala avergonzado. Yo creia (dijo interiormente) que la encantadora se burlaba de mí. ¿Qué mal he hecho yo en dar un puntapié á un animal que me importunaba? ¿De qué pues me sirve ser dueño de un grande imperio, si no tengo facultades para castigar á un perro? — Yo no me burlo de tí, dijo una voz que respondió á la reflexion de Querido. No has cometido una sola falta, sino tres. Te has disgustado porque quieres que nada te se resista. Tú crees que hombres y animales han nacido todos tan solo para obedecerte, y te has dejado poseer de la ira, que no es poco defecto, siendo cruel con un pobre animalillo que no dió motivo para ser maltratado. No ignoro que eres superior á un perro; pero si fuera cosa razonable y permitida que los grandes pudiesen tratar mal á los inferiores, podria yo ahora destruirte, supuesto que una encantadora es superior á un hombre. La ventaja de ser dueño de un grande imperio no consiste en poder hacer el mal que se quiera, sino todo el bien que se pueda.

Confesó Querido su falta, y prometió la enmienda; mas no cumplió su palabra. La necia ama que le habia criado le habia echado mucho á perder cuando era pequeño. Siempre que apetecia algo, no hacia otra cosa que llorar, irritarse y patear. Ella para acallarlo le daba cuanto queria; y de este modo le habia hecho obstinado. Repetiale con frecuencia que algun dia seria rey, y que la felicidad de los reyes consiste en que todos los hombres debian obedecerles y respetarlos, sin que nada les obstase para ejecutar su gusto. Cuando Querido estuvo mas adelantado en edad conoció que nada habia peor que ser altivo, orgulloso y porfiado. Habia hecho algunos esfuerzos para corregirse; pero inútilmente, porque estaba ya habituado á todos estos defectos: y aunque él no fuese naturalmente de un corazon perverso,



una mala costumbre con dificultad se enmienda. Lloraba de despecho cuando incurria en alguna falta, y decía: « Soy sumamente infeliz en tener que combatir diariamente contra mi cólera y mi orgullo. Si me hubieran corregido estos defectos cuando era pequeño, me excusaría ahora este pesar.» Picóle en adelante con mucha frecuencia la sortija; lo cual le contenía algunas veces, aunque otras no causaba efecto alguno; pero lo particular de la sortija era que por una ligera falta le picaba levemente; mas cuando incurria en falta grave le hacía saltar la sangre. Llegó esto por fin á impacientarle; y queriendo ser malo á su libertad, arrojó de sí la sortija; teniéndose desde entónces por dichoso viéndose libre de sus picaduras; de suerte que se abandonó de tal modo á cuantos excesos le ocurrian á la imaginacion, que se hizo malísimo, y por lo mismo intolerable á todo el mundo.



Estando un dia en el paseo vió una hermosísima jóven, y determinó tomarla por esposa. Era su nombre Celia, y su discrecion igual á su hermosura. Creyó Querido que en esto se tendria Celia por muy feliz, contemplándose una gran reina; pero esta doncella, hablándole con bastante desembarazo, le dijo : « Señor, yo conozco que solo soy una pobre y humilde pastora; pero sin embargo os aseguro que jamas me casaré con vos. — ¿Por ventura no te soy agradable? la preguntó Querido algo alterado. — No es eso, príncipe mio, le respondió Celia : á mí me pareceis lo que sois en realidad, esto es, hermosísimo : pero ¿de qué me servirán vuestras riquezas, vuestra hermosura, ni las preciosas galas y magnificas carrozas que me dareis, si las malas acciones que cada dia os veré ejecutar me obligarán á despreciaros? » Lleno de enojo Querido contra Celia, mandó á sus criados que la llevasen por fuerza al palacio, y él permaneció todo el resto del dia preocupada la imaginacion en el desprecio con que le habia tratado esta pastora; pero el amor que la tenia no le permitia maltratarla. Tenia el príncipe entre otros favorecidos uno que era su hermano de leche, á quien habia hecho confidente suyo. Este hombre, cuyas inclinaciones correspondian á la bajeza de su nacimiento, lisonjeaba las pasiones de su señor dándole perversísimos consejos.

Como vió al rey triste, le preguntó la causa de su pena : contósela, ponderando cuán intolerable le era el desprecio de Celia, y asegurándole que estaba decidido á corregir sus defectos, puesto que necesitaba ser virtuoso para agradarla. Pero el mal hombre le dijo : « Bien se echa de ver, ó príncipe, vuestra excesiva bondad, supuesto que quereis mortificaros, constreñiros y venceros por una mozuela : si yo estuviera en vuestro lugar, la obligaria á obedecerme. Acordaos de que sois rey, y que os será vergonzoso someteros á la voluntad de una pastora, que deberia tenerse por dichosa en que la admitiéseis por vuestra esclava. Encerradla pues en una cárcel, hacedla ayunar á pan y agua; y si todavia rehusase casarse con vos, hacedla perecer en los tormentos, para que las demas aprendan con su ejemplo á rendirse á vuestra voluntad. Si se sabe que una infeliz mujer se os resiste, vendreis á ser despreciado, y todos vuestros súbditos se olvidarán de que han venido al mundo para servirlos. — Mas despreciado seré, dijo Querido, haciendo padecer una inocente; porque al fin Celia no está culpada de crimen



alguno. — No es inocente la que huye de hacer vuestra voluntad, replicó el pérfido confidente; pero aún suponiendo que cometais una injusticia, importa ménos ser censurado por ella, que el que se entienda que es permitido faltaros alguna vez al respeto, y haceros oposicion.» Cogió el cortesano á Querido por donde flaqueaba, y el temor de ver disminuida su autoridad hizo tanta impresion en el rey, que desvaneció el buen impulso que habia tenido de corregirse.

Resolvió pues ir aquella noche al cuarto de la pastora, y castigarla si permanecía tenaz en resistir su casamiento. El hermano de leche de Querido, que aún recelaba se frustrase su intento, buscó tres jóvenes señores tan perversos como él para que le ayudasen á seducir al rey á este atentado. Cenaron en su compañía, y deseosos de acabar de turbar la razon al pobre príncipe, le hicieron beber demasiado. En tanto que duró la cena excitaron contra Celia su enojo, representándole tan vergonzosa la flaqueza en que por ella habia caído, que levantándose furioso juró que habia de hacerla obedecer, ó que de lo contrario la haria vender al día siguiente por esclava.



Entró Querido en la sala donde estaba encerrada esta jóven, y no encontrándola en ella se sorprendió excesivamente porque tenia la llave en su faltriquera. Esto le provocó á una tan furiosa ira, que juró vengarse de aquellos que

sospechaba podian haber contribuido á la fuga de Celia. Sus palaciegos, oyéndole hablar de este modo, se aprovecharon de su cólera para descomponer en la amistad del príncipe á un señor que habia sido su ayo. A la verdad este honrado caballero se habia tomado algunas veces la libertad de reprender los defectos al rey, á quien amaba con amor de hijo; y aunque este lo miraba al principio con fineza, y se mostraba agradecido á su buen celo, se irritaba despues al verse reprendido, persuadido de que solo por un espíritu de contradiccion encontraba en él defectos su ayo, cuando todo el mundo le tributaba alabanzas. Mandóle pues salir de la córte; si bien á pesar de esta resolucion no podia dejar de confesar con frecuencia que este señor era un caballero honrado: dando á entender con esto, que aunque lo habia alejado de su vista no le habia separado de su estimacion.

Temerosos los confidentes de que el rey no estaba léjos de pensar en hacer volver á la córte á su ayo, se lisonjeaban de haber encontrado una ocasion oportuna y capaz de separarlo para siempre de ella. Dieron á entender al príncipe que Suliman (así se llamaba este hombre meritísimo) se habia alabado de ser él quien dió libertad á Celia. Tres hombres corrompidos por el interes juraron habérselo oido decir así al mismo Suliman, y enojado el rey furiosamente contra él, ordenó á su hermano de leche despachase soldados que le trajesen atado con cadenas como á un delincuente. Dada esta órden se retiró á su cuarto; pero apénas entró en él tembló la tierra, y al ruido de un espantoso trueno se manifestó á sus ojos la encantadora Cándida. « Yo prometí á tu padre, le dijo con un tono imperioso, darte buenos consejos, y castigarte si no te gobernabas por ellos. Estos consejos los has despreciado, y no conservas de hombre mas que la figura, porque tus delitos te han convertido en un monstruo que es el horror del cielo y de la tierra. Tiempo es ya de que con tu castigo acabe de cumplir mi promesa. Yo pues te condeno á que seas semejante á aquellas fieras de quienes has tomado las inclinaciones. Tú te has hecho semejante al leon por la cólera: al lobo por la glotonería: á la serpiente por haber despedazado al que era tu segundo padre: al toro por tu brutalidad. Lleva pues en tu nueva figura el carácter de todos estos animales. »

Apénas la encantadora hubo pronunciado estas palabras



se vió Querido con horror, tal como ella lo habia predicho. Tenia la cabeza de leon, los cuernos de toro, los piés de lobo, y el rabo de víbora. Hallóse al punto en un dilatado bosque al borde de una fuente, donde vió en el agua su horri-



ble figura, y oyó una voz que le dijo : « Mira atentamente á estado en que te ves por tus maldades. Tu alma está mil veces mas espantosa que tu cuerpo. » Conoció Querido la voz de Candida, y lleno de furor se volvió para arrojarle á ella y devorarla, si le hubiera sido posible ; pero nada vió, y la misma voz le dijo : « Yo me burlo de tu flaqueza y de tu rabia ; y por lo mismo voy á confundir tu soberbia sometiéndote al poder de tus mismos súbditos. »

Creyó Querido que alejándose de esta fuente encontraría remedio á sus males, pues no tendria delante de sus ojos su fea deformidad. Caminó pues hácia el centro del bosque, y á pocos pasos cayó en un hoyo que habian hecho para cazar osos ; y bajándose los cazadores que estaban subidos en los árboles, lo encadenaron y condujeron á la ciudad capital de su reino. Él, lejos de conocer durante el camino que se habia hecho por sus culpas digno de este castigo, maldecia á la encantadora, y mordía las cadenas, abandonándose al mas desesperado furor y rabia. Estando ya cerca de la ciudad adonde era llevado, vió que en ella se hacian grandes regocijos, y habiendo los cazadores preguntado la causa, oyó que les fué respondido lo siguiente. El príncipe Querido, que se complacia en atormentar á su pueblo, ha sido segun se discurre estrellado en su cuarto por el impulso

de un trueno. Los dioses no pudieron tolerar el exceso de sus maldades, y lo apartaron de la tierra. Cuatro señores cómplices de sus delitos pensaron aprovecharse de este caso,



partiendo entre sí su imperio; pero el pueblo, que sabia haber sido sus malos consejos causa de la perdicion del rey, los hizo pedazos, y presentó la corona á Suliman, á quien el perverso Querido intentó matar. Este digno señor acaba de ser coronado y nosotros celebramos este dia como el de la libertad del reino. Él es virtuoso, y va á traer sobre nosotros la paz y la abundancia.

Cuando Querido oia esta relacion suspiraba de rabia; pero fué su dolor mucho mayor luego que llegó á la gran plaza que estaba delante del palacio, y vió allí á Suliman en un soberbio trono, y á todo el pueblo que le deseaba una larga vida para poder reparar los inmensos daños que habia causado su antecesor. Suliman hizo señal con la mano pidiendo silencio, y dijo al pueblo : « He aceptado la corona que me habeis ofrecido con el fin de conservarla al príncipe Querido, el cual no ha muerto, como vosotros creéis : así me lo ha revelado una encantadora, y espero que le volveréis á ver algun dia tan virtuoso como era en sus primeros



años. ¡O Dios! continuó vertiendo lágrimas; los lisonjeros le han engañado. Su corazon era hecho para la virtud, y sin los corrompidos consejos de los que le rodeaban hubiera sido el padre de todos vosotros. Detestad sus vicios; pero lloradle, y roguemos todos juntos á los dioses que nos le vuelvan. Yo por mi parte me tendria por mas feliz, si rociando este trono con mi sangre consiguiese volver á verle con disposiciones capaces de poderle ocupar dignamente. »

Las palabras de Suliman penetraron hasta el corazon de Querido, quien conoció por ellas cuán sinceras habian sido la aficion y fidelidad de este hombre, y á sí mismo se reprendia sus maldades. Luego que percibió en su corazon este buen impulso, sintió calmarse la rabia de que estaba animado, y habiendo reflexionado sobre todos los delitos de su vida, conoció que no era castigado tan rigurosamente como habia merecido : ya no se golpeaba en la jaula donde estaba encadenado, volviéndose mas manso que un cordero; y habiéndole conducido á una gran casa de fieras donde se guardaban todos los monstruos y animales feroces, le ataron con los demas.

Tomó Querido desde entónces la resolucion de empezar á reparar sus faltas, mostrándose muy obediente al hombre que le guardaba. Era este brutal, y por mas pacífico que fuese el monstruo, cuando él estaba mal humorado le castigaba sin tino ni razon. Un dia rompió un tigre las cadenas con que estaba sujeto, y se arrojó sobre el hombre para devorarle en ocasion que estaba durmiendo. Vióle Querido, y sintió en sí un impulso de alegría, contemplándose libre por este medio de su enemigo; pero reformando al punto un movimiento tan cruel, deseó librarle, y dijo para consigo mismo : « Yo volveré bien por mal, y salvaré la vida á este infeliz. » En el instante que formó este buen deseo vió abierta su jaula de hierro, y se apresuró á favorecer al hombre, el cual habiendo despertado se defendia del tigre. Luégo que vió al monstruo se dió por perdido; mas su temor se trocó prontamente en alegría; porque este monstruo bienhechor se arrojó sobre el tigre y despues de haberle hecho pedazos, se echó á los piés del que acababa de liberar. Él entónces penetrado de reconocimiento se inclinó para acariciar al monstruo, de quien habia recibido tan gran servicio. Oyó este entónces una voz que le dijo : *Una buena accion no queda jamas sin recompensa*; y el hom-

bre entónces ya solo vió á sus piés un perrillo. Querido, conte to de aquella trasformacion, hizo mil caricias á su guarda, el cual tomándolo en sus brazos, y presentándolo al rey, le contó esta maravilla. Quiso la reina tener este perrillo, y Querido se hubiera juzgado feliz en esta nueva figura si hubiera podido olvidársele que era hombre y rey. La reina lo abrumaba con caricias; y deseosa de que no creciese mas, preguntó á sus médicos qué haria para conseguirlo; y ellos resolvieron que mandase darle de comer solamente pan, y este en cantidad muy corta. Con esto el pobre Querido se moria de hambre á la mitad del dia; pero le era necesario tener paciencia.

Diéronle una mañana un poco de pan para almorzar, y le entró deseo de ir á comerlo al jardin de palacio: tomó el pan en la boca, y caminando hácia una zanja que habia en él, no pudo encontrarla por mas que la buscó, y solo halló en su lugar una gran casa, en cuya fachada brillaba el oro y la pedrería. Vió que entraban en ella porcion grande de hombres y mujeres vestidos magníficamente, cantando, danzando, y regalándose con exceso; y vió tambien que todos los que de ella salian estaban pálidos, consumidos y cubiertos de llagas, con los vestidos hechos pedazos, y casi desnudos. De estos se caian algunos muertos en el punto que salian, faltos de fuerzas para sostenerse, y ménos para alejarse. Otros se alejaban con un inmenso trabajo, y otros quedaban tendidos sobre la arena próximos á espirar de hambre. Pedian un pedazo de pan á los que entraban; pero ellos, léjos de socorrerlos, ni áun se dignaban mirarlos. Vió Querido una jóven que con gran trabajo procuraba arrancar algunas yerbas para alimentarse, y movido de compasion, dijo interiormente: « Mi necesidad es grande; pero si doy á esta pobre mi desayuno, acaso la salvaré la vida, y yo no puedo morir de hambre aunque no coma hasta mediodía. » Acercóse á ella resuelto á seguir este buen impulso, y dejó el pan en sus manos. Ella, habiéndolo comido, se recobró con una brevedad admirable, y Querido quedó gustosísimo de haberla socorrido tan oportunamente. Pensaba ya en dar vuelta á palacio; pero en este punto le suspendieron unas lastimosas exclamaciones que hacian á sus espaldas. Volvió la cara, y vió á Celia entre las manos de cuatro hombres que con violencia la arrastraban hácia esta bella casa, donde por fin la hicieron



entrar. Entónces fué cuando Querido sintió no tener la figura de monstruo para socorrer á Celia, porque en la que tenia de endeble perrillo nada podia sino ladrar contra los que la arrebatában, los cuales viendo que les seguia lo arrojaron á puntapiés. Determinó pues permanecer en aquel sitio hasta saber lo que á Celia sucediese; y en el entre tanto se acusaba de ser causa de las desdichas de esta doncella, y decia : « ¡O Dios, me irritó contra los que la roban, habiendo cometido yo un crimen semejante ! Y si la justicia de los dioses no hubiera impedido mi atentado, la hubiera tratado con la misma indignidad. »

Estas reflexiones de Querido fueron interrumpidas por un ruido que se oia sobre su cabeza. Sintió abrir una ventana, y fué grande su alegría viendo á Celia que arrojaba por ella



un plato con viandas tan delicadamente guisadas, que excitaba el apetito mirarlas. Cerraron la ventana al punto, y como Querido no habia comido en todo el dia, creyó debia aprovechar una ocasion tan favorable. Iba pues á comer de aquellas viandas, cuando á este tiempo la jóven á quien habia dado su pan, exclamó en alta voz, y tomándole en sus brazos, le dijo : « Pobre animalito, no toques á esas viandas. Este edificio es el palacio del deleite, y cuanto sale de él está emponzoñado. » En el mismo momento oyó Querido una voz que le dijo : « Ya ves que una buena accion po queda sin recompensa; » é inmediatamente se

convirtió en un hermoso pichon blanco. Hizo luego memoria de que este era el color de Cándida, y comencé á tener esperanzas de que por último podría esta volverle á su gracia. Dispuso buscar á Celia, y elevándose por el aire, voló alrededor de la casa, hasta que viendo con alegría una ventana abierta, entró dentro; pero por mas que la recorrió toda no le fué posible encontrarla. Desconsolado con su pérdida, resolvió no desistir hasta hallarla. Voló con este intento muchos dias, al fin de los cuales hallándose en un desierto, vió en él una caverna, á la cual dirigió su rumbo. Aquí fué su admiracion. Estaba en ella Celia sentada al lado de un venerable ermitaño, en cuya compañía tomaba un corto alimento. Querido, que no cabia en sí de gozo, volaba al hombro de la admirable pastora, explicándola con sus movimientos el placer que con verla habia recibido; y Celia, hechizada de la dulzura del animalito, le acariciaba blandamente con su mano, al cual, aunque creia que no podia entenderla, dijo que aceptaba el presente que de sí mismo la hacia, prometiendo que le amaria siempre. « ¿Qué habeis hecho, Celia? dijo el ermitaño : sabed que acabais de empeñar vuestra fe. — Sí, admirable pastora, prorumpió Querido, el cual en este mismo punto volvió á tomar su forma natural. El fin de mi trasformacion está ligado al consentimiento que dareis de nuestra union; y pues habeis prometido amarme siempre, y confirmar mi dicha, voy á rogar á la encantadora Cándida mi protectora que me vuelva la figura bajo la cual he merecido agradares. — Cándida entónces dejando la figura de ermitaño con que estaba oculta, y mostrándose á sus ojos en la suya propia, le dijo : « No temas, Celja os ama desde el instante que os vió; pero vuestros vicios la obligaron á encubriros la inclinacion que la habeis inspirado. La mudanza que hay en vuestro corazon la da libertad para entregarse á vos con toda ternura. Vivireis felices, porque será vuestra union fundada sobre la virtud. »

Querido y Celia se arrojaron á los piés de Cándida, no cesando el príncipe de darla gracias por su bondad; y Celia, hechizada de ver que este príncipe detestaba sus pasados desaciertos, le confirmó el consentimiento de su ternura. « Levantaos, hijos míos, les dijo Cándida : voy á conducirlos á vuestro palacio para dar á Querido una corona de la que sus vicios le habian hecho indigno. » Luego que



acabó de hablar la encantadora se hallaron en la sala de



Suliman, quien admirado de volver á ver ya virtuoso á su amado dueño, le desocupó el trono, y permaneció el mas fiel de sus súbditos. Querido reinó largo tiempo con Celia, y se dice que de tal modo se aplicó al desempeño de sus obligaciones, que la sortija, que ya habia vuelto á adquirir, no le picó despues de modo que le sacase sangre.

MARIQUITA. — ¡ Ah, señora Aya! Este cuento es muy lindo. Si yo me hallase en lugar de Sofía, importunaria á V. dia y noche para que me contase otros. Dígame V. ¿ si aprendo bien mi leccion me dirá V. uno la primera vez?

AYA. — Sí, Querida mia; pero pregunto: ¿ qué es lo que de este cuento os ha parecido mejor?

MARIQUITA. — Todo él, pero particularmente la sortija que impedia á Querido hacer desaciertos.

JULIETA. — Yo necesitaba una sortija semejante, que me picase á menudo el dedo.

AYA. — Alabo vuestro desembarazo, querida mia; mas quiero advertiros una cosa. Todas tenemos una sortija como esa.

SOFIA. — A que adivino cuál sea, Aya mia. ¿Es nuestra conciencia la que nos pica cuando obramos mal?

AYA. — Sí, hija mia.

PALMIRA. — Vereis que esta mi sortija me dice continuamente que es malo patear. Yo hago lo mismo que Querido cuando era pequeño, y mi ama, tan necia como la suya, dice : « ¿Por qué haceis llorar á esa niña? dadle lo que pide; » y con esas alas hay dia que lloro mas de treinta veces : pero protesto que deseo corregirme para no verme como Querido convertida en un feo animal.

MARIQUITA. — Pues qué ¿la que es mala se convierte en un monstruo con cuernos?

AYA. — No, querida mia. Vuestro cuerpo permanecerá siempre como él es; pero si fuéreis mala se pondrá vuestra alma mas fea y abominable que un monstruo.

PALMIRA. — Yo tengo mucho deseo de ser buena; pero á pesar mió soy por lo regular mala, y hago un desacierto sin pensar en ello. No gusto que de modo alguno me contradigan : me irrito cuando se hace resistencia á mi voluntad : maltrato á mis criados : digo injurias á mis hermanas, y me burlo de mis maestros. Por esto pues suplico a V. me diga qué es lo que debo ejecutar para corregirme.

AYA. — No sois mala á pesar vuestro, querida mia, puesto que nosotras podemos ser siempre buenas si para ello ponemos los medios necesarios : voy á advertiros el modo. En primer lugar es necesario que pidais á Dios todas las noches y mañanas en vuestras oraciones gracia para corregiros, porque sin su auxilio nada podemos; pero es preciso pedirle esta gracia de todo corazon, así como pedís á vuestra madre lo que mas apeteceis. En segundo lugar debeis reparar vuestras faltas, pidiendo á vuestras criadas os las disimulen, y rogando á vuestras hermanas os las adviertan, y perdonen cuando las ofendais. Si deseais corregiros de veras, conviene que escribais todas las noches cuantas malas palabras hubiéreis dicho; y os aseguro que sentireis bastante haber incurrido en ello. Entónces pensareis que os ha visto Dios hacer estas maldades, que os ha de reprender por sí mismo, y que os las castigará en esta vida, ó despues de vuestra muerte, si no os corregís. ¿Sabeis esto bien, querida mia?

PALMIRA. — Así me lo han dicho, pero nunca he parado en ello la consideracion.



AYA. — Yo me lo temia así, porque no es posible obre mal quien piensa del modo expresado. Para que tengais esto presente, hijas mías, conviene instruiros en la Sagrada Escritura. Este es un libro divino dictado por el Espíritu Santo, y por lo mismo es necesario leerlo, aprenderlo, y referirlo con un profundo respeto. Leyendo esta bella historia conoceréis cuán grande y poderoso es Dios. Conoceréis asimismo su bondad, lo mucho que debeis amarle, y cuánto debeis temer ofenderle, pues castiga severamente á los malos. Adios, señoritas : yo espero estar en adelante contenta con vuestra aplicacion.

---

## DIALOGO CUARTO

---

### TARDE SEGUNDA

AYA. — Felices dias, señoritas. ¿Cómo no habeis traído en vuestra compañía á la niña Adelina?

JULIETA. — No quiere venir, porque dice que la enfadan las historias y los cuentos.

AYA. — Eso es lo que produce una mala costumbre. Adelina está hecha á jugar todo el dia, y la desagrada cuanto no es juego. Ella será una ignorante, una tonta toda su vida, y aunque tenga buena disposicion estará en las conversaciones como una boba. Tratad vosotras de no seguir su mal ejemplo. Yo creo que Mariquita es mucho mas discreta, y que ha repasado su leccion.

MARIQUITA. — La he repasado cuatro veces, y se la he dado á papá y á mamá. ¿Gusta V. de que la refiera?

AYA. — Sí, querida mia.

MARIQUITA. — Hace mucho, muchísimo tiempo que no habia cielo ni tierra, hombres ni animales; solamente habia Dios, porque Dios siempre ha existido. Este gran Señor, queridas mías, puede eternamente hacer cuanto quiere; y

si ahora dijese : Quiero que en esta sala haya un jardín, lo habria al punto. Cuando determinó que hubiese cielo, tierra, árboles, pájaros, peces, flores, etc., fué todo hecho. Tardó cinco dias en hacer cuanto vemos. El sexto dia tomó un poco de tierra, é hizo un hombre; pero, señoritas mías, este hombre era como una estatua, porque ni hablaba ni se movia. Para que hablase y se moviese le infundió Dios una alma hecha á su imagen y semejanza, y llamóle Adán. Porque Adán no tuviese la pena de estar solo le dió Dios un profundo sueño, y en tanto que dormia tomó una de sus costillas, y de ella hizo una mujer de estatura proporcionada. Esta mujer que fué hecha de la costilla de Adán la llamó Dios Eva, y la puso con Adán en un hermoso jardín donde habia todo género de frutas, así higos como ciruelas, peras, cermeñas, etc. Habia tambien en este jardín un manzano cargado de hermosa fruta, y dijo Dios á Adán y á Eva. « Yo os doy todas las frutas que hay en este jardín, podeis comer de ella; pero os prohibo tocar á estas manzanas; pues en comiéndolas morireis. » El demonio, que es un perverso, y habia desobedecido á Dios, tuvo celos de Adán y Eva, y quiso hacerlos tan perversos como él. A este intento



tomó la figura de una serpiente, y en ocasion que Eva se paseaba sola, la dijo : « ¿ Por qué siendo estas manzanas tan hermosas no comeis de ellas? » Eva, en lugar de taparse



los oídos, ó huir, se detuvo á dar conversacion al demonio, y le respondió : « Dios nos ha prohibido tocarlas, diciendo que nos hará morir si las comemos. — No es preciso creer lo que Dios dice, añadió el demonio. Si os ha prohibido comer de esas manzanas, es porque comiéndolas sereis tan grandes, tan sabios y tan poderosos como él. » Eva entró en deseos de ser tan sábia como Dios, y fué demasiado necia en creer al demonio. Tomó pues una manzana para sí, y dió otra á Adan. Luego que ellos comieron esta desdichada fruta conocieron claramente que habian pecado, y llenos de vergüenza se ocultaron debajo de los árboles, como si fuera posible ocultarse á Dios. Poco despues llamó Dios á Adan, y le dijo : « ¿ Por qué me has desobedecido ? » Adan, léjos de confesar su delito y pedir perdon á Dios de él, se excusó diciendo : « Señor, la mujer que me habeis dado me persuadió á que comiese la manzana. — Señor, dijo Eva, la serpiente me aconsejó que la comiese. — Pues que los tres sois culpados, sereis castigados todos tres, dijo Dios. La serpiente será maldita, y la mujer la quebrantará la cabeza; Eva será obligada á obedecer á su marido, y Adan (que morirá igualmente que su mujer) vivirá sujeto á trabajar para comer. » Despues de esto, desterró Dios á Adan y á Eva del hermoso jardin llamado *Paraiso terrenal*; y para que no pudiesen volver á entrar en él puso á la puerta un ángel con una espada de fuego.

AYA. — Venid, os daré un abrazo, mi querida Mariquita, habeis referido vuestra historia como una mujer; pero os ruego me digais : ¿ es únicamente para ser sábia para lo que leemos las historias ?

MARIQUITA. — Yo no lo sé, señora Aya.

AYA. — Vamos, Sofía. Decid á estas señoritas lo que debe hacerse cuando se ha aprendido ú oido una historia.

SOFIA. — Usted me ha expresado que es necesario examinar los errores y las virtudes de aquéllos de quienes las historias tratan, para no incurrir en las mismas faltas, y practicar sus virtudes.

AYA. — Justamente, querida mia. Ahora bien, Elena, ¿ cuál es el provecho que pensais sacar de esta historia ?

ELENA. — Que cuando cometa un delito no me excusaré, ántes bien pediré perdon de él.

AYA. — Muy bien respondido. ¿ Y vos, Palmira ?

PALMIRA. — Cuando quiera ser golosa ó desobediente,

pensaré que está la serpiente á mi lado, aconsejándome estas cosas, y la diré : « Apártate, malvada, que mas quiero obedecer á Dios que á tí. »

AYA. — Sois linda niña en pensar de este modo. ¿Y qué es lo que discurre Julieta?

JULIETA. — Que Eva fué demasiado soberbia en querer ser tan sábia como Dios; y tambien que era sobradamente golosa. Cuando nada hubiera tenido que comer la disculparia; pero teniendo una infinita variedad de cosas, me parece que á haber yo estado en su lugar ni aún hubiera pensado en aquellas viles manzanas.

AYA. — Si nuestra conversacion no hubiera sido tan larga os contaria una bonita historia de que me habeis hecho acordar; pero ya llegará su tiempo.

JULIETA. — ¡Ah, señora Aya! Yo estoy cierta de que estas niñas no se cansan de escuchar á V.; y así la suplico nos refiera ahora esa historia.

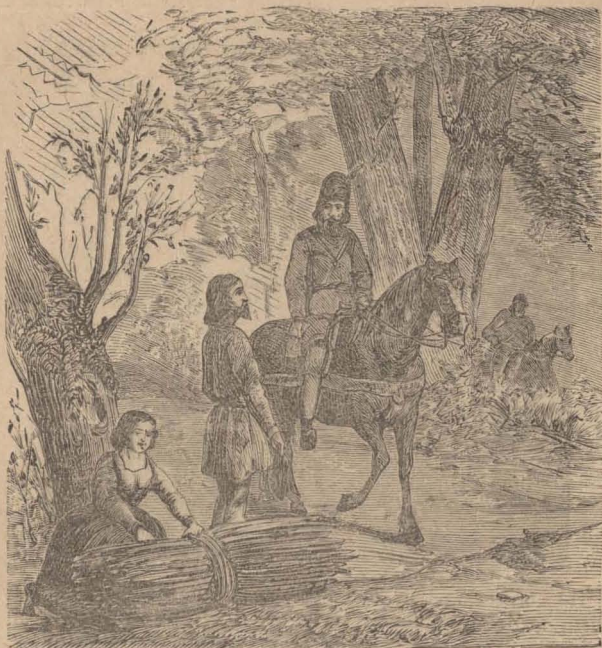
AYA. — ¿Qué decís vosotras, señoritas mías?

TODAS JUNTAS. — Que gustaremos mucho de oirla.

AYA. — Pues oid. Perdióse en una ocasion un rey andando á caza, y cuando buscaba el camino oyó hablar no léjos de sí. Acercóse al sitio de donde salia la voz, y vió á un hombre y á una mujer que estaban cortando leña. La mujer decia (así como Julieta) : « Es forzoso confesar que nuestra madre Eva fué demasiado golosa en comer la manzana. Si ella hubiera obedecido á Dios no tendríamos nosotros la pena de trabajar diariamente. » Respondiéndola el hombre : « Si Eva fué golosa, Adán fué bien loco en hacer lo que ella le dijo. Si yo hubiese estado en su lugar, y vos hubiéseis querido hacer que comiese de esas manzanas, bien léjos de escucharos os hubiera dado un buen bofetón. » Llegóse á ellos el rey, y les dijo : « Pobres gentes, vosotros teneis una fatiga intolerable. — Sí, Señor, respondieron (ignorando que fuese el rey); trabajamos como esclavos todo el dia, y sin embargo lo pasamos muy estrechamente. — Veníos conmigo, dijo el rey : yo os sustentaré sin que trabajéis. » A este tiempo llegaron los cortesanos que buscaban á su dueño, y las pobres gentes quedaron aturdiditas, pero contentas. Cuando fueron al palacio, mandó el rey que les diesen hermosos vestidos, una carroza con sus cocheros y lacayos, y que les sirviesen doce platos cada dia para comer. Pasaron así un mes, y despues les servian



veinticuatro platos; pero un dia se les puso en medio de



la mesa un gran plato cubierto. La mujer, que era curiosa, quiso descubrirlo al punto, y entónces un oficial del rey, que se hallaba presente, dijo que este les prohibia tocarle, porque no queria que viesen lo que estaba dentro.

Retiráronse despues los domésticos, y el marido, conociendo que su mujer no comia y estaba triste, le preguntó la causa. Ella respondió que nada estimaba el comer de todos los exquisitos manjares que en la mesa habia, y que únicamente apetecia lo que incluia el plato cubierto. « Loca estais, la dijo su marido. ¿No os han dicho que el rey nos lo ha prohibido? — El rey es un injusto, replicó la mujer : si queria que no viésemos lo que hay en este plato, debió excusar que se nos pusiese en la mesa. » Prorumpió entónces en llanto, y dijo á su marido, que si no lo descubria se daria la muerte. Amábala este con pasion, y movido de sus

lágrimas se resolvió á darla gusto. Descubrió pues el plato, y saltando de él un raton, huyó por la sala : intentaron



cogerle corriendo tras él ; pero se desapareció entrándose por un agujero.

Llegó á este tiempo el rey preguntando por el raton, y le respondió el marido : « Señor, las instancias de mi mujer por que le mostrase lo que estaba en el plato fueron tan vehementes, que habiéndola dado gusto, á mi pesar, huyó el raton. — Ola, ola, dijo el rey. Vos decíais que si hubiérais estado en lugar de Adan hubiérais dado á Eva un bofeton para quitarla la curiosidad y la golosina : no debeis olvidaros de vuestras proposiciones. Y tú, perversa mujer, que (como Eva) tenias variedad de cosas que comer, como si no fuesen estas bastantes, apeteciste lo que estaba en el plato que yo os habia prohibido. Andad pues, desdichados, volveos á trabajar al bosque, y en adelante no culpeis á Adan y á Eva del mal que sufrís, puesto que vosotros habeis hecho una locura igual á aquella de que los acusais.

JULIETA. — Señora Aya, ¿V. ha compuesto esta historia expresamente para mí?



AYA. — No, querida mia. La he leído no sé dónde, y á la verdad os acomoda maravillosamente. Señoritas mías, vamos ahora á tomar el té, y despues nos dirá su historia Elena.

ELENA. — Despues que Adan y Eva salieron del paraíso tuvieron dos hijos; al mayor le nombraron Cain, y al pequeño Abel : el primero tomó el oficio de jardinero, y el segundo el de pastor, esto es, el que guardaba los corderos. Acostumbraba Adan ofrecer á Dios una parte de las cosas que tenia, como los primeros frutos, las primeras flores y los primeros animales : no porque Dios tuviese necesidad de estas cosas, sino en reconocimiento de que todo cuanto tenia era de Dios, que se lo habia dado. Cain y Abel siguieron el ejemplo de su padre; pero Cain no daba de buen corazon lo que ofrecia. Si tenia una hermosa pera en su jardin la guardaba para comérsela, y solo presentaba al Señor lo mas despreciable. Abel por el contrario escogia los corderos mas gordos y mas hermosos para ofrecerlos á Dios, y por esto le amaba el Señor mas que á su hermano Cain. Este tuvo por ello celos, y se llenó de tristeza. Díjole Dios un dia : « ¿Por qué estas triste? ¿no sabes que si obras bien recibirás la recompensa, y que serás castigado si obras mal? » Que fué decirle : Solo de ser malo debes tener pesar : obra bien, y de este modo léjos de entristecerte estarás al punto contento. Cain, en lugar de aprovecharse de los avisos que Dios le habia dado, dijo á su hermano : « ¿Quieres que vayamos á pasearnos juntos? » Abel, creido de que su hermano era tan bueno como él, respondió que sí. Alargáronse mucho, y entónces el malvado Cain mató á su pobre hermano Abel. Aquel se habia retirado tanto con el fin de que Adan y Eva no pudiesen saber su maldad ; pero Dios, que se halla en todas partes, le habia visto cometer este crimen, y queriendo hacer prueba de si Cain le mentiria, le preguntó : « Cain, ¿dónde está tu hermano Abel? — Yo no le he visto, dijo : ¿acaso me habeis hecho vos guarda de mi hermano? — Eres un maldito, le dijo Dios. Tú has muerto á tu hermano : anda, vaga por el mundo, que no hallarás un instante de sosiego. Tu delito te servirá dia y noche de tormento ; y para que lo sufras mas largo tiempo impediré á los otros hijos de Adan que te maten. » Partióse luego Cain con su mujer de aquel país, y tuvo gran número de hijos.

AYA. — No puede explicarse mas bien esta historia, pero ¿no os ha ocurrido á la imaginacion alguna cosa al escuchar esta historia de Cain?

PALMIRA. — Sí, Señora, una cosa he pensado, que por ser ruin no me atrevo á decirla.

AYA. — Decidla pues, querida mia. Una niña que se halla con disposiciones de confesar sus defectos no está léjos de corregirlos.

PALMIRA. — Respecto de eso la voy á decir: yo estoy como Cain celosa de mi hermana la mayor: papá y mamá la quieren mas que á mí, y esto me excita tanta ira, que algunas veces la mataria si pudiera.

AYA. — Pero, querida mia, ¿no sois vos misma la causa de que vuestra hermana sea mas amada que vos? Decidme: si fuérais madre, y tuviérais dos hijas, que la una fuese dócil, honesta, obediente y aplicada con sus maestros: la otra perversa, caprichuda é insolente con todo el mundo, y desobediente á sus maestros, ¿á cuál pues de las dos amaríais mas?

PALMIRA. — A la primera sin duda.

AYA. — Pues necesario es que no esteis sentida de vuestros padres porque quieren mas á vuestra hermana: haced por ser tan buena como ella, y yo os aseguro que os amarán con pasion.

PALMIRA. — Yo lo deseo mucho, señora Aya; y por lo mismo prometo á V. escribir todas cuantas necedades diga y haga.

AYA. — Y yo aseguro que infaliblemente os corregireis y que llegareis á ser tan amable y dichosa como vuestra hermana; y estoy de esto tan cierta como de que sois infeliz miéntras seais mala.

PALMIRA. — Eso no tiene duda. El otro dia dije á mi aya que quisiera haberme muerto.

AYA. — Me haceis temblar, querida mia. ¿Qué paradero seria el vuestro si muriéseis ántes de pedir perdon á Dios? Él es infinitamente bueno en daros tiempo para que os corrigais. Conviene pues que esta noche le deis gracias por este beneficio, ofreciendo amarle de todo corazon. Adios, niñas mias; yo quedo muy gustosa de la atencion que prestais, y en recompensa tendremos lindas historias y un bonito cuento para la primera ocasion.



## DIALOGO QUINTO

## TARDE TERCERA

AYA. — Muy temprano venís hoy, señoritas mías. Nosotras acabamos de levantarnos de la mesa.

JULIETA. — Señora Aya, yo he comido con estas señoritas; y por el deseo de ver á V. solo hemos estado en la mesa medio cuarto de hora.

AYA. — Pues me es forzoso reñiros, queridas niñas mías. Nada hay que sea tan contrario á la salud como el comer muy de prisa. Para castigaros no hemos de tratar de cosa alguna hasta que hayamos tomado el té, y despues hemos de ir á pasearnos al jardin.

MARIQUITA. — Yo gusto mucho de pasearme, pero gusto mucho mas de las historias, señora Aya. Por esta vez nos ha de perdonar V., porque la aseguro en mi conciencia que ignoraba fuese defecto el comer tan de prisa.

AYA. — El jurar en vuestra conciencia lo es tambien. No os suceda esto otra vez, hija mia. Yo me convengo en que por ahora no digais vuestras lecciones por temor de que esto os hago daño despues de comer.

PALMIRA. — Estamos conformes, señora Aya. Nosotras nada diremos, pero V. ha de decirnos algo, puesto que nos tiene prometido un bonito cuento, y el oirlo no puede producirnos fatiga alguna.

AYA. — Sea enhorabuena : preciso es hacer vuestro gusto, porque yo no podré excusarme á ello en tanto que obreis como niñas de razon. Vamos pues á sentarnos al jardin, y os diré el cuento que os prometí la última vez.

## LA BELLA Y LA FIERA

## CUENTO

Habia una vez un mercader muy rico que tenia seis hijos; tres varones y tres hembras. Era este mercader hombre de

juicio, y por lo mismo nada escaseaba que condujese á la buena educacion de sus hijos, á quienes daba toda clase de maestros. Aunque todas las hijas eran hermosas, la mas pequeña lo era con exceso, y así desde niña fué siempre llamada de todos la Bella, lo que producía grandes celos á



sus hermanas, á quienes excedía no solo en hermosura, sino también en virtud. Las dos mayores eran sobradamente altaneras; y como se consideraban ricas, hacían ostentación de señoras. Se excusaban á recibir visitas de las hijas de otros comerciantes, y gustaban solo de tratarse con gentes de la primera distinción. Concurrían diariamente al baile, á la comedia y al paseo, y se burlaban de su hermana menor porque empleaba la mayor parte del tiempo leyendo libros útiles. La fama de sus riquezas estimuló á varios



poderosos negociantes á pedir las en casamiento ; pero la respuesta de las dos mayores fué, que ellas no se casarian jamas con quien no fuese duque, ó por lo ménos conde. La Bella (que como ya he dicho se llamaba así la pequeña) agradecia honestamente el afecto de los que aspiraban á lograr su mano, y se excusaba con su poca edad, y con decir que queria disfrutar mas largo tiempo de la compañía de su padre. Perdió el mercader de un golpe todo su caudal, y solo le quedó una pequeña casa de campo á larga distancia de la ciudad. Llamó á sus hijos, y anegado en lágrimas les dijo que era forzoso ir á vivir á esta casa, donde ejercitando la labranza pudiesen sustentarse. Sus dos hijas mayores se excusaban á obedecerle, diciendo que de ningún modo pensaban ausentarse de la ciudad, por tener en ella muchos amantes, que sin embargo de su corta fortuna se juzgarian felices en casarse con ellas. Engañábanse en esto las pobres señoritas. Sus amantes ni aún se dignaban mirarlas desde que las vieron pobres ; y como por su altivez eran generalmente poco amadas, publicaban no ser dignas de compasion, y todo el mundo se complacia en ver abatido su orgullo, diciendo : « Vayan á ostentar señoríos guardando ganado ; » pero al mismo tiempo sentian todos la infelicidad de la Bella. cuya bondad no podian dejar de alabar, porque hablaba á los pobres con mucho agasajo, y era muy dócil y honesta. No faltaron muchos caballeros que no obstante su pobreza la pidieron por esposa ; pero ella dió por respuesta « que no le era posible determinarse á abandonar á su padre en su infelicidad ; que le seguiria al campo, y que en él le consolaria, y ayudaria á trabajar. » Aunque la Bella no pudo dejar de afligirse mucho viendo perdida su fortuna, hizo entre sí estas reflexiones : « Por mas que yo llore, mi llanto no podrá volverme mi caudal ; es necesario pues tratar de ser feliz sin fortuna. » Llegó el mercader á su casa de campo, y él y sus tres hijos se ocupaban en el cultivo de la tierra. La Bella se levantaba á las cuatro de la mañana, y se apresuraba á limpiar su casa, y á disponer la comida de la familia. En los principios la servia esto de pena por no estar hecha á trabajar como una sirviente ; pero al fin de dos meses se hizo mas robusta, y la fatiga le producía una salud perfecta. Concluía los oficios de la casa, y luego leía ó tocaba el clave, ó cantaba mientras hilaba. Al contrario sus dos hermanas : se aburrían

sobremanera, se levantaban á las diez de la mañana, se paseaban todo el día; y para no echar ménos sus visitas y sus galas, procuraban divertirse, y decian entre sí : « Nues-



tra hermana menor tiene una alma tan baja y tan estúpida, que se complace de su mala situacion. » No pensaba así el buen mercader : conocia que la Bella era mas á propósito que sus hermanas para brillar en las concurrencias, admiraba la virtud de esta jóven criatura, y sobre todo su paciencia; porque las hermanas, no satisfechas con verla hacer todos los oficios de la casa, la insultaban á cada instante.

Hacia ya un año que esta familia estaba en la soledad cuando el mercader recibió una carta con aviso de que acababa de arribar un navío donde venian para él várias mercaderías. Esta noticia acabó de trastornar la cabeza á sus dos hijas mayores; porque con esta novedad llegaron á persuadirse que podrian volver por fin á la ciudad, y dejar el campo donde vivian violentas. Cuando vieron al padre próximo á partir le rogaron que las trajese batas, paletinas, y toda clase de fruslerías. La Bella no abrió su boca para pedir cosa alguna, hecha cargo de que todo el producto de las mercaderías seria poco para comprar lo que habian pedido sus hermanas. « ¿No me pides tú alguna cosa? la dijo su padre; » y ella respondió . « Ya que teneis la bondad de acordaros de mí, os ruego me traigais una rosa, pues



aquí no las tenemos : » no porque la Bella no apeteciese mas que esto, sino porque quiso reprobar con su ejemplo la conducta de sus hermanas, las cuales en aquel punto ya censuraban su silencio, publicando que lo hacia solo por distinguirse de ellas. Partió pues el buen mercader; pero apenas llegó á la ciudad le pusieron tantos pleitos sobre sus mercaderías, que despues de haber sufrido muchos pesares quedó tan pobre como ántes. Tenia que andar diez leguas para volver á su casa; pero le servia de consuelo el placer de volver á ver á sus hijos; y siéndole preciso atravesar un bosque erró el camino, y se perdió dentro de él. Nevaba á esta sazón furiosamente : el viento era tan impetuoso, que le derribó dos veces del caballo; y sobre todo habiéndose cerrado la noche, llegó á temer que el frio ó la hambre acabarían su vida, cuando no fuese comido por los lobos que oia aullar cerca de sí. En este conflicto tendió la vista por entre una larga fila de árboles, y vió una luz á grande distancia. Dirigió sus pasos hácia ella, y de mas cerca observó que esta luz salia de un soberbio palacio. Dió entónces gracias á Dios por el socorro, y se apresuró para llegar á él, sirviéndole de no poca admiracion no encontrar persona alguna en los patios. Su caballo, que le llevaba de la rienda, se entró en una caballeriza que encontró abierta, y habiendo visto heno y avena, echó á comer al punto, porque estaba casi muerto de hambre. El mercader, dejándole atado, entró en el palacio, donde tampoco vió á nadie. Llegó á un salon en que habia una buena lumbré, una mesa llena de viandas, y un solo cubierto; y como la nieve y el agua le habian calado hasta los huesos, se arrimó al fuego para enjugarse, diciendo : « El dueño de esta casa y sus domésticos, que á lo que creo no tardarán en dejarse ver, perdonarán la libertad que me he tomado. » No pareció nadie, aunque esperó un considerable rato; y viendo que eran ya mas de las doce, obligado de su misma necesidad tomó un pollo, y aunque temblando, se le comió ligeramente, con lo cual y con algunas copas de vino que bebió sobre él, recobró el aliento perdido. Salióse despues del salon, y habiendo atravesado diversas piezas ricamente aderezadas, entró por fin en una sala, donde halló una buena cama; y como ya era pasada la medianoche, y él se hallaba rendido del cansancio, tomó el partido de cerrar la puerta y acostarse.

Al día siguiente se levantó á las diez de la mañana, y quedó pasmado de no encontrar su vestido, el cual se habia echado á perder, y en lugar de él otro que le venia pintado, y estaba todo guarnecido de galones. « Este palacio, decia, pertenece sin duda á alguna benévola encantadora que ha tenido piedad de mi situacion. » Abrió la ventana, y habiéndose asomado á ella, no vió ni el menor rastro de que hubiese nevado, sino unas macetas de flores tan hermosas, que arrebataron toda su atencion. Entró luego en el salon donde habia cenado la noche anterior, y halló dispuesto sobre una mesa chocolate, lo cual le hizo prorumpir en grandes exclamaciones, y dijo : « Yo os doy gracias, señora encantadora, por la bondad que habeis tenido en cuidar de mi desayuno. » Despues de haberlo tomado resolvió ir á buscar su caballo, y pasando por un cenador del jardin donde habia muchas rosas blancas, se acordó de la que la Bella le habia encargado, y tomó una para llevársela. No bien habia acabado de cogerla, cuando al estruendo de un espantoso ruido vió que se dirigia hácia él una Fiera tan horri-



ble, que le faltó poco para caer desmayado. « Sois un ingrato, le dijo con una voz asombrosa. Yo redimí vuestra vida franqueándoos mi palacio, y vos en recompensa me arrebatáis las rosas que estimo sobre todo cuanto hay en el mundo : morireis sin duda en castigo de este atentado, y solo os concedo un cuarto de hora para que pidais perdon á Dios. » El mercader se arrojó á sus piés con las manos



juntas, y le dijo : « Señor mio, perdonadme, que no pensé ofenderos cogiendo una rosa para una de mis hijas que me la habia pedido; » pero le respondió la Fiera : « Yo no me llamo señor mio, sino la Fiera : á mí no me obligan los cumplimientos, porque solo gusto de que se diga lo que se siente; y así no creais que puedan lisonjearme vuestras falacias. No obstante vos habeis dicho que teneis hijas; si una de ellas quisiere morir en vuestro lugar, me convengo en perdonaros. No me repliqueis, partid al punto; y si rehuseren ellas morir por vos, juradme que volvereis aquí dentro de tres meses. » No pensaba el buen hombre sacrificar una de sus hijas á este vil monstruo; pero consolado con que tendria al ménos el placer de volver á verlas, y darlas el último abrazo, juró dar la vuelta. Dijole entónces la Fiera: «No quiero que te vayas con las manos vacías : vuelve á la sala donde has dormido, en la cual encontrarás un cofre desocupado, en él podrás meter cuanto quisieres, y yo cuidaré de hacerlo conducir á tu casa. » Dicho esto se retiró el monstruo, y el buen hombre dijo interiormente : « Si es preciso que yo muera, tendré por lo ménos el consuelo de dejar que comer á mis pobres hijos.»

Volvió pues á la sala, y hallando en ella el cofre de que le habia hablado la Fiera, metió en él gran cantidad de piezas de oro de las muchas que allí habia. Cerrólo, y montando despues en su caballo, salió de este palacio con una tristeza igual á la alegría que tuvo cuando entró en él. Tomó el caballo á su voluntad una de las veredas que en el bosque habia, y el buen hombre se halló en pocas horas en su pequeña casa. Juntáronse sus hijos alrededor de él; pero lejos de recibir placer con sus caricias, no pudo dejar de llorar al verlos. Traia en la mano la rosa que llevaba para Bella, y al dársela la dijo : « Tomad, Bella, esa rosa, que costará bien cara á vuestro desgraciado padre; » y sucesivamente contó á su familia la funesta aventura que acababa de sucederle. Sus hijas mayores al oirle hicieron grandes exclamaciones, llenando de vituperios á su hermana (la cual permanecia sin llorar), y decian : « Ved aquí lo que produce la altanería de esta pequeña criatura. Ella no pidió como nosotras cosas regulares, porque hasta en esto quiso distinguirse; y siendo causa de la muerte de nuestro padre aún no llora. — Mi llanto seria inútil, dijo la Bella, si el monstruo se contenta con una de sus hijas, ¿qué razon hay

para llorar la muerte de mi padre? Yo me entregaré á todo el rigor de su furia, y me tendré en ello por feliz, pues con mi muerte conseguiré no solo salvar á mi padre la vida, sino manifestarle mi ternura. — No, hermana mia, dijeron sus hermanos, nosotros iremos á presentarnos á este monstruo, y acabaremos á sus golpes, si no pudiéramos matarle. — No lo espereis, hijos míos, añadió el mercader : la fuerza de esta fiera es tanta, que no me deja esperanza de que la mateis. Me pasma el buen corazon de la Bella, y no pienso exponerla á la muerte. Yo soy viejo, y ya no puede ser largo el resto de mi vida : solo por vosotros, queridos hijos míos, sentiré perder los cortos dias que me quedan. — La Bella, interrumpiendo sus palabras, dijo : « Yo os prometo, padre mio, que no ireis sin mí á ese palacio. Vos no podreis impedir que os siga. Estimo en poco la vida, aunque soy jóven, y quiero ser ántes devorada por el monstruo, que morir del pesar que me causaria vuestra pérdida. » Ultimamente, todas las diligencias que hicieron no fueron capaces de impedir que la Bella dejase de partir para el hermoso palacio, y esta resolucion llenó de gozo á sus dos hermanas, porque las habia inspirado rabiosos celos la virtud de esta jóven.

El mercader, poseído enteramente del dolor de perder á su hija, no se acordaba del cofre que habia llenado de oro ; pero cuando entró en su sala para acostarse se sorprendió viéndolo al lado de su cama, resuelto á no decir á sus hijos lo mucho que habia enriquecido, temiendo que quisiesen volverse á vivir á la ciudad, estando él determinado á morir en el campo : reveló este secreto únicamente á la Bella, y esta le avisó de que en su ausencia habian venido allí algunos caballeros que se mostraban apasionados de sus hermanas. Rogóle que las casase, porque su bondad no la permitia dejar de amarlas, ántes por el contrario las perdonó de todo su corazon el mal que la habian hecho. Estas dos perversas doncellas, para mostrar que lloraban por la partida de la Bella con su padre, se frotaron los ojos con cebolla. Este y sus hermanos lloraban de veras, y solo la Bella no lloraba, por no aumentarles su dolor. Habiendo pues tomado el caballo el camino del palacio lo descubrieron cerca de noche todo iluminado como la vez primera ; y sin necesidad de que nadie le guiase se fué el caballo derecho á la caballeriza. El buen hombre y su hija se encami-



naron al salon, donde encontraron una mesa bien provista



de viandas, y en ella dos cubiertos. Tenia el mercader pocos alientos para comer; pero su hija queriendo animar á su padre se sentó á la mesa, y le sirvió la cena, mostrando tranquilidad en lo exterior, no obstante que decia interiormente : « La Fiera trata de engordarme, haciéndome un recibimiento espléndido para comerme despues. » A corto rato llegó á sus oidos un ruido asombroso, y el mercader creyendo que seria la Fiera, se despidió llorando de su hija. A su horrible vista no fué posible á la Bella dejar de sorprenderse, bien que procuró disimular su miedo. Preguntóla el monstruo si habia venido de buena voluntad, y ella temblando le respondió que sí. « Yo os lo agradezco mucho, replicó la Fiera, y añadió : Vos, buen hombre, partid por la mañana, y no penseis jamas en volver aquí : Adios, Bella. — Adios, Fiera, respondió la Bella, » y al punto se retiró el monstruo. « ¡Ah, hija mia! dijo entonces el mercader abrazándose con la Bella : yo estoy casi muerto de espanto; creedme, hija, y dejadme á mí en vuestro lugar. — No, padre mio, respondió la hija con entereza : vos partireis mañana, dejadme pues al auxilio del cielo, de quien espero que tendrá piedad de mí. » Fueron á acostarse muy

seguros de que dormirían poco en toda la noche; pero luego que entraron en las camas se quedaron dormidos. Durante el sueño vió la Bella una dama que la dijo: « Estoy gozosa de vuestro buen corazon: y la buena accion que habeis ejecutado de dar vuestra vida por salvar la de vuestro padre no quedará sin recompensa. » Dió la Bella aviso de este sueño á su padre luego que se levantó; y aunque se consoló algun tanto al oirlo, no pudo contener las lágrimas cuando fué preciso separarse de su querida hija.

Esta, habiéndole despedido, se retiró á llorar á la sala; pero aprovechándose oportunamente de su grande espíritu, se encomendó á Dios de veras, y resolvió no tomar pesar por el poco tiempo que la quedaba de vida, á su parecer, creíala de que el monstruo la devoraria aquella misma noche. Trató pues de esperarle, visitando este magnífico palacio, cuya hermosura la tenia admirada, y lo quedó mas despues que encontró una puerta sobre la cual estaba escrito: *Aposento de la Bella*. Abrióla con precipitacion, y vió con embeleso la magnificencia de sus adornos; pero lo que le llamó particularmente la atencion fué una copiosa biblioteca, un clave, y varios libros de música que allí habia. « No quieren que esté triste, dijo en voz baja; y si hubiera de permanecer aquí un dia solo no me hubieran hecho semejante provision. » Animóse con estas reflexiones, y habiendo abierto la biblioteca, tomó un libro, en el cual vió escrito con letras de oro las cláusulas siguientes: *Disponed, mandad, vos sois aqui la reina y la señora*. « ¡O Dios! dijo ella suspirando. Lo que únicamente deseo es ver á mi padre, y saber lo que hace en este punto. » Habia pasado esto en su interior, y no pudo dejar de sorprenderse cuando volviendo los ojos á un grande espejo vió su casa, adonde llegaba su padre entónces con el semblante lleno de tristeza, y que sus hermanas se presentaban ante él rebosándoles por el rostro la alegría que les causaba su pérdida, no obstante los fingimientos con que procuraban manifestar su afliccion. Desapareció esto brevemente, y no pudo la Bella dejar de conocer que la Fiera era demasiado humana, y que de ella nada tenia que temer. A mediodía halló la mesa puesta, y en tanto que comia oyó tocar un excelente concierto, aunque no vió persona alguna. A la noche cuando iba á sentarse á la mesa sintió que el monstruo venia haciendo un formidable ruido, y no pudo dejar de estremecerse al verlo. Díjola este:



« Bella, ¿gustais de que os vea cenar? Y habiéndole ella



respondido temblando : — Vos sois el dueño, añadió la Fiera : no hay aquí otro dueño que vos, y en el momento que me digais que os doy pesar, me iré; pero decidme : ¿es cierto que os parezco muy feo? — Así es, yo no sé mentir, dijo la Bella; pero también es verdad que os juzgo muy bueno. — Teneis razon, y confieso que sobre mi fealdad carezco de entendimiento, no siendo otra cosa que una bestia. — No es bestia, replicó la Bella, quien cree no tener entendimiento : jamas ha conocido eso un insensato. — Comed pues, Bella, dijo la Fiera, y tratad de no estar con disgusto en vuestra casa, pues cuanto hay aquí es para vos, y me sería muy sensible que no estuviéseis contenta.

— Vos sois demasiado bueno, respondió la Bella : confieso que estoy gustosísima de vuestro buen corazon, y cuando pienso en esto no me pareceis feo. — Mi corazon es sin duda bueno, pero soy un monstruo, respondió la Fiera. — Muchos hombres hay que son mas monstruos que vos, dijo la Bella : yo os quiero mas con vuestra figura, que á los que con la de hombre ocultan un corazon falso, ingrato



y corrompido. — Si yo tuviera entendimiento, replicó la Fiera, os haria una larga arenga para daros gracias; pero siendo un estúpido, todo lo que puedo deciros es que os quedo muy obligado. »

La Bella, que ya casi no tenia miedo del monstruo, cenó con buen apetito : pero pensó morir de espanto cuando



oyó que el monstruo la dijo : « Bella, ¿quieres ser mi mujer? » Temerosa de excitar la cólera del monstruo con la repulsa, se tomó tiempo para responderle, y por último le dijo temblando : « No, monstruo. » Quiso este suspirar, y dió un silbo espantoso que hizo estremecer todo el palacio; pero la Bella se tranquilizó brevemente, porque habiéndola dicho la Fiera con un tono triste : « Adios, Bella, » se salió de la sala volviendo de rato en rato la cara para mirarla. Despues que quedó sola sintió en su corazon una compasion grande de esta pobre fiera, y decia ; « ¡O Dios! cuánto es mi sentimiento al ver que siendo tan buena sea tan horrible. »

Pasó la Bella tres meses en este palacio bastante tranquila, y la Fiera la visitaba todas las noches, entreteniéndola en tanto que cenaba con muy buen juicio, pero jamas con lo que en el mundo se llama talento. Cada dia descubria Bella nuevas bondades en el monstruo, y la costumbre de verlo la habia habituado tanto á su fealdad, que léjos de temer que llegase la hora de sus visitas, miraba frecuentemente su reloj deseosa de que dieran las nueve, por ser esta la hora en que infaliblemente se dejaba ver la Fiera: y lo que solo afligia á la Bella era que esta la preguntase siempre ántes de retirarse si queria ser su mujer; porque como ella le decia que no, se mostraba entónces el monstruo penetrado de dolor. Díjola pues un dia : « Mucho sentimiento me das, Fiera; yo bien quisiera poder casarme contigo, pero soy demasiado sincera para persuadirte que esto pueda acontecer. Lo que te prometo es, que seré siempre tu amiga : trata pues de contentarte con esto. — Forzoso me será, respondió la Fiera : hágame justicia, y conozco que soy demasiado horrible : os amo mucho, pero me juzgaré dichoso con que querais permanecer aquí; prometedme que jamas me dejaréis. » Estas palabras hicieron estremecer á la Bella. Habia visto en el espejo que su padre estaba poseido del pesar de haberla perdido, y deseaba volver á verle. Díjole pues : « Yo te prometeria absolutamente no dejarte; pero la ansia de ver á mi padre es tan excesiva, que moriré de dolor si no me concedes este gusto. — Antes moriré yo que intente causaros el menor pesar, dijo el monstruo : yo os enviaré á casa de vuestro padre, y miéntras esteis en ella vuestra pobre Fiera morirá de pena. — No, dijo la Bella llorando : yo te amo, y no quiero ser causa de tu muerte, y así te pro-

meto volver dentro de ocho dias. Tú me has hecho ver que mis hermanas están ya casadas, y que mis hermanos han marchado al ejército; y pues mi padre se halla solo, permí-



teme que esté una semana en su compañía. — Por la mañana estareis con él, dijo la Fiera: pero acordaos de vuestra promesa, y cuando querais volveros nada teneis que hacer sino poner vuestra sortija sobre una mesa al tiempo de acostaros. Adios, Bella, » y suspiró la Fiera segun su costumbre al pronunciar estas palabras. La Bella, llena de tristeza de verla, se acostó afligida, y cuando despertó el dia siguiente se halló en la casa de su padre. Sonó una campana que estaba al lado de su cama, y luego se dejó ver la criada. Esta viendo á la Bella prorumpió en grandes exclamaciones: acudió á las voces el buen hombre, y pensó morir de alegría al ver á su querida hija, con la cual estuvo abrazado mas de



un cuarto de hora. Fenecidos estos primeros movimientos de gozo, se acordó que no tenia ropas con que vestirse, pero la criada la dijo que ella habia visto en la sala inmediata un cofre lleno de galas guarnecidas de diamantes. Agradecida Bella á las atenciones de la Fiera, pidió á la criada la ménos exquisita, encargándole guardase las otras para regalarlas á sus hermanas; pero apenas acabó de darla esta órden se desapareció el cofre. El padre la dijo: « No quiere la Fiera sino que lo reserves todo para tí, » y al punto volvieron al mismo lugar las galas y el cofre. En tanto que la Bella se vistió fueron avisadas las hermanas de su venida, y ellas vinieron á visitarla acompañadas de sus maridos. Ambas á dos eran infelices, pues el de la primera era un caballero



tan hermoso como Cupido; pero estaba tan enamorado de sí propio, que por pensar en esto todo el dia, despreciaba la

belleza de su esposa. La segunda estaba casada con un hombre de mucho talento, pero le empleaba únicamente en mortificar á todo el mundo, empezando por su mujer. Las hermanas de Bella pensaron morir de dolor al verla vestida como una princesa, y mas hermosa que el sol. Aunque ellas las hizo mil caricias no disminuyó esto sus celos, ántes se aumentaron mucho cuando las refirió la dicha que habia tenido. Estas dos celosas se bajaron al jardin á llorar juntas la felicidad de su hermana, y decian : « ¿ Por qué ha de ser mas dichosa que nosotras esta pequeña criatura? ¿ No somos mas amables que ella? — Yo he pensado una cosa, hermana mia, dijo la mayor á la mediana : lo que debemos hacer es procurar detenerla aquí ocho dias mas, y con esto la simple Fiera enfurecida, viendo que la falta á su palabra, la devorará sin duda. — Teneis razon, respondió la otra, y para conseguirlo conviene que tratemos moverla con halagos. » Tomada por ellas esta resolucion, volvieron á subir, é hicieron á su hermana tantas caricias, que la Bella lloraba de alegría. Al concluirse los ocho dias las hermanas se arrancaban los cabellos, é hicieron tantos fingidos extremos de sentimiento por su partida, que las prometió permanecer en su compañía ocho dias mas.

Conoció la Bella sin embargo el pesar que de esto recibiría la Fiera, y se reprendia por ello, porque la amaba tan de veras, que le era insufrible el carecer de su vista. La décima noche que estuvo en casa de su padre soñó que se hallaba en el jardin del palacio, y que en él veia á la Fiera tendida sobre la yerba cercana á la muerte, la cual le hacia cargo de su ingratitud. Dispertó Bella sobresaltada y llorosa, diciéndose á sí misma : « Demasiado perversa soy en dar pesar á una Fiera que me conserva una voluntad sin límites. Si es fea y carece de entendimiento, es buena, y esto vale mas que todo. ¿ Por qué causa he rehusado yo su casamiento? ¿ Acaso no seré yo con ella mas feliz que lo son mis hermanas con sus maridos? La hermosura y el talento del hombre no es lo que hace que viva su mujer gustosa, sino la bondad del carácter, la virtud y la complacencia. La Fiera reúne en sí todas estas cualidades, y aunque no la tengo amor, tengo para con ella estimacion, amistad y reconocimiento; y léjos de pensar en hacerla desdichada, me reprenderé para siempre mi ingratitud. » Diciendo esto se levantó Bella, y puso su sortija sobre la mesa, y volvió



á acostarse, quedándose al punto dormida; y cuando despertó la mañana siguiente vió con alegría que estaba en el palacio de la Fiera. Vistióse magníficamente por agradarla, y sentia con exceso haber de esperar hasta las nueve de la noche para verla : dió por fin el reloj esta hora sin que la Fiera se dejase ver. La Bella entónces, temiendo haber causado su muerte, corrió todo el palacio exhalando profundos suspiros, llegando casi á términos de desesperarse. Despues de haberla buscado inútilmente por todas partes, se acordó de su sueño : corrió por el jardín hácia el sitio donde la habia visto, y aquí fué donde encontró á la pobre Fiera tendida y sin conocimiento alguno. Juzgándola por muerta, se acercó á ella sin tener horror á su figura ; y sintiendo que la latia aún el corazon, tomó agua de un estanque, y roció con ella el rostro de la Fiera; abrió entónces esta los ojos, y dijo á la Bella : « Olvidásteis vuestra promesa, y el pesar de haberos perdido me hizo resolver á dejarme morir de hambre; pero vivo contenta ya, pues tengo el placer de haberos vuelto á ver. — No, Fiera mia, no morirás : vive pues para ser esposo mio, pues desde este punto te prometo mi mano, y juro no ser de otro que de tí. ¡O Dios! Yo creia no tener contigo sino una buena amistad, pero el dolor que padezco me hace ver que no podía vivir sin verte. » Luego que concluyó la Bella estas palabras vió iluminado el palacio, y los fuegos y música, todo le anunciaba una fiesta; pero nada detuvo su vista. Volvióse pues hácia su querida Fiera, cuyo mal la hacia temblar. Aquí fué su sorpresa : la Fiera habia desaparecido, y solo vió á sus piés un príncipe mas hermoso que el amor, que la daba gracias porque habia fenecido su encantamiento. Aunque mereciese este príncipe toda su atencion, no pudo dejar de preguntarle dónde estaba la Fiera. « A vuestros piés la teneis, dijo él : una perversa encantadora me condenó á permanecer bajo esta figura hasta que una hermosa dama quisiese casarse conmigo. Tú sola en el mundo has sido capaz de dejarte mover de la bondad de mi carácter; y áun ofreciéndote una corona creo que no te pago las obligaciones que te debo. » Sorprendida dulcemente la Bella dió su mano á este hermoso príncipe para que se levantara. Caminaron los dos hácia el palacio, y la Bella pensó morir de alegría, porque encontró allí á su padre y á toda su familia, á quienes la hermosa dama que en el sueño se le habia aparecido

habia conducido á él : « Bella, la dijo esta dama (que era una grande encantadora), venid á recibir la recompensa



de vuestra eleccion : habeis preferido la virtud á la hermosura y al talento ; y merecis hallar todas estas cualidades reunidas en una misma persona. Vais á ser una augusta reina, y yo espero que el trono no desvanecerá vuestras virtudes. Por lo que hace á vosotras, señoras mías, dijo la encantadora á las dos hermanas de Bella, conozco vuestro corazon, y toda la malicia que en sí encierra : os convertireis en dos estatuas, pero conservareis toda vuestra razon bajo de la piedra que os envolverá. Permanecereis á la puerta del palacio de vuestra hermana, sin que yo os imponga otra pena que la de que seais testigos de su felicidad ; y no podreis volver á vuestro primer estado hasta que no os enmendeis y conozcais vuestras faltas ; pero me temo mucho que permanecereis siempre estatuas ; pues aunque suele corregirse el orgullo, la cólera, la golosina y la pereza, es una especie de milagro la conversion de un corazon perverso y envidioso. » En este punto dió la encantadora un golpe en el suelo con una varita, que trasportó á cuantas en la sala estaban al reino del príncipe. Sus súbd-



tos lo vieron con alegría, y habiéndose casado con la Bella, vivió esta con él muy largo tiempo en una perfecta felicidad, porque estaba fundada sobre la virtud.

PALMIRA. — ¿Y las hermanas permanecieron siempre estatuas?

AYA. — Sí, querida mia, porque siempre tuvieron el corazon perverso.

JULIETA. — Yo estaria escuchando á V. una semana sin fastidiarme. A esa Bella la amo con exceso; pero me parece que si me hubiera hallado en su lugar no hubiera querido casarme con la Fiera por ser tan horrible.

SOFIA. — Pero, señora, ella era tan buena, que no hubiera V. querido dejarla morir de pesar, mayormente despues que la hubiese hecho tanto bien.

JULIETA. — Yo hubiera dicho lo que al principio la Bella; seré vuestra amiga, pero no quiero ser vuestra mujer.

MARIQUITA. — A mí me hubiera dado mucho miedo y me habria parecido que me iba siempre á comer.

ELENA. — Yo creo que, como la Bella, me hubiera acostumbrado á verla. Cuando tomó papá por lacayo á un muchacho negro tenia yo miedo de él, me escondia cuando le encontraba, y me parecia mas feo que una fiera; pero poco á poco me he acostumbrado á él, de forma que ya me sube á la carroza cuando entro en ella, y ni aún pienso en su cara.

AYA. — Elena tiene razon : se acostumbra una á la fealdad, pero jamas á la maldad : no debe ninguna afligirse por ser fea; mas es necesario procurar ser tan buena, que puedan olvidarse de nuestra cara por amor de nuestro corazon. Entended tambien, niñas mias, que tienen siempre recompensa las que hacen su deber. Si la Bella hubiese sido ingrata con la pobre fiera, no hubiera llegado á ser una grande reina. Notad asimismo cuán perversos se hacen los que son envidiosos : este es el mas vil de todos los defectos.

Aun no son mas que las tres, niñas mias. Paseaos hasta las cuatro, y podeis correr y saltar á vuestro placer con tal que esteis á la sombra. Yo que soy vieja y no puedo andar, quiero quedarme aquí con la señorita Sofia, que no se halla muy buena.

MARIQUITA, *que vuelve poco despues*. — Señora Aya, vea V. qué bonitas mariposas hemos cogido : yo quiero meter

la mia en una caja, y sustentarla; podrá ser que produzca otras pequeñas; y así vendré á hacerme con una familia de mariposas.



AYA. — Lo que os aturdirá, hija mia, será hallar en lugar de mariposas una familia de orugas.

MARIQUITA. — Pero señora, si yo meto una mariposa en mi caja, y no una oruga, ¿cómo he de encontrar en ella otra cosa que una mariposa?

AYA. — Ciertó es que en una caja ó en otra cosa no puede encontrarse sino lo que en ella hay : pero sabed, querida mia, que esta mariposa que tan bonita os parece, era cuando vino al mundo un gusanillo, y despues una vil oruga, que por fin se convirtió en mariposa.

JULIETA. — Esto es como los metamorfóseos : pero diga V., Aya mia, ¿cómo esto puede hacerse? porque yo he mirado á los metamorfóseos como unos cuentos oportunos para entretener á los niños.

AYA. — Estais engañada, querida mia : son los metamorfóseos la historia de los Griegos envuelta y oculta bajo de las fábulas, y yo os haré ver, en siendo mas grande, la correspondencia que tienen con la historia.

JULIETA. — Siempre me dice V. que cuando sea mas



grande me dirá lo que deseo saber; pero señora Aya, presto cumpliré trece años. Yo no soy niña; ¿por qué pues no me dice V. ahora lo que en adelante quiera decirme?

AYA. — Porque hay muchas cosas que debeis saber en otro tiempo. Para haceros ver la correspondencia que los metamorfóseos tienen con la historia, es indispensable saber esta. Procurad aprenderla, y despues os instruiré sobre todo lo que querais saber.

MARIQUITA. — Señora Aya, ¿será necesario que espere tambien á ser más grande para saber cómo puede la mariposa ser despues oruga?

AYA. — No, mi querida. Por agradaros quiero guardar algunas mariposas. Estas pondrán huevos en el otoño sobre algunas hojas que las daré. Morirán las mariposas despues de haber puesto sus huevos, y yo entónces pondré la hoja al sol. Cuando estos huevos estén fermentados se volverán pequeñas orugas, que hilarán luego que se aviven, del mismo modo que veis hilar á las arañas; de este hilo se fabricarán una casa en que se ocultarán para no sentir el frio durante el invierno.

ELENA. — ¿Y de dónde han de sacar la materia para hacer este hilo?

AYA. — Dios que las ha criado las da todo cuanto necesitan para vivir y conservarse; y por eso tienen ellas en su cuerpo un almacen donde encuentran de qué hacer el hilo necesario para formar su casa.

MARIQUITA. — V., señora Aya mía, dará de comer á estas orugas; pero á las que están en el campo ¿quién las da de comer en su casita?

AYA. — Nadie, querida mía, pero tampoco tienen ellas necesidad, porque no comen hasta que son bastante grandes. Cuando haga calor saldrán de su casa, y despues de haber comido algun tiempo vereis que se labrarán una sepultura donde se méterán quedando como muertas, y entónces parecerán una haba; pero de allí á poco tiempo se moverá esta haba, y saldrá de ella una cabeza, patas, alas, y por último una pulida mariposa como esta, que se mantendrá de flores hasta que haya puesto sus huevos, y se muera.

MARIQUITA. — ¿Y veremos nosotras todo esto, señora Aya?

AYA. — Sí, mi querida, todo esto vereis, y otras muchas

bellas cosas, si como espero, vamos juntas al campo. Entre tanto, voy á mandar buscar una docena de mariposas, las que guardaré en mi gabinete, donde haré poner todos los dias flores nuevas, y despues las haremos algunas visitas. Ahora vamos á tomar el té, y luego repetiremos nuestra historia. A vos os toca el turno, Elena.

ELENA. — Mucho tiempo despues de la muerte de Adan y Eva se hicieron los hombres tan perversos, que Dios les tomó horror. Eran mentirosos, glotones y coléricos, y no se acordaban del Señor; en una palabra, nada hacian que no fuese malo. Resolvió Dios castigarlos; pero teniendo un hombre bueno entre estos perversos, le mandó que hiciese una casa muy grande de madera, y que metiese en ella toda especie de animales. Este hombre bueno se llamaba Noé, y luego que se concluyó la casa entró en ella con su mujer



y sus tres hijos, llamados Sem, Cam y Jafet, los cuales tambien tenian sus mujeres. Despues que estuvieron dentro de esta casa, á quien llamaron *Arca*, arrojó Dios tanta agua por espacio de cuarenta dias con sus noches, que subió sobre las casas, los árboles y las montañas, de modo que fueron anegados todos los hombres, y lo propio todos los animales. No se anegó Noé como los otros, porque habia Dios cerrado bien el arca, y esta se sostenia sobre el agua. Despues que todos los hombres fueron muertos cesó la lluvia, y sucedió un gran viento que secó la tierra. Entónces habiendo Noé



abierto una ventana del arca dejó salir un cuervo. El cuervo es un vil animal, que come cuerpos muertos, y como encontró muchos sobre la tierra, no volvió al arca. Algun tiempo despues abrió Noé otra vez la ventana, y dejó salir una hermosa paloma. Esta cogió una rama de un árbol, y se la llevó en su pico. Dijo Dios despues á Noé que saliese del arca. Noé se hincó de rodillas con toda su familia para dar gracias al Señor, y á este tiempo vió en el cielo una cosa grande que era azul, roja, verde y morada (esto se llama *arco íris*); y le dijo Dios : « Yo te enviaré este arco íris en lo sucesivo para que te acuerde que no habrá jamas otro diluvio; esto es, tan grandes lluvias sobre la tierra. »

MARIQUITA. — Señora Aya, ¿qué fué lo que comieron Noé, sus hijos y todos los animales mientras estuvieron en el arca?

AYA. — Habian introducido en ella que comer. V., querida mia, ha estado en América : fué en un navío, que es casi lo propio que el arca, y en él habia que comer, porque lo habian prevenido.

MARIQUITA. — Es verdad, Aya mia, y tambien habia en el ventanas. Yo tenia siempre miedo de que se hundiese en el agua. Pero ¿de qué procede que se mantenía sobre ella el navío, siendo así que un cuchillo que dejó caer se fué al punto al fondo del mar?

AYA. — De que el agua que está debajo del navío es mas pesada que él, y le sostiene, y á vuestro cuchillo, por ser mas pesado que el agua, no lo pudo esta sostener.

JULIETA. — Pero señora Aya, un navío es mas pesado que un cuchillo.

AYA. — Es verdad, querida mia, pero tambien hay mas cantidad de agua que lo sostenga, no habiéndola apenas debajo del cuchillo. Experimentemos esto en el estanque que está al fin del jardín. Tomaré un pedazo de madera tan grueso como el plomo que aquí tengo : ahora bien, vosotras vis que la madera no se hunde en el agua, y el plomo sí, que es mas pesado que ella. Este pajarito que está sobre esa rama no la hace doblar, porque ella es mas pesada que él, y si subiese yo, la troncharia porque soy mas pesada que ella.

MARIQUITA. — Ya lo entiendo, señora Aya; y cuando vuelva á embarcarme ya no tendré miedo, porque reflexionaré que el navío no puede hundirse por ser el agua mas pesada que él.

AYA. — Ahora pues, Elena, ¿no habeis discurrido alguna cosa sobre la historia que acabais de oír?

ELENA. — Sí, señora Aya. Así como Noé pensó en dar inmediatamente gracias á Dios, no olvidaré yo dárselas todos los días por todo lo que me ha dado.

MARIQUITA. — Segun eso, ¿os da Dios alguna cosa? A mí jamas me ha dado nada.

AYA. — ¿Qué es lo que decís, querida mia? Él os ha dado vuestros oídos, vuestros piés y vuestras manos: os da lo que comeis, lo que vestís; y en una palabra os da todo lo que teneis.

MARIQUITA. — Perdone V., señora Aya, que mamá es quien me da mis vestidos, y lo que como.

AYA. — Acordaos bien, querida mia, que Dios lo ha hecho todo, y que todo es suyo. Si él no hubiera dado á vuestra madre dinero para compraros los vestidos, el pan, y todas las cosas de que teneis necesidad, nada tendríais.

MARIQUITA. — ¡Oh! pues de esa suerte quiero amar á un Dios tan bueno, que me da todas estas cosas.

AYA. — Eso, querida mia, es justísimo, y para dar al Señor pruebas de vuestro amor habeis de ser muy buena, porque esto le es sumamente agradable.

MARIQUITA. — ¿Hizo Dios tambien á mi abuelita que está en América?

AYA. — Ha hecho todo cuanto hay en cielo y tierra, niñas mías; pero parece que va á llover, subamos á la sala.

PALMIRA. — ¡Ah! señora Aya; mire V. hácia este otro lado, y verá lo que V. llama arco iris; ¡qué bellos colores tiene!

AYA. — Lleva V. razon, querida mia. Ahora bien, cuando se ve este arco debemos acordarnos que él es la señal que nos da Dios de haber hecho la paz con los hombres; y tantas cuantas veces veamos el arco iris debemos asimismo darle gracias con todo corazon de la bondad que ha tenido en perdonarnos. Subamos con brevedad, pues ademas de que caen gotas, son ya las seis, y es forzoso separarnos. Sofía necesita acostarse temprano. Yo os espero pasado mañana, pero encargo sobre todo que no se coma con tanta precipitacion.

JULIETA. — Nosotras comeremos sosegadamente, señora Aya, pero hemos de tener en recompensa un cuento ántes de marcharnos.

AYA. — Está bien, yo os lo prometo así, niñas mías.



## DIALOGO SEXTO

## TARDE CUARTA

PALMIRA. — Hemos estado á la mesa media hora, señora Aya; ¿conque nos contará V. una historia.

AYA. — Con mucho gusto; ¿pero Palmira no tiene cosa alguna que darme?

PALMIRA. — Sí, Aya mia : vea V. aquí un papel donde hallará cosas bien malas; y por lo mismo suplico á V. lo lea para sí.

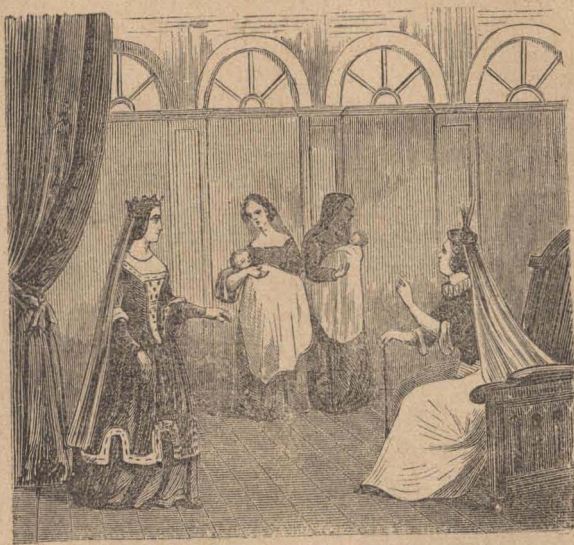
AYA. — Eso será mientras vosotras merendais; ahora es justo que yo cumpla mi palabra : sentaos pues, y pagaré mi deuda, refiriéndoos un cuento.

## FATAL Y AFORTUNADO

## CUENTO

Hubo en cierto tiempo una reina, que habiendo tenido dos hijos muy hermosos, rogó á una encantadora, que era su amiga, fuese madrina de estos príncipes, y les hiciese algun don. « Yo doy al mayor, respondió ella, toda clase de desdichas hasta la edad de veinticinco años, y le pongo por nombre Fatal. » Al oír estas palabras prorumpió la reina en grandes exclamaciones, dirigiendo sus súplicas á la encantadora para que cambiase el don. « No sabeis lo que pedis, dijo ella : si no fuese desgraciado será perverso. » La reina no se atrevió á hablar mas palabra; pero rogó á la encantadora la dejase elegir un don para su segundo hijo. « Aunque tal vez escogereis lo peor, me convengo no obstante en concederos lo que á su favor pidais, replicó la encantadora. — Yo deseo, dijo la reina, que acierte en cuanto emprenda, que es el modo de sacarle perfecto. — Puede ser que os

engañeis, dijo la encantadora; y por esto solo le concedo este don hasta los veinticinco años. »



Entregaron los dos pequeños príncipes á dos amas, pero á la del primogénito la acometió al tercer dia la calentura. Diéronselo á otra, y esta, habiendo dado una caída, se quebró una pierna. De modo que habiéndose esparcido la voz de que no tenían suerte las amas con el príncipe, ninguna queria criarlo ni arrimarse á él. Este pobre infante lloraba de hambre, pero su llanto á nadie movia á compasion, hasta que una robusta aldeana que tenia muchos hijos se ofreció á criarle con tal que la diesen una considerable cantidad de dinero; á lo que accedieron el rey y la reina, mandando que se lo llevase á su aldea. El segundo príncipe, que se llamaba Afortunado, se criaba perfectamente, y sus padres le amaban con exceso, sin acordarse del mayor. La mala mujer á quien este habia sido entregado luego que llegó á su casa le quitó las preciosas mantillas con que iba envuelto, y se las puso á un hijo que tenia de la misma edad del príncipe; y habiéndole puesto unas malas envolturas, lo llevó á un bosque donde abundaban las fieras,



dejándolo en una cueva con tres leoncitos que allí halló, para que fuese devorado por ellos. La leona, madre de estos leoncillos, lejos de hacerle mal, le dió de mamar, y con su leche se crió tan robusto, que al cabo de seis meses andaba ya por sí solo. El hijo del ama, a quien esta hacia pasar por el príncipe, murió en este intermedio, y lo creyeron el rey y la reina. Permaneció Fatal en el bosque hasta dos años, y al fin de ellos un señor de la corte que andaba cazando lo encontró en él, y compadecido de verle entre las fieras lo hizo llevar á su casa, donde le tuvo, hasta que habiendo sabido que se buscaba un muchacho á fin de que hiciese compañía al príncipe Afortunado, con este motivo le presentó á la reina. Llegó el caso de dar á Afortunado maestro que le enseñase á leer, pero le mandaron que no le hiciese llorar. Entendió esto el jóven príncipe, y lloraba cada vez que tomaba el libro : de modo que tenia ya cinco años sin haber llegado á conocer las letras, cuando Fatal no solo leia perfectamente, sino que escribia ya muy bien. Ordenaron al maestro que para amedrentar al príncipe azotase á Fatal siempre que Afortunado faltase á su deber; y aunque aquel ponía cuidado en aplicarse y aprovechar, no por eso se eximia del castigo; pero una disposicion semejante de nada pudo servir mas que de hacer á Afortunado tan voluntarioso y tan perverso, que no pensaba sino en maltratar continuamente á su hermano, á quien no conocia por tal. Cuando daban á este una manzana ó algun juguete, al punto se lo arrebatava de la mano : cuando hablaba le obligaba á que callase; y cuando gustaba de guardar silencio le hacia que hablase por fuerza; en una palabra, era un niño mártir, de quien nadie tenia compasion. De este modo vivieron hasta los diez años de su edad, y la reina se aturdia de ver la ignorancia de su hijo. « La encantadora me ha engañado, decia : yo queria que acertase en todo cuanto emprendiese, porque creí que de este modo seria el mas sabio de todos los príncipes. » Resolvió ir á consultar sobre esto á la encantadora, y esta la dijo : « Lo que convenia era que hubiéseis deseado para vuestro hijo una buena voluntad, y no talentos : él quiere ser malo, y como lo veis, se sale con ello. » Dicho esto volvió á la reina las espaldas, y la pobre princesa se retiró llena de afliccion á su palacio. Riñó al príncipe Afortunado agriamente, creyendo que por este medio le obligaria á portarse mejor;

pero él, bien lejos de hacerlo así, aseguró que si le molestaban se dejaría morir de hambre. La reina entónces toda asustada le tomó en sus brazos, le besó, le dió confites, y le dijo que no leería en ocho dias con tal que la diese palabra de no dejar de comer. Entre tanto el príncipe Fatal era un prodigio de ciencia y de afabilidad. Se habia acostumbrado tanto á que todos le contradijesen, que no tenia voluntad propia, y solo se aplicaba á precaverse de los caprichos del perverso Afortunado. Rabiaba este de envidia, no pudiendo tolerar que aquel fuese mas hábil, y sus ayos por lisonjearle pegaban á Fatal continuamente. Por último el malvado príncipe llegó á aborrecer tanto á Fatal, que dijo á la reina que no queria volver mas á verle, y que no probaria bocado hasta que se le arrojase del palacio. Vióse pues Fatal en la calle, sin que nadie quisiese recogerle por no incurrir en el enojo del príncipe; y muerto de frio, por ser en invierno, pasó la noche debajo de un árbol, sin haber cenado otra cosa que un pedazo de pan que le habian dado de limosna. La mañana del dia siguiente hizo esta reflexion: « Mi deseo no es el permanecer aquí en ociosidad; quiero trabajar para sustentarme en tanto que llego á edad competente para ir á la guerra. Yo me acuerdo haber leído en las historias, que de simples soldados han llegado á ser algunos grandes capitanes; ¿por qué pues no podré yo esperar igual fortuna si soy hombre de bien? Hállome sin padre ni madre, pero Dios es padre de los huérfanos. Él me dió por ama una leona, y espero que no ha de desampararme. » Despues de haber reflexionado de este modo, se levantó Fatal, y se puso en oracion, como lo tenia de costumbre todos los dias por la mañana y por la noche, en cuyo tiempo acostumbraba tener los ojos bajos y las manos juntas, sin volver á uno ni á otro lado la cabeza. En tanto que él oraba de este modo, pasó por aquel sitio un labrador, y notando el fervor con que Fatal se encomendaba á Dios, hizo de él un juicio aventajado. Persuadido pues á que sin duda seria un honrado jóven, y que por sus respetos le colmaria Dios de bendiciones, resolvió llevarle en su compañía para hacerle pastor de sus ganados: aguardó á que concluyese sus oraciones, y le dijo: « Amigo mio, yo gustaria que guardáseis mis ganados: si á este fin quereis venirós conmigo, yo os mantendré y cuidaré de vos. — Con mucho gusto, respondió Fatal, y procuraré hacer cuanto



me sea posible para serviros bien. » Era este labrador un



rentero rico, que tenia gran porcion de criados; y estos y su mujer le robaban continuamente. Luego que vieron á Fatal se alegraron mucho, porque se persuadieron que por ser muchacho lo reducirian fácilmente á sus mañas. Cierta dia le dijo la mujer : « Mi marido es tan avaro, que nunca me da dinero; para tenerle voy á vender un carnero, y tú podrás decir que se le comió el lobo. — Respondiôla Fatal : Señora, aunque deseo complaceros de todo mi corazon, os aseguro que en lo que me pedís no me es posible daros gusto, porque me dejaré quitar la vida ántes que ser ladron ni mentiroso. — Eres un necio, le dijo su ama : nadie sabrá que tú lo has hecho. — Lo sabrá Dios, replicó Fatal, que ve todo cuanto nosotros ejecutamos, y castiga á los ladrones y á los embusteros. » Oidas por la rentera estas palabras,

se arrojó sobre él, le dió de bofetones, y le arrancó los cabellos. Lloraba Fatal, y oído su llanto por el amo, preguntó á su mujer la razon de pegar á aquel jóven. « Porque es un goloso, respondió ella, y esta mañana le ví comer un cuenco de natas que yo tenia dispuesto para llevar á vender al mercado. — Pues pícaro, añadió el amo, ¿no sabes que es pecado ser goloso? » y llamando á otro criado, le mandó que azotase á Fatal, sin que le valiese al pobre muchacho la constancia con qué aseguró repetidas veces no haberse comido las natas. Salió despues de esto otro dia al campo con sus carneros, y le dijo su ama : « ¿Me darás ahora un carnero? — De ningun modo, respondió él : vos podeis ejecutar contra mí cuanto querais, pero jamas me forzareis á mentir. » Era esta mujer muy perversa, y por un espíritu de venganza regalaba á los demas criados para que castigasen á Fatal, á quien ademas de la penalidad de tenerle en el campo de dia y de noche, léjos de tratarle en cuanto al alimento con igualdad á los demas criados ( pues solo se le daba pan y agua), le acusaba, y achacaba á él cuanto malo se hacia en la casa. Permaneció un año con el labrador y aunque en todo él fué escasamente mantenido, y no tuvo otra cama que el suelo, se puso tan robusto y fuerte, que todos le juzgaban de quince años, no teniendo mas que trece. Ademas de esto se habia hecho tan sufrido que no perdía la paciencia aún cuando le reñian sin causa. Hallábase un dia en el mercado, y habiendo oído decir en él que un rey confinante sustentaba con otro una viva guerra, pidió licencia á su amo para ir á servirle, y habiéndosela dado, se puso en camino, y á pié llegó al reino de este príncipe, donde sentó plaza de soldado. Alistóse con un capitán que sin embargo de ser un gran señor en aquel país, tenia unas propiedades muy semejantes á las de un mozo de mulas. Era jurador, mal encarado, y castigaba á los soldados sin mas causa que su antojo, quitándoles ademas de esto la mitad del dinero que el rey les daba para comer y vestir. Bajo el mando de este perverso capitán fué Fatal aún mas desdichado que en casa del labrador. Habia sentado plaza por diez años, y aunque frecuentemente veia desertar á los mas de sus camaradas, nunca quiso seguir su ejemplo, porque decia él : « Yo he recibido el dinero en fe de que he de servir diez años, y faltar á mi palabra será robar al rey. » Aunque el capitán era un mal hombre, y no



trataba á Fatal mejor que á los otros, sin embargo le estimaba porque veía que cumplía siempre con su obligacion. Dábale dinero para sus encargos, y le confiaba la llave de su cuarto en las ocasiones que iba al campo á caza, ó cuando comia en casa de sus amigos. No era este capitán inclinado á la lectura de libros, pero tenia no obstante una gran librería, para dar á entender á los que venían á visitarle que era hombre sabio; porque en aquel país se tenia por necio é ignorante al militar que no queria instruirse. Fatal, luego que evacuaba su obligacion, en lugar de irse á la taberna, ó á jugar con sus camaradas, se encerraba en la habitacion del capitán, y aplicándose á aprender su oficio, leyendo las vidas de los grandes héroes de la antigüedad, se hizo capaz de mandar un ejército. Habian ya pasado siete años que era soldado cuando se ofreció una guerra, y su capitán teniendo que ir á reconocer un pequeño bosque, llevó á este fin seis soldados y á Fatal en su compañía: luego que estuvieron en el bosque dijeron estos en voz baja: « Matemos á este hombre, que sobre darnos de palos, nos quita nuestro pan. » Dijo entónces Fatal que de ningún modo cometeria semejante maldad; é irritados los otros contra él, le amenazaron que lo matarian con el capitán. Echaron pues manos á las lanzas; pero poniéndose Fatal



al lado de su jefe; se defendió con tanto valor, que por

su propia mano mató cuatro soldados. Su capitán, viendo que le debía la vida, le pidió perdón de todo el mal que le había hecho; y dando después cuenta al rey de lo que le había sucedido, el monarca hizo capitán á Fatal, señalándole además una considerable pensión. Sus soldados jamás pensaron en matar á Fatal porque les amaba como á hijos, y lejos de quitarles lo que les correspondía, les daba de su propio dinero cuando cumplían con su obligación. Cuidaba de ellos cuando estaban heridos, y jamás los reprendía con aspereza. Llegó el caso de darse una batalla, y habiendo muerto en ella el que mandaba el ejército, huyeron todos los oficiales y soldados. Fatal entonces levantando la voz dijo, que antes quería morir con las armas en la mano, que volver cobardemente la espalda al enemigo. Sus soldados le aseguraron que no le abandonarían jamás; y avergonzados los otros con su buen ejemplo, se formaron alrededor de Fatal, portándose de modo, que hicieron prisionero al hijo del rey enemigo. Gozoso el príncipe excesivamente de la victoria, hizo á Fatal general de sus ejércitos, y presentándolo después á la reina y á la princesa su hija, las besó la mano. Quedó Fatal sorprendido á vista de la princesa, porque su hermosura le enamoró sobremanera, y en esta ocasión fué cuando se juzgó bien desdichado, conociendo que su desigualdad le hacía incapaz de merecerla por esposa. Resolvió pues disimular cuidadosamente su amor á costa de sufrir incesantemente los mayores tormentos, y mucho más cuando supo que habiendo visto Afortunado un retrato de la princesa Graciosa (así se llamaba), se había enamorado de ella, y enviaba embajadores que la pidiesen en casamiento. Pensó entonces Fatal morir de pesar; pero esta princesa, que sabía que Afortunado era un príncipe inicuo, rogó tan encarecidamente á su padre que no la forzase á casar con él, que respondió á los embajadores que la princesa no pensaba aún en casarse. Afortunado, que no estaba acostumbrado á sufrir contradicciones, se enfureció cuando le refirieron la respuesta de Graciosa; y su padre, que no acertaba á negarle nada, declaró la guerra al padre de la princesa. No tomó este por ello pesar alguno, porque decía no temía ser vencido mientras tuviese á Fatal al frente de su ejército. Envío pues á llamar á su general, y le dijo se dispusiese para salir á campaña. Fatal puesto á sus pies le respondió que él había nacido en el reino del



padre de Afortunado, y que no podía pelear contra su patria y rey. Enojóse sobremanera el padre de Graciosa y le dijo que le haria morir si rehusaba obedecerle; y que por el contrario si alcanzaba la victoria sobre Afortunado, le daria á su hija en casamiento. Fatal, que amaba con extremo á Graciosa, no estuvo léjos de condescender, pero en fin se resolvió á hacer lo que debia; y sin decir cosa alguna al rey, dejó la corte, abandonando todas sus riquezas. Entre tanto se puso Afortunado al frente de su ejército para ir á hacer la guerra; pero cayó malo al fin de cuatro dias de fatiga, porque por su demasiada endeblez, procedida de no haber hecho jamas ejercicio alguno, el calor, el frio y cualquiera trabajo le ponía malo. En este intermedio, queriendo el embajador lisonjear á Afortunado, le participó como habia visto en la corte del padre de Graciosa al pequeño jóven que él habia desterrado de su palacio, á quien se decia que este rey habia prometido su hija. Con esta noticia se llenó de cólera Afortunado, y al punto se puso bueno; y partiendo con ánimo de destronar al padre de la princesa, prometió una gran suma de dinero al que le entregase á Fatal. Ganó Afortunado grandes victorias; si bien no combatia por sí mismo temeroso de que le matasen; y por último, habiendo sitiado la ciudad capital de su enemigo, resolvió dar el asalto. La víspera de este dia condujeron á su presencia á Fatal atado con gruesas cadenas, á cuyo fin habian salido en su busca gran número de personas. Contento Afortunado de poder vengarse, determinó mandar cortar la cabeza á Fatal á vista de sus enemigos ántes de dar el asalto. Dió este mismo dia un gran banquete á sus oficiales, porque celebraba en él el de su nacimiento, y cumplía justamente veinticinco años. Los soldados que estaban en la ciudad, habiendo sabido la prision de Fatal, y que dentro de una hora habian de cortarle la cabeza, resolvieron morir ó libertarle, acordándose del bien que les habia hecho miéntras fué su general. Pidieron permiso al rey para salir al combate, y quedaron en esta ocasion victoriosos. Como Afortunado acababa de cumplir los veinticinco años, cesó en él el don que le prometió la encantadora, y cuando quiso ponerse en huida fué muerto. Los soldados vencedores corrieron á quitar á Fatal las cadenas, y en el propio momento vieron parecer en el aire dos carros resplandecientes. Estaba en el uno la encantadora, y en el otro el padre y la madre

de Fatal, pero dormidos, los cuales no despertaron hasta que los carros tocaron en el suelo; y entónces se espantaron de verse en medio de un ejército. La encantadora á este punto, hablando con la reina, y presentándola á Fatal,



la dijo : « Señora, reconoced en este héroe á vuestro hijo primogénito. Las desdichas que ha experimentado han corregido su carácter, que era violento y arrojado. Afortunado, por el contrario, habiendo nacido con buenas inclinaciones, fué absolutamente echado á perder por la lisonja. No ha permitido Dios que viva mas largo tiempo, porque hubiera sido cada dia mas perverso : acaba de ser muerto, pero para que os consoleis con su pérdida, sabed que tenia determinado destronar á su padre, porque vivia con deseos de ser rey: » Quedaron aturcidos el rey y la reina, y abrazaron con buen corazon á Fatal, de quien habian oido hablar aventajadamente: La princesa y su padre escucharon con gusto la aventura de Fatal. Este casó con Graciosa, vivió con ella largo tiempo en una perfecta concordia, porque los habia unido la virtud.

PALMIRA, dando un suspiro. — ¡ Ay! gracias á Dios, ya estoy contenta de ver al pobre Fatal tranquilo. Continuamente estaba temiendo que el perverso Afortunado le hiciese cortar la cabeza.



AYA. — Yo apuesto á que no hay ninguna de vosotras, señoritas, que no esté gustosa de que haya muerto Afortunado.

MARIQUITA. — Yo lo estoy mucho por mi parte, porque si él no hubiera muerto, hubiera buscado siempre ocasiones de hacer mal á su hermano.

ELENA. — La falta de ser inicuo no estaba de parte de Afortunado, sino de sus padres, por haberlo criado tan mal.

AYA. — Tienes razon, querida mia; creo que si yo hubiera estado en lugar de la encantadora hubiera castigado infinitamente á esta necia madre, que le daba confites para apaciguarlo; pero, hijas mías, es menester hacer una reflexion. Vosotras amáis á Fatal y aborreceis á Afortunado; pues ahora bien, imaginad que todos los hombres son de la misma opinion que vosotras. Ellos aman los buenos, y se disgustan cuando á estos les sucede algun mal. Si le ocurre una desgracia á un hombre de bien, todo el mundo la siente, áun los que no lo tratan. No olvidéis esto, niñas mías. Vosotras sois ricas, y personas de calidad, pero no serán estas cosas las que os harán amables y estimadas, sino vuestra virtud. ¿De qué sirve que seáis ricas, si atesorais todo vuestro dinero? ¿si no pagais á los oficiales á quienes haceis trabajar? ¿si dejais morir los pobres de hambre? De este modo bien veis que vuestras riquezas, léjos de haceros amables, os harán aborrecibles, pues siempre que rehuséis socorrer á los pobres, cuantos os ven dicen en su interior: « ¡O qué perversa mujer, y qué inútil es en ella la riqueza! ¿cuánto mejor seria que la señora N... tuviese las riquezas de esta, siendo como es sumamente caritativa? » Retened esto en vuestra memoria, Palmira; si continuais siendo perversa, os hareis despreciable, y os aborrecerán por mas riquezas y títulos que tengais.

PALMIRA. — ¡O Dios! señora Aya, eso no tiene duda. Mi directora, mi criada, mis padres, mis hermanos, y hasta los criados de cocina, ninguno puede sufrirme; pero ya sabe V. que deseo corregirme.

AYA. — Sí, querida mia, yo lo espero; y si teneis la constancia de dirigiros por mis consejos, vendremos á conseguir que os corrijaís.

PALMIRA. — De todo mi corazón haré cuanto V. me mande.

AYA. — Por ejemplo, querida. Yo he leído secretamente vuestro papel; y si vos fuéseis buena niña, me daríais licencia para que en alta voz le leyese. Esto bien sé yo que os será vergonzoso, pero también ayudará á vuestra corrección.

PALMIRA. — Si V. conoce que eso puede contribuir á corregirme, léalo enhorabuena, señora Aya.

AYA. — Yo os lo prometo seguramente. Cuando tengais deseo de decir ó hacer algun desacierto, reflexionareis que habeis ofrecido escribirlo, y que se ha de leer delante de estas niñas, y el temor de oirlo leer os impedirá ejecutarlo. Veamos pues este papel. Venid ántes hácia aquí para que yo os abrace, porque estoy muy gustosa de vuestra descendencia. ¿Quereis leerlo vos misma?

PALMIRA. — No, Aya mia : yo estoy sumamente avergonzada.

AYA. — Buena señal es que esteis avergonzada. Ahora bien, voy á leerle : « Me resistí obedecer á la señora N..., díjela que ella era una atrevida en mandarme, no siendo sino una criada mia. Díjela asimismo que pretendia irritarla de modo que me diese un golpe, y me quebrase un brazo ó una pierna para que esto fuese motivo de que la echasen de casa. »

PALMIRA, *llorando*. — ¡Ay, Aya mia! estas señoritas no querrán ya sufrirme en su compañía, sabiendo cuán perversa soy.

AYA. — También ven el sumo deseo que teneis de enmendaros, querida mia. Escuchadme con atención, hija mia. Nosotros nacemos todos con defectos; pero aunque las gentes de honor los tengan cuando son de poca edad igualmente que los inicuos, se corrigen de ellos con facilidad, y hé aquí toda la diferencia que hay. Quiero confesaros una cosa, querida mia, y es que cuando pequeña era yo tan perversa como vos; pero tenía por dicha mia una buena madre, que me quería mucho; seguí sus consejos, y me enmendé en dos meses de tal modo que no me conocian. No os podré ponderar cuán abominable es lo que habeis dicho contra vuestra directora, pero quiero olvidarlo todo, pues que conoceis la falta que habeis cometido.

SOFIA. — No lloreis, querida Palmira : nosotras os amamos de todo corazón, y me atrevo á apostar que jamás incurriréis en semejantes faltas.



JULIETA. — Aya mia, yo leí hace algun tiempo que hubo un gran filósofo que era la admiracion de todos por su bondad. Dijo este cierto dia que él habia nacido gloton, mentiroso, borracho y ladrón; pero nadie queria creerlo, porque enteramente se habia enmendado. De este mismo modo, cuando Palmira sea grande ninguno creerá que ha sido mala, porque entónces será tan buena que causará admiracion.

AYA. — Y aún ahora, querida mia, tendrán dificultad en creer que un mes ha érais una soberbia, que os complacíais en publicar los defectos de los otros para abatirlos. Estais ya corregida, y si continuais os amaré con exceso: pero os ruego me digais, Julieta, el nombre de ese filósofo.

JULIETA. — Llamábase Sócrates.

MARIQUITA. — ¡Ah! ya yo le conozco, Aya mia, y ayer me explicó V. de él una preciosa historia.

AYA. — Repetídsela á estas niñas, querida mia.

MARIQUITA. — Sócrates tuvo una mujer tan perversa que continuamente le ultrajaba con mil diversas injurias. Un dia que le habia reñido demasiado se salió de casa por no oirla. La inicua mujer no teniendo nadie á quien reñir, se enardeció de tal modo que tomando un jarro lleno de agua sucia, la arrojó sobre la cabeza de su marido. Vosotras, señoras mias, ¿creereis que Sócrates se irritó contra su mujer? pues nada ménos que eso: echóse á reir, y dijo á un amigo suyo que estaba presente: « Despues del trueno viene siempre la lluvia. » Las riñas de su mujer las llamaba truenos, y al agua sucia, que habia manchado su vestido, lluvia.

SOFIA. — Yo aseguro que su mujer hubiera gustado mas de que la hubiera pegado, que de que se echase á reir.

AYA. — Teneis razon, querida mia. La venganza no debe solicitarse, porque es accion vil; y tambien es constante que con reirnos nos vengamos de los que nos hacen mal y del mal que nos hacen. Ellos se complacerian en disgustaros, pero vos con mostrar serenidad los privais de ese gusto, y esto les mortifica infinito; mas como os he dicho, no debemos reirnos para disgustarlos, que eso nunca seria justo: al contrario, cuando cualquiera persona os injuriare y procurare daros pesar, reflexionareis en vuestro interior asi: « Esa persona ningun mal puede hacerme si yo no me disgusto, y ella se hace á sí misma mucho daño en procu-

rar irritarme : digna es de compasion, y por lo mismo tengo



lástima de ella. Dios mio, dadla gracia para que se corrija, que yo de todo mi corazon la perdono el mal que desea hacerme. » Porque debeis saber, niñas mias, que es necesario amar á nuestros enemigos, y perdonarlos, si queremos que Dios nos perdone. Ahora Elena y Mariquita nos referirán sus historias.

ELENA. — Habiendo Noé salido del arca plantó una viña, produjo esta uvas, é hizo vino de ellas. Habiéndolo hecho



quiso saber qué gusto tenia. Pero este patriarca bebió con tal exceso del licor, que habiendo perdido la razon hizo varios desaciertos. Su hijo Cam, léjos de disgustarse al ver las necedades que su padre hacia, se echó á reir, y llamó á sus dos hermanos Sem y Jafet para que se burlasen de él; pero estos le dijeron con desprecio: « El burlarse de un padre es accion vil: si nuestro padre ó madre obrasen mal no debemos jamas decirlo á nadie. » Despues que Noé hubo dormido y recobrado su razon supo lo que sus hijos habian hecho, y dijo á Cam: « Eres un perverso porque me perdiste el respeto que me debes: yo te maldigo, y por el contrario doy mi bendicion á tus hermanos. »

MARIQUITA. — ¿Qué quiere decir: yo te maldigo?

AYA. — Quiere decir: te deseo toda suerte de desdichas, y ruego á Dios te las envíe.

PALMIRA. — ¿Y envia Dios con efecto las infelicidades á los hijos malditos?

AYA. — Casi siempre, querida mia. El mayor mal que á una criatura puede suceder es el ser maldito por su padre ó madre, y se exponen á esta infelicidad cuando los desobedecen, cuando les dan motivos de sentimiento, y cuando les hablan sin respeto; porque jóvenes señoritas que conocen poca gente no pueden elegir un marido tan bien como sus padres; y así, niñas mias, cuidad mucho de no disgustarles; porque si por desgracia os maldijeren os hareis dignas de compasion. Notad tambien cuán dañoso es el beber vinos y licores fuertes, pues ellos hacen perder la razon, y por consecuencia cometer excesos.

JULIETA. — ¿Es pecado beber vino? Yo aunque le haya bebido jamas he perdido la razon; bien que aseguro á V. que gusto del vino blanco si es dulce.

AYA. — Forzoso es, niñas mias, que yo os cuente una historia que he leído en cierta parte, y la escribe San Agustín, la cual sucedió á su madre Santa Mónica. Cuando la santa era pequeña tenia una aya sábia que no la permitia beber vino; decíala: « Querida mia, miéntras seas jóven bebe solo agua, porque cuando seas casada y dueña de tu voluntad, si has tomado la costumbre de beber sin sed á cada instante, beberás vino del mismo modo, y perderás la razon. » No habia Mónica gustado el vino en toda su vida; y cuando ya tenia catorce años la enviaba su padre á la cueva con la criada. Dijo un dia: « Quiero ver si me gusta

el vino. » Bebió una sola gota, y no le pareció muy bueno. El dia siguiente deseando beber mas echó algunos tragos, y ya la supo mejor. En fin se acostumbró tanto á él, que lo bebía como agua. Por fortuna suya tuvo un dia cierta



disputa con su criada, y esta la llamó borrachuela. Avergonzóse tanto de este vituperio, que se corrigió enteramente, porque la mayor injuria que á una señora puede hacerse es darle en cara con que bebe mucho vino, ponche y demas licores fuertes.

Por tanto, niñas mías, bien conoçais que es necesario huir de las males costumbres, y sobre todo de estas. Podeis sí beber vino cuando os lo dieren; pero será feísima cosa que lo pidáis, ó lo bebais sin licencia. Vamos, Mariquita, decidnos vuestra historia.

MARIQUITA. — Habiendo Noé y sus tres hijos tenido dilatada sucesion, les pareció corto el país donde habitaban, y resolvieron separarse; pero determinaron labrar ántes una torre muy alta, queriendo que los que viniesen al mundo despues de su muerte admirasen su gran talento en la construccion de tan bella obra. Decian asimismo : « Si Dios quisiese anegarnos otra vez, nos subiremos á lo alto



de esta torre, y el agua no podrá llegar allá. Comenzaron pues la torre; pero burlóse Dios de su vanidad y locura, haciéndoles olvidar en un instante la lengua que sabian, y haciéndoles hablar en otras; de suerte que despues no se entendian. Estos hombres pues se hallaron muy sorprendidos, porque cuando decia el uno : « Dadme una piedra, » el otro, que no le entendia, le llevaba el agua ó la madera. Fuéles forzoso dejar la torre, que ya estaba bien elevada, á la cual nombraron Babel, que quiere decir confusion, y cada uno tomó distinto camino. Los descendientes de Cam y de su hijo Canaan fueron á la parte del oriente. Los de Jafet pasaron á establecerse al occidente, y los de Sem habitaron el país de Asur.

ELENA. — Aya mia, yo no tengo noticia de ninguno de esos lados ó partes.

AYA. — Voy á mostrároslos en un mapa geográfico, mi querida. La parte que veis en lo superior ó en lo alto de este mapa se llama el norte ó el setentrion : esta de abajo el sur ó mediodía : la que está á vuestra mano derecha el este ó el oriente; y la de la izquierda el oeste ó el occidente.

MARIQUITA. — Aya mia, ¿por qué tiene este mapa diferentes colores?

AYA. — Para dar á conocer por ellos lo que es tierra y lo que es agua, y para distinguir las cinco partes del mundo, que se nombran Europa, Asia, Africa, América y la Oceania. La Europa está al norte; el Asia al este; el Africa al sur, y la América al oeste. Adan fué creado en el Asia, y nosotros vivimos en la Europa.

JULIETA. — Suplico á V. me diga ¿cuál de los hijos de Noé es nuestro padre?

AYA. — Responded vos, Sofia.

SOFIA. — Es Jafet.

MARIQUITA. — Aya mia, ¿quiere V. permitirme que vuelva á mirar este mapa, y decirme cuál es la significacion de todas estas líneas?

AYA. — Con mucho gusto, querida mia. El estudio del mapa se llama la Geografia, de la cual diremos todos los dias alguna cosa : hoy hemos ya enseñado bastante : retened bien en la memoria lo que os he dicho de los cuatro lados del mundo y de sus cinco partes hasta la leccion próxima.

JULIETA. — Aya mia : en las fábulas hay muchas cosas

semejantes á la historia sagrada : por ejemplo, la edad de oro, el diluvio, la empresa de los gigantes.....

MARIQUITA. — ¿Qué es eso de los gigantes, Aya mia?

AYA. — Para aprender esas cosas áun sois vos muy pequeña.

ELENA. — Ah, señora Aya, yo deseo instruirme; dígamelo V. á mí, si le agrada, y escucharé con atencion.

AYA. — Creo que yo os he echado á perder haciendo cuanto me pedís. Escuchad. Despues del diluvio áun no sabian escribir los hombres, y por eso no habia libros.

PALMIRA. — ¿Pues de qué modo hemos podido saber nosotras la historia de Adan, no habiéndose escrito?

AYA. — Por la tradicion : refirióse la Adan á sus hijos, y estos se la enseñaron á Noé. Noé luego que salió del arca se la dijo tambien á sus hijos; ordenándoles la enseñasen así á sus descendientes. Sem, que era muy obediente á su padre, ejecutó su precepto, y sus sucesores no lo olvidaron jamas; pero Cam y Jafet pensaron poco en esto. Los cuatro hijos de Jafet vinieron á establecerse en un país que llamaron la Grecia, y ellos se nombraron Griegos. Estos pues gustaban de fábulas y cuentos, y las componian de cuanto les pasaba. Léjos de referir las historias como sus padres se las habian enseñado, compusieron fábulas; y ved aquí lo que hicieron en el caso de la torre de Babel; pero ántes de deciros esta fábula conviene que yo os prevenga que estos Griegos, en lugar de adorar á Dios, adoraban á los hombres, y tenian una religion extravagante. Habiéndolos dominado muchos reyes nombrados Júpiter, de todos ellos hicieron un dios, y todas las buenas y malas acciones que estos reyes habian hecho decian ellos que habian sido ejecutadas por una sola persona que era Júpiter, rey del cielo.

Decian mas : que los gigantes eran unos hombres tan grandes como una casa : que estos tuvieron deseos de arrojar del cielo á Júpiter; pero como no tenian una escalera tan larga cuanto necesitaban para subir á él, tomaron las mas altas montañas, y poniendo las unas sobre las otras, formaron de ellas una escala. Estando próximos á llegar arriba los mató Júpiter arrojando contra ellos rayos; y á los que no murieron los sepultó debajo de las montañas que habian conducido. Esta fábula, bien comprendéis vosotras, niñas mias, que no es verdad.



MARIQUITA. — Sin duda alguna, señora Aya. Esas montañas equivalen á las piedras con que los descendientes de Noé hacian una torre; y esos rayos dan á entender que los castigó Dios haciéndoles olvidar su lenguaje, y aprender otro.

AYA. — Ved aquí lo que se llama una niña de entendimiento. Ahora bien, pues que comprendéis esta fábula, voy á deciros otra de los Griegos. ¿Sabeis vosotras qué cosa sea un temblor de tierra?

ELENA. — No, señora.

MARIQUITA y PALMIRA. — Ni yo tampoco.

AYA. — Sofía y Julieta lo saben bien; pero voy á referirlos por vosotras, señoritas mías. Sucede algunas veces que improvisamente se mueve bajo de nuestros piés la tierra, haciendo estremecer todos los edificios. Los Griegos decian que la tierra temblaba todas las veces que aquellos gigantes que estaban sepultados debajo de las montañas intentaban salir.

JULIETA. — Buena locura. Yo suplico á V. nos diga ¿qué es lo que hace temblar la tierra?

AYA. — Lo que yo he oído decir es, que son unos grandes fuegos subterráneos ó los vientos encerrados dentro de la tierra, y que haciendo esfuerzo por salir, se abren alguna vez paso.

MARIQUITA, *con las manos juntas*. — ¡O Dios, qué cosa tan espantosa será ver salir fuego de la tierra, señora Aya! Yo moriría de miedo si hubiese en Paris un temblor de tierra: seríamos todas abrasadas.

AYA. — No por cierto, querida mia. Hay en Europa tres países donde se encuentran tres grandes montañas, las cuales arrojan fuego, y se llaman volcanes (conservad en la memoria, niñas, este nombre); pero el fuego que sale de estos volcanes no impide que haya habitantes en ellos.

PALMIRA. — ¿Cómo se llaman esos países, señora Aya?

AYA. — Hay un volcan en Italia cerca de una ciudad, cuyo nombre es Nápoles, el cual se halla en lo alto de una montaña llamada Vesubio. Hay otro en la isla de Sicilia sobre la gran montaña nombrada Etna ó Gibel; y otro en la isla de Islandia en el monte Hecla.

MARIQUITA. — Sírvasse V. decirme qué cosa es una isla.

AYA. — Me alegraría enseñároslo hoy, niñas mías, pero siendo ya mas de las siete, es necesario separarnos: lo haré

la primera vez. Adios, queridas, continuad siendo buenas; y encargo esto sobre todo á la señorita Palmira. Si ella se corrige de aquí á la primera leccion, tendrá un bonito cuento.

---

## DIALOGO SÉPTIMO

---

### TARDE QUINTA

AYA. — Buenos dias, señoritas mias; pero esperad un poco que quiero mirar atentamente á Palmira... Yo apostaré que no ha hecho muchos desaciertos, pues trae el semblante alegre.

PALMIRA. — Señora Aya, he dado principio á muchas necesidades; pero ninguna he finalizado. Ayer dije á mi criada: sois una imper... y me detuve al punto. Otra vez levanté la mano para darla un golpe, pero no lo ejecuté.

AYA. — Con razon os dije yo que os corregiríais, amiga mia. Esto irá de bien en mejor, así os lo aseguro: y pues me habeis cumplido vuestra palabra, es justo que os cumpla yo la mia. Vamos al jardin á sentarnos bajo de los árboles, y os contaré el cuento prometido.

### EL PRINCIPE ADMIRABLE

#### CUENTO

Habia una vez un príncipe, que solo tenia diez y seis años cuando perdió á su padre; y aunque sintió por el pronto su



falta, se consoló brevemente con el placer de ser rey. Este príncipe, que se llamaba Admirable, no tenía mal corazón, pero había sido criado á hacer su voluntad; y esta mala costumbre pudiera haberle hecho perverso en lo sucesivo.



Comenzaba ya á disgustarse cuando le hacían ver que erraba : dilataba los negocios por entregarse á los placeres; y últimamente amaba con pasión la caza, en la que pasaba todos los días. Le habían echado á perder, como lo hacen ordinariamente con todos los príncipes. No obstante tenía un buen ayo á quien amó mucho mientras fué joven; pero luego que se vió rey pensó que este ayo era demasiadamente virtuoso. «Yo no me atreveré delante de él á seguir mis inclinaciones (decía entre sí), porque me hace ver que

un príncipe debe dar todo su tiempo á los negocios de su reino, y yo solo amo mis placeres. Aunque no me lo dé á entender con sus palabras, se entristecerá, y yo conoceré en su semblante que está disgustado de mí; » por cuya razon resolvió alejarlo de su presencia. Juntó Admirable su consejo el dia siguiente, y dando ante él grandes alabanzas á su ayo, dijo que para recompensar el cuidado que de él habia tenido le conferia el gobierno de una provincia que estaba muy distante de la corte. Habiéndose ido el ayo, se entregó á las delicias y á la caza. Un dia que se hallaba Admirable en un espeso bosque vió que se le acercaba una



corza blanca como la nieve con un collar de oro en el pes-  
cuello; la cual cuando ya se halló inmediata al príncipe se  
puso á mirarle por un gran rato, y al fin de él se retiró.  
« No quiero que la maten, dijo en voz alta Admirable; y  
mandando á su comitiva se quedase allí con los perros,  
siguió á la corza. Parecíale que lo esperaba, pero cuando se  
acercaba á ella, se alejaba al punto saltando y dando brin-  
cos. Su deseo de cogerla era tanto, que en su seguimiento  
anduvo un dilatado trecho insensiblemente. Vino la noche,  
y perdió de vista la corza. Vedlo aquí en la mayor confu-  
sion, por no saber el paraje en que se hallaba. En este punto  
oyó instrumentos á larga distancia, y siguiendo este agra-  
dable ruido, llegó por fin á un palacio, que era donde sonaba.



la música. Preguntóle el portero qué quería, y refirióle el príncipe su aventura. « Seais bien venido (le dijo este hombre) adonde se os espera para cenar, porque la corza blanca es de mi ama, y todas las veces que la deja salir es á efecto de que la traiga compañía. » Silbó á este tiempo el portero, y dejándose ver varios domésticos con hachas encendidas, condujeron al príncipe á una sala bien iluminada. No eran sus muebles muy magníficos, pero estaba todo muy curioso, y tan bien colocado, que causaba placer mirarlo. Vió al mismo punto á la señora de la casa, y quedó Admirable deslumbrado con su hermosura. Arrojóse á sus piés, pero no podía hablar : tanto era lo que le habia sorprendido el verla. « Levantaos, príncipe mio, le dijo ella, dándole la mano : yo estoy aturdida de la admiracion que os causo. Me pareceis tan amable, que deseo de todo mi corazon seais vos el que debe sacarme de mi soledad : llámome Verdadera Gloria, y soy inmortal : vivo en este palacio desde el principio del mundo, esperando un esposo. Gran número de reyes han venido á verme ; pero aunque me han jurado una fidelidad eterna, han faltado á su palabra, y me han abandonado por la mas cruel de mis enemigas. — ¡ Ah, bella princesa ! dijo Admirable : ¿ cómo pudieron olvidaros habiéndoois visto una vez ? Yo juro no amar jamas á otra que á vos, escogiéndoois por reina mia desde este momento. — Y yo os escojo por mi rey, le dijo Verdadera Gloria ; pero no me es permitido desposarme aún. Quiero que veais otro príncipe que se halla en mi palacio, y que pretende igualmente mi mano. A ser yo dueña de la eleccion, os daria la preferencia, pero esto no depende de mí : preciso es que os separeis por tiempo de tres años, y al fin será preferido de los dos el que en la duracion de ellos me hubiese sido mas fiel. »

Afligióse sumamente Admirable al oir estas palabras, y mucho mas cuando vió al príncipe de quien Verdadera Gloria le habia hablado. Era tan hermoso y de tanto talento que temió que Verdadera Gloria le amase mas que á él. Su nombre era Absoluto, y poseia un dilatado reino. Cenaron los dos en compañía de Verdadera Gloria ; y cuando á la mañana siguiente les fué preciso dejarla se entristecieron mucho. Díjoles ella que los esperaba dentro de tres años, y salieron juntos del palacio. Apénas habrian caminado doscientos pasos por el bosque cuando vieron otro palacio mucho mas magnífico que el de Verdadera Gloria. El oro,

la plata, los diamantes y el mármol deslumbraban los ojos. Los jardines eran soberbios, y su curiosidad los empujó á entrar en ellos. Quedaron sorprendidos de encontrar allí á su princesa, bien que habia cambiado de vestido. Estaban sus galas guarnecidas de diamantes, y adornados sus cabellos, siendo así que la noche ántes era toda su compostura un vestido blanco guarnecido de flores. « Os enseñé ayer mi casa de campo (dijo ella), la cual me era agradable en otro tiempo; pero pues tengo por novios dos príncipes, no la encuentro ya digna de mí : la he abandonado para siempre, y os esperaré en este palacio, porque los príncipes deben amar la magnificencia. El oro y las pedrerías solo son hechas para ellos; y cuando sus súbditos los ven mas magníficos los respetan mas. Dicho esto hizo pasar á sus dos novios á una gran sala : « Quiero mostraros (añadió ella) los retratos de varios príncipes á quienes he favorecido. Ved allí uno llamado Alejandro, con quien sin duda me hubiera casado, pero murió muy joven. Este príncipe con un corto número de tropas asoló toda el Asia, haciéndose dueño de ella : me amaba con exceso, y arriesgó diversas veces su vida para agradarme. Ved este otro llamado Pirro. El deseo de llegar á ser esposo mio le empujó á dejar su reino, para adquirir otros. Caminó toda su vida, y fué muerto con una teja que le tiró á la cabeza una mujer. Este, que se llamó Julio César, por merecer mi corazon hizo la guerra diez años en las Galias : venció á Pompeyo, y sometió á los Romanos. Hubiera sido mi esposo; pero habiendo contra mi consejo perdonado á sus enemigos, le dieron ellos veintidos puñaladas. » Mostróles la princesa, ademas de estos, un gran número de retratos; y habiéndoles dado un suntuoso almuerzo, que fué servido en platos de oro, les dijo que continuasen su viaje. Luego que salieron del palacio dijo Absoluto á Admirable : « Confesad que la princesa está mil veces mas amable hoy con sus hermosos vestidos, que lo estaba ayer; y asimismo ostenta mucho talento. — No sé, respondió Admirable : lo cierto es que ella estaba compuesta hoy, y me ha parecido otra con sus bellos vestidos; pero tambien lo es que me agrada mas con el de todos los dias. » Separáronse los dos príncipes resueltos á hacer cuanto les fuese posible por agradar á su dama; y luego que Admirable estuvo en su palacio se acordó que cuando él era pequeño le hablaba su ayo con



frecuencia de Verdadera Gloria, y dijo en su interior : « Pues él conoce á mi princesa quiero hacerle volver á la corte para que me instruya en lo que debo hacer para agradarla. » Envio un correo á buscarle, y luego que su ayo (cuyo nombre era Sincero) llegó, le hizo entrar en su gabinete, donde le contó lo que le habia sucedido. El buen Sincero, llorando de alegría, dijo al rey : « ¡ Ah, príncipe mio, y cuánto es mi contento por haber vuelto! Sin mí hubiérais perdido vuestra princesa. Es preciso advertiros que tiene una hermana llamada Falsa Gloria. Esta perversa criatura no es tan bella como Verdadera Gloria, pero con sus afeites oculta sus defectos. Atrae á todos los príncipes que salen de la casa de Verdadera Gloria, y como se parece á su hermana, los engaña. Creen ellos que trabajan por Verdadera Gloria, y se pierden siguiendo los consejos de su hermana. Ya habeis visto que todos los amantes de Falsa Gloria perecen miserablemente. El príncipe Absoluto, que va á seguir su ejemplo, solo vivirá hasta treinta años; pero si vos os dejais conducir por mis consejos, os prometo que sereis al fin el esposo de vuestra princesa. Esta debe casarse con el mayor rey del mundo; trabajad pues para llegar á serlo. — Mi querido Sincero, respondió el príncipe Admirable, tú sabes que esto no es posible : por grande que sea mi reino, son tan ignorantes y groseros mis súbditos, que jamas podré empeñarlos á hacer la guerra; y para llegar á ser el rey mas grande del mundo es necesario ganar un gran número de batallas, y tomar muchas ciudades. — ¡ Ah, príncipe mio! replicó Sincero, cómo habeis olvidado las lecciones que os tengo dadas. Cuando nouviéseis sino una sola ciudad, y doscientos ó trescientos súbditos, podríais llegar sin embargo á ser el mayor rey del universo. Para esto pues solo es necesario ser el mas justo y virtuoso; este es el modo de adquirir á la princesa Verdadera Gloria. Los que por construir hermosos palacios, comprar ricas galas y muchos diamantes atropellan sus pueblos, se engañan, y solo encontrarán á la princesa Falsa Gloria, á la cual verán entónces sin afeites y con toda su deformidad. Si, como decís, son vuestros súbditos groseros é ignorantes, es necesario instruirlos : haced la guerra á la ignorancia y al crimen : combatid vuestras pasiones y sereis un gran rey y un conquistador superior á César, á Pirro, á Alejandro, y á todos los héroes de quienes Falsa Gloria os mostró los

retratos. » Resuelto Admirable á seguir los consejos de su ayo, dejó á uno de sus parientes por gobernador de su reino, y partió con Sincero á viajar por todo el mundo, y á instruirse por sí mismo de todo lo que le era necesario practicar para hacer felices á sus súbditos. Cuando encontraba en algun reino un sabio, ó algun hombre hábil, lo estimulaba con el oro á que se fuese con él. Por último, habiéndose instruido perfectamente, y adquirido un gran número de hombres grandes, dió la vuelta á sus dominios, poniendo á su cuidado la instruccion de sus súbditos, que eran generalmente pobrísimos é ignorantes. Mandó construir grandes ciudades y considerable número de navios : enseñaba á trabajar á los jóvenes : sustentaba á los viejos y enfermos, y hacia á sus pueblos justicia por sí mismo, de modo que consiguió hacerlos honrados y dichosos. En estas ocupaciones gastó dos años, al fin de los cuales dijo á Sincero : « ¿Os parece que seré en breve digno de Verdadera Gloria? — Aun os resta una ob.a grande que practicar, le respondió su ayo. Habeis vencido los vicios de vuestros súbditos, vuestra pereza y vuestro amor á los placeres; pero sois todavía esclavo de vuestra cólera, y este enemigo es el que os resta combatir. » Tuvo Admirable bastante que vencer para corregirse de este último defecto; pero estaba tan enamorado de la princesa, que habiendo hecho todos sus esfuerzos para llegar á ser afable y sufrido, lo consiguió por fin. Luego que se cumplieron los tres años se fué en un reducido coche, acompañado únicamente de Sincero, al bosque donde habia visto la corza, y no tardó mucho en encontrar á Absoluto, que iba en un soberbio carro, donde habia hecho pintar las batallas que habia ganado, y las ciudades que acababa de conquistar, caminando delante de él los príncipes que habia hecho prisionero-, encadenados como esclavos. Apenas reconoció á Admirable, se burló de él y de la conducta que habia seguido. Divisaron prontamente los palacios de las tres hermanas, que no estaban muy distantes uno de otro. Tomó Admirable el camino del primero con asombro de Absoluto, quien no pudo dejar de extrañar esta resolucion, acordándose de que la tenia elegida por su princesa, y que habia asegurado no volveria á él jamas. Inmediatamente que Admirable se hubo separado se presentó á él la princesa Verdadera Gloria mil veces mas bella, pero siempre tan simplemente



vestida como la primera vez que la vió. « Venid, príncipe mio, dijo ella : vos sois digno de ser mi esposo, si bien jamas hubiérais alcanzado esta felicidad sin vuestro amigo Sincero, el cual os ha enseñado á distinguirme de mi hermana. » Dichas estas palabras mandó Verdadera Gloria á las Virtudes (que son sus súbditos) hiciesen una fiesta para solemnizar su casamiento con Admirable. Mientras este celebraba la dicha que iba á conseguir de ser esposo de esta princesa llegó Absoluto al palacio de Falsa Gloria, quien le recibió con una magnificencia asombrosa ; y habiéndole ofrecido inmediatamente su mano, resolvió el príncipe poner al punto en práctica su casamiento. No tardó mas en efectuarlo que en advertir su engaño; porque al verla tan de cerca notó que á pesar de los afeites, que aún no habia olvidado, por encubrir con ellos sus defectos, era vieja y arrugada; y habiéndosele roto durante su conversacion un hilo de oro con que tenia sujetos los falsos dientes, se le cayeron estos al suelo á vista de Absoluto, quien arrebatado de cólera por el engaño se tiró á ella para pegarla; pero habiéndola asido por sus hermosos y largos cabellos, quedó aturdido observando que estos se le quedaron en la mano, porque Falsa Gloria usaba de pelo postizo; y como sin él quedó desnuda su cabeza, vió que no tenia sino unos cuantos cabellos enteramente blancos. Dejó Absoluto esta perversa y horrorosa criatura, y corrió al palacio de Verdadera Gloria que en aquel punto acababa de desposarse con el príncipe Admirable; y el dolor que recibió de haber perdido esta princesa fué tan grande, que le ocasionó la muerte. Sintió Admirable su desdicha, y vivió largos años con Verdadera Gloria, de quien aunque tuvo muchas hijas, solo una se pareció perfectamente á su madre. A esta la encerró el príncipe en el palacio campesetre, mientras encontraba un esposo; y con el fin de que su perversa tia no causase daño á los que la amasen, escribió su propia historia para advertir á los príncipes que quisiesen casar con su hija, de que el único medio de poseer á Verdadera Gloria era el trabajar en hacerse virtuosos y útiles á sus súbditos, y que para hacertar á conseguir esta empresa tenian necesidad de un amigo sincero

MARIQUITA. — Aya mia, ese cuento no le hallo yo tan bonito como los otros, porque no conozco los personajes de que Falsa Gloria hablaba á los príncipes. Ya veo que son

muchas las cosas que me quedan que saber; suplico á V.



se dé prisa á enseñármelas. Sabe V., señora Aya, que tengo mas de seis años; y en verdad que ya soy demasiado vieja.

AYA. — ¡O y cuán cierto es eso! Vieja es de seis años la que nada sabe; pero la que es aplicada es bastante jóven para aprender muchas cosas. Vamos nosotras á repetir la geografia; pero ántes ruego á Julieta me diga lo que discurre sobre el cuento que acabo de decir.

JULIETA. — Muchas cosas, Aya mia. Conozco desde luego que he hecho lo mismo que el principe Absoluto: he tenido á la Falsa por Verdadera Gloria. Pensaba darme á estimar por mi talento, sin conocer que él me haria odiosa si al mismo tiempo no era buena. Pienso tambien que el



príncipe Admirable es parecido á Pedro el Grande, emperador de todas las Rusias, cuya historia he leído.

AYA. — Todo eso es muy bien discurrido, Julieta. Niñas mías, ya veis que nosotras todas gustamos que nos estimen y alaben: quiero decir, que estamos enamoradas de Verdadera Gloria, y esto es muy justo; pero es necesario tener presente lo que yo muchas veces os he dicho, y os repetiré siempre. Solo somos estimadas por nuestra virtud, y no por nuestro dinero, por nuestros preciosos vestidos ni por nuestros títulos. Trabajemos, queridas mías, en ser virtuosas. Esto es únicamente lo que necesitamos para esta y para la otra vida. Vamos, Elena, refiera V. su historia.

ELENA. — Mucho despues del diluvio hubo entre los descendientes de Sem un hombre que se llamó Abraham. Este amaba mucho á Dios, y Dios le amaba á él. Vino con Sara su mujer y su sobrino Lot á establecerse en un país llamado Canaan por mandato del Señor, quien le habia prometido hacerle padre de un numeroso pueblo. Abraham era muy viejo, y no tenia hijos, pero no obstante creia lo que Dios le habia prometido, porque sabia bien que el Señor es Todopoderoso. Se enriquecieron con exceso Abraham y su sobrino Lot, y llegaron á tener un gran número de ganados y multitud de sirvientes. Trabaron cierto dia una reñida pendencia los criados de Abraham con los de Lot; y como Abraham sabia que era pecado el reñir, le dijo á su sobrino: « Querido mio, yo no quiero disputas; para que no las haya es necesario que nos sepáremos: ved aquí dos países, elegid de ellos el uno, y yo iré á establecerme en el que no querais. » Lot, en lugar de decirle á Abraham: « Tío mio, yo no quiero separarme de vos, y por lo mismo procuraré impedir á mis criados riñan con los vuestros, » escogió el mas fértil país, y pasó á habitar á una ciudad llamada Sodoma, cuyos moradores eran todos perversísimos, y trataban con rigor á cuantos extranjeros venian á ella; pero sin embargo no hicieron á Lot mal alguno. Estando á su puerta un dia vió venir dos jóvenes, y como habia aprendido á ejercitar la caridad en casa de su tío Abraham, se llegó á ellos; y les dijo: « Ya está cerca la noche, ruégoos pues querais cenar y dormir en mi casa. » Luego que entraron en ella éstos dos jóvenes, se acercaron á la puerta de Lot los habitantes de la ciudad para maltratarlos, y dijeron á este, « que si no echaba fuera los extranjeros le quita-

rian la vida. » Lot respondió á estos perversos. « Vosotros podeis hacerme cuanto mal querais, pero no por eso echaré yo á estos hombres á la calle. » Entónces dijeron los dos jóvenes á Lot : « No temais, nosotros somos ángeles, y hemos venido por órden del Señor á advertiros salgais de esta ciudad, porque quiere castigar á este perverso pueblo : partid pues con vuestra mujer y vuestros hijos; pero sobre todo os encargamos que no mireis hácia atras, porque os castigará Dios si le desobedeceis. » Lot y su familia salieron al punto de Sodoma, y los ángeles caminaban delante de ellos. Cuando ya estaban algo distantes oyeron un espantoso ruido, y la mujer de Lot que era curiosa, volvió atras la cara para reconocer de dónde procedia aquel ruido : vió caer una gran lluvia de fuego, que abrasaba á todos aquellos perversos hombres; pero por haber quebrantado el precepto del Señor fué convertida en estatua de sal. Su marido y sus hijos fueron mas advertidos, y no miraron. Dejáronlos



los ángeles sobre una montaña, y desde ella vieron arder á Sodoma y á otras várias ciudades, cuyos habitantes eran igualmente perversos.

MARIQUITA. — ¡Ay, Aya mia! eso de ser abrasados vivos es cosa que asombra.

AYA. — Es verdad, querida mia; pero esto nos enseña



que no conviene burlarnos de Dios desobedeciéndole. Actualmente no abrasa á todos los perversos ; pero aquellos á quienes no castiga miéntras viven, los castigará de un modo bien terrible despues de su muerte : conviene no olvidéis esto. Dios es enemigo de los perversos que no quieren corregirse : cuenta nuestras malas acciones, y á los que no le piden perdon de todo corazon los hará sumamente desdichados en esta ó en la otra vida. Observad tambien, niñas mias, cuánto conviene vivir con gentes honradas. Si Lot no hubiera dejado á Abraham, no hubiera perdido á su mujer : salvóse él, porque en el tiempo que permaneció en compañía de su tío habia aprendido á ser caritativo. Es necesario pues solicitar la amistad de las jóvenes señoras que son buenas, piadosas y obedientes, y huir como de la peste, la compañía de aquellos que intentan daros malos consejos y ejemplos. Vamos, Mariquita, referid la historia que habeis aprendido.

MARIQUITA. — Estando Abraham un dia delante de su tienda vió venir tres caminantes : acercóse á ellos, y les dijo : « Yo os ruego os quedeis aquí á tomar un bocado. » Aceptaron los extranjeros el convite, y Abraham mandó á su mujer preparase para ellos pan y tortas, mandando á sus criados previniesen agua para lavarles los piés, y viandas para que comiesen. Despues que comieron dijeron á Abraham : « ¿Y dónde está vuestra mujer? — Respondió Abraham que en su tienda ; y los extranjeros, que eran tres ángeles, añadieron : Sara tendrá en breve un hijo. » Oyó ella esto, y como era vieja se echó á reir, considerando no ser regular que las ancianas tengan hijos. Los ángeles le preguntaron : « ¿Por qué os reis? ¿qué, no podrá Dios daros un hijo, siendo Todopoderoso ? » Sara toda avergonzada respondió que ella no se habia reido. « ¡Ah (dijeron los ángeles) y cuán indigna accion es el mentir! Tratad de pedir de ella perdon al Señor. » Fuéronse luego, y algun tiempo despues tuvo Sara un hijo á quien llamó Isaac.

AYA. — Grandemente, amiga mia. Vamos, Sofía, haced algunas reflexiones.

SOFIA. — Yo repetiré á estas señoritas las mismas que V. hizo cuando me enseñó esta historia. Abraham era tan sumamente caritativo, que no pasaba caminante alguno á quien no rogase entrase en su casa á descansar ; y Sara era tan modesta, que se estaba retirada en su tienda sin pre-

sentarse á los extranjeros, á quienes ni aun por curiosidad miraba.

PALMIRA. — Señora Aya : ¿era porque Abraham no tenia casa por lo que Sara estaba en una tienda de campana?

AYA. — Sí, querida mia. Aunque Abraham era un gran señor, y tenia mas criados que el rey, no tenia casa. Al presente poseen las gentes ricas grandes heredades, magníficas casas y dinero; pero en aquel tiempo era necesario tener muchos ganados. Abraham los tenia en abundancia, y para sustentarlos habia menester mucha yerba; por esta razon, cuando sus ganados habian comido toda la yerba de un campo los conducian á otro. De este modo ya veis que no le era posible tener casa, porque no hubiera podido trasportarla. Tenian tiendas, y estas las mudaban cuando les era preciso dejar un lugar para ir á otro.

MARIQUITA. — ¿Pues por qué teniendo Sara tantos criados, la dijo su marido que hiciese pan para estos extranjeros, tratándola como si fuese una criada?

AYA. — Porque las señoras de aquel tiempo no eran tan orgullosas como las del presente, querida mia. Sara venia siendo como una princesa, y no obstante tenia cuidado de su casa, y hacia por sí misma los oficios de la cocina. Las jóvenes conducian el ganado á que bebiese, y todas trabajaban.

MARIQUITA. — Pero, señora, ¿no sería cosa ridícula que mamá hiciese por sí misma los oficios de la cocina?

AYA. — No tiene duda, querida mia : pero si las señoras de hoy no deben hacer los oficios de la cocina, deben por lo ménos tener el cuidado de su casa : velar sobre sus domésticos, y pensar que una mujer de honor debe ser la primer ama de gobierno.

JULIETA. — Eso es imposible, Aya mia. Una señora no tiene tiempo para ser ama de gobierno, porque necesita ir á las tertulias, á la ópera y á la comedia.

AYA. — Conservad en la memoria lo que voy á deciros, querida mia. No nos ha puesto Dios en el mundo para jugar, para andar de una tertulia en otra, ni de comedia en comedia : se puede tal cual vez concurrir á ellas para divertirse un rato; pero las que no hacen otra cosa obran muy mal, y las castigará Dios el descuido de sus obligaciones; porque este es un pecado grave. Una mujer está obligada á cuidar de sus hijos y de sus domésticos; y si no lo hace



así, se lo pedirá Dios en cuenta, y serán muchas las que sean castigadas por esta negligencia. Además de esto querida mía, es también un gran pecado expender en fruslerías tanto dinero, y es usurpárselo á los pobres y á sus hijos.

JULIETA. — ¿Quiere V. decir con esto que ninguno es dueño de expender su dinero en lo que fuese su voluntad?

AYA. — Decidme, querida mía : vuestro papá tiene administradores que venden el trigo, y los frutos de sus tierras : ¿por ventura son estos administradores dueños del dinero que les dan por este trigo y estos frutos?

JULIETA. — ¿Cómo pueden ser ellos dueños cuando todas estas cosas son de mi papá, y deben darle cuenta de ellas?

AYA. — Pues ahora bien, querida mía : nosotros somos administradores de Dios : el Señor nos da dinero para sustentarnos y vestirnos, para educar á nuestros hijos, pagar á los mercaderes, á los criados, y para socorrer á los pobres, y así como los administradores están obligados á dar cuenta á sus amos, y estos los pondrían en una cárcel si expendiesen injustamente su dinero ; del mismo modo este gran Dios tomará cuenta á los ricos del dinero que les haya dado, y los castigará si lo emplean en locuras. Por otra parte es necesario ser demasiado malo para expender tanto dinero en el juego, en la comedia y en los bailes, cuando hay tanto número de pobres que no tienen un pedazo de pan que llevar á la boca.

MARIQUITA. — Pues qué ¿hay gentes que ni aún tienen un pedazo de pan?

AYA. — Sí, querida mía, y aún algunos que no tienen cama ; otros, que en el invierno se mueren de frío ; y otros que no tienen camisa ni en qué trabajar para ganar su vida.

MARIQUITA. — ¡O Dios mío, cuánta lástima me causa esto, señora Aya ! Yo suplico á V. tome todo mi dinero para socorrer á todas estas pobres gentes.

AYA. — ¿Teneis pues mucho dinero, querida mía?

MARIQUITA. — Sí, señora Aya, tengo dos doblones de oro que quiero darlos á esos pobrecitos.

AYA. — Venid á abrazarme, querida amiga. Yo os amo verdaderamente, porque os haceis digna de todo mi afecto ; y para recompensaros de vuestro buen corazón diremos algo de la geografía, á que sois tan apasionada. A este fin he hecho traer un plato lleno de agua.

Ya veis este plato, señoritas mías : suponed pues que

esto es el mar, y que todos estos pedazos de carton que voy á poner debajo son la tierra. A todos estos pequeños pedazos de naipes que están rodeados de agua llamaremos nosotros islas. Este otro carton que toca el borde del plato es casi una isla, y le nombraremos península. Este gran pedazo de carton, que solo toca al agua por un extremo, le nombraremos tierra firme, ó continente. Hay tres continentes: 1º el antiguo, que comprende la Europa, el Asia y el Africa; 2º el nuevo, que está formado de la América: y 3º el continente austral ó la Nueva Holanda, que forma parte de la Oceanía. Esta punta que se introduce en el agua la llamaremos cabo, y montaña á una tierra muy elevada. ¿Lo comprendéis bien, niñas mías?

MARIQUITA. — Maravillosamente, señora Aya. Una isla es una tierra absolutamente rodeada de agua: una península tiene fuera del agua un pequeño rincon, y esta se une por ese pequeño pedazo de tierra á esta otra gran tierra, á quien llama V. continente, etc.

AYA. — Todo esto está muy bien. Veamos ahora en un mapa geográfico si encontrais en él cada uno de estos objetos.

MARIQUITA. — Aya mia, ved aquí los países nombrados la Gran Bretaña y la Irlanda. Yo creo que estas son islas, porque las rodea el mar.

AYA. — ¿Y de qué lado están estos países, querida?

MARIQUITA. — En lo alto, y á la izquierda del mapa, señora Aya.

AYA. — Muy bien; pero este lado alto y este izquierdo tienen sus nombres, y es necesario decirlos siempre.

MARIQUITA. — Estos países, ó estas islas están al norte, y al mismo tiempo al oeste de la Europa.

AYA. — Está bien, mi querida. Señorita Palmira, buscad sobre este mapa una península.

PALMIRA. — El Africa lo es.

AYA. — Efectivamente, querida mia. La primera vez explicaremos mas, porque hoy es muy tarde.

---



## DIALOGO OCTAVO

TARDE SEXTA



PALMIRA. — Buenos días tenga V., señora Aya. Casi soy buena ya enteramente, y todas las personas de mi casa me tratan con tal cariño, que me contemplo tan feliz como una reina. Vea V. aquí qué bonito reloj me ha dado papá en prueba de que está gustoso de mí.

AYA. — Es muy precioso, querida mia; pero vos decís que sois feliz como una reina. ¿Creeis acaso que todas las reinas son felices?

PALMIRA. — Pienso que sí, señora; porque cuando se habla de alguna que está muy contenta, se dice que es mas feliz que una reina.

AYA. — Los que dicen eso hablan fuera de propósito; y en prueba de ello quiero con este motivo contaros una fábula.

## LA VIUDA Y SUS DOS HIJAS

FABULA

Habia una buena mujer que era viuda, y tenia dos hijas, ambas muy amables. Llamábase la primera Blanca, y la segunda Rubia. Se les habia dado estos nombres porque la mayor tenia la mas preciosa tez del mundo; y la otra los labios y las mejillas encendidas como un coral. Estando esta buena mujer hilando un día delante de su puerta vió venir á una pobre vieja, que por la torpeza de sus piés andaba sostenida de un palo. « Muy fatigada llegais, la dijo : sentaos un poco, y descansareis : » mandó á este tiempo á sus hijas diesen á la vieja una silla; y aunque ambas se levantaron á un tiempo á este fin, la Rubia anduvo mas ligera que su hermana, y trajo la silla. « ¿ Quereis beber un

traguito? dijo la buena mujer á la vieja; » y esta respondió: « De buena gana, y aún me parece que comeria con gusto algun bocado si pudiérais darme cualquiera cosa con que



confortarme. — La daré á V. cuanto tengo, repuso la buena mujer; mas como soy pobre, no será mucho. » Al propio tiempo mandó á sus hijas sirviesen á la vieja: y sentándose esta á la mesa, fué la mayor de orden de su madre á coger algunas ciruelas de un árbol que ella habia plantado por su misma mano, y por esta causa lo estimaba con exceso. Blanca no obedeció muy gustosa el precepto de su madre, y murmurando interiormente decia: « ¿Acaso ha sido para esta vieja golosa para quien yo he cuidado tanto mi arbolito? » Sin embargo se vió precisada á dar algunas ciruelas, aunque de malísima gana. « Tú, Rubia, dijo la



madre á la segunda de sus hijas, como vuestras uvas no están aún maduras no teneis fruta alguna que dar á esta buena señora. — Así es, dijo ella, pero ya oigo cantar á mi gallina, que acaba de poner un huevo : si esta señora gusta de comérselo fresquito, yo se lo ofrezco de buena voluntad. » Sin esperar la respuesta de la vieja corrió á buscar el huevo; pero en el mismo punto que se lo presenté se desapareció esta mujer, quedando en su lugar una hermosa dama, que hablando con la madre dijo : « Voy á recompensar á vuestras hijas segun su mérito. La mayor será una reina poderosa, y la segunda una labradora. » Tocó entónces el suelo con su baston, y se hallaron en una linda casería. « Ved ahí vuestra parte, dijo á la Rubia : yo sé que os doy á cada una lo que mas apeteceis. »

Retiróse la encantadora dichas estas palabras, dejando atónitas á la madre y á las hijas. Entraron estas en la casería, y se maravillaron de la limpieza de los muebles. Eran todas las sillas de madera, pero tan aseadas, que se veian en ellas como en un espejo. Las camas eran de lienzo blanco como la nieve. Habia en los establos veinte carneros y otras tantas ovejas, cuatro bueyes y cuatro vacas; y en el corral toda clase de animales, como gallinas, ánades, pichones y otros. Habia tambien un bello jardin poblado de flores y frutos. Blanca miraba sin celos el don que á su hermana le habia tocado, y estaba solo preocupada del placer que la causaba el contemplarse reina. Oyó á este tiempo el ruido que hacian unos cazadores que pasaban, y habiendo salido á la puerta para verlos, pareció tan hermosa á los ojos del rey (que era uno de ellos), que resolvió tomarla por esposa. Viéndose Blanca reina, dijo á su hermana : « Ya no quiero que seais labradora : veníos conmigo, y os casaré con un gran señor. — Hermana mia, quedo muy obligada de vuestros favores, respondió la Rubia, pero como estoy acostumbrada al campo gusto quedarme en él. » Marchó pues la reina Blanca, la cual de contento pasó sin dormir muchas noches. Los primeros meses estaba tan embebecida con sus preciosos vestidos, en los bailes y en las comedias, que no pensaba en otra cosa. En poco tiempo se habituó á todo esto de tal modo, que ya nada la divertia. Por otra parte tuvo que sufrir grandes pesares. Todas las damas de la corte la hacian grandes obsequios cuando se hallaban en su presencia; pero ella sabia bien que la estimaban en poco, y que

decian : « Miren la labradorzuela cómo hace de señora :



por cierto que ha tenido el rey bello gusto en haber elegido tal mujer. » Estos discursos dieron causa á que el rey haciendo sus reflexiones pensase que habia cometido un desacierto en casarse con Blanca; y como ya se habia disminuido el amor que la tenia no hacia caso de ella, y apenas la hablaba. Luego que se notó el desamor del rey á su mujer dejaron de tratarla como tal : su desgracia era tanta que aún no tenia una amiga fiel á quien comunicar sus pesares. Conocia que la costumbre de la corte era vender á sus amigos por el interes, mentir á cada momento, y hacer buen semblante á los mismos que aborrecen. Decíanla que una reina debe ostentar un semblante grave y majestuoso, y esto la obligaba á estar siempre seria. Tenia continuamente un médico á su lado, que examinaba cuanto comia, y le arrebatava las cosas de que mas gustaba. En sus guisos no echaban sal alguna. La estorbaban que se pasease cuando lo deseaba; y en una palabra, desde la mañana hasta la noche no hacia cosa alguna que no se la contradijesen. Tuvo varios hijos que daban á criar fuera contra su gusto, sin que tuviese la libertad ni aún de poder replicar. Morfíase de pena la pobre Blanca, y se puso tan flaca, que á todos causaba



compasion. No habia visto á su hermana en tres años reflexionando que seria cosa de ménos valer ir una reina á visitar una labradora; pero viéndose consumida de melancolía resolvió ir á desahogarse algunos dias al campo. Pidió para ello licencia al rey, y este se la concedió de buena gana por desembarazarse de ella algun tiempo. Llegó cerca de noche á la casería de su hermana, y desde léjos vió delante de la puerta una tropa de pastores y pastoras que danzando se divertian alegremente, « ¡O Dios! dijo la reina suspirando : ¿dónde está el tiempo en que yò me holgaba como estas pobres gentes sin que nadie me lo repugnase? » Llegó



por fin, é inmediatamente corrió su hermana á abrazarla.

Esta tenia un semblante alegre, y estaba tan gruesa, que comparando su situacion con la de su hermana, no pudo dejar de llorar al verla. Habia casado Rubia con un jóven labrador nada rico; pero jamas se olvidaba de que su mujer le habia dado cuanto tenia, procurando por cuantos modos le eran imaginables complacerla, y mostrarla su reconocimiento. No tenia Rubia muchos criados, pero estos la amaban como si fuesen sus hijos, porque ella los trataba con el mayor cariño. Todos sus vecinos la amaban igualmente, adelantándose cada uno á darla pruebas de ello. Dineros no tenia muchos, pero tampoco los necesitaba. Ella recogia en sus tierras trigo, vino y aceite: sus ganados la abastecian de leche, de que hacia manteca y queso: hilaba lana para vestirse á sí, á su marido y á dos hijos que tenian. Gozaban todos buena salud; y de noche, despues de haber concluido el trabajo, se divertian con variedad de juegos. « ¡O Dios! prorumpió en voz alta la reina: la encantadora me hizo malísimo presente dándome una corona. La alegría no se encuentra en los palacios magníficos, sino en las ocupaciones inocentes del campo. » Apenas acabó de decir estas palabras cuando se apareció la encantadora, y dijo: « Yo no he pretendido recompensaros haciéndoos reina, sino castigaros porque me dísteis de mala gana vuestras ciruelas. Para ser dichosa es menester, como vuestra hermana, no poseer sino solamente las cosas necesarias, sin desear mas. — ¡Ah señora! exclamó Blanca: pues que de esta suerte os habeis vengado, dad fin á mi desdicha. — Ya está fenecida, replicó la encantadora. El rey, que ya no os ama, acaba de desposarse con otra mujer, y mañana vendrán sus criados á intimaros de su parte que no volvais á palacio. » Sucedió esto del mismo modo que la encantadora lo habia predicho. Blanca pasó el resto de su vida con su hermana Rubia con mucho contento y placer, no pensando en la corte, sino en agradecer á la encantadora el favor que la habia hecho de volverla á su aldea.

SOFIA. — Aya mia, ese cuento me es muy agradable: siempre he deseado ser pastora, porque gusto del campo con exceso, y me parece que nada desearia si poseyese como Rubia una bonita casería; pero ademas de esto convendria que yo tuviese libros.

AYA. — Creo que en esto teneis bello gusto, querida mia; mas para disfrutar de la vida del campo es necesario no



tener ambicion, vanidad, ni deseo, y esto es muy difícil. Sin iros á vivir al campo podeis ser feliz en cualquier parte donde os halleis, siempre que podais desprenderos de los tres defectos que os acabo de decir.

ELENA. — ¿Qué cosa es ambicion?

AYA. — El deseo de mandar á todos, y la vanidad de querer ser alabada por la hermosura, por el talento y por los preciosos vestidos. Preguntad á Julieta cuán desdichada la ha hecho su vanidad.

JULIETA. — Y también me hizo perversa. La que tengo, aunque no es demasiada, me ha hecho incurrir en una notable falta despues que me separé de V. Quiero dar á V. noticia de ella delante de estas señoritas.

AYA. — Obrais en eso justamente, querida amiga mia, porque el verdadero modo de corregirse de los defectos es el confesarlos. Sepamos pues lo que habeis hecho.

JULIETA. — Nosotras estuvimos ayer en casa de la señora N., quien me preguntó en qué me ocupaba. Respondíle que leia en Quinto Curcio. « ¿Qué viene á ser Quinto Curcio? dijo esta señora anciana. — ¡O señora! la respondí, este es un precioso libro donde se trata de la vida de Alejandro Magno. » Esta dama me respondió : « No sabia yo que en Francia hubiese habido un rey que se llamase Alejandro Magno, aunque cuando era niña aprendí de memoria el compendio de la historia de Francia ; pero es verdad que ya lo he olvidado. » En lugar de responder á esta señora (aparentando que me salia sangre de las narices), puse mi pañuelo delante de la cara para disimular la risa de que estaba reventando; y habiendo pasado despues á otras salas conté á todos la ignorancia de esta señora, que jamas habia oido hablar de Alejandro Magno.

AYA. — Efectivamente habeis incurrido en una gran falta, querida mia. ¿Yo apuesto que estais persuadida de que habeis lastimado á esta señora?

JULIETA. — Si, señora Aya : pero cuando ejecuté este desacierto no fué por hacerla daño alguno, sino únicamente por vanidad, y porque los demas entendiesen que yo era una niña de talento, y que leia mucho.

AYA. — Pues os aseguro que ni aun han pensado en eso. Esta mañana estuvimos nosotras en visita con la señora B., la cual, como vos sabeis, tiene un entendimiento despejado, y nos dijo : « ¡Qué mala es la niña Julieta! Ayer se

burló cruelmente de la señora D. : si hubiese sido hija mia la hubiera dado de bofetones. » Ya veis, querida mia, que vuestro amor propio, en lugar de daros á estimar, empeña á todos á despreciaros : habeis dicho á infinitos que esta señora era una ignorante ; pero al mismo tiempo les habeis hecho creer que sois perversa, y esto mismo os ha ocasionado mas daño que el que habeis creído hacer á aquella señora de quien os habeis burlado. Aplicaos á ser buena y caritativa ; y ántes de hablar reflexionad así : « Yo voy á proferir una maldad, y en lugar de publicar los defectos ajenos quiero interesarme en manifestar á los otros sus buenas cualidades. » En este caso todo el mundo os amará. Ahora Mariquita nos va á contar su historia.

MARIQUITA. — Amaba Abraham tiernamente á su hijo Isaac ; pero mucho mas á Dios, como es justo. Un dia le dijo el Señor : « Tomad á vuestro hijo Isaac, y subid sobre una gran montaña donde me le sacrificareis : » que es decir, para cortarle la cabeza, y despues quemar su cuerpo ; porque en aquel tiempo mataban las bestias que se ofrecian al Señor, y despues las quemaban ; y Dios queria el sacrificio de Isaac en lugar del de una bestia. Otro que no hubiera sido Abraham hubiera dicho en su interior : « Dios prometió dar á mi hijo Isaac un gran número de descendientes ; y si yo le mato no puede esto suceder » pero Abraham era tan sabio como fiel y obediente, y no puso la mas mínima repugnancia, porque cuando el Señor le mandaba alguna cosa, sabia bien que puede hacer obras que á nosotros nos parecen imposibles. Tomó Abraham leña, la cual hizo que condujese Isaac, y en tanto que subian á la montaña le dijo este : « Padre mio, nosotros llevamos leña y fuego para encenderla, pero no tenemos víctima para hacer el sacrificio. — Dios proveerá, le respondió Abraham ; » mas cuando llegaron á lo alto dijo á Isaac : « Hijo mio, vos sois la víctima que voy á sacrificar á Dios, porque me lo ha mandado. — Soy gustoso respondió él : el Señor me ha dado la vida, y debo ofrecérsela pues la quiere. » Hizo Abraham al punto un monton con la leña, ató á su hijo sobre él, y tomando un cuchillo levantó el brazo para cortarle la cabeza ; pero á este tiempo se apareció un ángel, que se le detuvo, diciendo : « No mates á Isaac. el Señor solo quiso probar tu obediencia. » Habiendo Abraham desatado á Isaac, vieron un cordero que estaba enredado por los cuer-



nos en una cambronería : cogiéronlo, y lo sacrificaron al Señor; volviéndose despues muy gozosos á sus tiendas.



ELENA. — Cuánto miedo me ha causado el pobre Isaac, señora? Aya : yo creí que efectivamente moriria.

PALMIRA. — Pero, Aya mía, siendo así que es pecado matar á un hombre, ¿cómo mandaba Dios hacer una cosa mala?

AYA. — No siempre es delito el matar á un hombre, y vos misma veis que los matan muy á menudo por haber asesinado. Cuando los soldados hacen la guerra matan á sus enemigos, y no por eso cometen pecado. Por otra parte, ya habeis visto que Dios no quiso que Isaac muriese; y Abraham, que conocia que Dios es bueno y sabio, decia en su interior : « Esto no es malo, pues Dios no manda lo que no es justo. » Ea, Palmira, continuad la historia de Mariquita.

PALMIRA. — Queriendo casar Abraham á su hijo Isaac, llamó á su mayordomo, y le dijo que fuese al país donde

habitó su hermano Nacor, y escogiese en él una mujer para su hijo. Llegó el mayordomo al país de Nacor, y rogó á Dios le diese acierto en su empresa, diciendo : « Señor, mostrádmela mujer que gustais dar á mi jóven amo ; » y habiéndose sentado cerca de un pozo, prosiguió diciendo al Señor : « Las mozas de la ciudad vendrán en breve á buscar agua á la fuente : yo las pediré de beber ; inspirad Vos á la que debe ser mujer de Isaac que me presente cortesantemente su cántaro, y me ofrezca tambien dar de beber á mis camellos. » A este tiempo las mozas salieron de la ciudad, y habiendo visto una muy hermosa se acercó á ella



el mayordomo, y la pidió de beber. « De buena voluntad, dijo la doncella, y al punto bajó su cántaro, añadiendo : « Yo quiero tambien dar de beber á tus camellos. » Preguntóla el mayordomo cómo se llamaba, y ella respondió : « Yo me llamo Rebeca, y mi abuelo se llamó Nacor. »



El mayordomo dió gracias al Señor, y presentó á Rebeca una sortija de oro y unas arracadas. Corrió presurosa á su casa á enseñar las dádivas á sus hermanos, pues sabia muy bien que una doncella no debe tomar regalos de los hombres sin licencia de sus parientes. Laban, hermano de Rebeca, habiéndolos visto, vino á la fuente, y rogó al mayordomo fuese á aposentarse á su casa. Este hombre no quiso comer ni beber hasta no evacuar su comision. Pidió á Rebeca en casamiento para Isaac, y sus hermanos se la concedieron. Dijeron estos despues á Rebeca : « ¿Quereis vos ir en compañía de este hombre á casaros con vuestro primo Isaac? » Respondió ella que sí, y partió con el mayordomo, el cual la hizo muchos regalos, y lo mismo á sus hermanos. Despues de haber caminado mucho tiempo, vió Rebeca á un hombre que se paseaba por el campo; y habiéndola dicho el mayordomo que era Isaac se puso el velo sobre la cabeza. Casóse Isaac inmediatamente, y amó de tal suerte á Rebeca, que esta le sirvió de algun consuelo en la muerte de Sara su madre, que murió poco tiempo despues.

ELENA. — Esta historia es preciosa, Aya mia; pero yo quisiera saber ¿por qué envió Abraham tan léjos á buscar una mujer para su hijo? ¿No habia acaso doncellas en el país donde él habitaba?

AYA. — Sí las habia, mis queridas; pero les faltaba virtud ó religion; y como Abraham apetecia para su hijo una mujer de este mérito, la prefirió á las riquezas. Reflexionad, niñas mias, lo que hizo el mayordomo de Abraham. Rogó á Dios eligiese una mujer para su amo. Esto nos enseña que acudamos á Dios en todas nuestras necesidades. El Señor estan bueno, que no se ofende de esta confianza: por tanto, debemos pedirle todas las cosas de que tenemos necesidad.

MARIQUITA. — Pero bien sabe Dios las cosas de que tenemos necesidad, y así parece no ser preciso que se las pidamos.

AYA. — Perdonadme, querida mia. Dios sabe que tenemos necesidad de pan, y no obstante nos ordenó Jesucristo que lo pidiésemos todos los dias en la oracion que nos enseñó. ¿No decís vos todas las noches y mañanas en vuestra oracion : « Dadnos nuestro pan cotidiano; esto es, el pan nuestro de cada dia dánosle hoy? »

PALMIRA. — Así es; pero jamas habia parado la consideracion en ello.

SOFIA. — Yo por mi parte pido siempre á Dios todo aquello de que tengo necesidad : cuando estudio la leccion le ruego me conceda la gracia de aprenderla bien : cuando mamá, papá ó mis hermanos están malos, le pido que los sane : cuando deseo alguna cosa, suplico á Dios inspire á mi mamá que me la dé; y es el Señor tan bueno, que siempre me concede lo que le pido.

AYA. — Esa virtud procurareis conservarla mucho, querida mia. Debemos acostumbrarnos á mirar á Dios como á nuestro buen padre y nuestro dueño. Un hijo pide con confianza las cosas justas á su padre, y un criado á su amo ; pero como nosotras no sabemos nuestras verdaderas necesidades, y tal vez podríamos pedir cosas que nos fuesen perjudiciales, debemos decir siempre : « Señor, concededme lo que os pido, si conviene para gloria vuestra y salvacion mia. » Veamos ahora si tratamos algo de geografia.

La última vez hablamos de los nombres que se dan á las diferentes partes de la tierra ; esto es, del continente, de la isla. de la península y del cabo ; por tanto es necesario explicar hoy los diversos nombres que se dan á las diferentes partes del agua.

Este gran conjunto de aguas que veis se llama mar ú océano, el cual se divide en cuatro partes principales ; el Océano Atlántico, que baña la Europa, el Africa y la América ; el Gran Océano, que baña la América, el Africa, el Asia y la Oceanía ; el Océano Glacial del Norte, que baña el norte de Europa, de Asia y de América ; y el Océano Glacial del Sur, en el que no se conoce ninguna tierra habitada. Llámase golfo ó bahía una parte del Océano que se introduce en la tierra. La bahía se diferencia del golfo en que suele ocupar ménos espacio. Archipiélago es un conjunto de islas ; istmo es una lengua de tierra que une una península á un continente ; estrecho es un paso de un mar á otro ; lago es un agregado de aguas circundado de tierra ; y rio una agua que corre incesantemente. Llámase manantial ó fuente el nacimiento de un rio, y desembocadero el lugar por donde entra en el mar. La entrada de un rio en otro se llama junta ó confluencia de dos rios. Por region hidrográfica de un rio se entiende toda la parte del país



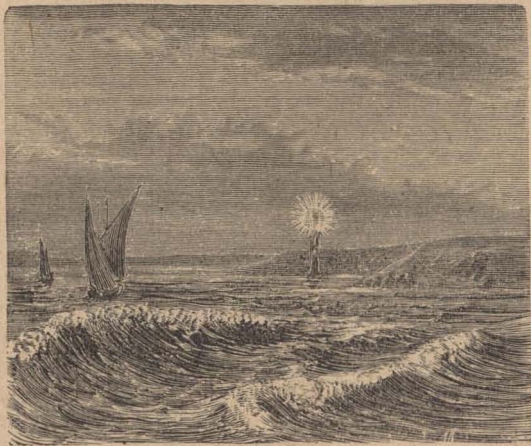
cuyas aguas lo abastecen. ¿Comprenden Vds. esto bien, niñas mías?

PALMIRA. — Sí, señora Aya. Un golfo es un mar que se introduce en la tierra, como el golfo de Venecia. Estrecho es una calle de agua, que junta dos mares uno con otro, como el estrecho de Gibraltar, que une el Gran Océano al Mediterráneo.

AYA. — Muy bien. Llámase tambien estrecho un mar encerrado entre dos tierras: vedlo en este mapa. Entre la isla de Córcega y la de Cerdeña hay una pequeña calle, que nombran el estrecho de Bonifacio.

JULIETA. — Aya mía, ¿de qué procede que á la pequeña calle de mar que se halla entre Italia y Sicilia la llamasen el faro de Mesina? ¿Qué quiere decir esta palabra faro?

AYA. — Yo no entiendo el griego, querida mía, y esta palabra viene del griego; pero nosotras podemos adivinarlo. Los navíos que caminan por la mar no pueden sin grave daño acercarse á la tierra. Para advertirles que la tierra está inmediata se pone lumbré ó luz á las orillas de la mar, y entónces las gentes que están en el navío, viendo esta



lumbré ó esta luz durante la noche, no se aproximan á ella. Hubo pues un rey en Egipto, nombrado Ptolomeo: este hizo labrar una torre de mármol tan bella que se dice fué una

de las siete maravillas del mundo. En lo alto de esta torre ponían una luz, que llamaban faro, para avisar á los navegantes; y desde entónces se llaman faros todos los lugares elevados donde se ponen luces de noche á este intento: y una de estas torres, á quien nombran faro de Mesina, es la que ha dado nombre á este estrecho. Nosotras pues podemos discurrir que la palabra faro significa farol ó una luz que guia durante la noche.

MARIQUITA. — ¿De esa suerte los faroles que están delante de las puertas son faros?

AYA. — Sin duda alguna.

ELENA. — Dijo V. que había siete maravillas en el mundo: ¿cuáles son pues las otras?

AYA. — Voy á decíros las todas del modo que yo las sé. Las murallas y los jardines de Babilonia, el faro de Alejandría, el túmulo de Mausoleo, el coloso de Rodas, el templo de Diana en Éfeso, el laberinto de Minos en la isla de Creta, y las pirámides de Egipto.

PALMIRA. — ¿Y qué es lo que todas esas cosas significan?

AYA. — Sofia os lo explicará, niñas mías. Conque así amiguita, decid lo que era el túmulo de Mausoleo.

SOFIA. — Hubo en Caria una reina llamada Artemisa. Amaba con exceso á su marido Mausoleo; y habiendo muerto este, le mandó fabricar un túmulo ó sepulcro magnífico. Desde entónces las obras que se hacen para honrar la memoria de los muertos se llaman mausoleos. Aunque era magnífico el túmulo que Artemisa había hecho construir, no le pareció digno de recibir las cenizas de su marido.

PALMIRA. — ¿Pues dónde las puso, señora?

SOFIA. — Mezclábalas diariamente con la sopa y el vino, y poco á poco las fué consumiendo.

JULIETA. — ¿Esa Artemisa no fué la que combatió por Jerjes, rey de Persia, contra los Griegos en Salamina?

AYA. — No, querida, esa fué ántes. Necesitamos separarnos, señoritas, porque es muy tarde: la primera vez que nos juntemos hablaremos de las otras maravillas del mundo.

---



## DIALOGO NOVENO

## TARDE SÉPTIMA

MARIQUITA. — Buenos dias tenga V., señora Aya: ¿nos dirá V. hoy un bonito cuento de encantadora?

AYA. — No, querida mia; pero en lugar de un cuento de encantamiento os referirá la señorita Sofia la fábula del laberinto, que fué una de las siete maravillas del mundo. Aunque yo digo que esta es una fábula, no es porque no haya habido un laberinto, un Minos, un Teseo y las otras personas de quienes vamos á hablar, sino porque han mezclado las fábulas con las acciones verdaderas de estas gentes. Vamos, dé V. principio, querida Sofia.

SOFIA. — Hubo un rey de Creta, llamado Minos, el cual tenia un hijo, á quien mataron los Atenienses, con cuyo motivo les declaró guerra, y habiéndolos vencido y conseguido de ellos una completa victoria, los condenó á que le diesen cada año siete mancebos y siete doncellas, para que fuesen devorados por el Minotauro. Este Minotauro era un monstruo, medio hombre y medio toro, el cual residia en una casa llamada laberinto, y estaba esta construida de tal modo, que al que en ella entraba no le era posible encontrar la salida, porque tenia mil vueltas y revueltas; y por eso los pobres Atenienses que metian en esta casa se morian de hambre, aun cuando no fuesen comidos por el monstruo. El hijo del rey de Atenas, llamado Teseo, resolvió ir á Creta con los jóvenes y doncellas que á ella se enviaban, con intento de matar al Minotauro. Habiendo llegado á este país, la hija de Minos, nombrada Ariadna, se enamoró de Teseo. Prometiéndole que le robaria y llevaria consigo si queria salvarle la vida. Dióle Ariadna un ovillo de hilo, diciéndole que le atase á la puerta del laberinto. Llevaba él el ovillo en la mano, y lo alargaba á proporcion que se iba adelantando. Habiéndose encontrado con el Minotauro, lo mató, y guiado del hilo, halló la puerta, y salió, redimiendo

así á los Atenienses de la obligacion de enviar otros para que fuesen comidos por el monstruo. Al volverse Teseo á



Aténas se fué Ariadna en su compañía, pero él, despreciándola, la abandonó; porque una doncella que se va con un hombre no merece que la estimen. Levantóse muy temprano ínterin ella dormía en una isla adonde habian saltado en tierra para pasar la noche, y cuando Ariadna al despertar vió que habia marchado la nave, echó á llorar muy pesadosa de haber dejado la casa de su padre; pero ya eran inútiles sus lágrimas. Baco, dios del vino, pasó por el sitio donde ella estaba, y viéndola tan hermosa, se movió á compasion, y se casó con ella. Tenia Ariadna una corona en la cabeza, y Baco arrojándola al cielo la convirtió en estrella. Cuando Teseo partió de Atenas ofreció á su padre Egeo que si volvía victorioso pondria una bandera blanca en lo alto de su nave. Olvidóse de esto, y su padre, que iba todos los dias á ver si el navío arribaba, viéndole sin la bandera, creyó que su hijo era muerto, y se arrojó al mar. Teseo, en agradecimiento de la victoria, envió sus presentes al dios Apolo, disponiendo que todos los años se le enviase el mismo navío con iguales dones. Todo el tiempo que este



navío estaba fuera de Aténas á nadie podian mandar matar, y esperaban su vuelta para ejecutarlo.

JULIETA. — Lo que yo deseo saber es, qué tiene de verdad lo que acaba de explicarnos Sofia.

AYA. — Casi todo, querida mia. En lugar del monstruo fué un capitan cretés llamado Tauro. En lugar del ovillo de hilo que Ariadna dió á Teseo, la planta y disposicion en que estaba el laberinto; y en lugar de Baco fué un sacerdote de este dios el que casó con la princesa. Voy á explicaros ahora las otras cuatro maravillas del mundo.

Los muros de Babilonia, que rodeaban esta ciudad, capital del mas antiguo imperio del mundo, tenian diez leguas de circunferencia, doscientos piés de altura, y eran tan anchos, que podian pasar sobre ellos seis carros de frente sin incomodarse. Los pensiles ó suspendidos jardines de Babilonia fueron obra tan maravillosa como sus murallas.

El coloso de Rodas era una estatua de bronce de un tamaño desmesurado, y tenia la figura de un hombre. Los Rodios le consagraron al dios Apolo, y le colocaron á la entrada del puerto de la ciudad de Rodas en la isla de este nombre. Era sumamente alto, y se sustentaban sus piés sobre dos rocas tan distantes entre sí, que los navíos pasaban con todas sus velas tendidas por entre sus piernas. Fué arruinado por un temblor de tierra.

El templo de Diana era un soberbio edificio que estuvo dedicado á esta diosa en la ciudad de Éfeso. El extravagante Erostrato lo abrasó por hacer famoso su nombre en la historia.

Las pirámides de Egipto fueron obras famosas, que ha cuatro mil años se construyeron, y aún se ven señales en las inmediaciones del Cairo. Sirvieron de sepulcro á los reyes de Egipto; y el mas grande tardaron veinte años en concluirle, trabajando en él trescientos sesenta y seis mil obreros; en cuyo tiempo (como en él se esculpió) se asegura haberse gastado en ajos, puerros, cebollas y otras legumbres para mantener á los obreros, mil y ochocientos talentos, que hacen unos dos millones de pesos fuertes. Pero habiendo tratado hoy bastante de la fábula, hablaremos algo de geografía. Tomemos pues el mapa, y vamos á dividir la Europa en diez y seis países principales: cuatro al norte, siete en el centro y cinco al sur.

Los cuatro países al norte son: 1º las islas Británicas,

cuya capital es Lóndres; 2º la Dinamarca, capital Copenhague; 3º la Suecia, capital Estocolmo; y 4º la Rusia, capital San Petersburgo.

Los siete países del centro son : 1º la Francia, capital París; 2º la Bélgica, capital Bruselas; 3º la Holanda, capital La Haya; 4º la Suiza, ciudades principales Basilea, Berna y Ginebra; 5º el Austria, capital Viena; 6º la Prusia, capital Berlín; y 7º los Estados secundarios de Alemania, ciudades principales Hamburgo, Hanóver, Dresde, Francfort del Mein, Stuttgard y Munich.

Los cinco países al sur son : 1º España, capital Madrid; 2º Portugal, capital Lisboa; 3º Italia, ciudades principales Roma, Nápoles, Florencia, Milan, Venecia y Turín; 4º Turquía, capital Constantinopla; y 5º Grecia, capital Atenas.

AYA. — Basta por hoy de geografía, señoritas : veamos ahora lo que habeis aprendido acerca de la Historia Sagrada.

MARIQUITA. — Habiendo casado Isaac con Rebeca, rogó á Dios les diese sucesion. Tuvo en ella dos hijos : el mayor fué llamado Esaú, y el segundo Jacob. Ya sabeis, señoritas mías, que el primogénito era el que antiguamente heredaba



el título y los bienes del padre. Esaú fué un día á caza, y llegó á su casa con grande hambre : encontró á Jacob que



acababa de disponer un potaje de lentejas, que iba á comer, y Esaú le dijo : « Hermano mío, dadme ese plato de lentejas. Yo le he hecho para mí, respondió Jacob; pero si me dais vuestro título os daré mis lentejas. » Esaú, que era un gloton, vendió su título por este potaje ; y de este modo ascendió Jacob al grado de primogénito.

AYA. — Ya veis, señoritas, cuántos desaciertos produce la glotonería. Este es un vil defecto, que sobre ser pecado, acorta la vida, y ocasiona estultez y enfermedades; pero no quiero trataros mas de este particular. Yo os conozco muy bien, y no puedo persuadirme de que seais glotonas. Este es un vicio tan bajo y tan vergonzoso, que no toleraria en mi compañía á ninguna señorita si supiese que era glotona. Pero, Elena, parece que os poneis colorada. ¿Habeis tenido acaso la desgracia de cometer alguna falta de esta clase?

ELENA. — Sí, Aya mia : el otro dia mi criada no quiso darme el té por la noche, y pasé llorando mas de una hora.

AYA. — Es necesario que se corrija V. de ese vicio; y si quiere ser buena, y que yo la estime mas, necesita V. enmendar esa falta. Veremos qué diligencias hace V. para enmendarse.

ELENA. — Yo prometo no tomar té en ocho dias; pero V. no ha de pensar mas en esta necedad en que he incurrido.

AYA. — Enhorabuena, querida mia. Cuando nosotras sentimos nuestros defectos, y los reparamos, los olvida Dios. Yo procuraré hacer lo mismo. Continúa ahora vuestra historia, querida.

ELENA. — Esaú no amaba á Jacob, porque este, ademas de haberle comprado el título de primogénito, le habia hurtado la bendicion de su padre. Rebeca su madre dijo á Jacob : « Yo temo que quiera vengarse de vos vuestro hermano Esaú, y así, hijo mio, id á buscar á vuestro tío Laban y permaneced en su compañía hasta que se le haya pasado el enojo. » Tenia Laban dos hijas : Lia la mayor era fea ; y Raquel la segunda era hermosa. Enamoróse Jacob de Raquel, y la pidió á Laban por esposa. Dijole este : « Yo te daré á mi hija Raquel con tal de que me sirvas siete años. » Convino Jacob, y amaba tanto á esta, que los siete años le parecieron siete dias. Cumplido este tiempo creyó casar con Raquel, pero Laban le engañó, y como en aquel país era costumbre casarse las mujeres tapadas, solo fué despues de la ceremonia nupcial, levantando el velo de su mujer,

cuando conoció Jacob el engaño, siendo entónces su cólera igual á su sorpresa. Díjole Laban : « No es aquí costumbre casar las mas jóvenes ántes que las mayores. No obstante si quieres servirme otros siete años, te daré á Raquel á los ocho dias. Convino Jacob en ello, y despues de este tiempo viendo Laban que Dios le bendecia por el mérito de Jacob, le rogó se quedase en su compañía, prometiéndole una buena recompensa; y aunque procuró engañarle en esto, sin embargo Jacob enriqueció notablemente. Como él no amaba á su mujer Lia, se compadeció de ella el Señor, y le dió un gran número de hijos, no teniendo ninguno en Raquel. Tuvo en esta por fin uno que se llamó José, y entre tanto dejando Jacob la compañía de su suegro Laban, volvió á su país. Estando cerca de él vió venir á su hermano Esaú con un gran número de hombres armados. Tuvo Jacob miedo, mas envió Dios un ángel que le repusiese; y él apaciguó la cólera de su hermano haciéndole algunos presentes.



AYA. — Vamos, Palmira, prosiga V. la historia.

PALMIRA. — Establecióse Jacob con su familia cerca de



la ciudad de Sichem. Tenia doce hijos y una hija llamada Dina. Era esta curiosa, y quiso ver las damas de Sichem. Púsole en práctica; y habiéndola visto el hijo del rey, se enamoró de ella, y la robó. Supieron esto los hijos de Jacob, y se irritaron mucho. El rey les dijo: « No tengais disgusto: dadme á vuestra hermana para mujer de mi hijo, y nosotros seremos amigos. » Convinieron en esto la mayor parte de los hermanos de Dina, pero dos de ellos llamados Simeon y Leví resolvieron vengarse. Mataron pues á traicion al rey, á su hijo y á todos los hombres de Sichem, haciendo á sus mujeres prisioneras. Cuando Jacob supo esto recibió gran pesar, y temió le hiciesen guerra las ciudades y pueblos comarcanos. Aseguróle Dios, y le prometió (así como lo habia hecho ántes á Abraham y á Isaac) dar á sus descendientes el país que entónces habitaban. Dejó Jacob este lugar, y pasó á establecerse en Betel, que despues se llamó Belen. En él tuvo de Raquel un hijo, cuyo nacimiento le costó la vida, y la madre le llamó Benoni, que quiere decir hijo de mi dolor; pero Jacob le puso Benjamin. Fué Raquel sepultada cerca de Belen. Casi al mismo tiempo murió tambien Isaac á la edad de ciento y ochenta años.

JULIETA. — Señora Aya, los hijos de Jacob creo que no eran todos hombres de bien. Simeon y Leví fueron demasiado crueles en matar sin culpa alguna á las gentes de Sichem.

AYA. — Casi todos ellos no tenian educacion, lo que hace bárbaros á los hombres, como lo vereis bien presto. El mayor, llamado Júdas, cometió grandes crímenes; pero habia uno entre ellos colmado de virtudes.

SOFIA. — Dios mio, yo no comprendo por qué sean los hombres perversos cuando se halla tanta complacencia en obrar bien. Por mi parte cuando he cometido alguna falta estoy tan azorada, que no puedo dormir en toda la noche. ¡Cómo es posible que dejasen de estarlo tambien Simeon y Leví habiendo muerto á todas esas gentes!

AYA. — Querida mia, cuando comenzamos á ser malos la conciencia nos atormenta; pero cuando despreciando sus avisos continuamos en ser peores, se disminuyen poco á poco los remordimientos; y últimamente la conciencia enmudece, siendo este el mayor de todos los males. Reflexionad asimismo, niñas mías, cuán perjudicial es á una señora jóven ser curiosa. Si Dina se hubiera estado metida

en su casa, no hubiera causado los espantosos males que acabamos de oir. Las mujeres se criaron para el retiro, y es



necesario que se acostumbren gustosas á él. Para conmigo pierde la opinion la doncella que gusta salir y dejarse ver de todos. Ya os dije en algun tiempo que las mujeres deben estar destinadas á celar sobre su casa y familia : ¿cómo pues podrán hacerlo si están todo el dia fuera de su casa?

JULIETA. — Pero, señora Aya, la que es rica tiene sus criados que celen sobre la familia, y yo creia que solo las gentes pobres debian ocuparse en este cuidado.

AYA. — Estaba V. engañada, querida mia. No dijo Dios que los ricos no comerian el pan sin el sudor de su rostro. Todo el mundo debe trabajar : esta es penitencia universal ; y el trabajo de una señora, así como el de una mercadera, es el de cuidar de su familia. Aun suponiendo que la ociosidad no fuese pecado, deberán siempre las señoras ocuparse en el cuidado de sus casas. Retened bien esto en la memoria, niñas mias. Aunque fuéseis vosotras mucho mas ricas de lo que sois, no estando atentas á vuestros negocios, vuestros domésticos os robarian : los mercaderes se pondrian de acuerdo con ellos para venderos mas caros los



géneros, y vendríais á ser pobres, ó por lo ménos vuestros hijos; siendo cierto que es sumamente vergonzoso llegar á ser pobres por defectos propios. Todo el mundo se burla de estos tales, y léjos de tenerles lástima los desprecia.

MARIQUITA. — Dice V. que todo el mundo está obligado á trabajar; pero no lo están los jefes del Estado.

AYA. — No tal, mi querida. Un buen jefe del Estado trabaja mucho mas que el mas pobre de sus gobernados. Hay dos modos de trabajar, señoritas mías. Un labrador trabaja en el cultivo de la tierra : un carpintero en la madera : una costurera haciendo vestidos; pero no es muy difícil su trabajo : mucho mas lo es aquel en que el entendimiento trabaja; y ved ahí las obras de los jefes del Estado. Como les ha de pedir Dios cuenta de todo el mal que se haga por su negligencia, deben pensar de dia y noche en instruirse de todo cuanto se ejecuta en su Estado; y os aseguro que un buen jefe no tiene momento de descanso.

JULIETA. — Siendo así, ¿no estará muy contento de ser jefe?

AYA. — Perdone V., querida. Un buen jefe puede ser el mas feliz de todos los hombres; pero para serlo es necesario que no tenga un instante de sosiego. Ese trabajo que V. mira como fatiga hace todo el honor y toda la gloria de su vida. Pregunto : ¿una buena madre encuentra por ventura fatiga en cuidar de sus hijos? Sin duda que no. Pues ahora bien : un buen jefe de Estado es el padre de sus gobernados, y léjos de encontrar disgusto en tratar de las cosas que pueden hacerlos felices, esto mismo le produce una satisfaccion completísima.

Adios, niñas mías : hoy ha sido la leccion algo corta; pero lo recompensaremos en la primera ocasion.

## DIALOGO DÉCIMO

## TARDE OCTAVA.

AYA. — Buenos dias tengan Vds., señoritas. Hoy quiero tener entretenidas á Vds. contándolas un cuento que leí ayer.

## EL PRINCIPE DESEO Ó NARIGUDO

## CUENTO

Hubo en cierta ocasion un rey que amaba con exceso á una princesa; pero no pudiendo casarse con ella por estar encantada, consultó á una encantadora sobre el modo de vencer este inconveniente. Díjole la encantadora : « Tú sabes que la princesa tiene un gato grande á quien quiere mucho : el que tuviere maña para pisarle la cola será el que logrará su mano. » Parecióle al príncipe fácil esta empresa; y resuelto á machucar la cola del gato, cuanto mas pisársela, marchó derecho al palacio de su dama. El gato (que se llamaba Galan) se presentó, como lo tenia de costumbre, y ensanchándose de lomos : entónces el rey, levantando un pié, lo dejó caer á su parecer encima de la cola; pero Galan, enroscándola con una ligereza increíble, dejó burlada su intencion. Continuó ocho dias seguidos la inútil pretension de ver cómo podia coger debajo de sus piés aquella fatal cola. Por último, habiendo una vez sorprendido al gato estando durmiendo, le afirmó fuertemente el pié sobre ella, y despertó entónces dando unos maullidos asombrosos. Convirtiósese improvisamente en un hombre agigantado, y mirando al príncipe con ojos furibundos, le dijo : « Te casarás con la princesa, pues has deshecho el encanto que lo estorbaba, pero yo me vengaré. Tendras un hijo que será siempre desdichado hasta el punto mismo en



que advierta que es muy larga su nariz; y si tú revelares esta amenaza morirás al punto. » Sin embargo de que se



espantó el rey de ver aquel hombre agigantado, que era un encantador, no pudo ménos de reirse con semejante amenaza, y dijo interiormente : « Mi hijo bien podrá echar de ver su defecto si no fuere ciego ó manco. » Con efecto, habiendo el príncipe hablado á la princesa, celebró con ella su casamiento ; pero la vida del rey fué corta, porque murió dentro de ocho meses, y uno despues dió á luz la reina un príncipe, á quien puso por nombre Deseo. Este tenia los ojos grandes, azules y muy hermosos : la boca era bonita y pequeña ; pero la nariz era tan grande, que le cubria la mitad de la cara. Quedó la reina desconsolada al ver aquella deformidad ; pero deseando sus camareras moderar su excesivo sentimiento, la dijeron que no era tan

grande como ella creia, que á la verdad era una nariz á la romana; y que las historias traian repetidas noticias de que



todos los héroes habian tenido nariz larga. Como la reina amaba con exceso á su hijo le agradó mucho esta especie, y despues la misma costumbre de mirarle hizo que llegase á no parecerle disforme. Criaron al príncipe con gran cuidado; y quando ya rompió á hablar, de nada se trataba mas que de satirizar en su presencia á todos los que tenian la nariz corta; y solo se permitian á su lado aquellas personas que la tenian algo semejante á la suya, tanto, que varios de los cortesanos, con el deseo de obsequiar á la reina y al príncipe, se empleaban con afan en tirar muchas veces al día las narices de sus hijos con el fin de hacérselas crecer; pero por mas que lo deseaban era inútil su trabajo, pues respecto de Deseo parecian siempre chatos. Instruíanle en la historia quando fué de mas edad; y todas las veces que se ofrecia tratar de algun príncipe grande ó alguna hermosa princesa, se suponía que habia tenido la nariz



larga. En su cuarto habia porcion de pinturas, y en todas se veian narices disformes, de modo que se acostumbró el príncipe tanto á mirar como perfeccion la longitud de la nariz, que por una corona no hubiera dejado quitar de la suya una sola línea. Luego que llegó á veinte años se pensó en casarle, y con este fin se le presentaron los retratos de várias princesas, entre los cuales eligió el de Querida. Era esta hija de un rey poderoso, de quien debia heredar muchos reinos; pero Deseo estaba tan pagado de su hermosura, que solo ella se llevaba la atencion. Esta princesa, á quien él tenia por tan amable, tenia sin embargo una nariz pequeña y regazada, que aunque agraciaba su semblante, puso á los cortesanos en una inquietud terrible. Estaban tan acostumbrados á burlarse de las narices pequeñas, que algunas veces se reian inadvertidamente de las de la princesa, aun sin haberla visto. Pero Deseo, que sobre este punto era demasiado escrupuloso, desterró de la corte dos de ellos que habian atrevidamente satirizado la nariz de Querida, y con este ejemplo los demas aprendieron á moderarse. Hubo uno que dijo al príncipe en cierta ocasion, que á la verdad no podia ser amable un hombre que tuviese pequeña la nariz; pero que esta hacia diferente efecto en la hermosura de la mujer; y añadió, que cierto sabio le habia asegurado haber leído en un antiguo manuscrito griego, que la bella Cleopatra tuvo regazada la nariz. El príncipe lleno de gozo con esta noticia hizo un magnífico regalo al lisonjero que se la habia dado; y en efecto despachó embajadores á pedir á la princesa en casamiento. Habiéndosela concedido, salió á recibirla á tres leguas de su corte, estimulado del gran deseo que tenia de verla; pero al tiempo de acercarse á besarla la mano, se vió descender un encantador por el aire, el cual robó á su vista á la princesa, dejándole en el mayor desconsuelo. Protestó entonces Deseo que no volveria á su reino hasta haber encontrado á su Querida; y sin permitir que le acompañase ninguno de sus cortesanos, montó en un buen caballo, y dejando á su eleccion el camino que habia de seguir, echó á caminar por una extendida llanura, por la cual anduvo todo el día sin encontrar pueblo ni casa alguna. Cerca de noche, cuando se hallaban casi muertos de hambre amo y caballo, vió el príncipe una caverna en la cual habia luz. Habiendo entrado en ella vió una viejecilla, que á su parecer pasaba

de cien años, la cual queriendo ponerse los anteojos para mirar al príncipe, puso mucho tiempo para sujetarlos sobre la nariz, porque era sumamente roma.



Dieron ambos á un tiempo una gran carcajada al verse, y exclamaron : « ¡O y qué donosa nariz! — La mia lo es mas que la vuestra, dijo Deseo á la vieja (que era una encantadora); pero quedándose cada uno con su nariz, larga ó roma, os agradeceré me deis alguna cosa que comer, y lo mismo á mi pobre caballo, pues venimos muertos de hambre. — Con mucho gusto, dijo la encantadora, porque á pesar de la ridiculez de tu nariz, eres al fin hijo del mejor de mis amigos. Yo amé al rey tu padre como á un hermano, y á la verdad tenia muy bien formada su nariz. — ¿Y á la mia qué le falta para serlo? dijo Deseo. — Nada, ántes le sobra mucho, respondió la encantadora; pero eso no se opone al carácter de hombre de bien : y así nada importa que tengas la nariz larga. Como te iba diciendo, yo fuí amiga de tu padre, y este príncipe en aquel tiempo venia á verme con frecuencia : yo entónces era muy linda, segun me decia : pero quiero contarte la conversacion que tuvimos la última vez que me vió. — ¡Ah señora! dijo Deseo, advertid que no he comido en todo el dia, tratad de darme de



cenar, y despues os escucharé con gusto. — ¡Pobre mozo! teneis razon, ya me habia olvidado de eso : voy pues á darte la cena, y miéntras dura te contaré mi historia en cuatro palabras, porque no gusto de mucha prosa, teniendo por ménos tolerable una lengua larga que una prolongada nariz; y me acuerdo muy bien que cuando yo era niña se admiraban todos de ver que no era picotera, lo cual se lo celebraban mucho á la reina mi madre, porque no obstante la situacion en que me ves, soy hija de un gran rey. Mi padre... — Vuestro padre comeria cuando tuviese hambre, dijo el príncipe, interrumpiéndola. — No hay en eso duda, añadió la encantadora, y tu cenarás al punto; pero ántes quiero decirte solamente que mi padre... — Y yo no quiero escucharos miéntras no cene, » replicó el príncipe lleno de ira, bien que trató de moderarse por su misma necesidad, y dijo á la encantadora : « No dudo que el placer que recibiré al oiros podrá hacerme olvidar la hambre; pero mi caballo, que no puede entenderos, necesita comer alguna cosa. » Remilgóse la encantadora con este cumplimiento, y respondió : « No quiero que esperes mas. » Llamó pues á sus criados y añadió : « Eres muy lindo y muy amable á pesar de la incomparable deformidad de tu nariz. — Mala peste te venga con mi nariz, dijo el príncipe en su interior; mi madre debió robarle lo que falta á la suya : si no fuese tan vehemente mi hambre dejaría al punto á esta vieja habladora que dice no haber sido picotera cuando era niña : á la verdad que para no conocer los propios defectos es preciso ser demasiado necio : esto es lo que produce el haber nacido princesa, pues por esta causa la han echado á perder los lisonjeros haciéndola creer que hablaba poco. » En tanto que el príncipe reflexionaba de este modo ponian la mesa los criados : y él se admiraba de ver que la encantadora les hacia mil preguntas á cada instante sin mas fundamento que el deseo de hablar; pero lo que mas le pasmaba era que á cada palabra que la vieja decia alababa su discrecion su camarera. « Por mi vida, decia él (sin dejar de comer), que estoy contentísimo de haber venido aquí; este ejemplo me advierte que he hecho muy bien en no escuchar á lisonjeros : ellos nos alaban desvergonzadamente, y nos ocultan nuestros defectos cambiándolos en perfecciones. Por mi parte no seré de hoy mas engañado, pues que á Dios gracias conozco mis faltas, » y efectivamente cono-

cia que los que habian alabado su nariz le habian burlado, así como lo hacia entónces de su ama la camarera, pues veia el príncipe que de rato en rato volvía á otra parte la cara para reirse de ella. Comia él sin cesar, y no hablaba una palabra; pero cuando ya se hallaba algun tanto satisfecho le dijo la encantadora: « Príncipe mio, ladeaos un poco, pues con la sombra de vuestra larga nariz no veo lo que como: hablemos ahora de vuestro padre. Cuando él era pequeño iba yo á su corte; pero ha ya cuarenta años que estoy retirada en esta soledad: decidme, ¿de qué modo se vive actualmente en ella? ¿gustan aún las damas de correrlo todo? En mi tiempo se las veia en un mismo dia en las tertulias, en las comedias, en los paseos, en los bailes... ¡Que sea tan larga vuestra nariz! yo no puedo dejar de extrañarla por mas que la miro. — Por cierto, señora, dijo Deseo, que yo estoy gustoso con ella, y sentiria sin duda que fuese mas corta; y pues á vos nada os importa que sea como fuese, os suplico dejeis esta conversacion. — ¡O! ya veo que os doy pesar, mi pobre Deseo, replicó la encantadora, y no es esto lo que yo procuro; al contrario soy una de vuestras amigas, y apetezco servirlos: pero no obstante lo que me choca vuestra nariz, no volveré á hablaros mas de ella, y haré por persuadirme que sois romo; aunque si he de deciros la verdad, con el material que se empleó en ella podian haberse hecho tres muy razonables. » Como ya Deseo habia cenado se llegó por fin á irritar tanto con las conversaciones perdurables que la encantadora entablaba sobre su nariz, que montó en su caballo y se fué de allí. Continuó su viaje, y por donde quiera que iba notaba que todos tenian que hablar de su nariz, y él los tenia á todos por locos; porque estaba tan hecho á que se la alabasen de perfecta, que jamas llegó á persuadirse que era larga. La vieja encantadora, que deseaba serle útil, se anticipó á encerrar á Querida en un palacio de cristal, el cual puso en el camino por donde iba el príncipe. Este, trasportado de alegría al verla, quiso romperle, pero le fué imposible; y queriendo por lo ménos acercarse para hablarla, ella por su parte arrimó la mano al cristal, y él pretendió besársela; pero fueron inútiles sus diligencias, pues de cualquier modo que lo intentaba siempre le impedía la nariz el acercarse. Esta fué la primera vez que conoció lo desmesurado de su nariz, y ladeándola con la mano, dijo: « Forzoso es



conocer que mi nariz es muy larga. » A este punto cayó en tierra hecho pedazos el palacio de cristal; y la vieja (que se



dejó ver trayendo á Querida de la mano) dijo al príncipe :  
« Confesad las grandes obligaciones que me debéis : por mas que yo quisiese daros á entender el desmesurado tamaño de vuestra nariz no hubiérais jamas conocido el defecto, á no haberos servido de estorbo el cristal para lo que apeteciais. » Es constante que el amor propio nos oculta las deformidades de nuestra alma y cuerpo; y por mas que la razon procure descorrer el velo, no nos desengañamos hasta el momento en que este mismo amor propio las encuentra contrarias á nuestros intereses. Deseo (cuya nariz se habia reducido á un tamaño regular) se aprovechó de esta

lección, casó con Querida, y vivió feliz con ella muchos años.

JULIETA. — Con razón dice V. que ese cuento es muy bonito; pero, señora Aya, ¿es posible que no se conozcan los defectos propios? Yo he estado siempre creída que no soy hermosa, y si me dijeran lo contrario pensaría que se burlaban de mí.

AYA. — El amor propio ha dicho á V. que no es hermosa; pero yo apostaré que no cree V. que es fea.

JULIETA. — Cuando me miro al espejo veo que soy fea; pero habiéndome dicho repetidas veces que soy de las feas que agradan, estoy persuadida de que soy á un tiempo fea y agradable.

AYA. — De ese modo, querida mía, si algun loco lisonjero dijese á V. que es bonita, creería V. desde luego que se burlaba; pero si repetía lo mismo muchas veces, vendría V. por fin á creerlo. El olvidar los defectos es cosa muy fácil, á ménos que tengamos una amiga fiel que nos los advierta. Repitamos ahora nuestras historias. Principie V., señorita Elena.

ELENA. — Amaba Jacob mas á José que á los otros hijos, no solo porque era mas honrado que ellos, sino porque era hijo de su amada Raquel; pero sus hermanos lo aborrecían por varios motivos. Un dia contó él á su padre una mala acción que sus hermanos habían hecho, y esto le indispuso para con ellos. En otra ocasión les dijo José: « Soñé que estábamos en un campo haciendo manojos de espigas, y que todos los vuestros se humillaban delante del mío. Soñé otra vez que el sol, la luna y once estrellas se humillaban á mi presencia. » Aunque Jacob conocía que Dios enviaba estos sueños á José, le riñó sin embargo porque los revelaba, y le dijo: « ¿Crees tú que tu madre, yo y tus hermanos seremos siervos tuyos? » Los demás hijos de Jacob estaban llenos de enojo contra José, y un dia que se hallaban bien distantes con sus ganados, envió Jacob á José á saber de su salud, y viéndolo venir, dijeron: « Ved aquí nuestro soñador, matémosle. » Ruben, que no era tan malo como los demás, replicó: « No le matemos, sino arrojémosle en una cisterna: » y esto lo dijo con intención de volver á la noche á sacarlo. Hicieronlo así, y habiéndose despues dividido los hijos de Jacob, algunos de ellos viendo venir unos mercaderes que pasaban á Egipto, sacaron á José de la cisterna, y lo ven-



dieron á estos mercaderes por esclavo. Ruben, que lo ignoraba, vino á la noche á sacarlo de allí, y fué tanto el sentimiento que tuvo al hallarse sin él, que no pudo contener el llanto. Sus hermanos llenaron de sangre la ropa de José y la enviaron á Jacob, quien desde luego creyó que alguna



fiera lo habia devorado, por lo que se apesadumbró sobremanera.

PALMIRA. — Señora Aya, ¿debemos dar crédito á los sueños?

AYA. — No, querida mia: esta es la mayor necedad del mundo. Verdad es que Dios se ha servido algunas veces de sueños para manifestar su voluntad á sus siervos; pero no somos tan buenas que podamos esperar semejantes favores. Por otra parte, eso sucede rara vez, y solo en asuntos de la mayor consecuencia.

ELENA. — Señora Aya, yo conozco cierta señora que declara los sueños de todos. Derrama una porcion de café sobre una mesa, y despues de haber hecho una explicacion de este café derramado, dice á sus amigas todo lo que las ha de suceder. Esta es la señora condesa...

AYA. — No es necesario, querida mia, nombrar las personas de quienes se refieren cosas que no son buenas. Esa

señora es una necia, y por lo mismo conviene que callemos su nombre. Tengan Vds. esto siempre muy presente, niñas mías : solo Dios, y no otro alguno, sabe lo que está por suceder : luego será bien necia la que crea que se puede precisar á Dios á que lo revele todas las veces que se derrame una taza de café. Las personas de juicio deben burlarse de semejantes supersticiones.

JULIETA. — Señora Aya, ¿sucede sin embargo alguna vez lo que se refiere de los sueños?

AYA. — Una vez entre mil por casualidad, y por lo mismo es una locura alegrarse ni entristecerse por causa de un sueño. Vamos, señora Palmira, continúe V. la historia de José.

PALMIRA. — Los mercaderes que compraron á José lo vendieron á un gran señor de Egipto que se llamaba Putifar. Viéndose esclavo de este, resolvió servir fielmente á su amo, por cuyo medio le ganó la voluntad. La mujer de Putifar era perversa, y quiso obligar á José que hiciese traicion á su marido ; pero José no quiso jamas ejecutar tan vil accion.



Ella, viéndose ultrajada por su resistencia, dijo á su marido que José era un perverso, que intentaba hacerle traicion ; y



Putifar, ignorando que su mujer fuese una calumniadora, hizo meter en la cárcel á José, donde permaneció mucho tiempo; pero el alcaide de ella, movido de su virtud, le franqueó enteramente su amistad. Hallábanse en la misma prision dos oficiales de Faraon, rey de Egipto: el uno era copero suyo, esto es, el que servia la bebida, y el otro su panadero, quiero decir, el que le abastecia de pan. El copero dijo á José: « Yo he soñado que tenia unas hermosas uvas, y que habiendo exprimido el zumo de ellas en un vaso, bebia el rey este zumo. — Ese sueño significa, dijo José, que el rey os perdonará, y os volverá al cargo que teniais. Cuando volvais á la corte, os ruego intercedais con el rey para que me mande soltar de esta prision donde estoy sin culpa. » El panadero dijo tambien á José: « Soñé que llevaba sobre mi cabeza una cesta llena de tortas, y que los pájaros venian á comerlas. » Respondiõle José: « Ese sueño significa que morireis ahorcado, y que las aves comerán vuestro cuerpo. » Sucedieron estas cosas del mismo modo que José las habia profetizado, pero cuando el copero volvió á la corte se olvidó de su amigo José, que quedaba en la cárcel.

AYA. — Ya veis, señoritas mias, que estos sueños y los otros de que ántes tratamos los envió el Señor á José para que por ellos fuese conocida su inocencia; siendo este un milagro que Dios obraba para recompensarle y hacerle feliz. Luego no debemos persuadirnos que el Señor haga estos milagros sin necesidad, ni que sin ella quiera descubrir á los hombres lo venidero; y así repito que es una locura grande querer interpretar los sueños, y los que tienen juicio se burlan de cuanto acerca de esto se les dice.

SOFIA. — Aya mia, me irrito contra el copero, que se olvidó del pobre José siendo su amigo.

AYA. — Las gentes de corte se mueven poco de la amistad, mi querida: ellos piensan solo en el modo de agradar al rey para hacer su fortuna; y aunque algunas veces digan que son sus amigos, y que desean servirla, se olvidarán de V. en el mismo punto que se separen de su presencia.

JULIETA. — Pues qué, ¿todas esas señoras que van á la corte son engañosas?

AYA. — No, querida mia: no todos los que van á la corte son gentes de corte. Por gentes de corte se entienden aquellos que tienen la amistad del príncipe, y que queriendo

hacer en virtud de ella su fortuna, tienen celos de cuantos se acercan á su amo.

JULIETA. — Si yo fuese amada de la princesa ó de la reina, me parece que aunque otra lo fuese igualmente, no sería esto causa para que yo obrase mal, ántes gustaría infinito el servir á todos.

AYA. — V. lo piensa así; pero debe saber que la amistad de los príncipes trueca la razon, y que para conservar un buen corazon en la córte es necesario ser cuatro veces mas virtuosa: pero volvamos á nuestra historia. Notad, señoritas mias, que José obedeció fielmente á su amo, y lo propio al alcaide de la cárcel, no obstante que él no habia nacido para ser esclavo; por cuya conducta adquirió su amistad.

MARIQUITA. — Señora Aya, ¿José permaneció siempre en la cárcel?

AYA. — No, querida mia. La señorita Elena va á proseguir su historia.

ELENA. — Soñó Faraon un dia que veia siete hermosas vacas, cuya gordura causaba contento al mirarlas, y que al mismo tiempo veia otras siete tan flacas, que solo tenían el pellejo y los huesos, las cuales comieron á las siete gordas. Habiendo despertado el rey, hizo buscar los hombres mas sabios de Egipto para que interpretasen este sueño, pero como Dios no les habia revelado su significacion, no pudieron hacerlo. Acordóse entónces de José el copero, y notició al rey cómo á él y al panadero les habia explicado un sueño. Mandó que le trajesen á su presencia, y dijo al rey: « Señor, las siete vacas gordas significan que vendrán siete años en los cuales se cogerá mucho trigo; pero tras de estos vendrán otros siete en que no se cogerá, y estos serán las siete vacas flacas que se comerán las gordas. » Dijo el rey á José: « Tú, que has conocido el mal, es necesario que des el remedio: yo te doy amplias facultades para que hagas en mi reino todo lo que quieras. » Mandó José construir unas grandes casas, y cuando todo el mundo tuvo hecha su provision de trigo compró él todo lo restante, y lo encerró en las casas que habia fabricado. Al fin de los siete años estas casas estaban llenas de trigo: ignoraban todos el motivo que para hacer esto tenia José; pero no tardaron mucho en conocerle; pues fenecidos los siete años, el trigo que se habia sembrado no nació, y los Egipcios se vieron precisados á ir á comprar el trigo del rey, que estaba bajo la direccion



de José. Faraon, habiendo comprendido los grandes talentos de José, le hizo su privado, esto es, el mayor señor de su reino.



MARIQUITA. — ¡Ah! ¡qué contenta estoy de ver al pobre José fuera de la cárcel! Señora Aya, suplico á V. me diga: ¿envió á decir á su padre que vivia aún?

AYA. — Eso lo veremos en la primera ocasion: pues hoy apenas tenemos lugar de tratar nuestra geografia. Ya os acordais, señoritas, que hemos hallado cinco divisiones grandes al norte de Europa. Además hay cuatro en medio, designadlas, Sofía, á estas señoritas.

SOFIA. — Al oeste, hállase la Francia, cuya capital es Paris, al este de la Francia queda la Confederacion germánica, que se divide en treinta y nueve estados, comprendiendo en ellos parte de la Austria, la Prusia, y los cuatro reinos de Sajonia, Baviera, Hanovre, y Wurtemberg. En Francfort-del-Mein es donde se reúne la dieta, cuyo presidente

es el emperador de Austria. Al nordeste de la Confederacion se halla la Polonia, cuya capital es Varsovia. Al sur de la Polonia queda la Hungría, con su capital Bude.

AYA. — En medio de la Europa se halla la Francia, al norte de ella la Bélgica, su capital Bruselas : la Holanda al norte de la Bélgica, su capital Amsterdam ; al este de la Francia se halla la Suiza ; al sudeste de la Francia está la Saboya, su capital Chamberi.

MARIA. — ¿La Saboya es país hermoso?

AYA. — En este país se encuentran muchas montañas cuyas cimas están cubiertas de nieves, y en ellas tambien



se hallan valles siempre llenos de hielos : los viajeros corren grandes peligros en una época del año y muchas veces quedan sepultados en las nieves, ó mueren de frio.



## DIALOGO UNDÉCIMO

## TARDE NOVENA

JULIETA. — Señora Aya, tengo una bonita historia que contar á estas señoritas, que por lo ménos no es cuento, la cual ha sucedido en Paris á una señora que mamá conoce.

AYA. — Estas señoritas y yo la oiremos con gusto.

JULIETA. — Mamá conoce á una señora que tiene á una hija llamada Julia, la mejor del mundo, pues jamas ha hecho mal á nadie, ni áun á los animales, pues siente ver matar una mosca. Vió un dia estando de paseo que unos muchachos iban á echar al rio un perro que llevaban atado con una sogá; y aunque era muy feo, y estaba todo cubierto de lodo, sin embargo Julia tuvo compasion de él, y dió una moneda á los muchachos porque la diesen el perro. Preguntóla entónces su camarera: « ¿Para qué quereis ese perro tan despreciable? — Así es, dijo Julia, pero tambien es desdichado, y si yo le abandono, nadie tendrá piedad de él. Mandólo lavar, y metiéndole en el coche, lo llevó á su casa. Dábanla todos brega sobre el perro; pero esto no ha impedido el que Julia haya conservado mas ha de tres años al pobre animalito. Habrá ocho dias que estando en su cama ya medio dormida, saltó á ella el perro, y á toda priesa la tiraba de la manga, ladrando al mismo tiempo tan fuertemente, que la obligó á despertar. Tenia en su cuarto una lamparilla, á cuya luz pudo observar que el perro cuando ladraba miraba hácia debajo de la cama. Julia llena de miedo se levantó al punto, y abriendo la puerta dió voces á los criados, que por fortuna áun no estaban dormidos. Acudieron prontamente, y encontraron debajo de la cama un ladron con un puñal, el cual confesó que su intencion era matar á esta señorita en aquella noche, y quitarla sus diamantes. De este modo su pobre perro la salvó la vida.

AYA. — Con razon dice V., querida mía, que su historia es muy bonita. No tiene duda que la piedad áun con los

brutos es señal de un corazón benigno y generoso; y para mí es muy loable la reflexión de la señorita Julia : « Este perro



no es hermoso, pero sí desdichado. » Todo el que es infeliz se hace recomendable á una persona compasiva; y por lo mismo las gentes de honor tratan con dulzura á sus sirvientes. Yo no olvidaré jamas lo que la señora B... aconsejaba á una hija suya muy amable que perdió : « Si queréis estar bien servida, querida mia, obrad de suerte que vuestros domésticos os sirvan con gusto, y no por interes : que no piensen en el salario que les dais, sino en la complacencia que hallarán en servirlos. Vituperad como un crimen una palabra dura, porque lo será respecto de ellos : que conozcan en vuestro semblante y por vuestras palabras que les vivís agradecida de que cumplen con su obligación : que os interesais en sus adelantamientos, que os compadeceis en sus enfermedades y en sus aflicciones. Si siguiéreis mis consejos, vuestros domésticos os mirarán como á una madre y os tendrán respeto. » Ved aquí, niñas mías, lo que esta respetable señora aconsejaba á su hija, la cual habia practicado de tal modo las lecciones de su madre, que era adorada de toda la casa. Cuando se la ofrecia mandarles, acostumbraba decir : « Os suplico que hagais esto ó aquello, » les daba gracias por los mas pequeños servicios que



la hacian con un semblante dulce y agradable; y cuando se veia precisada á reprenderlos, lo ejecutaba sin reñir, de



suerte que ellos temian desagradarla; y cuando murió lo sintieron del mismo modo que si cada uno hubiera perdido á su padre ó á su madre. Pero esta cuestion de criados me ha hecho olvidar una bonita historia que queria referir á Vds. Sofia la contará, pues la leimos ambas anoche.

SOFIA. — Perdióse un caminante en un bosque cerca de anocheecer, y habiendo visto una caverna, se entró en ella á esperar que amaneciese : á muy poco rato que estaba allí vió venir hácia la caverna un leon, y se llenó de temor creyendo que lo iba á despedazar. El leon andaba en tres piés, teniendo el otro levantado. Acercóse al viajero mostrándole una espina que en aquel pié tenia clavada, y habiéndosela sacado el hombre, hizo ademas jiras su pañuelo, envolviendo con ellas el pié del leon, y este en agradecimiento le acariciaba como si fuese un perro, sin hacerle daño alguno. Continuó su viaje el caminante la mañana.

siguiente, el cual, por haber cometido un delito algunos años despues, fué condenado á ser despedazado por las fieras. Pusiéronlo á este fin en un sitio llamado Arena, y soltaron contra él un furioso león, que corriendo al punto para devorarle, se detuvo á mirar al hombre luego que estuvo junto á él. Habiéndolo conocido por el mismo que le sacó la espina, se llegó á él meneando la cabeza y la cola, dándole á entender con esto el gusto que tenia en



haberle vuelto á ver. El emperador, sorprendido del caso, hizo venir ante sí al hombre, y le preguntó si conocia á aquel león; el reo le contó su historia, y enterado el emperador le concedió la vida.

PALMIRA. — ¿Pues qué veian los emperadores morir á los delincuentes? Eso me parece que era crueldad.

AYA. — Sí, querida mia : pero mas abominable era que las señoras y todas las gentes de distincion concurren á ver estos espantosos espectáculos con el mismo empeño que si fuesen á la ópera ó á la comedia ; y les servia tambien de diversion el ver luchar á unos hombres llamados gladiadores, los cuales se destrozaban por interes.

MARIQUITA. — Confieso, señora Aya, que estoy gustosísima de no haber nacido entre ese vil pueblo. El otro dia



reñian dos hombres frente de mi ventana, y ni aún mirarlos quise; pero mi criada me aseguró que tenia mucho gusto en verlos, porque jamas se le habia proporcionado igual ocasion; y desde entónces no la tengo cariño alguno. ¿Qué motivo hay para que á esas gentes no se les impida reñir? Si yo fuese reina los haria meter en la cárcel.

SOFIA. — Y yo tambien, amiga mia; pero hay gentes que léjos de eso los provocan á la lucha. El otro dia ví á dos que se peleaban como furiosos, y me enfadé contra los mirones que estaban allí, porque no estorbaban á aquellos hombres que se maltratasen.

AYA. — Con razon teneis horror á esas cosas, queridas niñas. Pero ya es tarde, tratemos de decir nuestras historias. Comience V., señorita Elena.

ELENA. — Tenia Jacob, como ya sabeis, señoritas mias, muchos hijos y gran número de criados, pero no tenian trigo de que hacer pan; y habiendo sabido que se vendia en Egipto, dijo á sus hijos: « Tomad dinero, y caminad á Egipto á comprar trigo. » Partieron pues diez de ellos, y quedóse Jacob con el pequeño llamado Benjamin. Llegaron á Egipto, y habiéndose presentado ante José no le conocieron; pero él los conoció á ellos muy bien, y mostrándoles un fingido enojo, les dijo: « Vosotros sois espías, y venís á cometer en este país alguna traicion contra el rey. » Humilláronse todos en su presencia, y le respondieron: « Señor, nosotros no somos espías, somos hermanos, é hijos de un mismo padre. Tenemos aún otro hermanito que quedó en su compañía, y tuvimos otro que murió mucho tiempo ha. — Sois unos embusteros, replicó José, y no os creeré en tanto que á ese otro hermanito que teneis no le traigais aquí. » Ellos entónces dijéronse unos á otros en su lengua: « Dios nos castiga por haber muerto á nuestro pobre hermano José que nos pedia tuviésemos de él compasion. » José, que no habia olvidado aún la lengua de su país, los entendió muy bien, y les dijo: « Andad, y volved á casa de vuestro padre, y traedme al pequeño Benjamin: entre tanto detendré á uno de vosotros en la cárcel, y le mandaré matar si no dais la vuelta. » Volvieron pues á su padre los nueve hijos de Jacob; y habiendo encontrado en sus sacos el dinero con que habian pagado el trigo (porque José habia mandado se les volviese á meter en ellos) quedaron aturridos. Contaron á su padre este suceso, y Jacob

se resistia á dejar ir á Benjamin; mas despues que consumieron todo el trigo les fué necesario dar la vuelta. Entonces Júdas, el mayor de los hijos de Jacob, dijo que él respondia de su menor hermano Benjamin; y con esto Jacob los dejó partir. Llenóse José de gozo al ver á su jóven hermano, y haciendo sacar á Simeon de la cárcel, mandó á su intendente que condujese á aquellos extranjeros á su casa, porque queria que comiesen en su compañía. Ellos se asustaron al oir esto, y dijeron al intendente: « Aunque nosotros ignoramos el modo en que pudo suceder, lo cierto es que encontramos en nuestros sacos el dinero que en el viaje anterior habiamos dado por el trigo. » El intendente les respondió: « Sosegaos, yo recibí el dinero, y nada os pido. » Llegó José, y les preguntó por la salud de Jacob; pero al ver á su hermano Benjamin, que era como él, hijo de Raquel, no pudo contener las lágrimas, y para disimularlas tuvo que retirarse por un corto rato. El dia siguiente mandó José á su intendente les diera el trigo, ordenándole al mismo tiempo hiciese introducir en el saco de Benjamin una hermosa copa de oro en que él bebia. Cuando estaban ya algo distantes los hijos de Jacob, echaron ménos la copa de oro, y salió en su busca el mayordomo, y les dijo: « Sois unos ladrones y unos perversos: mi amo os ha recibido en su casa con imponderable amor, y vosotros en recompensa le llevais hurtada su copa de oro. » Todos á una voz respondieron: « Nosotros no somos capaces de ejecutar tan indigna accion, y si nos encontrais la copa consentimos desde ahora ser esclavos de vuestro amo, » y habiendo vaciado al punto sus sacos, encontraron la copa en el de Benjamin. Volvieron pues á la presencia de José, y este les dijo: « No es justo que los inocentes padezcan por el culpado; id vosotros con vuestro padre, y el ladron quedará por esclavo mio. » Entonces arrojándose Júdas á los piés de José, le respondió: « Señor, yo os ruego reprimais vuestro enojo, y permitais que quede yo por esclavo vuestro en lugar de Benjamin, porque si mi padre nos viese sin él moriria de pesar. » No pudo José reprimir mas las lágrimas, y haciendo retirar á todos los que allí estaban, dijo á sus hermanos: « Yo soy vuestro hermano José á quien vendisteis: no tengais cuidado por esta causa, que yo os perdono. Dios lo permitió así para que yo pudiese ahora daros pan. » Habiendo sabido Faraon en este intermedio



que José tenía allí á sus hermanos, se complació mucho con esta noticia, y le dijo : « Tomad carros, y envidad á buscar á



vuestro padre : yo quiero que venga á Egipto con su familia, y le daré el mas fértil país para que le habite. » José al punto envió sus hermanos á buscar á su padre Jacob, habiéndolos ántes regalado mucho, y principalmente á su hermano Benjamin. Llegaron á su padre los hijos de Jacob y le dijeron : « Alegraos, vuestro hijo José vive todavía; él es en Egipto un gran señor, y tiene bajo de su mano los granos de todo aquel reino. » No queria Jacob creer esta noticia; pero luego que vió los presentes dió gracias á Dios llorando de gozo, y se puso en camino para ir á ver á su amado hijo José. Este, despues de haber abrazado á su padre, le presentó al rey, el cual le preguntó qué edad tenía. « Tengo ciento y treinta años, respondió Jacob, y los dias de mi viaje sobre la tierra han sido cortos y llenos de pesares. » Faraon dió á Jacob y á sus hijos un hermoso país abundante de pastos para sus ganados, y en él vivió despues muchos años. Antes de morir predijo á sus hijos todo lo que habia de sucederles, asegurando á su hijo Júdas que recaeria en su casa la corona, y no saldría de ella jamas. Sus huesos fueron conducidos despues á la sepultura de sus padres, porque él habia hecho que José con juramento le ofreciese hacerlo así. Vivió José muchos años despues,

y como le habia revelado Dios que los descendientes de Jacob, llamados Israelitas, saldrian algun dia de Egipto, hizo jurar á sus hijos que conducirian consigo sus huesos, y los colocarian junto á los de Jacob su padre.

JULIETA. — A la verdad, señora Aya, que no he podido dejar de llorar al oír esta historia. José obró como hombre de honor en perdonar á sus hermanos, habiéndole tratado ellos tan crúelmente.

AYA. — Despues de la muerte de Jacob temieron los hermanos de José que este se vengase de ellos, pero él los aseguró repitiéndoles muchas veces que su esclavitud habia sucedido por voluntad de Dios, y que él los habia ya perdonado de todo corazon.

SOFIA. — Yo por mí admiro, señora Aya, la sabiduría del Señor, que se sirve á veces de la malicia de los hombres para llevar al cabo sus designios. ¿Quién no habia de pensar que era José infeliz en tener tan perversos hermanos, siendo vendido como un esclavo, siendo acusado por la mujer de Putifar, y finalmente siendo metido en una cárcel? No obstante, si todos estos trabajos no le hubieran sobrevenido, no hubiera conseguido el gusto de salvar á Egipto y á su familia, ni el de perdonar á sus hermanos.

PALMIRA. — ¿Pues qué hay complacencia en perdonar á los que nos hacen mal?

AYA. — Sí, querida mia : este es el mayor placer que puede haber en el mundo : júzguelo V. por sí misma. Yo supongo que está V. muy enojada contra mí, que me llena de injurias, que me quita mi caudal; y que despues que V. ha ejecutado todo esto en perjuicio mio, la encontró en un bosque próxima á morir de hambre, y que socorro su necesidad dándola de comer; ¿no diria V. entónces : « Soy muy perversa en haber hecho mal á una persona tan buena? »

ELENA. — Protesto á V. que tendria sumo dolor en haberla ofendido tanto; y despues de pedirla perdon procuraria hacer á V. tanto bien, que por él se olvidase de mis iniquidades.

AYA. — Ya conoce V., querida mia, cuánta seria mi alegría al ver su enmienda. Esto me produciria sin duda mas placer que el mal que con vengarme podria haber causado á V.

JULIETA. — Pero si léjos de agradecer á V. el pan que



le hubiese dado continuase aún la señorita Elena haciendo á V. mal, en este caso no tendria V. el placer de ver su enmienda.

ELENA. — Señora, yo aseguro á V. que no es tanta como V. cree mi perversidad, y que jamas pensaria en hacer mal á esta señora habiendo sido tan buena para mí.

JULIETA *abrazándola*. — Lo sé muy bien, querida mia; y lo que yo digo es solamente una suposición.

AYA. — Pues aún suponiendo que la Elena ú otra cualquiera continuase no obstante en ser perversa, siempre que yo la hubiese vuelto bien por mal, me resultaria la satisfaccion de estar gustosa con mi proceder. Este placer es el mayor que puede haber, y nuestros propios enemigos no nos lo pueden quitar.

SOFIA. — Aya mia, permítame V. que cuente á estas señoritas una historia muy bonita de que ahora me acuerdo, y viene al caso.

AYA. — Sí, querida, con sumo gusto.

SOFIA. — Hubo un hombre llamado Licurgo, que dió leyes á una ciudad llamada Esparta. No entraba gustoso en estas leyes un jóven que aborrecia á Licurgo; el jóven



nabiendo dado un golpe con un palo al legislador, le sacó un ojo. Entónces el pueblo de Esparta dijo á Licurgo :

« Tomad ese perverso mozo, y castigadlo á vuestra voluntad. — Me agrada, dijo Licurgo, yo le castigaré de un modo que asombre al universo. » Condújolo á su casa, y en ella le trató como si fuese hijo suyo. Repetíale con frecuencia que nada era para él de mayor gusto que perdonar á sus enemigos, y ser dulce y honrado; y el mancebo estimulado de su bondad propuso enmendarse y ser tan bueno como él si le fuese posible. A la verdad este género de venganza que tomó Licurgo dejó asombrado á todo el pueblo; pero el mancebo dijo al mismo pueblo: « El castigo ha sido mas severo de lo que pensais: si me hubiera mandado matar solo hubiera tenido que penar por un solo momento; pero en virtud de su buena conducta tendré que tolerar toda mi vida el dolor de haberle sacado el ojo. »

MARIQUITA. — Aya mía, la señorita Sofía acaba de decir una palabra que yo no comprendo. ¿Qué quiere decir legislador?

AYA. — Un hombre que establece leyes; y como Licurgo dió las leyes á la ciudad de Esparta, se dice que es legislador. Por lo demas, esa historia es muy bella, y Sofía la ha referido muy bien. Digamos ahora algo de geografía, pues va haciéndose tarde.

PALMIRA. — Señora Aya, yo he encontrado en un libro todo cuanto V. nos ha referido de la geografía, y muchas mas cosas que he aprendido de memoria.

AYA. — Está muy bien, querida mía: veamos lo que V. ha aprendido.

PALMIRA. — He aprendido á viajar sobre todos los mares de la Europa, pasando los estrechos. Éntrome pues en un mar que está al Este de Europa, llamado el mar de Azof. Salgo de este por el estrecho de Cafa ó Yenikalé, y entro en el mar Negro. Sepárome del mar Negro por el estrecho de Constantinopla, y me encuentro en el mar de Mármara. Salgo de este por el estrecho de los Dardanelos, y entro en el Mediterráneo. Entre Italia y Sicilia encuentro el estrecho ó faro de Mesina. Entre las islas de Córcega y Cerdeña, que tambien están en el Mediterráneo, hallo el estrecho de Bonifacio. Salgo del Mediterráneo por el estrecho de Gibraltar, y me introduzco en el Grandé Océano. Entre Francia é Inglaterra encuentro la Mancha, y de allí voy al paso de Calés. Despues sigo á la mar del Norte ó de Alemania. Y últimamente paso por el Sund, y entro en el mar Báltico.



AYA. — Descansad, querida mia, que habeis hecho un dilatado viaje; para recompensar á V. su trabajo la diré un bonno cuento en la primera tarde que nos reunamos.

---

## DIALOGO DUODÉCIMO

---

### TARDE DÉCIMA

AYA. — Voy á cumplir mi palabra refiriéndoles á Vds., señoritas mias, el siguiente cuento.

Hubo una vez una linda señora que tenia dos hijas: la primera, que era bella como el sol y muy amable, se llamaba Aurora, y la segunda, que era tan hermosa, aunque maligna y de perversas entrañas, se llamaba Amada. La madre habia sido muy rica; pero habiendo perdido todo su caudal, esto causó en ella una pesadumbre muy grande, y se vió precisada á dejar la ciudad en que vivia, y á irse á habitar una casa de campo con Amada, su hija menor. Una vez instalada allí, mandó la llevasen su otra hija Aurora, que se habia quedado con una amiga, quien la acompañó. Era ya de noche cuando pasaron un bosque, y se acostaron ambas para dormir; pero como era sonámbula la persona que conducia á Aurora, se levantó dormida en medio de la noche, como hacen los que padecen esta enfermedad, y se volvió á su casa; de suerte que cuando despertó Aurora y vió que estaba sola en el bosque, echó á llorar, y habiéndose levantado trató de salir de allí, pero lejos de encontrar el camino, se internó y extravió mas en el bosque, hasta que por fin vió á larga distancia una luz, y caminando hácia ella, llegó á una casita, á cuya puerta llamó. y salió á abrirla una pastora, quien le preguntó qué buscaba. — Buena mujer, dijo Aurora, os ruego tengais lástima de mí, y permitais me recoja en vuestra casa, porque si me quedo en el bosque seré sin duda comida por los

**Lobos.** — Con mucho gusto, respondió la pastora; mas decidme : ¿qué causa ha habido para que esteis á estas horas en este desierto? Contóle Aurora su historia, y añadió : ¡Por ventura no soy sumamente desdichada en verme así perdida, y no hubiera sido mejor morir luego que salí al mundo! Porque, ¿qué he hecho yo contra Dios para que me haya reducido á esta miseria? — Hija mía, replicó la pastora, nosotras jamas debemos murmurar contra Dios : él es todopoderoso, es sabio: él os ama, y por lo mismo debeis creer que si ha permitido vuestra desgracia ha sido por vuestro bien: confiad en el Señor, y vivid segura de que es protector de los buenos, y que las cosas de pesar que les ocurren no siempre son por su desgracia. Quedaos pues en mi compañía, yo os serviré de madre, y os amaré como si fuéseis mi hija. » Condescendió Aurora gustosa á esta oferta, y el dia siguiente la dijo la pastora : « Iba á poner á vuestro cuidado un corto rebaño, pero temo daros este pesar : tomad en su lugar una rueca, y os entretereis hilando. — Madre mia, replicó Aurora, yo soy una doncella de calidad, y no sé trabajar. — Pues tomad un libro, añadió la pastora. — No gusto de leer, respondió Aurora con el semblante encendido de vergüenza, por el temor de confesar que no sabia leer : pero últimamente viendo que le era forzoso, la declaró la verdad, diciendo : no quise aprender á leer bien cuando era pequeña, y despues que fuí mayor no he tenido tiempo para ello. — ¿Habreis segun eso tenido que atender á grandes ocupaciones y negocios? — Sí, madre mia. Por la mañana me paseaba con mis amigas : por la tarde me componia, iba á nuestra tertulia, despues á la ópera y á la comedia, y por la noche al baile. — No se puede negar que teniais grandes ocupaciones, dijo la pastora, y es de creer que no viviríais jamas disgustada. — Perdonadme, madre mia, respondió Aurora, que cuando estaba un cuarto de hora sin compañía (lo que me sucedia rara vez), me aburría de muerte, y mucho más cuando íbamos al campo, porque entónces, por entretenerme en algo, pasaba todo el dia componiéndome, y volviéndome á descomponer. — De este modo, añadió la pastora, ¿estaríais con poco gusto en el campo? — Lo propio me sucedia en la ciudad, dijo Aurora. Si concurría á una tertulia, solia ver en ella á mis compañeras mejor portadas que yo, lo que era para mí muy doloroso : si iba al baile,



solo trataba de buscar defectos á las que bailaban mejor que yo; y en una palabra, jamas he tenido un dia sin pesar.



— Pues no volvais á quejaros de la Providencia, respecto de qué habiéndoos traído á esta soledad, os ha quitado mas disgustos que placeres; y esto no es lo mas: vos hubiérais sido en lo sucesivo aún mas infeliz; porque en fin la juventud no dura siempre: el tiempo del baile y de la comedia se pasa: la que llega á la vejez, y no obstante quiere andar siempre de tertulia en tertulia, se expone á ser la burla de las jóvenes. Por otra parte ni se atreve á bailar por esta misma causa, ni ménos á componerse; y entónces es consiguiente, no solo su eterno disgusto, sino que se contemple en un estado deplorable. — Pero, madre mia, dijo Aurora, para estar sola no hay aguante: el dia parece un año quando se pasa sin compañía. — No teneis razon, querida mia: yo estoy aquí sola, y los años me parecen tan cortos como los

días. Si vos gustais os enseñaré un secreto para que jamas esteis disgustada. — Eso será para mí de mucha complacencia, dijo Aurora : vos podeis dirigirme como os pareciere conveniente, segura de que deseo obedeceros. »

La pastora, aprovechándose de la buena voluntad de Aurora, la escribió en un papel todo cuanto debia ejecutar, y la ponía el día repartido entre la oracion, la lectura, el trabajo y el paseo. Como no habia reloj en el bosque, no sabia Aurora la hora que era, pero la pastora la conocia por el sol. Llamó un día á Aurora para que viniese á comer, y ella dijo : « Madre mia, vos comeis muy temprano, ha muy poco tiempo que nos levantamos. — Ya son las dos, respondió la pastora sonriéndose, y nos levantamos despues de las cinco; pero cuando se ocupa el tiempo útilmente, se pasa breve, y nunca enfada. » Contenta en extremo Aurora con esta nueva vida, se aplicó de todo corazon á la lectura y al trabajo, y se tuvo mil veces por mas feliz en medic de sus ocupaciones campestres, que en la ciudad. « Conozco muy bien, dijo ella á la pastora, que cuando Dios obra es en beneficio nuestro. Si no hubiese mi madre sido injusta y cruel conmigo, siempre me hubiera quedado en mi ignorancia; y la vanidad, el ocio y el deseo de agradar me hubieran hecho perversa y desdichada. » Habia un año que estaba Aurora en la soledad con la pastora, cuando el hermano del rey vino á cazar adonde ella apacentaba sus ganados. Llamábase Ingenuo, y era el mejor príncipe del mundo; pero el rey su hermano, que se llamaba Falso, en nada le era semejante, porque su mayor gusto le fundaba en engañar á sus vecinos, y arruinar á sus súbditos. Ingenuo, embelesado con la hermosura de Aurora, la dijo que si queria casarse con él se tendria por muy dichoso. Parecióle á ella sumamente afable el príncipe; pero como sabia que una doncella cuerda no debe escuchar á los hombres cuando las dicen estas cosas, le dijo : « Señor, si hablais de veras, id y tratad eso con mi madre, que es una pastora que habita en la casa que allí abajo veis; y si ella gustase que seais mi esposo, no pondré por mi parte repugnancia, pues su capacidad y cordura hacen que jamas la desobedezca. — Iré muy gustoso, doncella hermosa, respondió Ingenuo, yo os pediré á vuestra madre, pero contra vuestro gusto jamas me casaré; porque puede darse el caso de que su condescendencia sea para vos pesar, y quisiera morir



antes que disgustaros. — Un hombre que piensa de este modo, dijo Aurora, tiene virtud; y una doncella no puede



ser desdichada con un hombre virtuoso. » Ingenuo se despidió de Aurora, y habiendo hablado sobre el mismo fin á la pastora, conoció esta su bondad, y condescendió gustosa en su casamiento. Prometió él que volvería dentro de tres dias, y acordaron que Aurora estuviese en compañía de la pastora, para que el príncipe la viera; y habiéndola dado por prenda su anillo, se despidió el hombre mas contento del mundo. Estaba Aurora impaciente por volver á la casa: habíala parecido el príncipe tan amable, que sentía que aquella á quien ella llamaba madre le hubiese desagradado; pero sacóla del cuidado la pastora, diciéndola: « No porque Ingenuo es un príncipe he consentido en vuestro casamiento, sino por ser el hombre mejor del universo. » Esperaba Aurora con impaciencia la vuelta del príncipe; pero el segundo dia despues de su ausencia estando apacentando su ganado, cayó por casualidad en un zarzal, y se lastimó

toda la cara. Miróse despues en un arroyo, y como le corria la sangre por ella, se causó á sí misma horror. Fuése á su



casa, y al entrar dijo á la pastora : « ¡ Por cierto, madre, que soy muy infeliz ! Ingenuo vendrá por la mañana, y me despreciará sin duda al verme tan horrible. » La pastora sonriendose la respondió : « Esa caída será por vuestro bien, pues que Dios lo ha permitido : vos conoceis que él os ama, y que sabe mejor que vos lo que os conviene. » Conoció Aurora su falta (que lo es sin duda murmurar contra la Providencia), y dijo en su interior : « Si el príncipe Ingenuo no quisiese casarse conmigo, haré cuenta que hubiera sido desgraciada en su compañía. » No obstante la pastora la lavó la cara, y la sacó varias espinas que se la habian clavado en ella. La mañana siguiente estaba Aurora horrible por habérsela hinchado tanto la cara, que no se la veían los ojos. A las diez del dia oyeron que habia parado á su puerta una carroza ; pero en lugar de Ingenuo vieron appear al rey Falso. Un cortesano de los que habian salido á caza con el príncipe dió noticia al rey de que su hermano trataba casamiento con una hermosa doncella que habia visto en el campo ; y Falso dijo al príncipe : « Sé bien vuestro atrevimiento en haberos querido casar sin mi permiso ; y para castigaros resuelvo casarme yo con esta doncella, si fuese tan hermosa como se dice. » Entró pues en



casa de la pastora, y preguntándola por su hija, respondió mostrándosela : « Vedla allí señor. — ¿Quién? ¿ese monstruo? replicó el rey. ¿No teneis otra, á quien ha dado mi hermano su anillo? — Vedlo aquí en mi dedo, dijo Aurora. » Oyendo esto dió el rey una gran carcajada, diciendo : « Aunque no habia creído que mi hermano tuviese tan ruin gusto, me complazco en poder castigarle. » Mandó á la pastora que sobre la cara de Aurora echase un velo, y haciendo venir allí á Ingenuo, le dijo : « Hermano mío, pues vos amais á la bella Aurora, yo quiero que al punto os caseis con ella. — Y yo no quiero engañar á nadie, dijo esta doncella quitándose el velo : mirad mi cara, Ingenuo : de tres dias á esta parte me he puesto horrible : ¿quereis sin embargo casaros conmigo? — A mis ojos pareceis ahora



mas agradable que nunca, dijo el príncipe, porque conozco que hay aún mas virtud en vos de la que yo pensaba. » Dióla entónces su mano, y Falso se reia á carcajada tendida. Mandó que se casasen al punto, y hablando con Ingenuo, le dijo : « Pues sabeis que yo no gusto de monstruos, podeis quedaros con vuestra esposa en esta cabaña, y os prohibo llevarla á la corte; y montando luego en su carroza marchó, dejando á Ingenuo trasportado de alegría. « Ahora bien, dijo la pastora : ¿os juzgais aún desgraciada por haberos caído? Pues sabed que á no haberos sobrevenido este con-

tratiempo, el rey se hubiera agradado de vos; y si le hubiérais negado su mano, hubiera hecho morir á Ingenuo. — Teneis razon, madre mia; pero no obstante yo estoy horrible, y temo que esté el príncipe pesaroso de haberse casado conmigo. — No lo creais, dijo Ingenuo : cualquiera se acostumbra al semblante de una fea; pero no es posible acostumbrarse á unas propiedades perversas. — Yo estoy encantada con vuestro modo de pensar, le dijo la pastora; pero Aurora volverá á su hermosura, pues una agua que tengo la curará la cara. » Efectivamente en virtud de aquella agua el semblante de Aurora quedó como ántes al cabo de tres dias; pero el príncipe temeroso de que su perverso hermano pensase en robársela si llegaba á verla, la rogó que trajese siempre puesto el velo. Falso, deseoso de casarse, mandó que varios pintores le trajesen retratos de las mas hermosas damas; y habiéndose apasionado del de Amada, hermana de Aurora, la hizo conducir á la corte, y celebró con ella su casamiento. Aurora se alteró mucho con la noticia de que su hermana era reina, y no osaba salir de casa, conociendo la perversidad de aquella, y el mucho aborrecimiento que la tenia. Dentro de un año tuvo Aurora un hijo, á quien llamó Hermoso Lucero, y le amaba con exceso. Cuando este niño empezó á hablar descubrió tanto talento, que era toda la alegría de sus padres. Estaba un dia á la puerta de la casa con su madre, y habiéndose quedado esta dormida, cuando despertó se halló sin su hijo. Prorumpió entónces en grandes exclamaciones, y corrió todo el bosque inútilmente en busca suya; y aunque la pastora la trajo á la memoria que nada sucede que no sea por nuestro bien, halló suma dificultad en consolarla. El dia siguiente fué cuando ella se vió precisada á confesar que la pastora tenia razon. Falso y su mujer, llenos de rabia porque no tenian hijos, resolvieron dar muerte al sobrino, y enviaron soldados para que lo pusiesen en ejecucion; pero fué inútil su deseo, porque no les fué posible dar con él. Viendo pues que no le encontraban, pusieron á Ingenuo, á su mujer y á la pastora en una barca, y para no tener jamas noticias de ellos los entregaron á la discrecion del mar. Esta fué la ocasion en que creyó Aurora debia considerarse desgraciada; pero la pastora la repetia siempre, que Dios nunca deja de obrar lo mas conveniente. El tiempo estaba sereno, y la barca navegaba con tranquilidad : por último abordaron á



una ciudad situada á la orilla del mar, en ocasion que el rey de ella se hallaba en guerra. A esta ciudad pues pusie-



ron sitio los enemigos el dia siguiente, y como Ingenuo tenia un valor grande, pidió al rey le concediese tropas con las que pudiese hacer algunas salidas. Habiéndoselo concedido tuvo la felicidad de matar al sitiador; y sus soldados, viendo muerto á su jefe, huyeron precipitadamente. El rey sitiado, que no tenia sucesion, agradecido al servicio que Ingenuo le habia hecho, le adoptó por hijo. Cuatro años despues se supo que Falso habia muerto de pesar de verse casado con una mujer inicua; y el pueblo, estimulado del aborrecimiento que la conservaba, la habia arrojado de la ciudad, enviando embajadores á Ingenuo, ofreciéndole la corona. Embarcóse pues con su mujer y la pastora; y habiéndoles sobrevenido una tempestad que les hizo naufragar, pudieron salvarse en una isla desierta. No se afligió Auróra en esta ocasion, porque era ya sábia á fuerza de experiencias, y creyó que por su bien habia Dios permitido este naufragio. Para que los navíos que pasasen pudiesen acudir á darles socorro, pusieron á la orilla del mar un delantal de la pastora en lo alto de un palo, que los avisase. Cerca de noche vieron venir hácia ellos una mujer que traia

un niño consigo, el cual luego que Aurora le vió lo conoció por su Hermoso Lucero; y habiendo preguntado á esta mujer dónde habia adquirido aquel niño, respondió que su marido, que era corsario le habia robado; pero que habiendo naufragado cerca de aquella misma isla, habia podido salvarse ella con aquel niño que tenia en sus brazos. Dos dias despues los navíos que buscaban por la mar los cuerpos de Ingenuo y Aurora, creyendo que hubiesen perecido, descubrieron el delantal, y acercándose á la isla, condujeron á su reino al rey y á su familia. Aurora no volvió jamas á quejarse de ningún contratiempo que le ocurriese, sabiendo ya por experiencia propia, que las que nos parecen desdichas son regularmente causa de nuestra felicidad.

JULIETA. — Aseguro á V., señora, que he recibido suma impaciencia por todas las desdichas de Aurora; pues no podia persuadirme de que sucediesen por su bien.

PALMIRA. — Por lo que hace á mí, creo que el parecerme largo el dia consiste en ser yo una perezosa, y que no gusto de trabajar.

AYA. — Tiene V. razon, querida mia : el dia solo es largo para los perezosos : si quiere V. que nunca la enfade, conviene que tenga como Aurora un papel donde todas las horas estén distribuidas útilmente; y á cada una os daré, señoritas mias, si gustáis, un pequeño reglamento, que os hará parecer cortos los dias.

TODAS JUNTAS. — Sí, sí, señora Aya.

AYA. — Sea enhorabuena : dentro de un rato le haremos, y entre tanto Palmira nos dirá su historia.

PALMIRA. — Los hijos de Jacob, que se llamaban Israelitas, tuvieron un copioso número de descendientes, de los cuales se formó un dilatado pueblo. Mucho tiempo despues otro rey llamado tambien Faraon ascendió al trono, y José habia muerto ántes que este rey naciese. Este perverso príncipe, queriendo hacer perecer á los Israelitas, los precisaba á trabajar construyendo ciudades; pero cuanto mas trabajaban se hallaban mas robustos, y tenian mas hijos; por lo cual Faraon, que solo pensaba en destruirlos, mandó que fuesen arrojados al Nilo todos los hijos varones que naciesen de los Israelitas. Habiendo pues tenido un hijo muy hermoso un hombre de la tribu de Levi, su madre le ocultó por tiempo de tres meses : pero temerosa de que por fin se lo descubriesen, hizo una cestita, y metiendo al niño



dentro de ella, lo condujo á la orilla del Nilo donde lo dejó, ordenando á su hija María que permaneciese en aquel



sitio para observar lo que con él sucediese. A corto rato vino á bañarse la hija de Faraon, y descubriendo la cestita, mandó á una de sus damas la cogiese. Habiendo visto en ella á este hermoso niño, se compadeció de él, y resolvió salvarle. Oyólo María, y la dijo : « Señora, yo conozco una mujer, que si gustais podrá criarlo : fué pues á dar aviso de todo á su madre, y la princesa, habiendo puesto á este niño el nombre de Moisés, le dió por ama á su misma madre, ignorando que lo fuese. Cuando Moisés fué grande, la hija de Faraon lo adoptó por hijo suyo, y vino á ser un gran señor; pero las riquezas y los placeres de la corte no fueron capaces de hacerle olvidar á sus hermanos los Israelitas. Vió un dia que á uno de ellos le maltrataba un Egipcio, y Moisés le quitó la vida que él queria quitar al Israelita, y ocultándolo debajo de la arena, le pareció que nadie le habia visto. El dia siguiente viendo reñir á dos Israelitas, les dijo : « ¿Por qué reñís? Vosotros sois hermanos, y es justo que vivais en paz. » Uno de ellos le replicó : « Y vos ¿por qué os meteis en eso? ¿sois acaso nuestro juez? ¿pensais tal vez matarme hoy á mí como ayer matasteis al Egipcio? » Como Moisés estaba persuadido que nadie le habia visto matar á aquel hombre, se dejó poseer del temor; y habiendo despues sabido que el rey le queria mandar

quitar la vida, se huyó á otro país. Cansado de lo que habia caminado, se sentó cerca de un pozo para tomar aliento, y estando allí vió venir siete doncellas, que eran todas hijas



de un mismo padre llamado Jetro : estas sacaban agua del pozo para dar de beber á sus ganados ; pero unos pastores que llegaron poco despues quisieron desviarlas, y Moisés lo estorbó. Dieron ellas vuelta á su casa, y habiendo referido á su padre lo que les habia pasado, las dijo Jetro : « ¿ Por qué pues no habeis rogado á ese hombre que viniese á tomar un bocado con nosotros ? » Trájole Jetro á su casa, y despues le casó con una de sus hijas llamada Séfora. Andaba un dia Moisés guardando los ganados de su suegro Jetro, y llegó hasta el monte Horeb. Vió entónces una zarza que ardia, y no se quemaba : acercóse á ella admirado de esta maravilla, y oyó una voz que le dijo : « Quítate los zapatos, porque este lugar está santificado. » A estas palabras se humilló Moisés con el rostro hasta la tierra ; y continuó la voz : « Yo soy el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob : he oido los clamores de mi pueblo que está en Egipto, porque los Israelitas son pueblo mio ; y por lo mismo te mando que vuelvas á ellos para libertarlos, y tú les dirás



que vas de mi parte. — Señor, dijo Moisés, yo ignoro vuestro nombre : ¿cómo pues podré decírselo? — Yo soy el que



soy, respondió la voz : ve y preséntate á Faraon, y pídele permiso para conducir mi pueblo al desierto para que me ofrezca sacrificios por tiempo de tres dias. — Replicó Moisés y dijo : Señor, Faraon no querrá creermé, y me mandará matar. — Yo estaré contigo, añadió la voz, y te daré poder para hacer milagros. Arroja en la tierra la vara que tienes en tu mano. » Obedeció Moisés, y se convirtió al punto la vara en una serpiente. Moisés huía de miedo, pero la voz le dijo : « Coge esa serpiente por la cola, y al instante volverá á ser vara. » Aunque sucedió esto del mismo modo que la voz lo habia predicho, no las tenia todas consigo Moisés. Mandóle la voz que metiese la mano en su seno, y se le cubrió de lepra ; y habiendo vuelto á meter en el seno la misma mano leprosa, la sacó sana. Conoció Moisés por estos prodigios que era Dios el que le hablaba ; pero con todo no se determinaba á presentarse á Faraon, y dijo : « Bien sabeis vos, Señor, la torpeza de mi lengua, y que toda mi vida he tenido suma dificultad en pronunciar, la cual se ha aumentado desde que estoy hablando con vos. » La voz res-

pondió : « ¿Quién ha hecho la lengua del mudo y del que habla? ¿No soy yo? Ve pues, que yo estaré en tu boca, y enviaré despues á tu hermano Aaron, que habla con facilidad : este saldrá á recibirte, y te servirá de intérprete. » Dejó pues Moisés el monte para volver á Egipto ; y Aaron salió á recibirle al camino, como Dios se lo habia prometido.

PALMIRA. — ¡O Dios mio! y cuán buena es esta historia de la Sagrada Escritura : yo me estaria oyéndola dias enteros.

ELENA. — Señora Aya, quisiera que me explicase V. qué quiere decir : Yo soy el que soy.

AYA. — Quiere decir : Yo soy Dios por mí mismo, y sin ayuda de nadie : siempre he sido, y siempre seré. Todo lo que hay sobre la tierra es nada en mi comparacion. Los emperadores, los reyes, los conquistadores, los nobles y los ricos nada son delante de mí. Todo esto subsiste solo por mi voluntad, y todo el mundo es ménos en mi presencia que un grano de mostaza ; puedo destruirlo en un instante. Yo soy solo, y soy todo lo que hay de bueno, de grande, de poderoso, de amable y de justo.

JULIETA. — Pero señora Aya, aunque V. dice que no hay otro que sea sino Dios, me parece sin embargo que soy yo también alguna cosa. La tierra, el sol y los hombres son alguna cosa tambien : ¿cómo pues se puede decir que no hay sino Dios que sea?

AYA. — Querida mia, verdad es que V. es alguna cosa, y que tiene sér; pero este sér que tiene se le ha prestado Dios : á él es á quien pertenece, y quien puede quitársele á V. en un momento. Si yo prestase á V. mi bata, no podria V. decir que mi bata era suya : ahora pues, nuestro cuerpo, nuestra alma, nuestro espíritu, nuestros parientes, nuestras riquezas, y en una palabra, todo lo que tenemos es de Dios : él es el que nos lo ha prestado ; y no hay otro sino Dios que jamas haya dado ni prestado cosa alguna, porque nadie era ántes que él : de él viene todo cuanto existe, y él es dueño de todo cuanto tiene, y de todo lo que dá; que es decir, de todo cuanto existe. Veis pues, niñas mías, cuán digno es de reconocimiento y de amor. Nosotras amamos á los que nos hacen bien : pues bien, Dios nos ha dado cuanto tenemos ; él es nuestro padre, nuestro dueño, nuestro bienhechor, y nos ama como á hijos suyos : ¿no seriamos unos ingratos y perversos si rehúsásemos amarle y obedecerle ciegamente?



SOFIA. — Por lo que á mí hace, Aya mía, confieso que no puedo dejar de temblar de respeto cuando leo las historias que estas señoritas acaban de referir.

AYA. — Hace V. muy bien, hija mía : nosotras somos tan pequeñas delante de Dios, que no podemos estar bastante penetradas de respeto en su presencia. Dios está en todas partes, pero lo está de un modo particular en los templos y lugares de oracion. Por tanto es gran pecado faltarle al respeto en estos lugares santos, hablar, reir y volver la cabeza. Es asimismo pecado orar sin atencion, ¿Qué dirian Vds. si viesen que una pobre mujer pedia permiso para hablar al rey, y que estando en su presencia para pedirle una gracia, le volvía la espalda, y se echaba á reir, ó se ponía á hablar con sus criados?

MARIQUITA. — Yo diría que era una loca ; y yo soy tambien loca algunas veces, porque mientras estoy de rodillas hablando con Dios vuelvo la cabeza sin atender ni pensar en lo que digo ; pero procuraré enmendarme y ántes de ponerme á orar consideraré que voy á hablar con Dios.

AYA. — Si hiciéreis eso, yo os aseguro que ni áun os pasará por la imaginacion el deseo de volver la cabeza. La costumbre de pensar con frecuencia que estamos en la presencia de Dios es excelente, porque solo somos malos cuando nos olvidamos de esto. Si ántes de mentir, de encolerizarse, y de entregarse á la glotonería se pensase así diciendo : Yo voy á cometer estos delitos á presencia de Dios : su Majestad me está viendo ; él aborrece á los perversos, y puede castigarlos, y tal vez me castigará á mí en el momento que los cometa : sí, como digo, se pensase de este modo, nadie se atrevería á cometer estas culpas. Adios, señoritas mías : yo...

ELENA. — Señora Aya, ántes que nos separemos quisiera que me explicase V. una cosa que no entiendo. Se nos ha dicho que el padre de Moisés era de la tribu de Leví : ¿qué cosa es tribu?

AYA. — Tribu quiere decir familia. Vosotras sabeis bien, niñas mías, que Jacob tuvo doce hijos. De estos doce hijos se formaron doce familias, que se llamaron tribus, y son estas : Ruben, Simeon, Leví, Judá, Isacar, Zabulon, Dan, Gad, Aser, Neftalí, José y Benjamín. Estas son las doce tribus de Israel, que es como decir las doce familias que dimanaron de Jacob ; pero como este adoptó dos de los

hijos de José llamados Manasés y Efraín, estos hicieron dos medias tribus ó familias, que representaron la tribu de José. Esto es lo que V. deseaba saber, Elena; pero cuando me interrumpió V., iba á decir á Vds. que nosotras iremos á comer al campo, pasado mañana, y si vinieren Vds. temprano iremos juntas á pedir el permiso á sus señoras madres: esto supuesto, mañana me dirán Vds. si las hemos de esperar ó no.

## DIALOGO DÉCIMOTERCIO

### TARDE UNDÉCIMA

AYA. — Durante el camino, señoritas mías, voy á contar á Vds. un bonito cuento que he leído en cierta parte.

### LOS TRES DESEOS

#### CUENTO

Hubo una vez un hombre pobre que estaba casado con una mujer muy bonita. Estaban ambos sentados á la luz de una noche de invierno, y entretenían el tiempo ponderando la felicidad de algunos vecinos suyos que eran mas ricos que ellos. « ¡Oh si solo pendiese de mi voluntad tener cuanto desease! dijo la mujer, seria yo mucho mas rica que todas esas gentes. — Y yo lo propio, añadió el marido. Quisiera que estuviésemos en el tiempo de las encantadoras, y encontrar una que me otorgara todo cuanto la pidiera; mas por desgracia pasaron esos tiempos, y seremos siempre pobres. » En el punto que concluyó estas palabras vieron dentro de su cuarto una hermosísima dama que les dijo :



« Yo soy encantadora, y prometo concederos las tres primeras cosas que deseéis; pero luego que hayais deseado estas tres cosas nada mas os he de otorgar. » Desapareció con



esto la encantadora, y marido y mujer quedaron sumamente perplejos. « Por mi parte, dijo ella, pues soy la dueña, sé bien lo que he de pedir: al presente nada deseo; pero me parece que lo que hay mas apreciable es ser hermosa, rica y noble. — La que tuviere esas tres cosas, añadió el marido, puede sin embargo estar enferma, tener pesares, y morir moza: mejor es desear una larga vida, alegría y salud. — ¿De qué sirve una larga vida siendo pobre? replicó la mujer: eso solo servirá para ser desdichados mas largo tiempo. A la verdad que la encantadora debió haber prometido concedernos una docena de dones, pues por lo ménos tengo necesidad de otras tantas cosas. — Así es, dijo el marido; pero tomémonos tiempo, examinemos de aquí á mañana las tres cosas de que mas necesitamos, y despues se las pediremos. — Yo quiero pensarlo en toda la noche, continuó la mujer, y ahora tratemos de calentarnos, que hace frio. » Dicho esto tomó las tenazas y compuso la lumbré, y como vió que habia muchos carbones bien encendi-

dos, dijo inadvertidamente : « Ved aquí una buena lumbre : yo quisiera tener una vara de morcilla para que cenásemos, y fácilmente podríamos asarla. » No bien hubo dicho esto cuando cayó una vara de morcilla por la chimenea. « Mala peste caiga sobre la glotona con su morcilla, dijo el marido: bello deseo por cierto. Ya solo nos restan otros dos; y yo estoy tan irritado, que quisiera que ella tuviese pegada esta morcilla en la punta de su nariz. » Conoció al punto que él era aun mas necio que su mujer; porque en virtud de este segundo deseo se pegó la morcilla á la punta de la nariz de



la pobre mujer, de tal modo que por mas que trabajó no fué



posible arrancarla. « ¡Ah desdichada de mí! exclamó : tú eres un perverso en haber deseado que esta morcilla se haya puesto á la punta de mi nariz. — Yo te juro, querida mujer mia, replicó el marido, que no supe lo que me dije, pero ya no tiene remedio : voy á desear muchas riquezas, y con ellas te mandaré hacer un estuche de oro para ocultar esta morcilla. — Guardaos bien de eso, interrumpió ella, ántes me quitaré yo la vida que reducirme á vivir con esta morcilla en la nariz. Creedme á mí, y pues aún nos resta otro deseo, dejadle á mi cuidado, ó de lo contrario me arrojaré por esta ventana. « Dichas estas palabras corrió á ponerlo en ejecucion; pero el marido, que la queria bien, la dió voces diciendo : « Detente, esposa mia, yo te permito que desees lo que fuese tu voluntad. — Ahora bien : deseo, dijo ella, que esta morcilla caiga en tierra. » Cayó con efecto, y la mujer que era discreta, dijo á su marido : « La encantadora se ha burlado con razon de nosotros : tal vez hubiéramos sido infelices siendo ricos, mas de lo que somos ahora siendo pobres; creedme, amigo mio : tomemos pues las cosas como Dios gusta enviárnoslas, y en tanto cenemos nuestra morcilla, que es lo que únicamente nos ha quedado de nuestros deseos. » El marido conoció que su mujer tenia razon, y cenaron ambos alegremente, sin volver á pensar en aquellas cosas que habian tenido intencion de desear.

SOFIA. — Esta mujer deseaba una docena de dones, y sin embargo podia haber sido desdichada. Por ejemplo : si hubiera deseado una buena comida, necesitaba tener buenas ganas, y moderacion para no comer tanto que la hiciese daño ; y ved ahí tres deseos para una sola comida.

MARIQUITA. — Si yo tuviese libertad para desear algo, apetecería al punto ser la mas sábia del mundo.

AYA. — Pero eso solo no seria bastante : necesitaba V. además desear hacer un buen uso de su sabiduría, porque sin esto podria servir para hacerla mas necia, mas perversa y mas orgullosa.

PALMIRA. — Yo quisiera ser la mejor de todas la niñas, porque temo que he de ser mas mala aún de lo que soy.

AYA. — Ese deseo es perfectamente bueno, y nada tiene de reprehensible, pero además de esto hay en él una ventaja que V. no conoce. Yo supongo que quisiera V. ser hermosa, rica, ó tener cualquiera otra felicidad; pero por mas que lo deseara toda su vida, no por eso seria V. jamas ni

mas bella ni mas rica. Con semejantes deseos nada adelantamos; mas al punto que verdaderamente deseamos ser buenas y virtuosas, comenzamos á serlo efectivamente. Reparad, niñas mías, en estas palabras: Cuando se desea verdaderamente, que es decir, cuando se hacen las diligencias para serlo, y cuando se pone á este fin todo el cuidado necesario; porque aún entre los mas perversos ninguno hay que no desee ser virtuoso, con tal que no le cueste trabajo alguno; pero si desea verdaderamente ser bueno, debe poner de su parte los medios oportunos para ello. Dígame V. Palmira, ¿no es así que desea V. ser buena de repente para no tener la molestia de corregir sus defectos?

PALMIRA. — Sin duda alguna, señora Aya: parece que adivina V. La dificultad que á mi parecer tendré en ser dócil es la que me desmaya: es verdad que pongo á este intento mucho cuidado, pero sin embargo caigo en mil faltas á cada paso, y temo que no he de enmendarme jamas.

AYA. — La pereza, amiga mia, es quien produce en V. ese temor, tenga V. por cierto que el que repara sus defectos se corrige siempre. Si V. quisiese ir de aquí á Versalles y se cayese á cada instante, tardaria sin duda largo tiempo en andar el camino, pero al fin llegaria V. allá, con talque tuviese el cuidado de levantarse; pero si por el contrario dijese V.: Yo caigo frecuentemente, levantarme me cuesta mucho trabajo, y así no quiero levantarme; en este caso es constante que jamas llegaria V. allá. Lo mismo nos sucede en el viaje que hacemos para adquirir la virtud: nosotras llegaríamos á poseerla algun dia, si por pereza no nos arrellanáramos en el suelo.

PALMIRA. — Yo creia que no era perezosa, señora, porque gusto de trabajar y aprender de memoria, y sé una grande lección de geografía.

AYA. — Aun la que guste de trabajar y aprender puede ser perezosa, pero de una pereza de entendimiento, que es dañosísima, porque quita el ánimo. Veamos pues esa lección de geografía que ha aprendido V.

PALMIRA. — He aprendido todas las montañas de Europa, los principales rios, penínsulas é istmos.

AYA. — Infórmenos V. solamente de las montañas y penínsulas.

PALMIRA. — Hay en Europa veinte montañas principales, nueve grandes y once pequeñas. Las primeras son: los



montes Urales, entre Europa y Asia; los Alpes Escandinávicos, entre la Noruega y la Suecia: los Pirineos, entre Francia y España; los Alpes, entre Francia é Italia; los Apeninos, que atraviesan toda la Italia; los montes Carpacios, en el imperio de Austria; los montes de Balkan ó la cordillera del Hemus, en Turquía; y el monte Cáucaso, que se extiende del mar Negro hasta el mar Caspio. Entre las segundas se distinguen los montes Cheviot, que separan la Inglaterra de la Escocia; los Vosges, el Jura y los Cévenas en Francia; las montañas de la Córcega; la Sierra de Gredos y la Sierra Nevada, puntos mas culminantes de España.

En Europa hay dos penínsulas que tienen istmos: una es el Peloponeso ó la Morea, en Grecia, que se junta á la tierra firme por el istmo de Corinto; y la otra es la Crimea, al norte del mar Negro, y se reúne á tierra firme por el istmo de Perekop. La Jutlandia, en Dinamarca, es tambien una península.

AYA. — Animo, querida mia, que habeis de ser en breve muy hábil en geografia. Veamos ahora si estas señoritas saben sus historias. Comience V., Mariquita.

MARIQUITA. — Moisés y Aaron se presentaron á Faraon, y le dijeron: « El Dios Eterno te manda que dejes ir á su pueblo al desierto para que le ofrezca un sacrificio. » Faraon respondió: « Yo no conozco al Dios Eterno. » Este perverso rey envió á llamar á los superintendentes de las obras que hacian los Israelitas, y les dijo: « Aumentad el trabajo de ese pueblo, pues la cortedad de su fatiga les da tiempo para pensar en ir al desierto. » Cargóse pues á los Israelitas con mas trabajo del que podian hacer, y los castigaban cuando no habian acabado su tarea. Viéndose los Israelitas mas infelices que ántes, dijeron á Moisés: « Vos sois la causa de nuestra desdicha: ¿por qué habeis dicho á Faraon que nos deje ir al desierto? » Moisés dijo entónces á Dios: « Vos, Señor, veis que mis hermanos están irritados contra mí. » El Señor le respondió: « Yo soy el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Yo daré á los Israelitas la tierra de Canaan, que es el mejor país del mundo: volved á Faraon; y Aaron hará prodigios en su presencia. » Moisés y Aaron fueron entónces á buscar á Faraon: y habiendo Aaron arrojado su vara en tierra, se convirtió en un dragon. Los mágicos del rey convirtieron tambien sus varas en dragones;

pero el de Aaron comió á los de los mágicos. Despues tocó Aaron con su vara las aguas del rio, y estas se convirtieron en sangre, quedando tan fétidas que se murieron todos los peces ; pero como los mágicos volviesen tambien el agua en sangre, no quiso Faraon dejar ir á los Israelitas. Mandó despues Dios á Aaron extender su vara, y vino sobre Egipto una gran cantidad de ranas, las cuales entraban en las casas, en las camas, en los hornos, y hasta en la sala del rey. Faraon dijo entónces á Moisés : « Ruega á tu Dios que haga morir á estas ranas, y dejaré ir á los Israelitas. » Rogó Moisés al Señor, y murieron las ranas ; pero Faraon no quiso cumplir su promesa, y Dios envió sucesivamente á Egipto una infinita multitud de insectos, y despues un grueso granizo que mataba hombres y brutos. Envió tambien úlceras sobre todos los hombres, y á mediodía no se veia claridad alguna, porque la tierra estaba cubierta de una espantosa niebla ; pero estas cosas no se experimentaban en el país de los Israelitas ; y sin embargo Faraon no quiso darles libertad. Entónces dió Dios á Moisés esta orden : « Cada familia de los Israelitas tomará un cordero ó un cabrito, y le matarán el dia catorce de este mes, frotando con la sangre de él todas sus puertas : este cordero ó cabrito



debe ser asado, y comido con pan sin levadura y lechugas amargas : es necesario que le coman todo, y si les sobrase



algo conviene que lo quemén. Esta cena la comereis de pié derecho, de priesa y en traje de caminantes, porque os voy á sacar de Egipto : y todos los años celebrareis esta libertad por tiempo de siete dias, comiendo pan sin levadura. » Habiendo sabido los Israelitas por boca de Moisés y Aarón la voluntad del Señor, hicieron cuanto les ordenó. A la medianoche envió Dios su ángel exterminador, el cual mató todos los primogénitos de los Egipcios desde el hijo del rey hasta el del esclavo, sin que muriese alguno en las casas cuyas puertas estaban rociadas con la sangre del cordero ó del cabrito. En esta ocasión Faraon y el pueblo hicieron grandes llantos, y dijeron á los Israelitas : « Idos cuanto antes, y rogad á Dios por nosotros. » Cuando salieron de Egipto los Israelitas eran seiscientos mil hombres, sin contar las mujeres ni los niños. Mandóles Dios que jamas dejasen de comer este cordero todos los años, para celebrar su libertad, y es lo que se llama la Pascua entre los Israelitas.

AYA. — Dios quiere que se le obedezca, y los males que sufrieron Faraon y su pueblo presentan un ejemplar de los castigos que impone á cuantos desobedecen sus órdenes. Pero vamos á comer, y despues iremos á dar un paseo por el jardín.

---

## DIALOGO DÉCIMOCUARTO

---

### TARDE DUODÉCIMA

PALMIRA. — Señora Aya, en toda la noche he podido dormir : me han dado una bonita estampa, y me han dicho que cuando me la explique V. me contará una preciosa fábula, y ya me estoy deshaciendo por saberla.

AYA. — Acérquese V., Sofia, y venga á explicar esta estampa

PALMIRA. — Pero, señora, si V. oculta los nombres, ¿cómo quiere V. que Sofía los adivine?

AYA. — No necesita leer los nombres para conocer los personajes que están en la estampa. Cuando se sabe bien la historia y la fábula se adivinan todas las pinturas, las tapicerías y las estampas : ahora lo vereis.

SOFIA. — Este viejo y esta buena mujer, cuyos vestidos están tan usados, son marido y mujer, y se llamaron Filemon y Baucis. Este hombre grande, que tiene un ganso entre sus piernas, es Júpiter, á quien los paganos llamaban dios del cielo ; y este otro que se halla á su lado es su hijo Mercurio, que era embajador de los dioses.

PALMIRA. — Pero, querida mía, ¿de qué modo ha podido V. adivinar eso?

SOFIA. — En esos dos viejos pudiera haber dudado, aunque creo que siempre hubiera caído en quién eran ; pero este ganso que está refugiado entre las piernas de Júpiter hubiera sido capaz de hacerme conocer la estampa. Si mi Aya me lo permite contaré esta fábula, y verán Vds. despues que no es difícil de adivinar.

AYA. — Con sumo gusto, querida.

SOFIA. — Júpiter y Mercurio tomaron un dia figura humana, y habiendo echado á caminar, llegaron una noche á un gran pueblo donde pidieron acogida por caridad ; pero nadie quiso recogerlos. Despues de haber llamado inútilmente á todas las puertas fueron á una pequeña cabaña cubierta con paja y ramas de árboles, cuyo dueño era un pobre anciano, que vivia pacíficamente con Baucis su mujer. Los dioses suplicaron que les permitiesen pasar la noche en su cabaña, y estos buenos viejos se lo concedieron con toda voluntad. Filemon dijo á Baucis que calentase agua para lavar los piés á estos forasteros ; y la buena mujer deseando encender con brevedad la lumbre, hizo pedazos algunas ramas de las que cubrian su pequeña casa, y por no tener fuelle sopló el fuego con su boca. Luego que el agua estuvo caliente cogió Filemon un artesón de madera, que estaba colgado en la pared con una clavija, y mientras él se ocupaba en lavar los piés de los huéspedes, lavó Baucis la mesa, y la frotó despues con yerbabuena para darla buen olor, y sucesivamente, porque no sentaba bien, metió un pedazo de teja debajo de uno de los piés de la mesa. No habia sillas en esta pobre casa, y era preciso sentarse en



un banco; y para que el asiento no estuviese tan duro puso encima de él un pedazo de tapiz viejo con que cubria su



cama los dias mas solemnes. Trajo del huerto unas ciruelas en una hoja de parra, un poco de miel en medio plato, y un pedazo de queso. Sentáronse todos á la mesa, y Filemon pidió á los forasteros perdon por la cortedad del agasajo. Acordóse improvisamente que tenia un ganso, y queriendo matarlo para dar mejor cena á sus huéspedes, se levantaron él y su mujer para ir á cogerlo; pero este animal se les escapaba ya hácia una parte. ya hácia otra, y las buenas gentes cansados de correr sudaban á mas sudar. Por último el ganso se refugió entre las piernas de Júpiter, y entónces dijo este dios á Filemon y á Baucis : « Yo estoy agradecido de vuestra caridad, seguidme á lo alto de esta montaña, » y de repente se les mostró rodeado de luz, y lo propio Mercurio. Luego que estuvieron sobre la montaña les dijo Júpiter : « Mirad hácia vuestra espalda. » Obedecieron, y notaron que ya el pueblo no se veía, sino en lugar de él una gran porcion de agua; porque Júpiter en castigo de la dureza de sus habitantes habia convertido en un lago aquel pueblo, y á todos ellos los habia anegado : pero en medio de este lago

se dejaba ver la pequeña casa de los buenos viejos exenta de la inundacion. Como ellos eran piadosos se afligieron por



la desgracia de sus vecinos, no obstante que estas gentes los habian tratado mal. Dijoles Júpiter : « Pedidme una gracia en recompensa, y yo os la concederé. » Consultaron ellos un corto rato entre sí, y despues dijo Filemon á Júpiter : « Pues teneis la bondad de querernos recompensar, trasportad sobre esta montaña nuestra casita, y convertidla en un templo en que seais adorado ; que yo sea vuestro sacerdote, y Baucis vuestra sacerdotisa, y haced que nuestra muerte sea á un mismo tiempo, para que yo no experimente el dolor de llorar á mi querida Baucis, y ella no decrame lágrimas por su fiel Filemon. » Condescendió Júpiter á una pretension tan justa : la casa fué convertida en un templo, y las buenas gentes vivieron en paz muchos años. Un dia que estaban sentados delante de la puerta de este templo ponderando los favores de que eran deudores á los dioses, Filemon quiso levantarse, pero vió que sus piernas estaban trasformadas en un tronco. Quiso Baucis acudir á socorrerle, y halló que ocurría en ella la misma trasformacion. Despidióse pues de su querido Filemon, y le habló en tanto que conservó el uso de la voz ; pero subiendo poco á poco la corteza, los envolvió enteramente,



y quedaron convertidos en dos hermosos árboles, que después permanecieron siempre a la puerta del templo.

Ustedes, señoritas mías, comprenden muy bien, que habiendo leído esta fábula, no es ya difícil explicar la estampa.

JULIETA. — Conozco asimismo que Sofia no se ensobreciere por lo que sabe. Si yo hubiera dicho otro tanto hubiera quedado llena de satisfaccion.

AYA. — Eso pudiera haber sucedido á V. dos meses ha, pero ahora estoy cierta de su enmienda. Sofia tiene justa razon para no estar gozosa por haber explicado esta fábula, pues esto solo prueba que tiene una memoria feliz; mas esta memoria no es ella quien la ha adquirido, sino que es un regalo de Dios.

JULIETA. — Yo sé bien que su memoria es don de Dios, pero su aplicacion para aprovecharse de ella es digna de alabanza.

SOFIA *abrazando á Julieta*. — V. es demasiado buena en pensar tan favorablemente de mí.

AYA. — Yo estoy gustosísima de ver á Julieta tan trocada. En otro tiempo, querida mia, hubiera V. recibido pesar, y tenido celos de la memoria de su compañera, y al presente veo que produce en V. satisfaccion y complacencia. En el mismo hecho de haber V. corregido su vanidad ha desterrado la envidia, y todos los pesares que ella le causaba. Se ha hecho V. amable á sus compañeras, las cuales están gustosísimas con su vista, porque lejos de darlas motiva de sentimiento, se emplea V. en decirlas cosas agradables. ¿Es verdad, querida mia, que el corazon de V. está ahora mas gozoso que lo estaba anteriormente?

JULIETA. — Sí, señora, sin embargo que hago aún bastantes desaciertos: por ejemplo, todavía no he perdonado á N... que dijo que yo era una peste.

AYA. — ¡Cómo así, miña mia! Ese es el hombre á quien en el mundo debe V. mayores obligaciones: hágase V. justicia. N... tenia razon, y esto no se lo dijo á V. por aversion: al contrario, él estima á V. y tiene largas noticias de su enmienda: tres dias ha que dijo, que si continuaba V. como ha comenzado seria la mujer mas amable de Paris.

JULIETA. — Señora Aya, ¿es malo estar contenta de lo que N... dijo?

AYA. — No querida mia : debemos procurar agradar á todo el mundo, con tal que esto sea por nuestras virtudes, no hay cosa mas mala que decir : á mí nada se me da que me desprecien ; pero ya está V. corregida, y así no hablemos mas de esto. Repitamos ahora nuestras historias.

MARIQUITA. — Antes, señora Aya, quisiera me explicase V., ya que sé lo que es un lago, la diferencia que hay entre los mares, las riberas, los rios y los lagos.



AYA. — La señorita Sofía va á decirle á V. lo que desea.

SOFIA. — Un mar es una grande porcion de aguas que no salen de su recinto, y que por lo mismo no corren como los rios por un puente.

ELENA. — Suplico á V., señora Aya, me diga ¿de dónde vienen los rios?

AYA. — Salen ordinariamente de las montañas, y corren sin cesar hasta que encuentran otro rio en que se pierden ; pero cuando por no encontrar otro en su camino llegan



hasta el mar, entónces se les nombran rios caudalosos, y conservan por lo comun su nombre hasta el mar. En viendo un mapa comprenderán Vds. esto fácilmente. Ved aquí ese gran río llamado Ródano, y allí otros muchos que vienen á perderse en él, principalmente dos mayores llamados el Saona y el Isere. Desde que estos rios llegan á unirse con el Ródano, ya no son ni el Saona ni el Isere, sino únicamente el Ródano, el cual corre despues largo trecho, y por fin entra en el mar. Cuando el Ródano llega al mar conserva aún su nombre, y por esto se le llama río caudaloso; lo cual sucede ordinariamente, pero no siempre, porque el Rhin que corre al oeste de Alemania, no llega hasta el mar, y se pierde ántes en la arena. Sofía, diga V. cuántos lagos grandes hay en Europa.

SOFIA. — Hay dos en Rusia, el lago Onega y el Ledoga. En Suiza se hallan el lago de Crustanza y el de Ginebra, por medio del cual pasa el río Ródano.

AYA. — Esto hará hoy nuestra leccion de geografia. Mariquita, díganos V. ahora su historia.

MARIQUITA. — Cuando Moisés y los Israelitas entraron en el desierto, ordenó el Señor á un ángel que los condujese. Por el día caminaba delante de ellos una nube, y por la noche una columna de fuego que los alumbraba. Entre tanto pesaroso Faraon por haber dejado ir á este pueblo, que trabajaba en su provecho, juntó un ejército grande, y salió en su seguimiento. Asustados los Israelitas con la vista de los Egipcios, dijeron á Moisés: « ¿Por qué nos has conducido á este desierto á perecer todos de una vez? ¿No fuera mejor habernos dejado en Egipto? ¿Te pareció que faltarian sepulcros donde enterrarnos despues de nuestra muerte? » Animólos Moisés á que pusiesen su confianza en Dios, y rogó al Señor que tuviese piedad de su pueblo. Entónces el ángel del Señor, que estaba delante de los Israelitas, se puso á sus espaldas, metiéndose entre ellos y los Egipcios: hácia el lado de aquellos habia claridad, porque los alumbraba la columna de fuego; pero al lado de estos habia una nube que les impedía ver á los Israelitas, porque esta nube era como una espesa niebla. Moisés, por orden del Señor levantó su vara sobre el mar Rojo, y al punto el mar se abrió en dos mitades, quedándose el agua suspensa de ambos lados, como dos muros, de modo que podían pasar sin mojarse por el medio. Los Israelitas lo pasaron en todo

el resto de la noche, y los Egipcios creyeron que podrian pasarlo del mismo modo; pero cuando ya todos estuvieron dentro del mar con Faraon su rey, volvieron á juntarse las aguas que estaban detenidas, y anegaron á todos los Egipcios, sin que ni áun uno solo se salvase. Entónces Moisés, Aarón y su hermana María cantaron con el pueblo un cántico de alabanzas al Señor porque les habia librado de las manos de sus enemigos. Los Israelitas llegaron á un lugar donde las aguas eran tan amargas, que no podian beber de ellas, y comenzaron á murmurar contra Moisés; pero este santo caudillo, léjos de impacientarse por su ingratitude, suplicó al Señor. Y mandóle Dios que echase en aquellas



aguas cierta madera, é improvisamente se volvieron dulces. Sucesivamente entraron los Israelitas en un grande desierto, donde no hallando cosa alguna que comer, volvieron á murmurar, diciendo: « ¿Por qué nos has sacado de Egipto, donde nos sentábamos cerca de nuestras ollas llenas de viandas? ¿Nos has conducido á este desierto para que en él perezcamos de hambre? » Clamó Moisés á Dios, y el Señor



hizo caer un gran rocío sobre la tierra, y sobre este rocío unos pequeños granos semejantes al granizo, y hablando Moisés con el pueblo, dijo : « Ved ahí el pan que Dios os envia : cada persona recoja de él una medida ; pero no guardareis nada de un dia para otro. » El pueblo que no habia visto jamas cosa igual á estos pequeños granos, los llamó maná, los cuales tenian el gusto á buñuelos cocidos con miel, y cada uno se dió prisa á recogerlos ; pero algunos, que desobedeciendo á Moisés guardaron de ellos para el dia siguiente, quedaron sorprendidos al ir á comerlos por la mañana ; porque habiéndose corrompido estaban todos llenos de gusanos. Entónces dijo Moisés de parte de Dios al pueblo : « Recogereis cada uno una medida por tiempo de cinco dias consecutivos, pero el dia sexto debeis recoger dos medidas, una de las cuales se mantendrá fresca y buena para el siguiente dia, porque en el séptimo no caerá. Este séptimo dia será consagrado al Señor, y en él no se trabajará. » Las cosas sucedieron como lo habia predicho Moisés ; y el maná que se corrompia de un dia para otro en la duracion de toda la semana, se conservaba bueno el dia del Señor, cuyo séptimo dia fué llamado Sábado. Mandó tambien Moisés á Aaron recogiese una medida de este maná, y le guardase para testimonio del milagro que habia hecho Dios para los Israelitas, los cuales lo comieron por tiempo de cuarenta años ; pero aquellos que eran perezosos y no gustaban de levantarse temprano no le comian, porque el maná se derretia con el sol, y por esto les era preciso anticiparse ántes que saliese para hacer la provision.

AYA. — A V. le toca, Elena.

ELENA. — Habiendo pasado á otro sitio los Israelitas, les faltó agua : y olvidando todos los milagros que por ellos habia hecho el Señor, dijeron á Moisés : « ¿ Por qué nos sacaste de Egipto, y nos has traído aquí á morir de sed con nuestras familias y ganados ? » Moisés les respondió : « No murmurais contra mí, sino contra el Señor ; mas no obstante voy á rogarle que os provea de agua. » Con efecto de órden de Dios tocó con su vara una roca, y salió de ella gran cantidad de agua. Despues hubo un rey, llamado Amalec, que vino con un poderoso ejército contra los Israelitas, y Moisés ordenó á José escogiese soldados de entre el pueblo, y fuese á encontrarse con Amalec. En tanto que duraba la batalla, Moisés, Aaron y Hur subieron sobre la montaña,

y Moisés oraba al Señor con las manos levantadas al cielo; pero habiéndosele cansado los brazos, se vió precisado á bajarlos, y los Israelitas, que habian sido vencedores mientras Moisés tenia levantadas las manos, fueron vencidos despues que las bajó. Viendo él esto, se estribó sobre una piedra, y Aaron y Hur le sustentaban cada uno un brazo, con lo cual los Amalecitas, súbditos de Amalec, se vieron obligados á volver la espalda. Dios declaró una guerra perpetua á los Amalecitas, y mandó á Moisés escribiese todas estas cosas.

JULIETA. — Mi querida Aya, ¡cuán bellas son todas esas historias, y cuán mucho hacen resaltar todos esos milagros la omnipotencia y la bondad infinita de Dios! Pero ¡cuán ingratos eran tambien los Israelitas en murmurar continuamente contra Moisés, que tan grandes favores les habia conseguido del Señor, intercediendo por ellos!

AYA. — Es constante, querida mia; pero nosotros no somos ménos ingratos que ese pueblo, pues desobedecemos á Dios, sin embargo de los milagros que cada dia vemos.

MARIQUITA. — Esos milagros yo no los he visto jamas.

AYA. — Abrid, querida mia, los ojos, y mirad el sol, la luna y las estrellas: mirad la tierra, el mar, y miraos á vos misma. Nosotras estamos rodeadas de milagros, en los cuales no reparamos porque los vemos diariamente. Este sol, que desde el principio del mundo alumbra á los mortales, está colocado precisamente como conviene para nuestro provecho: si estuviera mas alto, no podria calentar la tierra: si mas bajo, la abrasaria á ella y á nosotros: pregunto, ¿no es un milagro que al fin de tan largo tiempo subsista siempre en la misma altura?

SOFIA. — Yo he oido decir que hay un pais en donde está el sol mas inmediato á sus habitantes que de nosotros, y que en él hace un calor insoportable.

AYA. — Eso es en Africa, en el medio de la América, y al sur del Asia; pero este calor no es insoportable, supuesto que en esos países hay gentes que lo resisten, y á quienes Dios los proveyó de cuerpos capaces de sufrir este calor, que es sin embargo muy incómodo para los extranjeros. Ved sobre el mapa de Africa este país, llamado Egipto: en él hace excesivo calor, y sin embargo no llueve allí jamas, ó casi tan lo mucho, rara vez.

JULIETA. — ¿Pues cómo pueden vivir esas pobres gentes,



cuando si faltase la lluvia, no produciria cosa alguna la tierra?

AYA. — Así es, querida mia; pero sin embargo el Egipto es un país fértil. Dios situó en él ese gran rio que mirais, á quien llaman el Nilo. Este sale todos los años de madre, y por muchos meses cubre todas las tierras de Egipto; pero lo mas singular es, que las aguas del Nilo llevan en sí un lodo ó limo que las hace mas propias para fructificar.

MARIQUITA. — Pero señora, cuando las aguas del Nilo se esparcen por Egipto ¿anegarán todas las ciudades?

AYA. — No, hija mia, porque para impedirlo se han construido diques. Adios, señoritas; yo me he entretenido con la conversacion, y es ya demasiado tarde.

---

## DIALOGO DÉCIMOQUINTO

---

### TARDE DÉCIMOTERCIA

MARIQUITA. — Señora Aya, hoy tengo muchas cosas que preguntar á V. si me lo permite.

AYA. — Con mucho gusto, querida mia.

MARIQUITA. — Querria saber de dónde viene la lluvia.

AYA. — De los mares, de los rios y de todas las aguas que hay sobre la tierra.

MARIQUITA. — Qué, ¿se burla V. de mí, señora Aya? El agua que está en la mar y en los rios ¿cómo puede subir al cielo?

AYA *destapando la cafetera*. — Así como el agua que está en esta cafetera ha subido hasta la tapadera: ya ven Vds. que llega hasta arriba, siendo así que solo se le echó agua hasta la mitad. Cuando esta agua empieza á calentarse y sobre todo á hervir, se advierte que exhala humo: pues ahora, esto que os parece humo es la parte mas delicada del agua, la cual se llama vapor, y es sumamente sutil.

Pues el calor del sol atrae incesantemente las partes mas delicadas del agua: estas suben por el aire en vapores, y el aire las sostiene cuando son en corta cantidad; pero cuando hay una porcion considerable no puede ya soportarla, y entónces el agua rompe el aire, y cae sobre la tierra. Mas adelante hablaré á Vds. de las aplicaciones del vapor.



JULIETA. — Señora Aya, yo creia que el aire no podia sostener cosa alguna, pues el aire es como si no fuera, porque yo he querido mirarle alrededor de mí, y no le he podido ver.

AYA. — La falta no está en el aire, querida mia, sino en los ojos de V., que no son suficientes para verlo. Hay infinitas cosas que nosotras no las vemos, y que sin embargo existen; por ejemplo; ¿ve V. en esta sala mucho polvo?

JULIETA. — No, señora, yo no veo polvo alguno, pero es porque no le hay.



AYA. — Levántese V., querida mia : vaya V. y mire en lo último de la sala el sitio donde da el sol, y verá V. si hay polvo ó no.

JULIETA. — Sí, señora, y hay un gran número de cosas pequeñas que se mueven sin cesar.

AYA. — Esas cosas pequeñas se llaman átomos, de los cuales está poblado el aire; pero las partes del aire son mucho mas finas y mas pequeñas, y esta es la razon porque no las ve V.

PALMIRA. — Yo quisiera ver de qué color es el aire.

ELENA. — Pues qué, ¿el aire, siendo sus partes tan pequeñas, puede tener color?

AYA. — Sí, niñas mias : levanten Vds. los ojos al cielo, y verán de qué color es.

MARIQUITA. — Es azul.

AYA. — Pues bien, querida : eso que V. llama cielo es aire, que se une y comprime en lo alto : V. no ve los átomos en las partes donde no da el sol, porque están distantes los unos de los otros, y son muy pequeños; pero voy á traer una cantidad de ellos : estarán entónces mas espesos y agitados, y los verán Vds. (*La señora Aya coge una escoba, y barre la sala.*)

JULIETA. — ¡Ah, señora Aya, y qué polvo! yo no veo la luz, porque él me ciega.

AYA. — Sin embargo ve V. el polvo y los átomos, que es una misma cosa; porque como yo he hecho levantar una gran porcion, se tocan unos con otros todos estos granos de polvo. Tampoco ven Vds. el aire que las rodea, porque sus partes no están apretadas las unas contra las otras; pero cuando las partes del aire se juntan en lo alto, entónces las verán Vds. Voy á echar vino en un vaso para demostrar esto por un ejemplo. Ya ven Vds. cuán colorado está : pues ahora tomaré una gota con el dedo, y la echaré sobre mi pañuelo : vean Vds. ahora, niñas mias, este vino no está tan colorado en el pañuelo como en el vaso, porque como en este hay mayor cantidad de partes, están en él mas apretadas y mas juntas entre sí que en el pañuelo. Esta hebra de seda, que por sí sola parece ménos encarnada que la madeja, es por la misma razon de estar tantas hebras juntas.

JULIETA. — Ahora bien, señora Aya : yo supongo que el aire es un cuerpo compuesto de un gran número de partes azules; pero no concedo que ese cuerpo, cuyas partes son

tan débiles, pueda sostener el agua, que es mas pesada, y cuyas partes son bastantemente gruesas, pues yo las veo.

AYA. — ¿Cómo así, Julieta? V. será sin duda física con el tiempo. Un pájaro es mas pesado que el aire, y sin embargo le sostiene el aire. ¿No ha entrado V. en un jardín después de una gran lluvia?

JULIETA. — Sí, señora.

AYA. — ¿Y no ha observado V. que quedan suspensas las gotas de agua en todos los extremos de las ramillas y de las hojas?

JULIETA. — Sí, señora, y me he parado á mirarlas, mayormente cuando las da el sol, porque entónces las gotas que hay sobre las hojas parecen unos diamantes.

AYA. — ¿Y qué le parece á V. que sostiene todos esos diamantes en los extremos de las hojas? El aire, que por consecuencia es mas pesado que ellos; pero al fin aquella bombita de agua se engruesa á causa de algunas partículas que están en las ramas que van poco á poco escurriéndose hasta llegar á unirse con la bombita que está en el extremo; y como entónces es ya mas pesada que el aire, se desprende en fuerza de su peso, y cae en tierra.

JULIETA. — Ahora lo comprendo claramente. El agua es sin duda mas pesada que el aire cuando hay igual cantidad de aire y agua; pero esto no se opone á que una gran cantidad de aire pueda sostener una corta porcion de agua, así como al navío de que anteriormente nos ha hablado V.: el navío en sí es mas pesado que el agua, pero como debajo de él hay una considerable cantidad de agua, esta lo lleva y sostiene sobre sí.

AYA. — Justamente, querida mia.

MARIQUITA. — Señora Aya, V. dijo á Julieta que ha de llegar á ser física. ¿Es del caso que las señoras sepan esta ciencia? Yo creía que solo los doctos debian saberla.

AYA. — La palabra física quiere decir una ciencia que enseña á conocer todos los cuerpos. Un físico pues es un hombre que conoce la naturaleza del aire, del fuego, del agua y de la tierra: conoce tambien los cuerpos de los hombres y de los animales, los árboles, las plantas, las flores, los minerales y los metales; y las señoras pueden saber todo esto.

PALMIRA. — ¿Qué se entiende por minerales y metales?



AYA. — El oro, la plata, el cobre, y las otras cosas que se crían en la tierra.

MARIQUITA. — Pues qué, ¿se cria en la tierra el oro?

AYA. — Sí, querida mía; pero ya hemos hablado bastante de física, en otra ocasión trataremos otro poco, pues ahora quiero contar á Vds. una pequeña fábula, y después repitamos nuestras historias.

## EL PESCADOR Y EL CAMINANTE

### CUENTO

Hubo una vez un hombre pobre, de ejercicio pescador, el cual no tenía mas bienes que una humilde cabaña á la orilla de un río. En este río había pocos peces, por cuya razón era escasisima su ganancia : apenas se mantenía de otra cosa que de pan y agua, y no obstante estaba contentísimo con su pobreza, porque no deseaba mas de lo que tenía. Habiéndole venido un día deseos de ver la ciudad, resolvió ponerlo en práctica el día siguiente por la mañana. Apenas había acabado de determinar el viaje cuando llegó á su albergue un caminante, que le preguntó si habría cerca de allí algun pueblo donde pudiese hacer tránsito aquella noche. « Uno hay á tres leguas, respondió el pescador, y es demasiado tarde para que llegueis á él : si quereis quedaros en mi cabaña, yo os la ofrezco de buena voluntad. » Aceptó la oferta el caminante, y el pescador deseoso de agasajarle encendió lumbre, y puso á cocer algunos pececillos, y mientras se proporcionaba la cena entretenía el tiempo cantando, riendo y ostentando un humor alegre. El huésped le dijo : « Por feliz os tengo, supuesto que podeis divertir os : yo daría cuanto poseo en el mundo por estar tan contento como vos. — ¿Y qué os lo impide? respondió el pescador, pues á mí nada me cuesta mi alegría, ni he tenido jamas motivo de tristeza. ¿Teneis algun pesar que os impida alegraros? — ¡Ay de mí! continuó el caminante, todos me tienen por el mas dichoso de los hombres : yo fui mercader, y ganaba mucho caudal, pero no lograba un momento de sosiego. Temía siempre que me hiciesen bancarota; que se echasen á perder mis mercaderías; que naufragasen los navíos que tenía en la mar; y huyendo de esto, me separé

del comercio para probar una vida mas tranquila. Compré un empleo en el palacio real, y á breve tiempo logré agra-



dar al príncipe; y habiendo llegado á ser su favorecido, creía que ya podía estar gustoso; pero no tardé mucho en conocer que mas bien era esclavo que favorecido del rey, pues necesitaba á cada momento renunciar mis inclinaciones para seguir las suyas. Él amaba la caza, y yo el sosiego; y sin embargo tenia precision de correr en su compañía por los bosques todo el dia: llegaba á palacio sumamente fatigado, deseoso de acostarme, pero no podia ejecutarlo: si una dama daba un baile ó un banquete, me hacia el honor de convidarme para hacer la corte al rey: yo iba rabiando, y solo me servia de algun consuelo la amistad del príncipe. Ha cerca de quince dias que este



puso su atencion y amistad en un señor de su córte, y le encargó dos asuntos graves, y al hablarle le manifestó un



semblante dulce y agradable, confesando despues que le tenia por hombre de bien : desde este punto me tuve por perdido, y en muchas noches no he podido pegar los ojos con este cuidado. — Interrumpió el pescador entónces á su huésped, y le dijo : ¿El rey os ha mirado despues acá con desagrado, dejando de estimaros? — No por cierto, respondió este hombre; ántes me trata con mas amistad que la acostumbrada; pero no obstante debeis conocer que su amor no es ya para mí solo, mayormente cuando todo el mundo publica que este señor ha de venir á ser su segundo favorecido : y ya veis que esto es intolerable, y por lo mismo no sé cómo no he muerto de pesar. Ayer noche me retiré á mi cuarto lleno de tristeza, y cuando me ví solo no pude contener el llanto. A este punto se apareció delante de mí un hombre grande, cuya fisonomía era excesivamente agradable, y me dijo : « Azael, tengo piedad de tu miseria : ¿quieres vivir tranquilo? pues renuncia el amor á las riquezas y el deseo de los honores. — ¡Ay de mí! Señor, dije á este hombre : yo lo deseo de todo mi corazon; ¿pero de qué

modo podré conseguirlo? — Deja la corte, añadió, y camina dos dias consecutivos por el primer camino que se presente á tu vista : la locura de un hombre te prepara un espectáculo capaz de curar para siempre tu ambicion. Despues que hayas caminado los dos dias vuelve atras, y cree firmemente que no penderá de otro que de tí el vivir despues gozoso y tranquilo. » Ya he caminado un dia entero en cumplimiento de lo que este hombre me mandó, y caminaré tambien mañana; pero dudo conseguir el sosiego que me ha prometido. »

Habiendo oido el pescador la historia, no pudo dejar de admirarse de la locura de este ambicioso, que hacia consistir su felicidad en las palabras y miradas del príncipe. « Tendré mucho gusto en volver á veros, le dijo el pescador, para ver si venís curado de vuestro mal : dad pues fin á vuestro viaje, y dentro de dos dias volved á mi cabaña. Yo tambien pienso ir á la corte, donde jamas he estado, y creo que han de divertirme con exceso los muchos desórdenes que debe haber en ella. — Mal pensais, replicó el caminante; y pues ahora sois feliz, no querais ser desdichado : ¿por qué pues buscais vuestra desdicha? Ahora os teneis por dichoso en vuestra humilde cabaña; pero despues que hayais visto los palacios de los grandes, la tendreis por muy pequeña y demasiado mezquina. Ahora estais contento con vuestro vestido, porque os cubre; pero os lastimará el corazon cuando hayais mirado las soberbias galas de los ricos. — Señor, dijo el pescador á su huésped, pues hablais como un catedrático, aprovechaos de esas bellas razones para no disgustaros cuando se mire ó hable á los otros : el mundo abunda de gentes que aconsejan á los demas, no pudiendo ellos gobernarse á sí mismos. » El caminante no tuvo qué responder, mayormente sabiendo que no es buena política contradecir á nadie en su misma casa. En efecto, el dia siguiente continuó su viaje al mismo tiempo que el pescador dió principio al suyo. Al concluir los dos dias, el caminante Azael volvió á la cabaña sin haber encontrado cosa alguna extraordinaria, y halló ya al pescador sentado á su puerta, apoyada la cabeza sobre sus manos, y con los ojos fijos en tierra. « ¿En qué pensais? le preguntó Azael. — En que soy desdichado, respondió el pescador. ¿Qué delitos he cometido contra Dios, dijo, para que me haya hecho tan pobre, habiendo una inmensa multitud de hom-



bres riquísimos y contentos? » Dejóse ver en este punto aquel hombre que habia mandado á Azael caminar los dos



dias (que era un ángel), y hablando con el pescador, le dijo : « ¿Por qué no seguiste los consejos de Azael? La vista de las magnificencias de la corte han producido en tí la avaricia y la ambicion : ellas te han robado la alegría y la paz : modera pues tus pasiones, y volverás á hallar esas preciosas prendas que perdiste. — Eso es muy fácil de decir, replicó el pescador, pero el ejecutarlo es para mí imposible, siendo mi mayor sentimiento pensar que seré siempre desdichado, á ménos que Dios no se digné mudar mi situacion. — Eso seria para tu perdicion, añadió el ángel : créeme, y no desees mas de lo que tienes. — Por mas que digais, respondió el pescador, no impedireis que yo desee otra fortuna. — Dios oye algunas veces los ruegos de los ambiciosos, dijo el ángel, pero con enojo, para su castigo. — ¿Y á vos que os importa? respondió el pescador : si yo no tuviera que desear se me daria muy poco de vuestras amenazas. — Pues supuesto que tú quieres perderte, yo lo consiento, dijo el ángel; puedes desear tres cosas, y Dios te las concederá. » El pescador, lleno de alegría, deseó que su cabaña se trasformase en un magnífico palacio, y al punto se verificó su deseo : despues que hubo admirado este palacio,

deseó que el pequeño río que corría por delante de su puerta se trocase en un extendido mar; y se verificó al momento. Restábale el tercer deseo, y habiendo reflexionado por un corto rato, deseó por fin que su barquilla se convirtiese en un navío grande cargado de oro y diamantes. Luego se le presentó este navío, y corrió á él para reconocer las riquezas de que habia conseguido hacerse dueño; pero no bien hubo entrado en él cuando se levantó una borrasca: quiso volverse á la orilla, mas no halló medio, y entónces fué cuando maldecia su ambición: ¡inútiles pesares! El mar le sepultó con todas sus riquezas, y el ángel dijo á Azael:



« Aprende á ser cuerdo con este ejemplo: el fin de este hombre es casi siempre el de todos los ambiciosos: la corte donde resides ahora es un mar famoso para las tempestades y los naufragios: pues puedes al presente tomar puerto, no aguardes á hacerlo cuando te sea imposible conseguirlo. » Azael asustado prometió obedecer al ángel, y cumplió su palabra. Dejó la corte, y habiéndose ido á vivir al



campo, casó con una doncella mas virtuosa que hermosa, y con pocos bienes de fortuna. Léjos de pensar en aumentar sus grandes riquezas, solo se aplicaba á gozarlas con moderacion, distribuyendo lo sobrante entre los pobres. Távose entónces por feliz y contento, y tributaba diariamente gracias á Dios porque le habia curado de la avaricia y la ambicion, que habia turbado hasta allí toda la felicidad de su vida.

Este cuento nos ha detenido mucho, y ahora nos queda poco tiempo para repetir nuestras historias y la geografia. Empiece V. pues, Mariquita.

MARIQUITA. — Jetro, suegro de Moisés, noticioso de los grandes milagros que habia obrado Dios por medio de su yerno, vino á verle, trayéndole á su mujer y dos hijos que tenia; y echando de ver que Moisés se ocupaba todo el dia en oír las quejas y negocios del pueblo, le dijo : « Si continuais en esta fatiga vendreis á perder la salud : creedme, y escoged los hombres mas honrados, que oigan al pueblo, y os den cuenta de todos sus negocios. » Siguió Moisés este consejo, y habiendo obsequiado á su suegro se despidieron. Llegaron despues los Israelitas cerca del monte Sinaí, y dijo el Señor á Moisés : « Sube sobre ese monte, pero que el pueblo no se aproxime, porque morirá. » Subió Moisés al monte Sinaí, y se apareció en él la Majestad de Dios. El monte estaba circundado de humo, del cual salian espantosos truenos; todo era fuego y relámpagos, y en medio de estos fuegos fué donde dió el Señor á Moisés los diez mandamientos que ordenaba para su pueblo, para darles á entender que era un Dios poderoso, que sabia vengarse y castigar á los que le desobedeciesen : y estos diez mandamientos que entónces dió el Señor á los Israelitas son los mismos que nos han enseñado, y repetimos todos los dias en nuestras oraciones. El Señor llamó otra vez á Moisés sobre el monte, donde permaneció cuarenta dias y cuarenta noches, y durante este tiempo le dió leyes para gobernar su pueblo, mandándole que hiciese para su Majestad una arca y un tabernáculo, explicándole la forma en que debia construirse esta arca, y lo que debia hacerse cuando le sacrificasen alguna cosa. Mandóle igualmente destinase á Aaron y á sus hijos para que fuesen los sacrificadores y grandes sacerdotes. Pero mientras Moisés hablaba con Dios como un amigo con otro, los Israelitas, olvidando los milagros que por

ellos habia obrado el Señor, dijeron á Aaron : « Dadnos dioses como los que están en Egipto para que caminen delante de nosotros, porque á Moisés no sabemos lo que le habrá sucedido. » Aaron, temiendo que el pueblo le matase, les dijo : « Traedme los pendientes de las orejas de vuestras mujeres é hijas. » Ellos se dieron prisa á llevarle las joyas, y Aaron les hizo un becerro de oro, al cual adoraban, diciendo : « Este es el Dios que nos ha sacado de Egipto. » El Señor dijo á Moisés, que estaba sobre el monte : « El pueblo está cometiendo un crimen : voy á exterminarlo, y te daré en su lugar otro pueblo. » Moisés respondió : « Señor, acordaos de Abraham, de Isaac y de Jacob, y perdonad á



este pobre pueblo, ó borraradme del libro de la vida ántes que lo destruyais. Solo los perversos serán borrados del libro de la vida, dijo el Señor : no obstante yo perdono á este pueblo. » Bajó entónces Moisés del monte con las tablas de piedra, en las cuales habia Dios escrito por sí mismo su ley por todos sus lados; y habiendo visto que los Israelitas bailaban alrededor del becerro de oro, se arrebató en cólera de tal forma, que arrojó las tablas al suelo, y las hizo pedazos. Despues reprendió á Aaron con aspereza, y echando el becerro en el fuego lo redujo á cenizas, las cuales hizo beber al pueblo mezcladas con el agua. Luego llamó á los descendientes de Leví, y les dijo : « Yo os mando de parte de Dios, que tomando vuestra espada atraveséis todo el



campo de una parte á otra, y mateis á cuantos encontráreis á la diestra y á la siniestra, sin perdonar á vuestros parientes y amigos. » Obedecieron los hijos de Leví, y mataron veintitres mil hombres. Despues dijo á los Levitas. « El Señor os bendecirá porque habeis ejecutado su sentencia. » Sucesivamente se encerró Moisés en su tabernáculo á cuya vista se puso la nube donde estaba el Señor, y los Israelitas, habiéndose despojado de sus buenos vestidos, se humillaron hasta besar la tierra, á fin de alcanzar misericordia de Dios.

MARIQUITA. — Señora Aya, accion terrible fué matar veintitres mil hombres.

AYA. — Todos los Israelitas, querida mia, merecian la muerte : ellos habian prometido guardar la ley del Señor, que condenaba á muerte á todos lo que adorasen ídolos, y usó de una gran piedad en no castigar mas que á veintitres mil hombres. Yo estoy segura que permitiria que los hijos de Leví solo matasen á los mas culpados.

PALMIRA. — Volvieron á murmurar contra el Señor los hijos de Israel, y dijeron : « ¿ Por qué hemos dejado á Egipto, donde teniamos hermosos pescados, y donde comiamos buenas cebollas? Nosotros estamos ya cansados de ver solamente el maná. » Sintió tanto Moisés la ingratitud de este pueblo respecto de Dios, que rogó al Señor le diese la muerte para no ver su perversidad. Consolóle el Señor, y envió á los Israelitas una gran cantidad de codornices, á cuya vista recibieron imponderable alegría, y comieron de ellas con codicia; pero tenian aún la carne entre los dientes cuando quitó Dios la vida á un gran número de ellos. Aun tuvo Moisés otro motivo de pesar, y fué que Aaron y su hermana María se burlaron de él porque su mujer era Etiopisa; pero Dios tomó á su cargo la venganza de Moisés : su hermana se llenó de lepra, con la cual permaneció siete dias, y Moisés se vió precisado á rogar por ella al Señor. Despues envió Moisés exploradores al país que Dios habia prometido á Abraham, y estos trajeron de ella un racimo de uvas tan grande, que se necesitaban dos hombres para llevarlo. Dos de estos exploradores fueron Caleb y Josué, los cuales exhortaron al pueblo á que fuese á establecerse en este país tan abundante y excelente; pero los otros exploradores dijeron : « Es verdad que en esta tierra corre leche y miel, pero está habitada de hombres mas fuertes que nos-

otros, y hay gigantes que nos matarán á nosotros, á nuestras mujeres y á nuestros hijos.» Oído esto por los Israelitas.



exclamaron : « ¿Para qué nos han sacado de Egipto? Necesitamos pues nombrar un jefe que nos vuelva á conducir á él. » Y porque Josué y Caleb lo resistían quisieron matarlos á pedradas. Moisés y Aaron se humillaron para pedir perdón á Dios; pero el Señor les dijo : « Este pueblo ha murmurado diez veces contra mí, y yo juro en mi enojo que morirá en este desierto, donde permanecerá cuarenta años. Después que todos ellos hayan muerto, entrarán sus hijos en la tierra prometida con Josué y Caleb, que han creído mis palabras pero los otros, que han visto los milagros que por ellos he obrado, y no obstante han desconfiado de mí, dejarán sus cadáveres en este desierto. » El número de estos hombres pasaba de seiscientos mil.

ELENA. — Verdaderamente, señora, que los Israelitas me irritan con sus murmuraciones. ¿Cómo eran tan groseros que se exponían á la ira del Señor, conociendo su poder? ¿Cómo podían adorar la figura de un becerro, y decir : « Este es el Dios que nos ha sacado de Egipto? »

AYA. — ¿Nosotros, querida mía, somos acaso ménos perversos y ménos ciegos que los Israelitas cuando desobedecemos al Señor; siendo constante que castigará á los mentirosos, glotones, coléricos y desobedientes á sus padres y mayores, á los impíos con los pobres, á los envidiosos, á los



que hablan mal del prójimo, á los que se vengan de sus enemigos y se alegran del mal que les sobreviene? Nosotras sabemos todo esto, niñas mías, y sin embargo no ponemos las diligencias necesarias para corregirnos de nuestras malas costumbres, siendo estas las que atraen sobre nosotras la ira de Dios, y las que nos conducirán al infierno. Reflexionemos bien sobre esto, señoritas, y no perdonemos diligencia alguna para destruir nuestros vicios.

---

## DIALOGO DÉCIMOSEXTO

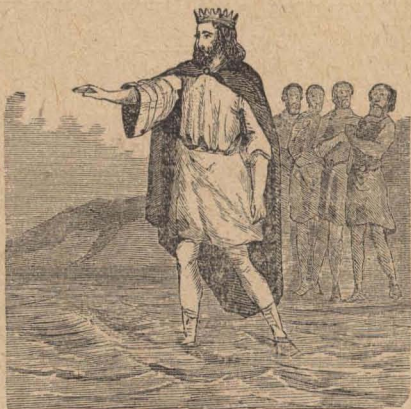
---

### TARDE DÉCIMOCUARTA

AYA. — Prometí á Vds. que empezáramos hoy por la geografía, y así hablaremos de las islas Británicas, que se dividen en cuatro partes, á saber : 1<sup>a</sup> la Inglaterra, 2<sup>a</sup> la Escocia, 3<sup>a</sup> la Irlanda, y 4<sup>a</sup> las islitas de Setlanda, las Orcadas y las Hébridas en el Océano Atlántico, las de Man y Anglesey en el mar de Irlanda, Helgoland en el mar del Norte, y Wight, Guernesey y Jersey en la Mancha. La Inglaterra se subdivide en cincuenta y dos condados, siendo su capital Lóndres, sobre el Támesis, la ciudad mas populosa de Europa. Mas adelante hablaremos de la Escocia y de Irlanda. En otro tiempo se llamó este reino Bretaña ó Albion, que sujetó César por dos ocasiones, en 53 y 54 antes de J. C.; pero hasta el tiempo del emperador Domiciano no fueron los Romanos absolutos dueños de él, y le abandonaron en el año de 448. Los Bretones, oprimidos por los Escoceses y los Pictos, llamaron de Alemania en socorro suyo á los Anglo-Sajones, que los socorrieron al principio,\* despues los subyugaron, y dieron á este país el nombre de Inglaterra; pero los antiguos habitantes se refugiaron al país de Gales y á la provincia de Francia, que por eso se llamó Bretaña. Los Sajones fueron echados despues de ella por los Daneses, y

estos la poseyeron tranquilamente bajo de la dominacion de su rey Canuto; pero sucesivamente volvieron los Ingleses á poner sobre el trono á Eduardo, que era de la sangre de sus reyes. Despues de la muerte de este último rey, Guillermo, duque de Normandía, que pretendia ser su heredero, se hizo dueño de Inglaterra (1066), y dió principio al reinado de los príncipes normandos. Consecutivamente los de la casa de Anjú, llamados Plantagenetes, ocuparon el trono, que pasó despues de ellos á la casa de los Estuardos, y se halla al presente en la de Hanóver. He dicho á Vds. que Canuto, príncipe danés, habia poseido la corona de Inglaterra, y creo que Sofia sabe alguna cosa de este príncipe.

SOFIA. — Ciertamente, sé una buena historia, y voy á contársela á estas señoritas.



Canuto estaba un dia á la orilla del mar con toda su córte y sus cortesanos, que eran (como suele suceder) lisonjeros; le dijeron que él era el rey de los reyes, y el dueño de la mar y de la tierra. Canuto, que era cuerdo y religioso, quiso burlarse de estos aduladores, haciéndoles ver que tenia demasiado talento para dejarse engañar de sus necios discursos. Dobló pues su capa, y sentóse encima de ella. Era esto en tiempo del flujo de la mar, esto es, cuando la mar sale de su centro para venir sobre la tierra; y hablando Canuto con la mar, dijo: « Yo soy tu dueño, la tierra donde estoy es mia, y así te mando que no pases de donde estás,



ni llegues á mojar me los piés. » Todos los que oyeron estas palabras discurrieron que el rey deliraba, pues creía que la mar le habia de obedecer. Sin embargo, como la mar se iba adelantando hácia él, llegó á mojar los piés del monarca. Levantóse entónces Canuto, y dijo á los lisonjeros : « ¿Creeis ahora que soy yo el dueño de la mar? Conoced pues á vista de esto, que es limitadísimo el poder de los reyes, y que solo Dios es el verdadero rey, pues por él son gobernados el cielo, el mar y la tierra. »

PALMIRA. — Señora Aya, ¿es cierto que la mar sale de su lecho ó de su lugar?

AYA. — Sí, querida mia, cada dia dos veces, y se retira otras tantas ; y como jamas deja esto de suceder, se sabe justamente la hora en que sale de su sitio, y la en que se vuelve á él.

PALMIRA. — ¡ Ah Dios mio, qué cosa tan singular ! ¿ Y qué es lo que le obliga á salir y retirarse ?

AYA. — Yo á la verdad no lo sé muy bien, querida mia ; pero he oido decir á los doctos, que la luna oprime al aire, y que este aire oprimido oprime al mar, y es el que lo hace salir por todos lados.

MARIQUITA. — Yo no comprendo cosa alguna de todo esto.

AYA. — Voy á explicarlo, querida mia. Ya ve V. esta palangana que está llena de agua : suponga V. que esto es la mar, y que este platillo que yo tengo, que es mas pequeño que la palangana, es el aire que se mantiene solo encima de la mar : suponga V. también ahora, que alguna cosa empujase á este platillo, forzándole á tocar el agua que está en la palangana ; apénas pues que llegase á tocarla, rebo-saria el agua por todas partes. ¿ Lo ven Vds. (*metiendo el platillo en la palangana*), niñas mias ?

MARIQUITA. — Ahora lo comprendo bien, señora Aya ; pero cómo puede la luna oprimir á la mar ? Ella no es otra cosa que un grande luminar.

AYA. — Se engaña V., querida mia : la luna es una tierra como la nuestra : ella recibe los rayos del sol ; y esto es lo que hace que nos parezca como una grande antorcha.

ELENA. — Pero, señora Aya, la luna es muy pequeña, está en el aire, y camina ; ¿ cómo pues puede ser una tierra como esta en que nosotros habitamos ?

AYA. — V. cree que la luna es pequeña, pero la engañan á V. sus ojos : lo cierto es que es muy grande. Miremos al

campo por la ventana: aquel hombre que ve V. tan distante le parece pequeño como un niño; ¿y por qué? porque está muy retirado. Cuando las cosas se miran de lejos parecen pequeñas; y por eso la luna como está tan desviada de nosotros, se engaña nuestra vista á causa de la misma distancia. Dice V. que la luna está en el aire, y que camina en torno: ¿sabe V., querida mia, que la tierra donde nosotros estamos está tambien suspendida en el aire, y voltea sin cesar?

JULIETA. — La tierra seguramente no voltea, porque si volteara lo sentiríamos nosotros.

AYA. — ¿No ha estado V. jamas en un barco, y no ha observado V. que parece que el barco está fijo, y que la tierra, las casas y los árboles son los que andan, y como que se huyen de nosotros?



JULIETA. — Verdad es, aunque yo jamas habia parado en eso la atencion. Cuando voy en el coche por el campo, tambien creo que huyen los árboles.

AYA. — Lo que quiere V. decir es, que le parece verlo, pues la tierra, los árboles y las casas se están quietos en su lugar, y el coche y el barco son los que andan, y la llevan á V. sentada tranquilamente en el barco sin moverse, y si está bien cerrado, y V. va dormida, cree que está en su cuarto. Pues de este mismo modo está V. sobre la tierra:



esta voltea velozmente ; y como nos lleva sobre sí sin sentirlo durante este viaje nos parece que vemos correr al sol, siendo así que él es el que está fijo en su lugar. Ved ahí lo que hacen los días y las noches. La tierra tarda veinticuatro horas en dar la vuelta : cuando ella nos pone enfrente del sol, es de día, y cuando nos lleva al lado opuesto es de noche.

JULIETA. — Yo creía que el sol se ponía todas las noches en la mar.

AYA. — El sol siempre alumbra : se pone para nosotros, quiero decir, que dejamos de verle ; pero al mismo tiempo sale para los pueblos de América : esto es, que ellos comienzan á verle alternativamente. Como los antiguos no conocieron la América, ignoraron que era la tierra redonda, y que estaba habitada toda alrededor, como voy á hacerlo ver en un globo.

JULIETA. — Señora Aya : ¿ los que habitan debajo de este globo caminan con los pies hacia arriba, y la cabeza hacia abajo ? porque al fin, segun se deja percibir en él, si fuese posible taladrar este globo, sus pies y los nuestros se encontrarían.

AYA. — Ciertó es que se encontrarían nuestros pies y los suyos ; pero sin embargo ellos tienen como nosotros los pies en tierra, y la cabeza hacia el cielo. La tierra es como una bola del tamaño de una nuez encerrada en otra bola grande como esta sala, que es el cielo. Suponed pues que esta pequeña bola se sustenta en el aire en medio de esta misma sala, y que hay una mosca encima de ella, y otra debajo ; ¿ no es verdad que estas moscas tendrían ambas la cabeza hacia la bola grande, que es el cielo ? La tierra está rodeada del cielo, así como la yema de un huevo está rodeada de la clara : figúrense Vds. que esta clara del huevo es el aire, y la cáscara el cielo : ¿ comprenden Vds. bien esto, niñas mías ?

ELENA. — Maravillosamente, señora Aya : solo en una cosa hallo dificultad ; y es ¿ cómo puede la pequeña bola mantenerse por sí en medio de la grande ?

AYA. — Del mismo modo que la yema del huevo se mantiene sola en medio de él sin mezclarse con la clara que la rodea, no obstante que parece mas pesada. Oid, niñas mías : los sabios han dicho muchas cosas para probar los medios de que Dios se sirve para sustentar la tierra en el

aire, pero yo no soy capaz de entenderlas bien, y lo mismo Vds. : basta que sepamos que Dios, que es todopoderoso, lo ha dispuesto y querido así ; y que esto es tan seguro, que no podemos dudarlo, porque ha habido muchos viajeros que han dado vuelta al mundo, y esto prueba que está en el aire. Pero ya hemos hablado bastante de física. Julieta va ahora á contarnos una bonita historia que la aprendió anteayer.

JULIETA. — Pero ántes de referir esta historia, quisiera nos dijese V., señora Aya, que supuesto que los antiguos no conocian la América, quien fué el que la descubrió.

AYA. — Voy á satisfacer la curiosidad de Julieta, y prestadme atencion á lo que debo decir sobre este punto.

Solo á Colon y á los Españoles se les debe el descubrimiento del Nuevo Mundo en una continuada serie de aventuras las mas heróicas, desde 1492 hasta 1540. Durante sus primeros años, Cristobal Colon navegó mucho, y todo cuanto le rodeaba daba pábulo á su pasion dominante : las historias y cuentos de los viajeros, sus aventuras, las fábulas mismas, todo contribuyó á inflamar mas y mas su imaginacion. En Italia pensaba ya en el Oriente, soñaba dia y noche con los bellos países que Marco Polo habia visitado y descrito desde el fondo de una prision, precisamente en Génova, patria de Colon. Este se dirigió primero á Portugal, por la razon muy sencilla de que aquella nacion se dedicaba entónces con mucho ardor y fe á los descubrimientos ; y despues de una permanencia de catorce años, salió de aquel país donde sus proyectos no habian encontrado la acogida que deseaba. Llegó á España en el momento ménos oportuno de hacerlo, pues acababa de estallar la guerra de Granada, y Fernando é Isabel se hallaban muy ocupados con ella para dar oidos á las pretensiones de un desconocido que á tan mala sazón venia á presentarles un proyecto extravagante ; pero sin embargo, al finalizar dicha guerra, quiso la reina que se emprendiera la expedicion de Colon, firmándose en 17 de abril de 1492 un convenio, por el cual se le nombraba de antemano gran almirante, virey y gobernador de todos los países y de todas las islas que descubriera. La reina activó la salida de la expedicion, recibiendo Colon sus últimas instrucciones y las de su esposo el 12 de mayo : en Palos de Moguer (condado de Niebla, costa y provincia de Sevilla) enarboló el pabellon en la carabela Santa María;



dió el mando de la Pinta á Martin Pinson, y el de la Niña á su hermano Yañez Pinson; y se hizo á la vela de la barra de Saltes el 3 de agosto del mismo año con unos noventa hombres, incluidos algunos aventureros y gentiles nombres de la corte encargados de acompañar á Colon: tenían víveres para doce meses, y ademas muchas probabilidades para perecer por la mala construccion de los buques, solo á propósito para viajes cortos. Mares desconocidos, abatimiento y consternacion en una gran parte de los que le acompañaban, y se estremecian al considerar los peligros que iban á arrostrar; ignorancia, pusilanimidad y arrepentimiento en otros, todo conspiraba para desgraciar la empresa, y todo lo allanó Colon con su perseverancia y sus conocimientos, y con el gran talento de sobreponerse y gobernar diestramente las pasiones de los que le rodeaban. Cuéntase de él una anécdota que se cree auténtica, y que prueba la presencia de ánimo y el gran valor de tan intrépido navegante. Sus marineros se insurreccionaron mas de una vez, y comenzando á creer que era hechicero ó cosa semejante, resolvieron arrojarle al agua; mas viéndose en tan extremo peligro, conservó su sangre fria y les hizo esta reflexion: « Cuando me hayais arrojado al mar, ¿cómo os compondreis para volver á España? » En seguida les prometió conducirlos allí, fingiendo mudar de direccion; pero no por eso dejó de caminar via recta á su fin, pues lo amaba mas que la vida. Por último, pasados unos cuantos meses de penosa navegacion, descubrieron una isla cubierta de bosques verdes y frondosos: las tripulaciones entonaron el *Te Deum* que se principió en la misma Pinta; los Españoles pidieron al almirante perdon de su ignorancia y de su insubordinacion, trocando las injurias en demostraciones de respeto, con que admiraban el espíritu sobrehumano que le hacia inmortal; y al son de una música militar, con banderas desplegadas, el almirante Cristóbal Colon, ricamente vestido, fué el primer habitante del Antiguo Mundo que pisó las tierras del Nuevo, desembarcando con su comitiva en la isla de Guanahani ó de San Salvador, como él la puso, el dia 12 de octubre de 1492.

JULIETA. — Siendo Cristóbal Colon el descubridor del Nuevo Mundo, ¿cómo no se le ha dado su nombre, y si se llama América?

AYA. — Así es en efecto: si el descubrimiento de un

Nuevo Mundo fué tan admirado por su importancia, no es ménos singular la circunstancia que ha perpetuado el nombre con que es ahora y será para siempre conocido, pudiendo considerarse como el suceso mas feliz de la vanidad de un individuo. Los descubrimientos posteriores de la Tierra Firme fueron hechos á la ligera, y comunicados al gobierno español, resolvió este mandar una expedición formal de cuatro barcos bajo el mando del almirante Ojeda, en 1497. Al tiempo de partir de Sevilla este navegador, se ofreció para acompañarle un Florentino llamado Américo Vespucci, escribiente de una casa de comercio en aquella ciudad, mozo hábil para delinear costas y formar cartas náuticas, por lo que le llevó Ojeda consigo. Regresado de su viaje, y con mas conocimiento del pilotaje, se empleó en preparar cartas marítimas con derroteros, poniendo en ellas su nombre escrito, como autor ó delineador, y los pilotos las llamaban América, sonando mejor que Amériga, nombre que, sin saber cómo, fué dado á todo el Nuevo Mundo. El honor de darle nombre pertenecía verdaderamente á Colon, ó al almirante Ojeda, á Grijalva que descubrió la costa del golfo de México, á Cortés que lo conquistó, á Balboa que descubrió el Pacífico, á Pizarro que conquistó el Perú, ó á Magallanes que mostró ser aquel continente otro mundo distinto del antiguo, ó á lo ménos á la ilustre reina Isabel, bajo cuya proteccion se hizo el descubrimiento; pero no, la gloria de inmortalizar su nombre cayó en suerte á un mero pilotín, á un delineador de cartas y derroteros.

JULIETA. — Señora Aya, ¿quiere V. decirme por qué razon se llaman las Américas?

AYA. — Porque el Nuevo Mundo presenta dos grandes divisiones, á saber: la América del Norte, que algunos geógrafos han propuesto con razon llamar Colombia en honor de Colon, y la América del Sur. Entre las innumerables islas que pertenecen al Nuevo Continente, hay dos grupos, que son las Tierras Articas y las Antillas, que el uso impropriamente llama Indias Occidentales. Mas adelante indicaré á Vds. las subdivisiones del Nuevo Mundo: y ahora Julieta nos va á decir su anécdota.

JULIETA. — Un hombre que se paseaba por el campo miró á las encinas, que son unos árboles grandes, y llevan un fruto pequeño llamado bellota. Vió tambien una planta



muy pequeña, que arrastraba por la tierra, y esta llevaba calabazas cuatro veces mas gordas que su cabeza. Este hombre dijo interiormente : « Me parece que si yo me hubiera hallado en lugar de Dios, hubiera ordenado mejor las cosas : hubiera hecho que la calabaza procediese de este árbol grande, y la bellota de esta pequeña planta. » En tanto que pensaba de este modo le acometió un fuerte deseo de dormir, y porque hacia sol se echó á la sombra de una encina : mientras dormia se levantó viento, el cual hizo caer una bellota sobre la punta de su nariz, y le despertó. Exclamó el hombre entónces diciendo : « Confieso



que soy un necio, y que Dios tiene justas causas para haber ordenado las cosas como lo están. ¿ Qué hubiera sido de mí si la calabaza hubiera estado pendiente de la encina? Al caer me hubiera roto la cabeza. » Este hombre fué en adelante mas cuerdo, y solo se empleaba en admirar la sabiduría con que Dios habia arreglado el universo, sin volver á hablar de las cosas que no estaban hechas segun sus cortos alcances.

AYA. — Estoy muy contenta, mi querida Julieta, del

modo como acaba V. de contar esta anécdota, pues bien se ve que atiende V. ahora mas que ántes á la lectura; pero este no nos debe hacer olvidar nuestra leccion de historia. Veamos si Mariquita conserva en la memoria la suya.

MARIQUITA. — Tres Israelitas llamados Core, Datan y Abiron se sublevaron contra Moisés y Aaron, y metieron á doscientos y cincuenta hombres en su revolucion. Estaban quejosos y ofendidos de que solo Aaron y sus hijos tuviesen la facultad de ofrecer incienso al Señor, sin reflexionar que era Dios el que así lo habia ordenado. Dijeron grandes vituperios á Moisés, y este por mandato del Señor dijo á estos hombres : « Tomad cada uno incensario con perfumes, y Dios manifestará los que ha escogido. » Hizo tambien Moisés que tomase Aaron el incensario, y despues por órden del Señor habló al pueblo y les dijo : « Separaos de Core, Datan y Abiron, si no quereis que tal vez os castigue Dios con ellos, » y añadió : « Si estas gentes que resisten obedecer al Señor mueren de muerte natural, creed que yo soy un perverso, y que Dios no me ha enviado; pero si se abre la tierra debajo de sus piés y caen vivos en el abismo, entónces conoceréis que os hablo de parte del Señor » Apénas dejó Moisés de hablar se abrió la tierra y tragó á Core, Datan y Abiron con todas sus familias; y el fuego por disposicion de Dios abrasó á los doscientos y cincuenta partidarios de Core. Despues mandó el Señor á Moisés que tomase los incensarios, é hiciese planchas para cubrir el altar á efecto de que ellas recuerden á los hijos de Israel que otro que no sea de la descendencia de Aaron no debe acercarse al altar para ofrecer incienso al Señor. Murmuraban sin embargo los Israelitas contra Moisés y Aaron, diciendo que ellos habian causado la muerte de aquellas gentes; y habiendo estas murmuraciones irritado al Señor, díjoles á Moisés y Aaron : « Separaos de este pueblo, porque voy á acabar con él. » Entónces dijo Moisés á su hermano : « Poned al punto el perfume en vuestro incensario, y corred al medio del pueblo para aplacar la ira del Señor. » Obedeció Aaron á Moisés, y deteniéndose entre los vivos y los que Dios acababa de hacer morir, sosegó su ira; habiendo sido catorce mil y setecientos hombres los que en esta última ocasion perecieron en castigo de sus murmuraciones.

PALMIRA. — Dios mio, ¡qué historia tan terrible! Nos-



otras somos felices, porque el Señor no hace ya castigos tan tremendos.

AYA. — Dios es ahora tan justo, y tan enemigo de los perversos como lo era en aquel tiempo, queridas mías : aquellos que no quieren obedecer sus mandamientos, si ahora no son sepultados vivos en los infiernos, lo serán sin duda despues de su muerte ; y esto debe imprimir vivamente en vuestras almas el horror al pecado, y el temor á Dios.

PALMIRA. — Yo aseguro á V. señora, que quiero corregirme enteramente. Hasta hoy he sido perversa por no haber pensado todas esas cosas : aunque he leído la Sagrada Escritura ha sido sin atencion : cuando sobre ella se hacen cuidadosas reflexiones, es necesario ser locas para exponerse á la ira de Dios.

AYA. — ¿Ve V. cuán mucho este Señor la ama, querida mía ? Esos buenos pensamientos, esas excelentes resoluciones es Dios quien se las envia. ¿No será V. una ingrata, y digna de repension en olvidarlas ? Vamos, Elena, diga V. su historia.

ELENA. — Queriendo Dios hacer ver á los Israelitas que habia escogido á Aaron por sacerdote suyo, mandó decir á su pueblo por boca de Moisés, que los jefes de todas las tribus de Israel llevasen una vara cada uno á su presencia. Obedecieron ellos y el dia siguiente la vara de Aaron habia brotado flores, botones y almendras. Entónces dijo Dios : « Yo he escogido á Aaron y su familia para que sean mis sacrificadores : ninguno sino ellos podrá ofrecermé incienso ; pero le doy á los hijos de Leví para que cuiden de las cosas que me serán consagradas, los cuales se mantendrán de lo que se me ofrezca, y tendrán la décima parte de los animales y de los frutos de la tierra. » Despues fueron los Israelitas á parar á un lugar donde no habia agua, y volvieron á murmurar. Moisés y Aaron se humillaron delante del Señor, quien dijo á Moisés : « Toma tu vara, y ve con tu hermano Aaron hácia la roca : á presencia de todo el pueblo hablarás á la roca, y ella te dará agua. » Moisés y Aaron juntaron al pueblo ; pero no obedecieron sencillamente la orden del Señor, y en lugar de hablar á la roca la golpearon dos veces con su vara. Entónces dijo á Moisés y á Aaron : « Porque no habeis creído á la voz del Señor morireis entrambos ántes de entrar en la tierra prometida : » y habiendo mandado á Moisés que subiese sobre el monte con su hermano Aaron

y Eleazar su sobrino, hijo del mismo Aaron, mandó Dios á este se quitase sus vestidos de gran sacerdote, y los diese á su hijo, porque iba á morir. Obedeció Aaron al Señor, y murió al punto. Murmuraron otra vez los Israelitas contra Dios, y el Señor para castigarlos envió contra ellos serpientes abrasadoras; pero habiéndose arrepentido el pueblo, mandó Dios á Moisés hiciese una serpiente de metal, y la



colocase en alto; y todos los que eran mordidos, y miraban á la serpiente, eran sanos al punto. Entre tanto los hijos de Israel pidieron permiso á los reyes inmediatos para pasar por su país, prometiendo no hacer daño alguno, y pagar hasta el agua que bebiesen; pero no habiendo querido estos reyes concedérselo, dijo Dios á los Israelitas: « Pelead con ellos, y con mi ayuda los vencereis. » Obedecieron al Señor, y consiguieron grandes victorias.

MARIQUITA. — Moisés y Aaron no eran de los perversos, y sin embargo los castigó Dios severamente por una cosa que parecía de poca monta. ¿Qué mal habian hecho ellos en golpear la roca?

AYA. — Habian incurrido sin duda en una falta notable,



por haber desconfiado del poder de Dios, que les dijo mandasen á la roca que les diese agua, y ellos en lugar de obedecerle al Señor, dijeron entre sí: « Si mandamos á la roca que nos dé agua, no lo hará; pero golpeándola, como ya lo hemos hecho otra vez, la dará sin duda. » Yo confieso que esta falta no es tan grande como la de adorar el becerro de oro; pero Dios castiga el pecado sea de la clase que se fuese. Toda la diferencia está en que á los perversos que pecan por malicia los castiga en la otra vida, arrojándolos al infierno, y á los buenos, que pecan por flaqueza, y se arrepienten de haber pecado, los castiga en esta por medio de las enfermedades, de la pérdida de sus bienes, de la de sus parientes y amigos. Obra Dios como un buen padre que para corregir á sus hijos los castiga.

JULIETA. — ¿Y es esa la razon porque cuando Dios está enojado contra un hombre, empobrece este, ciega, ó le suceden otros infortunios?

AYA. — Cuando envia estos trabajos á los malos es para castigarlos, y al mismo tiempo para procurar su correccion, porque las aflicciones nos hacen acordar de Dios, y en estos casos dice Dios al corazon de los perversos: « Ved lo que ganais en desobedecerme: yo soy poderoso para haceros desdichados, quitándoos las cosas de vuestro gusto: pedid socorro á vuestro caudal, á quien amais mas que á mí: pedídselo á vuestros amigos por quien á mí me dejais; y pues veis que todas las criaturas no pueden impedir que yo os castigue, dejad las criaturas, y volved á mí, que soy vuestro Dios. Por mas ingratos que hayais sido, yo que soy vuestro buen padre nada deseo mas que perdonaros, si quereis convertirlos. Yo soy quien llamo á vuestras puertas, abridmelas pues. Este trabajo que acaba de sucederos, y que mirais como intolerable, es nada comparado con los males que sufrireis en la otra vida si no os enmendais. Tened piedad de vosotros mismos: renunciad al pecado y vuestras malas costumbres: haceos dulces y piadosos: amad la oracion, y sed justos para con los otros. No os lo advierto, y os doy tiempo para que os corriais; pero dentro de poco tiempo no tendreis ni un solo minuto: morireis, y entónces no seré ya para vosotros un padre lleno de ternura, sino un juez terrible. » ¿Llora V., Palmira?

PALMIRA. — Sí, señora Aya: Dios me ha recordado todo eso frecuentemente, y yo no he hecho caso: aseguro á V.

que jamas he cometido alguna falta grande, que no haya sido castigada en el mismo dia con algun pesar.

AYA. — Esa es señal de que Dios la quiere á V. mucho, querida mia. Julieta me preguntó al mismo tiempo, si los trabajos que Dios envia á los hombres eran la señal de estar Dios enojado con ellos. Acabo de decir que los envia á los malos para convertirlos, y tambien á los buenos para que se corrijan, y para castigarles las mas ligeras faltas en que incurren, y algunas veces para probar su virtud, y darles motivo para que sean mejores. Yo me acuerdo, niñas mias, que cuando era pequeña tenia un maestro de escribir bien riguroso : este siempre me reñia por mas que yo me aplicaba de todo corazon. Él era el azote de que Dios se servia para castigar mis faltas. Cuando conocia que habia obrado mal me decia á mí misma : « Bien reñida seré por el señor Jorge (este era el nombre del maestro), » y entónces rogaba á Dios eficazmente ablandase el espíritu de este hombre. El Señor oia algunas veces mi súplica ; pero la mayor parte de ellas era castigada : escribia las planas torcidas, y como él se quejaba de esto á mi madre, esta me prohibia salir de casa, y solo á mis hermanas se las permitia ir á paseo. Lloraba por lo regular como una loca ; pero algunas veces ofrecia tambien á Dios esta mortificacion, porque sabia bien que si estaba inocente por mi escritura, no lo estaba en algunas otras cosas que mi mamá ignoraba, y que sin duda me las hubiera castigado si hubiese tenido noticia de ellas. Palmira, V. no ha dicho su historia, y ya es muy tarde : la dejaremos para la primera ocasion.

---

## DIALOGO DECIMOSÉPTIMO

---

### TARDE DÉCIMOQUINTA

AYA. — Prometí á Palmira que habiamos de comenzar por su historia : oigámosla, pues, si Vds. gustan.



**PALMIRA.** — Hubo un rey entre los Moabitas que se llamaba Balak. Llegó á noticia de este príncipe que los Israelitas habian destruido todos cuantos pueblos les habian negado el paso; y poseido de temor hizo buscar á un profeta, llamado Balaan, para que los maldijese. Cuando Balaan iba caminando, le detuvo el paso un ángel del Señor: él no veia al ángel, pero la burra en que caminaba lo veia bien, y tenia miedo de la espada que el ángel llevaba en su mano. Castigábala Balaan para que anduviese; pero lejos de conseguirlo, se echó el animal en tierra, y esto le provocó á tanta ira, que la mataba á palos. Permitió Dios que la burra hablase, y dijese á Balaan : « ¿Por qué me castigas, sabiendo que te he servido bien toda mi vida? ¿No ves que se me



impide el paso? » Asombróse Balaan de oir hablar á su burra, y mucho mas de ver al ángel, el cual le dijo : « Si ésta pobre burra hubiese dado un paso mas, te hubiera yo quitado la vida. No obstante, continúa tu viaje, pues nada podrás hacer sino lo que fuese voluntad del Señor. » Llegó en fin Balaan, y el rey le dijo : « Yo te ruego que maldigas á los Israelitas. » Respondió Balaan : « ¿Por qué he de mal-

decir yo á ese pueblo? El Señor le ha bendecido, y será inútil mi maldicion. » No obstante, el rey condujo á Balaan á tres diversos sitios con este intento, pero el profeta, en lugar de obedecerle, bendijo al pueblo de Israel. El rey Balak, á vista de esto, le dijo: « No te he hecho yo venir para que bendigas á ese pueblo; y respecto de que obras contra mi voluntad, no te daré las riquezas y honores que habia destinado para tí. » Era Balaan perverso, y le dijo al rey: « Si puedes conseguir que los Israelitas incurran en alguna culpa grave, no tengas duda en que Dios los maldecirá. Tratad pues de enviar hácia su campo las mas hermosas mujeres de vuestro reino: ellos enamorados de estas mujeres se casarán con ellas, y en este caso pecarán, porque Dios les tiene prohibido los casamientos con extranjeras. » Habiendo Balak seguido este mal consejo, lo puso en ejecucion; los Israelitas se casaron con las Moabitas, olvidando el precepto del Señor; y ellas los empeñaron á la adoracion de sus ídolos. Entónces ordenó Dios á Moisés juzgase á los culpados de acuerdo con los príncipes del pueblo, y perecieron de ellos veinticuatro mil. Sin embargo hubo un hombre tan malo, que condujo á su tienda una mujer de Madia; pero Finees, hijo del gran sacerdote Eleazar, impedido de una santa ira contra este hombre que se burlaba del Señor, tomó su espada, y mató al hombre y á la mujer; y fué este acto de justicia tan agradable á Dios, que perdonó al resto de los culpados; pero al mismo tiempo mandó á su pueblo que destruyese á todos los Madianitas, pues ellos les habian inducido á cometer el pecado.

JULIETA. — Sin embargo, fué cosa terrible destruir todo un pueblo: tal vez no habrian consentido todos en esta mala accion.

AYA. — Jamas manda el Señor cosa alguna que no sea justa, ni mas mias. Hizo destruir, no solo esta nacion, sino tambien las otras que habitaban en la tierra prometida; porque estos pueblos eran sumamente perversos, y no se habian aprovechado del tiempo que les habia dado para corregirse. Dios de todo se sirve para castigar á los que no se quieren convertir. En tiempo de Noé se sirvió del diluvio: en el de Abraham del fuego que hizo caer del cielo para castigar á Sodoma y Gomorra: en el de que nablamos ahora se sirvió de la espada de los Israelitas; y en otros tiempos ha empleado la peste, la hambre, la muerte de las bestias,



las inundaciones y los temblores de tierra, porque es todopoderoso. Los elementos están siempre prontos á obedecerle para castigar á los pecadores; y si estos no buscan el recurso en su misericordia, es forzoso que experimenten su justicia. Dig<sup>a</sup> V. su historia, Elena.

MARIQUITA. — Antes suplico á V., señora Aya, me diga ¿qué cosa son elementos?

AYA. — Cuando estemos algo mas adelantadas, daré á Vds. una explicacion exacta de lo que debe entenderse científicamente por la palabra *elementos*. Hoy me contentaré con citar la opinion de los antiguos, que solo conocian cuatro elementos sin los cuales no podia vivir el hombre: la tierra, el agua, el aire y el fuego.

MARIQUITA. — De ese modo en un lugar donde no hiciese frio se pudiera muy bien pasar sin lumbre, comiendo solamente leche y frutas.

AYA. — El fuego no es únicamente el de que nosotras nos servimos para calentarnos, pues el sol es el que calienta toda la naturaleza, el que hace crecer las yerbas y las plantas, y los hombres no podrian vivir sin este fuego.

MARIQUITA. — Pero dígame V., si gusta: ¿por qué el sol calienta mas en estío que en invierno? ¿Es acaso porque en el estío estamos mas cerca de él?

AYA. — Al contrario, querida mia: nosotras estamos mas distantes del sol en estío que en invierno; pero en estío cae mas derecho sobre nuestras cabezas; y en invierno solo nos tocan de lado sus rayos: con dos palabras que voy á decir haré ver esto, y despues lo haré patente por un ejemplo. Ponga V. su mano encima de una vela; pero sin arrimarla mucho, porque se quemará V.... Ahora bien: yo digo que esta mano está encima de la vela *perpendicularmente*; quiero decir, en derechura á ella: advierta V. que necesito tenerla muy retirada: póngala V. ahora á un lado de la vela, de modo que su mano la mire de lado, esto es, *oblicuamente*: reflexione V. que puede acercarla por el lado mucho mas que por lo alto: el calor que viene de lado á tocar la mano es mas débil que el que viene á tocarla cuando V. la pone por encima; y ved ahí lo que hace el invierno y el estío.

PALMIRA. — Yo gustaria mucho que todo el año fuese estío; los dias son mas largos, mas hermosos, y hay mas tiempo para pasearse. Porque, pregunto: ¿para qué sirve

el invierno? Nada crece ni produce la tierra durante esta estacion.

AYA. — Pero tampoco si no hubiese invierno nada produciria la tierra en el estío. Dios ha ordenado el mundo, de tal modo, niñas mias, que en él no hay cosa inútil; y si las cosas que Dios ha arreglado se desordenasen, todo el mundo pereceria. ¿No han visto Vds. alguna vez el trigo?

PALMIRA. — Sí, señora Aya, yo lo he visto en el campo.

AYA. — Pues bien, niñas mias, examinemos cómo crece este trigo. Arrójase en la tierra en granos, algo ántes del invierno; esto es, en el otoño, cuando principian las lluvias (las cuales rara vez faltan en este tiempo); se pudre entónces este grano, y brota una yerbecita: si esta yerbecita sale desde luego muy viciosa, tendrá poca fuerza. Síguese despues el frio del invierno, y este, hundiéndola en la tierra, impide su salida para que tenga tiempo de robustecerse. Si despues del invierno viniese de repente el estío, se secaria inmediatamente esta yerba, y no tendria lugar para crecer; ¿pero qué ha hecho Dios? Ha puesto la primavera, que ni es fria ni cálida, entre el invierno y el estío. Durante la primavera la yerba que incluye el trigo crece con facilidad: al extremo de esta yerba se forman cantidad de aposentos, que se llaman espigas, y en cada uno de ellos hay un grano de trigo, que va engordando poco á poco, hasta que está bastante grueso, y entónces vienen los calores, que le maduran y le cambian de color, porque siendo verde se vuelve amarillo. Cada grano de trigo está rodeado de un pequeño hollejo tambien amarillo: es duro, pero bajo de este hollejo se encuentra una cosa pequeña blanca como la nieve, la cual se mete entre dos piedras para reducirla á polvo, y este polvo blanco es la harina de que se hace el pan.

JULIETA. — Yo he comido hasta ahora el pan sin saber cómo se criaba, y sin pensar en ninguna de las precauciones que para dármele ha tomado Dios. Esto, señora, es verdaderamente admirable. El estío próximo, cuando vaya al campo, he de examinar todas estas maravillas, y esto me ha de entretener mucho.

AYA. — Pero esto debe producir aún otro efecto mas que el de entreteneros. Qué, ¿no ha de admirar V. la sabiduría de Dios, que ha puesto en órden todas las estaciones del año, como precisamente se necesita para producir este trigo? ¿No dará V. gracias á este buen padre, al ver la gran



cantidad de hombres que trabajan con tanta fatiga, sufriendo el ardor del sol? ¿No dirá V. interiormente : « Grande es la Providencia de Dios en haber dispuesto que haya ricos y pobres? Si estos faltasen, y yo quisiera pan, necesitaría trabajar como estos infelices. » Pensará V. aún mas : « Si á estas pobres gentes les cuesta infinita fatiga el mantenerse; ¿no seré yo demasiado perversa, si por ser pobres los desprecio? »

SOFIA. — Ved ahí bastante motivo para entretenerse, y aprovechar en el campo : yo quisiera que algunas señoras que conozco oyesen este discurso : dicen estas que se enfadan de estar solas : V. las enseñaría el modo de estar ocupadas por mucho tiempo.

AYA. — ¡O! Yo aseguro á Vds., niñas mías, que tendrían demasiado en qué ocuparse toda su vida si quisiesen examinar todas las obras de Dios en la naturaleza.... ¿Qué, bosteza V., Mariquita? Parece que ha sido muy seria la lección para V., mas para despertarla quiero contar á V. un cuento.

MARIQUITA. — Aseguro á V., señora, que no me aburro; pero si V. gusta decirnos un cuento, confieso que en ello tendré mucho placer.

AYA. — Enhorabuena, querida mia. Habia un caballero y una señora, que habiendo estado mucho tiempo casados, no tenian hijos, y creian que solo esto les faltaba para ser felices, siendo como eran ricos, y estimados de todo el mundo. Por último tuvieron una hija, á cuyo nacimiento vinieron todas las encantadoras que se hallaban en aquel país, para predecirla sus dones. La una dijo que seria hermosa como un ángel : otra que bailaria pasmosamente : la tercera que jamas estaria enferma; y la cuarta que tendria mucho entendimiento. Complaciase la madre de todos los dones que hacian á su hija, hermosa, viva, una buena salud y talentos : nada podia darse que fuese mas oportuno á esta niña llamada Bonitilla. Sentáronse á la mesa para celebrarlo; pero cuando estaban á la mitad de la comida avisaron al padre de Bonitilla, que la reina de las encantadoras que pasaba por allí queria entrar. Levantáronse todas las encantadoras para presentarse á su reina, la cual traia un semblante tan severo, que las hizo temblar á todas. « Hermanas mías, las dijo luego que se sentó : ¿es este el modo de emplear el talento que habeis recibido del cielo?

Ninguna de vosotras ha pensado en dotar á Bonitilla de un buen corazon y de inclinaciones virtuosas; por tanto vengo á tratar de poner remedio al mal que la habeis hecho; y así la doto á que sea muda hasta la edad de veinte años, y



¡ojalá estuviese en mi mano quitarla absolutamente el uso de la lengua! » Dicho esto, desapareció la encantadora, dejando á los padres de Bonitilla en la mayor afliccion del mundo; porque nada les era mas sensible que tener una hija muda. Sin embargo Bonitilla se daba á querer por sus gracias. Cuando llegó á los dos años se esforzaba en querer hablar, y se conocia por sus acciones que entendia cuanto se la expresaba, y que con ansia deseaba responder. Dióselo toda clase de maestros, y aprendia con una prontitud asombrosa. Era de un talento tan singular, que con sus gestos se daba á entender, y referia á su madre cuanto veia y oia. Al principio causaba esto admiracion; pero el padre, que era hombre de talento, dijo á su mujer : « Querida mia,



tú dejas tomar á Bonitilla una malísima costumbre : ella con sus señas viene siendo una pequeña espía ; y nosotros no tenemos necesidad de saber todo lo que pasa en la ciudad. Como es una niña nadie se recela de ella, mayormente sabiendo que no puede hablar, y ella con sus señas te cuenta cuanto oye. Preciso es corregirla de este defecto, porque es cosa muy indigna el que sea chismosa. »

La madre, que idolatraba á Bonitilla, y que era naturalmente curiosa, dijo á su marido, que bien se echaba de ver lo poco que él estimaba á aquella pobre niña, pues era bastante infeliz con la enfermedad que padecía ; y que por lo mismo no se atrevia ella á hacerla mas desdichada con irla á la mano. El marido, a quien de ningún modo hacian fuerza estas perversas expresiones, cogió á Bonitilla á solas, y la dijo : « Querida hija mia, tú me das mucho que sentir : la buena encantadora que te puso muda habia sin duda previsto que serias chismosa : ¿pero qué impedimento es el que no puedas hablar, si por señas te das á entender ? ¿Sabes lo que te sucederá ? Que te harás odiosa á todo el mundo : huirán de tí como de la peste ; y tendrán razon, porque causarás mas mal que esta horrorosa enfermedad. Sábetelo que un chismoso enreda á todo el universo, y causa males asombrosos. Por mi parte, si no te corriges, desearé de todo mi corazon que tambien quedes ciega y sorda. » Bonitilla no era por sí mala, y solo por poca reflexion y travesura descubria las cosas que habia visto ; y así prometió á su padre por señas que se corregiria. Esta en efecto era entónces su intencion ; pero dos ó tres dias despues oyó á una señora que se burlaba de una amiga suya ; y como sabia escribir, sentó en un papel lo que habia oido. Escribió esta conversacion con tanta viveza, que su madre no pudo dejar de reirse y celebrarla por la alegría y admiracion que la causó el estilo de su hija. Bonitilla, que era vana, se elgrió tanto con las alabanzas que su madre la dió, que desde entónces escribia cuanto pasaba en su presencia. Sucedió en fin con el tiempo lo mismo que su padre la habia pronosticado. Se hizo aborrecible á todo el mundo, y se ocultaban de ella para hablar, ó hablaban bajo cuando entraba, y temian encontrarse con ella en las tertulias donde estaba convidada. Por desgracia suya se le murió el padre cuando tenia solo doce años, y como nadie la afeaba sus defectos, tomó tal costumbre en chismear, que inad-

vertidamente lo hacia aún de sí misma. Todo el dia andaba atisbando á los criados, y estos la aborrecian de muerte.



Si estaba en un jardin se hacia la dormida para oir las conversaciones de los que se paseaban; y como hablaban muchos á un tiempo, y ella no tenia la memoria necesaria para retener todo lo que decian, achacaba á unos lo que habia oido á otros; escribia el principio de una conversacion, sin saber el fin, ó el fin, sin saber el principio. No pasaba semana alguna sin que hubiese veinte embrollos ó quimeras en la ciudad; y averiguada la causa de ellas, se descubria proceder de los chismes de Bonitilla. En suma, ella enredó á su madre con todas sus amigas.

Duró esto hasta el dia en que cumplió veinte años, el cual esperaba con una impaciencia suma para poder hablar con toda libertad. Llegó en fin este dia, y la reina de las encantadoras, presentándose delante de ella, la dijo: « Bonitilla, ántes de darte el uso de la voz, del cual abusarás sin duda alguna, voy á mostrarte todos los males que has causado con tus chismes. » A este tiempo la presentó un espejo, en el que vió á un padre y tres hijos que pedian limosna por su causa.



Habló Bonitilla por la primera vez, y dijo : « Yo no conozco á este hombre : ¿qué mal le he hecho yo? — Este era un poderoso mercader, respondió la encantadora : tenia en su almacén muchas mercaderías, pero no tenia dinero contante : vino á pedir prestada una cantidad á tu padre para pagar una letra de cambio : escuchaste la conversacion



desde la puerta del gabinete, y diste á conocer la situacion de este mercader á muchas personas á quienes él debia dinero, y esto fué causa de que perdiera su crédito, pues todos á un tiempo solicitaron que les pagase, y habiéndose mezclado en este negocio la justicia, el pobre hombre y sus hijos hace nueve años que se hallan reducidos á pedir limosná. — ¡Ay Dios mio, señora! dijo Bonitilla : yo estoy desesperada por haber cometido ese delito; pero pues soy

rica, el daño que he ocasionado á ese hombre quiero repararlo volviéndole los bienes que le hice perder por mi imprudencia. »

Vió Bonitilla despues de esto una hermosa mujer en una sala, cuyas ventanas tenian rejas de hierro : estaba acostada sobre paja, y tenia una cantarilla de agua y un pedazo de pan á su lado : sus largos y negros cabellos caian sobre sus



hombros, y su rostro estaba bañado en lágrimas. « ¡Ay Dios mio ! dijo Bonitilla : yo conozco á esta señora : su marido la condujo á Francia dos años ha, y despues escribió que se habia muerto. ¿Es posible que sea yo la causa de la espantosa situacion de esta señora? — Sí, Bonitilla, replicó la encantadora ; pero lo mas terrible es, que tambien has sido causa de la muerte de un hombre á quien su marido quitó la vida. Acuérdate que una noche, estando tú en un jardin sentada sobre un banco, te fingiste la dormida para oir lo que estas dos personas hablaban, y habiendo hecho pública su conversacion en toda la ciudad, llegó este chisme á los oidos del hermano de esta señora, que es noble y sumamente celoso de su nobleza, el cual de resultas mató



á este caballero, que era de un nacimiento oscuro y llevó á su hermana á Francia; y ha echado la voz de que es muerta, por poderla atormentar mas largo tiempo. No obstante, esta pobre mujer estaba inocente. El caballero muerto la hablaba acerca del amor que tenia á una prima suya con quien queria casarse; pero como hablaban en voz baja, solo entendiste la mitad de su conversacion; y habiéndola escrito, has sido causa de tan horribles males. — ¡Ay! exclamó Bonitilla, yo soy una infeliz, y no merezco ver el sol. — Para condenarte cual mereces, espera á que hayas conocido todas tus inconsideraciones, la dijo la encantadora. Mira pues á este hombre acostado en este calabozo, cargado de cadenas: tú descubriste una conversacion muy inocente que tuvo, y habiendo oido solo la mitad de ella creiste que era enemigo del rey. Un jóven atolondrado, hombre muy perverso, y una mujer tan habladora como tú, que aborrecian á este pobre prisionero, refirieron al rey, y aumentaron lo que tú les habias dado á entender de él, y le han hecho meter en este calabozo, de donde no saldrá sino para quitar la vida á palos al chismoso, y tratarte á tí, si te encontrase, como á la mas inferior de las mujeres. » Despues mostró la encantadora á Bonitilla muchos domesticos en la calle, y faltos de pan: maridos separados de sus mujeres: hijos desheredados de sus padres; y todo producido de sus chismes. Quedó Bonitilla muy desconsolada, y prometió corregirse: pero la encantadora la dijo: « Eres muy vieja para enmendarte. Los defectos que hemos alimentado veinte años no se corrigen despues cuando queremos: solo sé un remedio para este mal, y es que quedes sorda, ciega y muda por tiempo de diez años; y que pases todo este tiempo reflexionando sobre los males que has causado. » No tuvo valor Bonitilla para consentir en un remedio que la parecia terrible; pero prometió no obstante no perdonar medio alguno para guardar la lengua; mas la encantadora sin querer escucharla la volvió la espalda, bien inteligenciada de que si hubiese tenido un verdadero deseo de corregirse hubiera puesto los medios necesarios para ello. El mundo está lleno de esta especie de gentes, que dicen: « Yo no quiero ser glotona, iracunda, ni mentirosa, antes quisiera muy de veras corregirme. » Mienten sin duda; porque si se les dice: « Para corregir vuestra glotonería es necesario que no comais sino á las horas regulares,

procurando dominar siempre vuestro apetito desde que os levantais de la mesa : para curaros de la ira es preciso imponeros una buena penitencia cada vez que os encolericeis. » Si, como digo, se les advierte que usen de estos remedios, responden que les es sumamente difícil; que es como si dijesen, que quisieran que Dios hiciese un milagro para corregirlos de un golpe, sin que les costase trabajo alguno. De este modo pues pensaba Bonitilla; mas esa buena, pero falsa voluntad, nada aprovechaba para corregirse. Como esta jóven era aborrecida de todas las personas que la conocian, sin embargo de su hermosura y talentos, determinó pasar á establecerse á otro país. Vendió pues cuanta hacienda tenia, y marchó en compañía de su madre. Llegaron á una ciudad, y en ella á todos cayó en gracia Bonitilla, por lo cual la pidieron en casamiento muchos señores, entre los cuales eligió uno á quien amaba con pasion, y con quien vivió un año gustosísima. Como era muy grande la ciudad donde habitaban, no conocieron desde luego que era chismosa, porque ella veia en aquel puebló muchas gentes que no se conocian los unos á los otros. Un dia despues de comer la habló el marido de várias personas, y concluyó diciendo que cierto caballero no era muy hombre de bien, pues él le habia visto ejecutar muchas acciones indignas. Estando Bonitilla dos dias despues en un gran baile de máscara, la sacó á bailar un hombre vestido de máscara, y despues que acabaron se sentó junto á ella. Como hablaba bien, se pagó infinito el hombre de su conversacion, y tanto mas, cuanto ella sabia todos los sucesos escandalosos de la ciudad, que los referia con suma viveza. La mujer de aquel caballero, de quien su marido la habia hablado de sobremesa, salió á bailar, y Bonitilla dijo á la máscara : « Esta mujer es muy amable, y es lástima que esté casada con un hombre indigno. — ¿ Conoceis vos á su marido, de quien tanto mal hablais? la preguntó la máscara. — No, respondió Bonitilla; pero mi marido, que le conoce muy bien, me ha contado muchas historias ruines de que es causa : » y sucesivamente refirió uno por uno los acaecimientos, abultándolos segun su antigua y mala costumbre que habia tomado, con el fin de tener ocasion de hacer brillar su ingenio travieso. Escuchábala la máscara atentamente, y ella estaba muy gozosa de su atencion, creida de que le tenia admirado. Levantóse la máscara luego que



ella concluyó, y un cuarto de hora despues vinieron á decir á Bonitilla que su marido quedaba medio muerto, porque habia reñido con un hombre á quien habia quitado la reputacion. Bonitilla entónces se fué llorando al sitio donde se



hallaba su marido, á quien solo daban de vida un cuarto de hora. Este hombre ya moribundo la dijo : « Retírate, perversa criatura, que tu lengua y tus chismes me han quitado la vida. » Espiró poco tiempo despues, y Bonitilla, que le amaba con extremo, se arrojó sobre la espada de su esposo, atravesándose con ella el cuerpo. Su madre, á vista de este horrendo espectáculo, se sobrecogió de suerte que cayó mala del pesar, y tambien murió maldiciendo su curiosidad, y el indiscreto amor que habia tenido á su hija, del cual sin duda habia dimanado su perdicion.

JULIETA. — Es preciso confesar que Bonitilla era una mujer muy mala y perjudicial.

AYA. — Nada de eso, querida mia : era una niña indiscreta, que tenia mucha vanidad, y queria ostentar su entendimiento; pero ella hubiera sido muy buena si la hubiera castigado su madre la primera vez que la fué contando un chisme. Pero, niñas mías, entiendo que ya es muy tarde; digamos algo de geografia. Sofía, ¿cuáles son los principales rios de Inglaterra?

SOFIA. — El Támesis, que toma su origen de algunos arroyos de las colinas de Cotswold y desagua en el mar del Norte, pasando por Lóndres; el Severna ó Severn, que nace en las montañas del país de Gales y desemboca en el canal de Bristol; el Humber, formado por la reunion del Trent y

del Ouse; el Tweed, que separa la Escocia de la Inglaterra y va á parar al mar del Norte, en Berwick.

AYA. — Hay ademas otros rios, como el Forth, el Tay, el Clide, etc.; pero vereis todos estos pormenores con los cabos, los golfos y las islas en los libros de geografia. Adios, niñas mias.

---

## DIALOGO DÉCIMOCTAVO

---

### TARDE DÉCIMOSEXTA

AYA. — En una de nuestras reuniones anteriores prometí á Vds. hablarles de las aplicaciones del vapor, siendo una de ellas los caminos de hierro ó ferro-carriles, admirable invencion que honra el siglo diez y nueve, y está destinada á cambiar toda la vida social del hombre. Dichos carriles se componen ordinariamente de dos filas de barras paralelas, que descansan sobre estribos de piedra ó de madera que las sostienen encima del suelo. Estas barras están separadas del ancho de un coche, y por ellas andan las ruedas retenidas por unos bordes fijos en su circunferencia. Los carriles deben ser dobles, porque los carruajes que van en una direccion tropezarian con los que caminan en otra; y así debe haber uno para la ida y otro para la vuelta. Asimismo han de ser rectos ó con curvaturas poco notables, conservando su nivel lo mas horizontalmente posible, en especial cuando los deben recorrer exclusivamente los locomotores, ó sean los carruajes puestos en movimiento por la fuerza del vapor del agua, en virtud de una máquina que teniendo la fuerza de cuatro caballos, puede tirar ó empujar cuarenta carruajes llenos de gentes ó de mercancías. Su velocidad es de unas diez leguas por hora, y aún veinte si se quisiera; y así este gran medio de trasporte con la navegacion de vapor ha hecho desaparecer en nuestros dias las distancias.



MARIQUITA. — Yo por mi parte confieso á V., señora Aya, que no me atreveria á viajar por esos caminos, temiendo sucediese alguna desgracia con tanta velocidad como andan esos coches.

AYA. — Es verdad que se han exagerado mucho, querida mia, los peligros que presentan esos rápidos viajes, y el menor accidente acaecido ha servido de texto á declamaciones y temores pueriles. No se reflexiona que los viajes ordinarios en carruajes tirados por caballos tienen tambien muchos riesgos, pues si se contasen todas las desgracias ocurridas por la imprudencia de los cocheros, por la rotura de los coches y por los resabios y brio de los caballos, jamas se atreveria uno á ponerse en camino. Si continuamente se pensase en todos los accidentes fortúitos que nos rodean, nos guardariamos bien de salir de la cama, cuya precaucion aun podria ser inútil, porque el techo puede hundirse. Es por cierto risible oír decir que son peligrosos los caminos de hierro, cuando se ve que todos los dias se atreven los hombres á aventurarse en una endeble embarcacion al mas terrible de los elementos, el océano. Si el viajero que pone el pié en un ferro-carril es un imprudente, el osado que entra en un navío es un loco.

MARIQUITA. — He oido decir que se viaja tambien por los aires. ¿Cómo puede ser eso? ¿Quiere V. explicármelo, señora Aya?

AYA. — Así es verdaderamente: los viajes por el aire se hacen en unos globos que llaman aerostáticos, cuya invencion se debe á Montgolfier, quien vivia en Annonay é imaginó hinchar un grande globo calentando el aire que contenia; y como no comunicó á nadie su secreto, fué suma la sorpresa cuando el 5 de julio de 1783 vió elevarse majestuosamente en los aires un inmenso globo de tela y de papel, en el cual se habia dejado una ancha abertura por su parte inferior, para encender por ella un poco de paja y lana. Despues se perfeccionaron estos globos aerostáticos, pues dos hábiles físicos, Charles y Robert, hicieron uno de tafetan impermeable con un barniz de goma elástica, que llenaron con gas y subió en el Campo de Marte de Paris el 27 de agosto del mismo año. Hasta entónces se habian sostenido los globos con cuerdas, y los primeros que hicieron estos viajes aéreos libremente fueron Pilatre de Rozier y el marques de Arlandes, á los cuales siguieron otros; pero

accidentes terribles detuvieron unas tentativas tan peligrosas, pues perecieron varios aeronáutas, entre ellos el mismo Pilatre y Romain, quienes ensayando dirigirse por los aires, se reventó su globo y cayó de una altura de mil doscientas varas con los cadáveres de los infelices viajeros. La última catástrofe de esta especie sucedió en julio de 1819. La señora Blanchard se atrevió á hacer en Paris una ascension nocturna, iluminando al efecto la barquilla del globo; y como la imprudente viajera tuvo la osadía de disparar fuegos artificiales, se prendió fuego al globo, y se cayó la infeliz Blanchard en presencia de un tropel inmenso de gentes que oía sus lamentables gritos, habiéndose encontrado su cadáver en el tejado de una casa de Paris. Es preciso confesar, queridas mías, que hasta ahora nada útil ha reportado el hermoso descubrimiento de los globos aerostáticos, y sí ocasionado terribles desgracias. Parece difícil dirigirlos, y existen tantas causas capaces de destruir una embarcacion tan endeble y rodeada de tantos peligros en la atmósfera, que es de creer se busquen mucho tiempo mejoras, sin las cuales los viajes por el aire serán grandes imprudencias, que haria bien la autoridad en prohibir. Ahora Elena va á decir su historia, si gusta.

ELENA. — Mandó Dios á Moisés pusiese sus manos sobre Josué, y diese su espíritu á este hombre para conducir su pueblo á la tierra que habia prometido á Abraham. Habiendo obedecido Moisés al Señor, hizo recordacion á los Israelitas de todos los milagros que Dios habia hecho por ellos, prometiéndoles que el Señor no les abandonaria si ellos fuesen fieles en la observancia de sus mandamientos, y les hizo jurar que no los quebrantarían jamas. Despues habiendo subido á lo alto de una gran montaña, descubrió esta tierra prometida, en la que no quiso Dios que entrase, á causa de su desobediencia. Murió en este lugar; pero nunca se ha sabido donde fué sepultado su cuerpo. Moisés vivió ciento y veinte años.

MARIQUITA. — Este gran legislador sufrió grandes reve- ses durante su vida.

AYA. — Todos sus trabajos se acabaron, y ha mucho tiempo que es feliz. Comparad los ciento y veinte años que vivió con el gran número que han pasado desde entón- ces, y vereis que sus penas fueron bien cortas á proporcion del tiempo que ha sido dichoso, y lo será por toda la eternidad.



Vosotras, señoritas mías, no hubiérais querido ocupar su lugar miéntras duraron sus trabajos; ¿pero no es verdad que querríais ocuparlo ahora?

SOFIA. — Sí, Aya mia : yo pienso algunas veces en eso, é interiormente digo : « Al fin la vida es bien corta : yo no puedo estar mucho tiempo mortificada : despues de mi muerte, que prontamente llegará, seré eternamente feliz si he vivido bien. »

PALMIRA. — Pero, querida amiga mia, dice V. que su muerte llegará presto, siendo así que solo tiene V. trece años. ¿Es acaso porque está V. enferma?

AYA. — No, querida mia, Sofia goza salud; pero aún cuando hubiese de vivir cien años, tendria razon para decir que moriria presto : V. ha siete años que vino al mundo; y estos siete años han pasado como si hubieran sido siete dias: el resto de su vida tambien pasará brevemente. Y ninguna certeza tenemos de que viviremos largo tiempo, porque cada dia puede ser el último de nuestra vida.

JULIETA. — Si yo pensase en esto, señora Aya, siempre estaria melancólica, porque confieso á V. que tengo miedo de morir.

AYA. — El temor de V. será tal vez por no haber hecho aún los esfuerzos necesarios para convertirse.

JULIETA. — A la verdad, señora, que no es esa la causa. Yo amo la vida, y no he tenido apénas placer alguno hasta ahora, porque soy muy jóven. Quisiera ántes de morir tener tiempo de ver mundo, y divertirme algo.

AYA. — ¿Qué diria V. si el hijo de un rey se hallase preso, y rehusase salir de la prision por no haberse aún paseado por el jardin de aquel triste lugar?

JULIETA. — Diria que era un loco : porque sin duda en el reino de su padre tendria jardines mucho mas hermosos que el de la cárcel.

AYA. — Pues eso mismo es lo que V. hace, amiga mia, cuando dice que no quiere morirse aún, porque desea ver mundo. Esto me recuerda un pequeño pasaje que lei en cierta parte.

Perdióse andando á caza un príncipe llamado Josafat, y habiendo oido la voz mas bella del mundo, le sorprendió el oir cantar tan bien en un desierto. Acercóse al sitio de donde salia la voz, y quedó pasmado al ver que el que cantaba era un pobre leproso. « ¡Ay Dios mio! le dijo el príncipe, ¿cómo

teneis corazon para cantar, estando en un estado tan deplorable? — Tengo bastante causa para estar gozoso, le dijo



el enfermo. Ha cuarenta años que vivo en el mundo; esto es, que mi alma está encerrada en un cuerpo de barro, que le sirve de cárcel: las murallas de esta prision se van cayendo á pedazos: mi alma por la destruccion de este cuerpo subirá brevemente hácia mi Dios, para gozar con él de una felicidad sin límites; y esto me causa tanta complacencia que no puedo dejar de levantar mi voz al cielo, celebrando mi libertad.

PALMIRA. — Yo por mi parte, señora Aya, no tengo mucho apego á la vida, pero temo la muerte, porque soy mala.

AYA. — V., querida mia, ha comenzado á convertirse, y trabaja sobre ello diariamente. Esto debe tranquilizar á V., pues Dios es tan bueno, que no nos pide mas. Yo confieso que la muerte es muy terrible para aquellas personas que viven como si su alma hubiera de morir con su cuerpo,



estando embebecidos únicamente en sus placeres, y sin pensar en Dios, como si no le hubiese. Pero, queridas mías, continuemos nuestras historias.

PALMIRA. — Habiendo sucedido Josué á Moisés, envió por orden del Señor dos espías á una ciudad llamada Jericó. Fueron estos á casa de una mujer llamada Rahab, y el rey de Jericó envió soldados á la misma casa para prender á los espías. No los encontraron, porque ella los habia escondido, y les dijo el día siguiente : « Estoy cierta que vosotros habeis venido de parte del Dios verdadero, y que él pondrá esta ciudad en vuestras manos: yo pues os suplico, por el servicio que acabo de haceros, que no hagais daño á mí ni á mi familia. » Los espías la dijeron : « Nosotros no os haremos mal : juntad en vuestra casa á toda vuestra familia cuando tomemos esta ciudad : poned un cordon de escarlata en vuestra ventana, y no se os hará daño alguno. » Despues de esto volvieron á Josué, y este mandó al pueblo que se previniese para pasar el Jordan, que es un río grande. Los Israelitas se hallaban muy embarazados, porque no habia puente; pero Josué mandó á los sacerdotes que tomasen el arca del Señor y entrasen en el río. Apenas tocaron el agua con los piés se abrió el río en dos mitades, haciendo paso á los Israelitas. Entónces dijo Dios á Josué : « Haced tomar doce piedras del sitio donde han estado los sacerdotes en medio del Jordan, miéntras que pasaba el pueblo : de estas doce piedras haced un altar, y cuando vuestros hijos os pregunten lo que este altar significa, les respondereis : Este es un recuerdo del milagro que Dios obró por vosotros, para que entráseis en la tierra que habia prometido á Abraham. » Los Israelitas obedecieron en todo la orden del Señor, y entraron en la tierra prometida.

MARIQUITA. — ¿En qué parte del mundo se halla esta tierra prometida?

AYA. — Voy á mostrársela á V. sobre la carta geográfica, querida mía. Está en el Asia al sudoeste; y los Israelitas despues que se establecieron en ella la llamaron Judea. Al presente es mas conocida bajo el nombre de Palestina. Vamos, Mariquita, diga V. su historia.

MARIQUITA. — Luego que los Israelitas entraron en la tierra prometida, hicieron pan con el trigo del país, y al punto dejó de caer el maná. Entre tanto vió Josué un ángel que tenia una espada en la mano, para darle á entender que

Dios combatia por su pueblo : y el Señor dijo á Josué : « Que los sacerdotes tomen el arca, y la lleven en silencio alrededor de los muros de Jericó por siete dias : el séptimo dareis vuelta á la ciudad siete veces; y á la última tocarán los sacerdotes las trompetas, y el pueblo hará una exclamacion de regocijo. A este tiempo se arruinarán las murallas de la ciudad, y cada uno entrará por su lado en ella; pero poned cuidado en lo que voy á deciros. Yo no quiero que se perdone á ninguno de los habitantes de Jericó, y os mando que mateis á los hombres y á las bestias, excepto á Rahab y su familia. Despues de esto des ruiresis esta ciudad. porque todos cuá tos en ella habitan son perversos. Os prohibo guardar nada de cuanto hay en Jericó, pero tomareis el oro, la plata, el cobre y el hierro, y me lo consagrareis, y todo lo restante será abrasado. » Ejecutó Josué lo que Dios le habia ordenado : cayeron las murallas de



Jericó, y solamente Rahab con su familia se salvó. Entre tanto envió Josué tres mil hombres para combatir á los enemigos, pero huyeron los Israelitas, y murieron de ellos treinta y seis hombres. Afligidos de esto Josué y los ancia-



nos, se humillaron con el rostro hasta la tierra : el Señor dijo á Josué : « No te aflijas, este mal ha sucedido al pueblo, porque hay entre vosotros un hombre que me ha desobedecido ocultando algunas cosas que tomó en Jericó. Echad la suerte, y yo descubriré el culpado, al que matareis á pedradas, y despues le quemareis con lo que ha robado. » Escribiéronse pues los nombres de las tribus de Israel en papeles, y estos se doblaron : sacáronse despues sin ser vistos, y el primer nombre que salió fué el de la tribu de Judá. Sucesivamente se echaron los nombres de todas las familias de esta tribu, y salió el de la familia de Zara : en fin, de la familia de Zara se sacó el nombre de Achan. Entónces le dijo Josué á este : « Hijo mio, glorifica al Señor confesando lo que has robado. » Respondió Achan : « Pequé contra Dios, dejándome tentar de una hermosa capa y del oro y plata que enterré en mi tienda. » Encontráronse efectivamente en ella todas estas cosas, y Achan fué muerto á pedradas, y despues le quemaron con todo cuanto era perteneciente á él.

AYA. — Confesad, niñas mías, que esta es una historia bastante terrible. Achan se ocultó para ejecutar este robo, sin pensar que Dios le veia, ni que hallara modo de descubrir su delito á presencia de todo el pueblo. Ocultaos vosotras, señoritas, cuanto quisiéreis para obrar mal ; escoged, si quereis, el tiempo de la noche : encerraos en una caverna, en un desierto ; pero Dios, que está en todo lugar, verá vuestro pecado ; y si no lo descubre á todo el mundo, como hizo con el de Achan, es seguro que á presencia del universo os lo reprenderá en el dia del juicio universal.

MARIQUITA. — Señora Aya, ¿qué es el juicio universal ? Yo jamas he oido hablar de eso.

AYA. — Se engaña V., querida mia : todos los dias habla V. de él en sus oraciones. Cuando dice V. el Credo, ¿no dice que Jesucristo está sentado á la diestra de Dios Padre Todopoderoso, y desde allí ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos ?

MARIQUITA. — Lo digo todos los dias, señora, pero sin saber lo que estas palabras significan.

AYA. — Voy á explicárselo á V., querida mia. El cielo, la tierra y todas las cosas que vemos no durarán siempre : vendrá un dia en que serán todas destruidas. Todos los hombres que entónces estén vivos morirán, y estos y cuan-

tos han muerto desde el principio del mundo resucitarán : esto es, volverán segunda vez á vivir, porque el ángel del Señor tocará la trompeta, y dará una voz diciendo : « Levantaos, muertos, y venid á juicio. » Cuando se hallen todos los hombres juntos, dice la Escritura que se abrirá un libro donde se verán todas las obras buenas y malas que hubie-



sen hecho durante su vida : despues de este exámen dirá Jesucristo á los buenos : « Venid, benditos de mi Padre, á poseer el cielo que yo os he preparado desde la eternidad, porque tuve hambre, y me disteis de comer ; tuve sed, y me disteis de beber ; estuve desnudo, y me vestísteis ; estuve malo, y me disteis los remedios ; estuve preso, y vinísteis á visitarme para socorrerme. » Los buenos dirán :



« Señor, ¿de qué modo os hemos hecho todos estos servicios? » Y Jesus responderá : « En verdad os digo que cuando hicisteis bien á un pobre y á un afligido por mi amor, á mí fué á quien hicisteis ese bien, y á quien ofrecisteis ese servicio. Jesucristo dirá despues á los malos : « Apartaos de mí, malditos, é id al fuego eterno, que ha sido preparado por el diablo; porque tuve hambre y sed, y no quisisteis darme de comer ni de beber, ni me ayudásteis, visitásteis ni vestisteis cuando estuve desnudo, enfermo y encarcelado. » A estas palabras los malos caerán en el infierno, donde dice Jesucristo que habrá llantos y crujimiento de dientes.

JULIETA. — ¡Dios mio! Si yo pensase á menudo én lo que acaba V. de decirnos seria una santa. Ea pues, yo quiero convertirme de veras, y no temer ya la muerte, puesto que no moriré del todo, respecto que algun dia he de resucitar.

MARIQUITA. — Por mi parte creo que es muy fácil ganar el cielo; pues para esto solo es necesario hacer bien á los pobres, y esto no me parece difícil. Es cierto que estas gentes me causan tanta lástima, que si me lo permitieran les daria gustosa el pan de mi almuerzo.

AYA. — ¿Y si V. tuviese mucha hambre, amiga mia?

MARIQUITA. — Les daria entónces la mitad, y la otra la comeria yo. Pero dígame V. señora Aya : supongo que una mujer fuese muy perversa, que se encolerizase á cada paso, que fuese aficionada al vino y demas licores, que fuese mentirosa y hablase mal de su prójimo; pregunto : ¿iria esta mujer al cielo si fuese limosnera, no obstante que tuviese todos estos defectos?

AYA. — No, querida mia; pero es casi imposible que tenga todos esos defectos una mujer caritativa, ó que por lo ménos no se corrija de ellos; porque es casi seguro que Dios la dará gracia para que se convierta : pero advertid, niñas mias, que para ser verdaderamente caritativas es necesario serlo por amor de Dios. Hay algunas gentes que dan limosna por vanidad; otras por imitacion, haciendo lo que otros hacen; y otras por libertarse de la importunidad de los pobres; y semejantes limosnas bien conocen Vds. que no son de las que habla Jesucristo.

JULIETA. — Pero, señora, quien tiene poco dinero y mucha familia no puede hacer muchas limosnas.

AYA. — Eso no tiene duda, querida mia; pero las que no pueden dar á los pobres dinero, pueden ejercer con ellos la caridad como si fuesen ricos, practicando con ellos las otras obras de misericordia. Si un pobre expone á V. su necesidad, V. le consolará, le exhortará á llevar con paciencia sus males, le recomendará á los ricos, y de esta suerte ejercitará V. la caridad; porque consolar á los afligidos es una de las obras de misericordia; y otra es reprender á los pecadores con dulzura y caridad, orar por ellos, interesarse en hacer por los otros todos los cortos servicios que se puedan. En una palabra, niñas mías, una persona verdaderamente caritativa encuentra mil medios de ejercitar la caridad por pobre que sea. Digamos ahora alguna cosa de geografía. Diga V., Sofía, ¿en cuántas partes se divide la Escocia?

SOFIA. — En dos partes : una meridional y otra setentrional. La Escocia se subdivide en treinta y tres condados, y su capital es Edimburgo.

AYA. — ¿Y cómo divide V. la Irlanda?

SOFIA. — En cuatro provincias, á saber : el Munster, capital Cork; el Leinster, capital Dublin, que lo es tambien de toda la Irlanda; el Ulster, capital Londonderry; y el Connaught, capital Galway. La Irlanda está subdividida en treinta y dos condados, y regada por el Shannon, que desemboca en el Océano.

AYA. — Muy bien. Continuaremos la geografía otra vez. Adios, queridas mías.

---

## DIALOGO DÉCIMONONO

---

### TARDE DECIMOSÉPTIMA

JULIETA. — Señora Aya, mi papá me ha prestado un libro donde he leído un bonito cuento : ¿quiere V. que lo repita á estas niñas?



AYA. — Enhorabuena, querida.

JULIETA. — Hubo un príncipe llamado Orlando, que estaba enamorado de una princesa llamada Angélica. Era Orlando un muy honrado caballero; pero no obstante esto, Angélica no le podía sufrir. Iba á la guerra, y ejecutaba las mas heróicas acciones por agradar á su dama. Cuando hacia prisioneros les decía : « Yo os doy la libertad, con



condicion que vayais á presentaros á Angélica de mi parte, y la digais que os la concedo por su amor.» Cuando tomaba diamantes y otras cosas preciosas á los enemigos, se las enviaba á esta princesa; pero nada movia su corazon, y

como Orlando no era hermoso, no queria casarse con él. Paseábase ella un dia por un bosque, y vió un hombre tendido en tierra que estaba traspasado de muchas estoca-



das. Al pronto creyó que estaba muerto; pero habiéndolo mirado mas de cerca, conoció que aún respiraba, y notó que era hermoso como el sol. Rogó á unos pastores que andaban inmediatos que llevasen aquel jóven á su cabaña,



y en ella se encargó Angélica de su asistencia, no por caridad, sino por amor. Luego que sanó se huyó con él, y Orlando recibió de esto tanto pesar, que se volvió loco. Una grande encantadora tuvo piedad de él, y habiendo buscado á un primo suyo llamado Astolfo, le dió un caballo con alas, y le dijo : « Montad sobre este caballo; él os llevará al reino de la luna, y en él encontrareis el juicio de Orlando, el que traereis aquí. » Montó Astolfo sobre el alado caballo, y este le condujo hasta la luna. Allí vió tres viejas que estaban hilando. La una, que se llama Cloto, tenía el hilo; la segunda, nombrada Laquesis, lo devanaba en el huso; y Atropos, la mas vieja, lo cortaba. Ellas dijeron á Astolfo : « Nosotras somos tres hermanas á quienes llaman Parcas; hilamos la vida de los mortales. Cuando un hombre sale al mundo, una de nosotras toma el hilo, y la otra lo devana; pero cuando lo cortamos es forzoso que muera. » Astolfo, que era muy amante de su vida, dijo á las Parcas : « Señoras, yo estoy gozosísimo de tener el honor de ofreceros mis respetos. Los poetas dicen que sois viejas, y mienten : yo os encuentro muy amables todavía. — Bien se echa de ver que venís de la corte, dijo Cloto, porque mentís con una desvergüenza admirable; pero ¡pobre mancebo! vos perdeis vuestros requiebros. Nosotras sabemos bien que somos viejas, y muy viejas. Yo conozco bien la causa que os empeña á decirnos ternezas : querriais sin duda que mi hermana Atropos se olvidase de cortar el hilo de vuestra vida; pero esto no depende de ella. El destino es quien conduce nuestras tijeras; y todo el poder del cielo, de la tierra y del infierno no pueden impedir la ejecucion de sus sentencias : morireis cuando él lo ordenare. Adios; pensad en cumplir con vuestra comision. Lo que únicamente teneis que hacer es seguir el camino que teneis delante : encontrareis una gran casa, donde entrareis, y uno de nuestros criados os mostrará el paraje donde habeis de buscar el juicio de Orlando. » Astolfo, corrido de que le hubiesen conocido por lisonjero, se despidió de las Parcas, y encontró la casa que Cloto le habia dicho. El criado que guardaba esta casa le dijo : « Señor, entrad conmigo en esta sala, y en ella encontrareis lo que buscáis. » Entró Astolfo en una espaciosa pieza donde habia un gran número de pequeñas botellas puestas en órden con sus letreros encima. « Cada una de estas botellas contiene el juicio de un hombre :

buscad el del señor Orlando, dijo el criado. — Pero amigo mio, le dijo Astolfo, estoy todo aturdido de ver tan infinito número de botellas; no creía que hubiese en el mundo tanta multitud de locos. — Lo que veis es nada, respondió el criado : esta sala incluye solamente el juicio de los locos que hay en la corte de Carlomagno vuestro emperador; pero procurad buscar el que necesitais. » Astolfo leyó los rótulos, y encontró luego : Juicio de la jóven Elisa. « No penseis tal, dijo Astolfo al alcaide de la casa : Elisa no es loca, ella es el ornamento de la corte de Carlomagno; y yo que la conozco particularmente os puedo asegurar que tiene mucho talento. — Pero ni un solo grado de juicio, añadió el alcaide. ¿Es acaso juiciosa la que á sangre fria sacrifica su juventud al deseo de divertirse? Elisa entregada á la disipacion se apresura á la vejez, y morirá á la mitad de su vida. Del dia hace noche, y de la noche dia. Teme de modo el encontrarse consigo misma, que corre por todas partes por huir su propia compañía, temiendo hallar un instante en que reflexionar sobre sí misma; porque esto seria causa de que se avergonzase de su conducta. Sin embargo, Elisa nació con un talento extraordinario : reparad que su botella es mas grande que las otras. — Permitidme llevar esta botella con la de Orlando, dijo Astolfo. — Será inútil, respondió el alcaide : yo he bajado muchas veces á vuestro mundo á ofrecer esta botella á Elisa, y aunque me ha dado con buen semblante las gracias, no ha podido vencerse á recibirla. Ama los placeres, quiere brillar en las concurrencias, y sabe bien que si recobra su juicio, la será forzoso renunciar este género de vida y romper las cadenas que se lo impiden. Ama estas cadenas, y me ha suplicado la guarde su botella hasta que tenga cuarenta años, jurándome que tomará entónces hasta la última gota. ¡Pero ay Dios! ella la tomará entónces para su mayor desesperacion. Enfermiza y despreciada, nadie agradecerá que abandone los placeres que están ya para dejarla; y su juicio, que ahora podría servirla para corregirse, entónces solo servirá para que se desespere. Mas pasemos á otras botellas. » Leyó Astolfo algunos rótulos, y quedó aturdido cuando encontró una botella sobre la que estaba escrito : Juicio de Astolfo. « ¡Ah, por vida de tantos! exclamó, que es cosa singular que me tengan por loco. — Sabed, le dijo el guia, que no son los mayores locos los que corren como Orlando por los



campos : todos los que se dejan gobernar por una pasión son extravagantes. El rico avaro que carece de lo preciso, y que atrae sobre sí el desprecio de los hombres de honor por guardar escudo sobre escudo, y dejarlos á sus herederos, que los expenderán, y se burlarán de él, ¿no es un loco? El otro encaprichado con su nobleza, que perderá la vida ántes que ceder la acera á otro que juzga su igual, ¿no es un loco? Vos mismo, señor Astolfo, que vais á la guerra, y estais expuesto diariamente á que os rompan la cabeza, los



brazos y las piernas, con el único objeto de que se hable de vos, ¿no sois un loco? — No, respondió Astolfo : un hombre de mi calidad ha nacido para ir á la guerra ; y la razón me dicta que debo sacrificar mi vida por mi patria y por mi príncipe. — Teneis razón, dijo el alcaide ; pero sacrificando vuestra vida, no habeis pensado jamas en vuestro príncipe ni en vuestra patria ; y ved ahí la locura. No habeis tenido otros pensamientos mas que el que se hable de vos, adquirir un alto puesto, y sobresalir sobre vuestros compañeros ; y v d ahí la extravagancia. Creedme, y apurad vuestra botella hasta la última gota. — Aun me ha quedado la razón necesaria para seguir vuestro consejo, dijo Astolfo, »

y destapando al punto su botella bebió cuanto estaba dentro de ella, y se avergonzó cuando examinó con su cabal juicio todas las necedades que habia hecho. Cogió la botella de Orlando, y habiendo dado gracias á su guia, volvió á la tierra.

El encontrar á Orlando costó un inmenso trabajo, y nada ménos el hacerle respirar su juicio; mas por último se consiguió. Apenas le recobró miró á todas partes, y sorprendido de verse desnudo, preguntó, ¿que quién le habia puesto de aquel modo? Fúele respondido que su mismo pesar por la pérdida de Angélica; y él, todo asombrado, añadió : « ¡Angélica! ¿Quién? ¿esa rapaza que daba oídos á todo el mundo, y estaba enteramente desvanecida con su hermosura? ¿la que solo se pagaba de las lisonjas, se dejaba regalar de los hombres, y olvidada de que era una princesa, se casó con un jóven aventurero, solamente porque era hermoso? ¿Es posible que me he vuelto loco por una persona sumamente despreciable? » Continuando aún Orlando en sus reflexiones, dijo : « Además de esto es para mí una gran dicha haber estado furioso. Esta locura era mucho menor que la que me enamoraba de Angélica, y sin comparacion ménos peligrosa; pues la mayor infelicidad que puede ocurrir á un hombre honrado es casarse con una mujer que gusta de ser requebrada. » Todo el mundo quedó aturdido de oír hablar á Orlando con tanto juicio; y muchas personas tocadas de la misma enfermedad rogaron á Astolfo volviese á hacer en su favor el viaje; pero la encantadora no estaba de humor para prestar todos los días su carruaje, y así desde el tiempo de Orlando nadie ha podido llegar á esta feliz habitacion; y solo practicando los mayores esfuerzos puede recobrase la razon cuando se ha perdido, cediendo cobardemente á alguna pasion.

SORIA. — Aya mia, yo no he oído hablar de este Orlando en la historia.

AYA. — Sí, querida mia; este fué uno de los gobernadores de las costas del Océano Británico en tiempo de Carlomagno, y sin duda un gran capitán; porque los poetas y los autores de las novelas nos le pintan un hombre de un valor extraordinario; pero todo lo que de él nos advierte la historia es que murió en Roncesvalles, atacado alevosamente en los destiladeros de los Pirineos por Lobo II, duque de los Gascones, cuando Carlomagno, que habia alcanzado de los



Moros grandes ventajas. estaba en sus Estados cubierto de gloria y cargado de botín.

JULIETA. — Señora Aya, á mí me disgusta ciertamente oír decir que no es verdad lo que se ha escrito de Orlando. Yo le quiero, no obstante su locura.



AYA. — Es porque tiene V. gusto en todo lo extraordinario; pero semejante clase de leyendas son en el fondo de poco valor. Se puede entretener en ellas algunos ratos para descansar, pero no deben tomarse como ocupacion ordinaria; porque se acostumbra el juicio á amar lo falso; y sobre todo se pierde el tiempo, que en vuestra edad es muy precioso. Mas útilmente pueden Vds. repasar las lecturas que encontrarán en la historia sagrada, y lo propio en la profana, de los verdaderos hechos, por ser estos mas interesantes que los que contienen los cuentos é historias fabulosas.

PALMIRA. — Sin embargo de eso, V., señora Aya, nos dice cuentos.

AYA. — Dice V. bien, pero es porque V. es una niña pequeña, y es necesario entretenerla en algo; mas á proporción que vaya V. teniendo mayor razon, la diré mas historias y ménos cuentos. Comience V. á repetirnos la que ha aprendido.

PALMIRA. — Los Israelitas habian ya destruido la ciudad de Jericó y la de Hai, pero los reyes de este país, léjos de someterse al Señor, se unieron todos para destruir á aquellos, excepto los Gabaonitas; cuyo pueblo como habia visto lo que Dios habia ejecutado por los Israelitas, conocia que era inútil pensar en resistirlos, pues combatia por ellos el Señor de los ejércitos, por cuya razon determinaron engañarlos. A este fin les enviaron unos embajadores con los zapatos hechos pedazos, y les dieron panes cocidos de muchos dias, que por lo mismo estaban muy duros; y los pellejos en que llevaban el vino estaban usados y llenos de botanas. Llegaron estos embajadores al campo de los Israelitas, y dijeron á Josué: « Nosotroshabítamos muy distantes de aquí, y habiéndose sabido en nuestros pueblós las maravillas que Dios ha ejecutado para sacaros de Egipto, nos han enviado para que hagamos alianza con vosotros, á fin de que cuando seáis dueños de este país no nos hagais daño alguno: ha mucho tiempo que venimos caminando, y por esto se han estropeado nuestros zapatos, y el pan que hemos traído está duro como una piedra. » Josué y los principales de Israel, sin consultar al Señor lo que debian hacer, juraron paz con los Gabaonitas. Acercáronse algunos dias despues á sus ciudades para tomarlas, y quedaron sorprendidos cuando les dijo el pueblo: « No podeis vosotros hacernos mal alguno, porque habeis jurado alianza con nosotros en el nombre del Señor. » Sintió Josué haber sido engañado, pero no quiso quebrantar su juramento, y dijo á los Gabaonitas: « Pues hemos jurado en el nombre del Señor de no mataros, vivireis entre nosotros; pero porque habeis salvado vuestra vida por medio de una mentira sereis esclavos, y trabajareis proveyendo de leña y agua para el servicio del Señor. » Los Gabaonitas dijeron á Josué: « Convenimos en ser vuestros esclavos, y trabajaremos en todo lo que nos mandáreis; » con lo que los Israelitas por cumplir su juramento perdonaron á los Gabaonitas.



ELENA. — ¡Pobres gentes! Yo estaba temblando de miedo en pensar los mandaria matar : pero diga V., señora, ¿por qué perdonó Dios á esos, y no á los otros?

AYA. — Yo podría responder á V. que el Señor es dueño de conceder el perdon á quien es su voluntad; pero voy á decir, querida mia, lo que sobre esto discurro. Dios no hace nada por acaso; y pues permitió que los Gabaonitas hallasen modo de salvar sus vidas, creo que seria porque ellos no eran tan perversos como los otros pueblos, y que tendrian intencion de convertirse.

MARIQUITA. — Y yo creo, señora Aya, que habian ya comenzado á ejecutarlo : ellos creian en el Dios de los Israelitas, pues estaban ciertos de que lo que habia ordenado no podia dejar de suceder; y creer en Dios es haber comenzado á convertirse.

AYA. — Yo soy del dictámen de V., querida mia, porque Dios, que es infinitamente justo, castiga á cada uno segun los grados de su maldad. Los Gabaonitas comenzaban á creer y temerle, y cambió la pena de muerte que habia fulminado contra ellos en la de esclavitud, y por esto les dió el medio de conocerse y convertirse enteramente. Vamos, Mariquita, continúe V. la historia de la entrada de los Israelitas en la tierra prometida.

MARIQUITA. — Habiéndose confederado cinco reyes para castigar á los Gabaonitas por haberse unido con los hijos de Israel, marchó Josué contra ellos, y en favor de sus aliados, y les dió una gran batalla. Combatió el Señor visiblemente por él, enviando un granizo que mató mas enemigos que el hierro de los Israelitas : acercábase la noche, y aún quedaba que vencer grande número de enemigos : habló entónces Josué al sol, y le mandó detuviese su carrera hasta que los Israelitas hubiesen alcanzado una completa victoria. Obedeció el sol á Josué, y duró el dia mucho mas de lo ordinario, y no llegó la noche hasta despues de fenecida la batalla enteramente. Despues alcanzó Josué otro gran número de victorias, y sucesivamente repartió á las tribus de los hijos de Israel los países que habia conquistado; y les recordó los milagros que Dios habia hecho en su favor. Preguntóles si querian servir á este Dios Todopoderoso, que los habia sacado de Egipto, ó á los dioses de los pueblos que acababan de destruir; y el pueblo respondió con grandes exclamaciones, que no querian otro que el

Dios Eterno; y habiéndoles tomado juramento, murió este caudillo del pueblo de Dios á los ciento y diez años. Los hijos de Israel no obedecieron al Señor, y se contentaron con que les pagasen un tributo muchos de los pueblos que habitaban la tierra prometida, y no los destruyeron. Estos pueblos pues adoraban ídolos, y no querían adorar al verdadero Dios. El Señor dijo á los Israelitas: « Porque habeis exceptuado á estos pueblos contra mi prohibicion, no podreis ya destruirlos en lo sucesivo. Ellos os estimularán á adorar sus ídolos, y yo me serviré de ellos para castigarlos. » Todo lo cual sucedió como Dios se lo habia dicho, pues los Israelitas se casaron con las mujeres de estos pueblos, y adoraron sus dioses, y así fueron muchas veces esclavos suyos. Cuando se hallaban afligidos levantaban las manos al cielo, y pedian misericordia: entónces se apiadaba de ellos el Señor, y les enviaba jueces que los gobernaban y libraban de sus enemigos: pero recaian prontamente en su delito por el mal ejemplo de sus vecinos. Dióles Dios una vez una mujer llamada Débora, para que los gobernase; y esta dijo á un hombre llamado Barac: « Toma diez mil hombres, y ve á combatir á los enemigos del Señor. » Excusábase Barac de ir á la guerra si Débora no iba con él contra el rey Sísara, que tenia un ejército poderoso: Débora le dijo. « Yo iré contigo; pero otra mujer tendrá el honor de la victoria. » En efecto, Dios atemorizó el ejército de Sísara de tal suerte que echaron á huir, y Sísara con ellos. Cuando este iba huyendo se entró en la tienda de una mujer llamada Jahel, descendiente de Jetro, suegro de Moisés, la cual le quitó la vida hallándole dormido, y atravesándole un clavo por las sienes; y por esta muerte alcanzaron su libertad los hijos de Israel.

JULIETA. — Ahora ya veo que Dios habia condenado á todos esos pueblos porque eran incorregibles, haciendo todos sus esfuerzos para empeñar á los Israelitas á que fuesen idólatras.

AYA. — Justas son vuestras reflexiones, niñas mías: Dios es tan bueno, que solo condena á los incorregibles y pertinaces. Así es que nunca conviene titubear si nos apartaremos ó no de las ocasiones de pecar, dejándola como que pueden inducirnos á ofender á Dios, sin lo cual es casi seguro que se llegará en breve al pecado.

MARIQUITA. — ¿No dijo V. en cierta ocasion, señora Aya,



que la tierra, y no el sol, era la que volteaba? Sin embargo vemos que Josué mandó al sol, y no á la tierra, que se detuviese : ¿fué esto porque ignoraba él que no caminaba el sol?



AYA. — Josué podia muy bien ignorar que era la tierra la que daba vuelta, y no el sol ; porque así lo creían los sabios de aquel tiempo. Es verdad que Josué estaba inspirado del cielo ; pero esto solo era para conducir á los Israelitas á la tierra prometida, para exhortarlos á permanecer fieles en el Señor, y no para enseñarles las ciencias humanas. Vamos ahora á decir algo de la geografía. Señorita Sofía, ¿qué reinos son los que se hallan al este de las Islas Británicas?

SOFIA. — La Dinamarca, que tiene la Noruega al norte ; este último reino tiene la Suecia al este, y al este de la Suecia se encuentra la Rusia. Estas son las cinco partes que se hallan al norte de la Europa, y que voy á repetir correlativamente : 1º Gran Bretaña ; 2º Dinamarca ; 3º Noruega ; 4º Suecia ; y 5º Rusia. La Noruega y la Suecia están hoy gobernadas por el mismo rey.

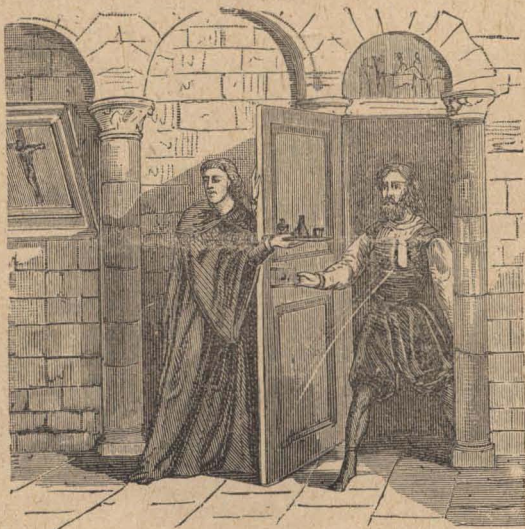
JULIETA. — ¿Y eso siempre ha sido así?

AYA. — No por cierto, pues la Noruega formó en otro tiempo un estado independiente, y despues fué una provin-

cia de Dinamarca, habiéndola reunido la célebre Margarita á este último reino. del que se separó definitivamente.

JULIETA. — Señora Aya, yo quisiera saber quién fué esa Margarita.

AYA. — Voy á daros gusto. Waldemar III, rey de Dinamarca, casó á su hija segunda llamada Margarita con Haquin, rey de Noruega, de quien tuvo un hijo. Habiendo muerto su marido y su padre, tuvo autoridad y maña para hacer nombrar por rey á su hijo en perjuicio de su hermana mayor, y ella fué regente del reino. Era Margarita tan hábil, que la llamaban la Semíramis del Norte. Murió su hijo, y ella tenía tan bien establecida su soberanía, que no se atre-



vieron á quitarla la corona. Verdad es que gobernaba tan sabiamente, que eran felices todos sus vasallos. Los Suecos estaban muy desazonados con sus reyes, querian que estos no tuviesen autoridad alguna ; y los reyes por el contrario querian ser los señores, con cuyo motivo se suscitaban continuamente guerra el rey y los súbditos. Tomaron éstos la resolucion de someterse á Margarita ; pero se entregaron á ella con ciertas condiciones que aseguraban sus libertades



y leyes. Margarita les concedió cuanto ellos quisieron; pero después que fué reina de Suecia nada cumplió, y se burlaba de los Suecos cuando se las querian recordar. Los sucesores de Margarita trataron aún peor á los Suecos, de suerte que estos no pudiendo sufrir ya mas, se rebelaron. Un rey de Dinamarca, llamado Cristierno, que era sumamente malo, declaró la guerra á los Suecos, á fin de obligarles á que le declarasen por rey. Tomó á traicion á un jóven que ellos tenian muy valeroso, llamado Gustavo, y lo envió á Dinamarca. Apoderóse este perverso príncipe de Suecia, é hizo morir á todos los nobles de la nacion que habia en ella, en ocasion que estaban comiendo en un convite que les habia hecho; y entre ellos fué uno el padre de Gustavo. Habiendo este jóven tenido noticia de esto, se puso en salvo, retirándose á las montañas de Suecia, y porque Cristierno habia prometido una gran suma de dinero á quien lo matase, se vió precisado, para ocultarse, á tomar un vestido humilde, y trabajar como jornalero. Descubriólo una mujer, por haber observado que el cuello de su camisa era bordado, y entónces se retiró á casa de un caballero, que juzgó ser su amigo. Este le persuadió á que permaneciese en su casa, en tanto que él iba á solicitar tropas con que pudiese hacer guerra á Cristierno. Condescendió Gustavo gustoso; pero luego que este hombre salió de su casa, su mujer avisó á Gustavo diciendo que su marido habia ido á buscar soldados para prenderle; y esta señora lo envió á casa de un cura, que era de sus parciales, el cual ocultó á Gustavo en una alacena que estaba en su iglesia, donde le llevaba de comer todas las noches. Después el cura empeñó á un gran número de paisanos á que unidos con Gustavo hicieran guerra á Cristierno; condescendieron gustosos los paisanos, y después de muchos trabajos dió Gustavo la libertad á los Suecos, quienes en recompensa le hicieron su rey. Basta por hoy, señoritas. Hasta otra vez.

---

## DIALOGO VIGÉSIMO

## TARDE DÉCIMOCTAVA

MARIQUITA. — Señora Aya, supuesto que es muy temprano, ¿tendremos un cuento hoy?

AYA. — V. gusta terriblemente de los cuentos, y yo porque aprenda V. bien sus historias no quiero negarle nada : ved aquí uno, pero será un poco largo. Hubo una vez un rey llamado Guinguet, el cual era tan avaro, que estaba peor vestido que el último de sus súbditos. Quiso casarse, pero no estimaba tanto el que fuese una princesa hermosa, como el que tuviese mucho dinero, y que fuese aún mas codiciosa que él. Encontró una, tal como la deseaba. Tuvieron un hijo, á quien pusieron por nombre Tity, y al año siguiente otro que fué llamado Mirtil. Era Tity mucho mas hermoso que su hermano, pero el rey y la reina no podian sufrirle, porque gustaba repartir con los otros niños todo cuanto le daban cuando venian á jugar con él : Mirtil por el contrario, queria mas bien que se echasen á perder sus confites que darlos á nadie; encerraba sus juguetes temeroso de que se gastasen, y cuando tenia alguna cosa en la mano la cerraba tan fuertemente, que aún estando dormido no se la podian abrir. Con este niño estaban locos el rey y la reina, porque era de su genio. Llegaron los príncipes á ser grandes, y á Tity no le daban dinero alguno, temerosos de que lo malgastase. Un dia que Tity andaba cazando, uno de sus escuderos, que iba corriendo á caballo, pasó cerca de una mujer anciana, y la dejó caer en el lodo. Clamaba la mujer que le habia roto una pierna, y el escudero no hacia mas que reirse. Tity, que tenia un buen corazón, riñó á su escudero, y acercándose á la vieja con Astuto, que era su paje favorito, le ayudó á levantarla; y habiéndola cogido cada uno por su brazo, la llevaron á una pequeña cabaña donde habitaba. Afligióse entónces el príncipe por no tener dinero alguno que dar á esta pobre mujer,



y decia : « ¿De qué me sirve ser príncipe, si no tengo la libertad de hacer una limosna? El único placer que se consigue en ser gran señor es el de poder consolar á los infelices. » Habiendo oído Astuto hablar al príncipe de este modo, le dijo : « Todo mi caudal, señor, consiste en un escudo, y este está á vuestra disposición. — Yo acepto vuestro escudo, para darlo á esta pobre mujer, dijo el príncipe, y cuando sea rey os daré la recompensa. » Volvió Tity á la corte, y la reina le riñó porque habia ayudado á que se levantara esta mujer, y dijo á su hijo : « ¡Qué importaba que se hubiese muerto esa vieja! ¡Ni qué bien parece que se humille un príncipe hasta socorrer á una infeliz mendiga! — Señora, la respondió Tity : los príncipes creo yo que nunca son mas grandes que cuando ejercitan la caridad. — Andad, añadió ella, sois un disparatado con ese bello modo de pensar. » Volvió Tity el dia siguiente á caza, pero sin otro objeto que el de saber de la salud de la vieja : hallóla ya buena, y esta, dándole las gracias por la caridad que con ella habia usado, le dijo : « Aun tengo que pedir os una gracia, y es que me hagais el gusto de comer algunas de estas avellanas y nísperos que tengo, que son excelentes. » No quiso excusarse el príncipe, porque la vieja no pensase que lo hacia por desprecio; y habiendo comido de los nísperos y avellanas, halló que eran admirables. « Pues os gustan tanto, añadió la vieja, hacedme el favor de llevaros los restantes para postres. » Mientras la vieja decia esto empezó á cacarear una gallina que tenia, y cariñosamente suplicó al príncipe llevase igualmente el huevo que su gallina acababa de poner, lo que ejecutó por complacerla; pero en recompensa la dió cuatro piezas de oro que Astuto habia pedido prestadas a su padre (que era gentilhombre de campo) para darlas al príncipe. Estando este señor despues en su palacio, mandó que le trajesen para cenar el huevo, las avellanas y los nísperos de la buena vieja; y habiendo roto el huevo se admiró al ver dentro de él un grueso diamante, y del mismo modo encontró tambien llenos de diamantes los nísperos y avellanas. No faltó quien fuese á dar aviso de esto á la reina, y habiendo venido esta inmediatamente al cuarto de Tity, se llenó de gozo viendo los diamantes : abrazó al príncipe, y llamándole por la primera vez hijo querido, le dijo : « ¿Quieres dárme los? — Respondió él : Todo cuanto poseo está á vuestro servicio. — Sois un gallardo jóven, le

dijo la reina : yo os recompensaré. » Llevóse pues este tesoro, y envió al príncipe cuatro piezas de oro envueltas con mucho primor en un papecito. Los que vieran el regalo intentaron burlarse de la reina, diciendo que cómo no se había avergonzado de enviar dicha cantidad por unos diamantes que valian mas de quinientos mil pesos; pero el príncipe les dijo que eran unos atrevidos en perder á su madre el respeto; y los echó de su cuarto. No obstante la reina dijo á Guinguet : « Parece que la vieja á quien Tity levantó del lodo es sin duda una grande encantadora, y es necesario que pasemos á verla mañana, llevando en nuestra compañía á Mirtil en lugar de Tity, para que ella no se incline demasiado á ese necio, que no ha tenido entendimiento para saber guardar sus diamantes. » Ordenó pues que se dispusiesen las carrozas, y se alquilasen caballos, porque habia mandado vender los del rey para ahorrarse el coste de su manutencion. Hizo llenar de médicos, boticarios y cirujanos dos de estas carrozas, y en otra entró la familia real. Luego que llegaron á la cabaña de la vieja, la dijo la reina, que su venida era á pedirla que disimulase la temeridad del escudero de Tity que la habia dejado caer; y ya que mi hijo, añadió, no tiene entendimiento para elegir buenos domésticos, yo haré que despida á ese malcriado. Refirió luego que traia consigo los mas hábiles médicos de su reino para que la curasen el pié; pero la buena vieja la respondió que su pié estaba ya muy bueno, y que ella quedaba sumamente agradecida de la caridad que tenia en visitar á una pobre mujer como ella. « ¡O! nosotros sabemos con certeza, dijo la reina, que sois una grande encantadora, pues habeis dado al príncipe Tity una gran cantidad de diamantes. — Puedo aseguraros, añadió la vieja, que solo he dado al príncipe un huevo, unas avellanas y unos nísperos; y aún tengo algunos con que servir á vuestra Majestad. — Yo los acepto gustosa, dijo la reina llena de placer, con la esperanza de hallar diamantes en ellos. » Recibió el presente haciendo caricias á la vieja, y rogándola que fuese á verla; y los cortesanos á su ejemplo alabaron mucho á esta buena mujer. La reina la preguntó ¿qué edad tenia? « Tengo sesenta años, respondió ella: y la reina añadió : No parece que teneis ni aún cuarenta, y sois tan amable, que aún podeis pensar en casaros. » El príncipe Mirtil, que estaba mal criado, al oir esta expresion se echó á reir á presencia de la vieja, y la



dijo que tendria mucho gusto de bailar en su boda; pero la buena vieja procuró disimular la burla. Marchóse toda la corte; y la reina apenas se vió en su palacio hizo cocer el huevo, y partir las avellanas y nísperos; pero en lugar de hallar un diamante en el huevo, encontró un pollo, y en las avellanas y nísperos gusanos. Al ver esto, fué tal el enojo que tomó, que no habia por donde aplacarla, y prorumpiendo en amenazas, dijo: « Esta vieja es una bruja, que ha querido burlarse de mí; quiero por tanto mandarla matar. » Juntó los jueces para que la hiciesen el proceso; pero Astuto, que habia escuchado esto, fué corriendo á su cabaña á prevenirla que se pusiese en salvo. « Buenos dias, paje de las viejas, le dijo ella (porque le habia puesto este nombre desde que la ayudó á salir del lodo). — ¡Ah! madre mia, prosiguió Astuto, daos prisa á refugiaros en la casa de mi padre, que es un caballero honrado, y os ocultará gustoso; porque si permaneceis en vuestra cabaña enviarán soldados para prenderos, y despues mataros. — Yo os estoy muy obligada, le dijo la vieja, pero no temo la mala intencion de la reina. » A este tiempo, despojándose de la forma de vieja, se dejó ver de Astuto bajo de su propia figura, y él entonces quedó deslumbrado con su belleza. Quiso Astuto arrojarle á sus piés, pero ella lo resistió, y le dijo: « Os prohibo que digais al príncipe ni á persona alguna del mundo lo que acabais de ver; quiero sí recompensar vuestra caridad: pedidme un don. » Astuto dijo: « Señora, yo amo al príncipe, mi señor, y deseo de todo mi corazon serle útil: por esto pues os pido el poder de ser invisible cuando quisiere, á fin de conocer cuáles son los cortesanos que aman verdaderamente á mi príncipe. — Yo os concedo este don, replicó la encantadora; pero es necesario tambien pagaros las deudas de Tity. ¿No pidió prestadas cuatro piezas de oro á vuestro padre? — El las ha vuelto, respondió Astuto, y como sabe cuán vergonzoso es á los príncipes no poder pagar sus deudas, me entregó las cuatro piezas de oro que le envió la reina. — Yo sé eso muy bien, añadió la encantadora, pero sé tambien que el príncipe está afligido de no poder dar mas; porque sabe que un príncipe debe recompensar con generosidad, y esta deuda es la que yo quiero pagar. Tomad esta bolsa que está llena de oro, llevadla á vuestro padre, en ella hallará siempre la misma cantidad, con tal que lo que de ella sacare sea para emplearlo en cosas

justas. » Desapareció entónces la encantadora, y Astuto se marchó á llevar esta bolsa á su padre, al cual encargó el secreto. Entre tanto los jueces que la reina habia juntado para sentenciar á la vieja se hallaban sumamente perplejos. Dijeron pues á esta princesa : « ¿Cómo quereis que conde-



nemos á esta buena mujer, si ella no ha engañado á vuestra Majestad ; porque solo dijo: Yo no soy sino una pobre, y no tengo diamantes? » La reina entónces, muy enfurecida, les dijo : « Si no condenais á esa desdichada, que se ha burlado de mí, y que me ha hecho expender inútilmente mucho dinero para alquilar los caballos y pagar á los médi-



cos, os ha de pesar. » Los jueces interiormente reflexionaron de este modo: « La reina es una mujer mal intencionada; si la desobedecemos encontrará medio de perdernos: ménos malo será que la vieja padezca, que no nosotros. » Condenáronla pues á que fuese quemada viva como hechicera; y entre ellos solo hubo uno que dijo, que ántes se dejaria ál quemar, que condenar á una inocente. Algunos dias despues facilitó la reina testigos falsos, que depusieron que habia este juez hablado mal de ella; y habiéndole quitado el empleo, se hubiera sin duda visto precisado á pedir limosna con su mujer y sus hijos; pero Astuto tomó una grar cantidad de la bolsa de su padre, y dándosela al juez le aconsejó se pasase á otro país. Entre tanto Astuto se hallaba en todas partes desde que le fué concedido hacerse invisible: averiguó muchos secretos; pero como era un jóven honrado, jamas contó cosa alguna que pudiese perjudicar á otro, excepto aquello que podia ser útil á su amo. Como iba á menudo al gabinete del rey, oyó que la reina dijo á su marido: « Somos sumamente desgraciados en que Tity sea nuestro primogénito: nosotros juntamos infinitos tesoros que él disipará luego que sea rey; y Mirtil que es muy económico, léjos de tocarlos aumentaria estos tesoros. Por tanto; no hallaríamos algun medio para desheredarlo? — Necesitamos verlo, la respondió el rey; y si no pudiéremos conseguirlo, sepultaremos estos tesoros para que no los gaste. » Supo Astuto tambien cuáles eran los cortesanos que por agradar al rey y á la reina decian mal de Tity, y alababan á Mirtil. Estos luego que se separaban del cuarto del rey venian al del príncipe, y le decian que ellos habian hablado á su favor al rey y á la reina; pero el príncipe, como sabia la verdad por medio de Astuto, se burlaba de ellos en su interior, y los despreciaba. Habia en la corte cuatro señores muy honrados, que seguian el partido de Tity; pero léjos de vanagloriarse de ello, le persuadian siempre á que amase al rey y á la reina, y les fuese muy obediente.

Un rey comarcano envió embajadores á Guinguet sobre cierto negocio de consecuencia. La reina, siguiendo su buena costumbre, no quiso que Tity pareciese delante de ellos, y le mandó se fuese á una magnífica casa de campo que el rey tenia; porque los embajadores, añadió ella, querrán sin duda ver esta casa, y convendrá que les hagais

vos en ella los honores correspondientes. Partió Tity, y la reina dió todas las disposiciones necesarias para recibir á los embajadores con poco coste. Tomó un brial de terciopelo, y mandó á los sastres que sacasen de él dos hojas de la espalda, una para el vestido de Guinguet, y otra para el de



Mirtíl; y que las hojas delanteras de estos vestidos las hiciesen de terciopelo nuevo, bien inteligenciada la reina de que estando el rey y el príncipe sentados no se verían las espaldas de sus vestidos. Para que estos estuviesen magníficos tomó los diamantes que se habían hallado en los nisperos, á fin de que sirviesen de botones al vestido del rey, poniendo en el sombrero el diamante que se encontró en el huevo, y los pequeños que habían salido de las avellanas se emplearon en hacer botones para el vestido de Mirtíl, y una piedra, un collar y joyas de manga á la reina; y á la verdad que con tantos diamantes deslumbraban. Sentáronse en su trono el rey y su mujer, y á sus piés Mirtíl; pero luego que los embajadores entraron en la sala desaparecieron aquellos diamantes, y quedaron en su lugar nisperos, avellanas y un huevo. Creyeron los embajadores



que Guinguet se habia vestido ridículamente en desprecio de su amo, y salieron muy enfadados, diciendo que su señor les daria á entender que no era un rey de nísperos. Por mas que se les instó no quisieron escuchar, y se volvieron á su país. « Tity es quien nos ha hecho esta burla,



dijo la reina al rey luego que quedaron solos : es preciso desheredarlo, y dejar á Mirtil nuestra corona.— Yo lo consiento de todo mi corazon, dijo el rey ; » pero á este tiempo oyeron una voz que les dijo : « Si vosotros procedeis de esa manera, yo os romperé todos los huesos uno por uno. » Ellos al oir esta voz temieron, no sabiendo que Astuto estaba en su gabinete ni que habia oido su conversacion; y por esto no se atrevieron á hacer á Tity mal alguno; pero hacian buscar por todas partes á la vieja para matarla, y sentian no poder encontrarla. Entre tanto, el rey Violento, que era el que habia enviado embajadores á Guinguet, creido de que este habia querido verdaderamente burlarse de él, resolvió vengarse declarándole guerra. Recibió de esto Guinguet mucho pesar, porque le faltaba valor y temia que lo matasen; pero la reina le dijo : « No os aflijais, enviaremos á Tity para que mande nuestro ejército bajo el pretexto de hacerle favor : él, que es un atolondrado, dará ocasion para que le maten, y con esto tendremos la com-

placencia de dejar á Mirtil nuestra corona. » El rey tuvo por admirable esta invencion, y habiendo hecho venir de la casa de campo á Tity, le nombró generalísimo de sus armas; y por darle mas ocasion de expouer su vida le concedió un absoluto poder para la guerra ó la paz.

Como este cuento es aún muy largo, niñas mias, y no tendremos tiempo para decir nuestras historias, reservaré el resto para la primera ocasion.

MARIQUITA. — Conclúyalo V. hoy, si gusta, porque hasta no verle el fin no dormiré con sosiego.

AYA. — Es necesario, querida mia, saberse privar de un gusto cuando se trata de cumplir cada uno con su deber. Yo concluiré este cuento si V. así lo quiere; pero faltaremos á otras cosas mas necesarias, y esto no será oportuno: para ser una niña buena debe abstenerse de seguir sus fantasías: por tanto, aconsejo á V. que en esta ocasion ceda y haga este corto sacrificio, porque de otra suerte pensaré que jamas tendrá V. valor de sacrificar un gusto á la obligacion.

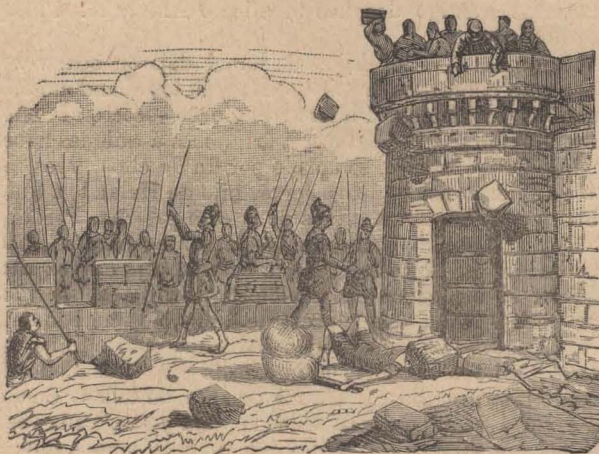
MARIQUITA. — Enhorabuena, digamos nuestras historias; pero confieso á V. que esto me cuesta un poco de resistencia.

AYA. — Regularmente cuesta alguna cosa hacer lo que se debe; mas por lo mismo, de la costumbre de vencerse V. en estas cosas pequeñas depende la felicidad de toda su vida. Veamos pues la historia de Palmira.

PALMIRA. — Habiendo vuelto á adorar los ídolos los hijos de Israel, permitió Dios á los Madianitas que los molestasen. Vinieron estos pueblos en tiempo que las mieses estaban para segarse, y destruyeron todos los frutos y los granos, y tomaron todos los ganados de Israel. Conoció entonces el pueblo su falta, y pidió perdon al Señor. Movido Dios de su arrepentimiento, envió su ángel á un hombre llamado Gedeon, hijo de Joas, de la tribu de Manasés, y el ángel le dijo: «Muy fuerte y valiente hombre, el Señor está contigo; ha oído los llantos de Israel; id contra los Madianitas, y los vencereis.» Despues se le apareció el Señor, y le mandó destruirse el altar de Baal, que era de su hermano. Obedeció Gedeon, y el pueblo intentó matarle; pero el padre de Gedeon dijo al pueblo: «No defendais el partido de Baal: si él es Dios, que se venga por sí mismo.» Entre tanto los Madianitas, los Amalecitas y los Orientales juntaron un ejército



innumerable contra Israel ; y Gedeon tocando la trompeta juntó tambien un ejército de Israelitas ; pero le dijo Dios : « Vuestro ejército es muy grande : si venceis á los contrarios con esas tropas, dirá el pueblo : Yo soy quien ha conseguido la victoria, y no es la mano del Señor la que ha destruido á nuestros enemigos. » Gedeon eligió entonces trescientos soldados de los mas valientes, y los dividió en tres bandas ; tomó cada uno de ellos una trompeta en una mano y en la otra un cántaro vacío, en el cual metieron una antorcha. Habiendo llegado al campo de los enemigos tocaron todos la trompeta, y rompiendo sus cántaros, exclamaron : « La espada de Dios y de Gedeon. » A estas voces huyeron los enemigos, y volviendo sus espadas los unos contra los otros se mataron á sí propios. Gedeon entonces dió orden á todos los Israelitas para que persiguiesen á sus enemigos ; y ellos mataron de estos ciento y veinte mil. El



pueblo, despues que Gedeon alcanzó la victoria, le dijo : « Sed nuestro rey, y despues de vos vuestros hijos ; » pero Gedeon les respondió : « Dios es quien debe ser vuestro rey. » Murió Gedeon en una edad avanzada, dejando setenta y un hijos de diferentes mujeres. Muerto Gedeon, los Israelitas obedecieron á sus hijos, y uno de ellos, llamado Abi-

melec, usurpó todo el poder. Este inicuo hombre hizo morir á todos sus hermanos, excepto el mas jóven, que se llamaba Joatan, el cual se habia ocultado. Entónces los Israelitas reconocieron á este asesino por su rey. Reprendió Joatan su ingratitud al pueblo; y habiéndoles predicho el mucho mal que Abimelec habia de hacerles, se verificó despues á la letra cuanto les habia anunciado. Hizo Abimelec morir á un considerable número de personas; y yendo este á poner fuego á una torre para quemarla con los que estaban dentro, le arrojó una mujer una piedra de molino sobre la cabeza, que lo dejó mortalmente herido, y entónces mandó Abimelec á su escudero, que con su espada le pasase el cuerpo de parte á parte, para que no se dijese que habia muerto por mano de una mujer.

AYA. — Notad, niñas mías, cuánto cuida Dios de castigar los delitos. Los Israelitas fueron ingratos con los hijos de Gedeon; y habiéndose servido el Señor de Abimelec para castigarlos, castigó despues al mismo Abimelec. Prosiga V., Mariquita.

MARIQUITA. — Los hijos de Israel dejaron otra vez al Señor para adorar los falsos dioses; y él los abandonó á los Amonitas y Filisteos. Pidieron entónces socorro al Señor, quien les dijo: « Pedid favor á los dioses á quienes habeis servido. » No obstante, se apiadó por fin de ellos, y les inspiró escogiesen por su jefe á Jepté, hijo de Haland, á quien habian arrojado sus hermanos de la casa paterna. Perdonólos él, y se puso al frente de los Israelitas para combatir á los enemigos. Antes de dar la batalla, dijo en voz alta: « Señor, si me concedeis la victoria os prometo sacrificar la primera persona que se presente á mis ojos cuando entre en la ciudad. » La consiguió, y habiendo oído su hija esta noticia, salió á recibirlo acompañada de otras doncellas tocando instrumentos, y ella iba delante de todas. Cuando Jepté vió á su hija única, ladeó la vista y rasgó sus vestidos, porque sobre ser la única que tenia la amaba mucho. Sorprendióse ella viendo el doloroso sentimiento de su padre en un dia de regocijo; pero luego que él la dijo que ella era el motivo de su afliccion, estando como estaba obligado á sacrificarla en cumplimiento de su voto, le dijo: « No os aflijais, padre mio, yo me conformo con mi muerte, pues lo habeis prometido al Señor. » Pidió dos meses de tiempo para llorar su muerte con sus compañeras, y al fin de los



dos meses volvió á buscar á su padre, y este la sacrificó al Señor.

JULIETA. — Señora Aya: ¿hubiera pecado Jepté si no hubiese sacrificado á su hija? ¿Por ventura puede Dios querer tales sacrificios?

AYA. — No, querida mía. Dios tiene horror á la sangre humana. Jepté hizo un juramento imprudente, y tuvo que sentir el ponerlo en ejecucion. Su intencion era buena, y su accion mala; pero yo admiro el valor de su hija, que se sometió sin chistar á lá voluntad de su padre, y esto en un tiempo en que habia llegado á ser un gran señor, y en el cual hubiera sido tratada como hija del que habia salvado al pueblo de Israel.

MARIQUITA. — Señora Aya, permítame V. que haga una pregunta que me tiene impaciente mas ha de una hora. En el cuento del príncipe Tity nos dijo V. que la reina habia hallado un pollo en lugar de un diamante en el huevo que la encantadora la habia dado: ¿cómo podia haberse introducido un pollo en este huevo?

AYA. — Porque hay un pollo en cada huevo, querida mía: voy á llamar para pedir un huevo, y os haré ver dentro de él un pollo... ¿Veis esta cosita blanca que incluye esta yema? pues dentro de ella hay un pollo.

ELENA. — Eso es cosa admirable, señora Aya. ¿Segun eso todos los pollos que nosotras comemos proceden de una cosilla blanca como esa?

AYA. — Sí, querida mía: esta cosilla se llama galladura. Cuando la gallina desea tener pollos está veintiun días sobre sus huevos, y luego que los calienta hace salir al pollo de esta galladura. Despues que sale de ella se alimenta de la clara y de la yema de este huevo, y cuando ya no le ha quedado que comer, y que se halla bastante fuerte, rompe con el piquito la cáscara del huevo y sale fuera.

JULIETA. — Yo observé esto en el campo, y admiré la paciencia de la gallina: este pobre animal no se separaba de allí, se ponía flaca como un palo, y era necesario llevarla de comer, pues de lo contrario creo que se hubiera muerto de hambre.

AYA. — Admirad la Providencia, que dispone que este pobre animalito tenga tanta inclinación á su familia aún antes de haber salido. Pues cuando sus pollos están fuera de la cáscara, ¿qué inquietud no tiene para defenderlos? La

gallina es muy tímida, de todo se espanta, y sin embargo, si acometen á sus pollos se enfurece como un leon, embiste á un perro, y saltará á un hombre á la cara. Yo he visto una gallina que la pusieron huevos de ánade para que los empollase, y cuando los pollos fueron grandes se arrojaron al agua, y la pobre gallina, que no podia entrar como ellos en el agua, se desesperaba. Pero ya es tiempo de separarnos.

---

## DIALOGO VIGÉSIMOPRIMERO

---

### TARDE DÉCIMONONA

MARIQUITA. — Nos prometió V., señora Aya, que acabaría el cuento del príncipe Tity.

AYA. — Sí, queridas mías. Quedamos en que el rey le dió el mando de su ejército con intento de que pereciese en la guerra.

Pues habiendo llegado Tity á las fronteras del reino de su padre, determinó esperar al enemigo, y se entretuvo en construir una fortaleza en un sitio estrecho, por el cual era necesario que aquel pasase. Estando un dia viendo trabajar á los soldados, tuvo sed; y habiendo notado que sobre una montaña inmediata habia una casa, subió á ella, y pidió de beber. El dueño de la casa, que se llamaba Abor, le dió agua, y cuando el príncipe se retiraba vió entrar en la casa una doncella tan hermosa, que con su vista quedó deslumbrado. Era esta hija de Abor, y se llamaba Biby. Prendóse el príncipe de esta hermosa dama, y con diversos pretextos frecuentaba la casa de Abor. Como hablaba á menudo con ella, llegó á conocer que era sumamente discreta y entendida, y dijo para sí mismo: «Si yo fuese dueño de mi voluntad me casaria con Biby. Ella, es verdad, no nació princesa, pero su virtud la hace merecedora de ser reina.»



Tomó la resolución de escribirla. Biby, como estaba bien inteligiada de que las mujeres de honor no toman papeles de los hombres, llevó á su padre la carta del príncipe ántes de abrirla. Conoció Abor que el príncipe estaba enamorado de su hija, y preguntó á Biby si amaba á Tity. Ella,



que jamas habia mentido, respondió á su padre que el príncipe le habia parecido tan hourado, que no habia podido dejar de amarle; pero añadió: yo bien sé que él no puede casarse conmigo, siendo una pobre pastora; y así os ruego me enveis á casa de mi tia, que habita bien distante de este sitio. Hizo el padre que partiese aquel mismo día, y el

príncipe recibió tanto sentimiento de haberla perdido, que cayó enfermo. Díjole Abor : « Príncipe mio, á mí me es sumamente sensible daros pesar ; pero pues amais á mi hija, pienso que no querreis hacerla desdichada. Bien sabeis que es despreciada una doncella que recibe visitas de un hombre que la ama, y no piensa casarse con ella. — Escuchadme, Abor, dijo el príncipe. Antes quisiera morir me que perder á mi padre el respeto, casándome sin su permiso; pero si me prometeis guardar vuestra hija, os doy palabra de casarme con ella en siendo rey, y os protesto de no volver á verla hasta ese tiempo. » Al mismo punto se apareció en la sala la encantadora, y el príncipe se quedó como extático, porque nunca la habia visto bajo de aquella figura. « Soy la vieja á quien socorristeis, dijo, y sois tan honrado, y Biby tan modesta y tan prudente, que á los dos os recibo bajo de mi proteccion. Dentro de dos años os casareis con ella; pero en este intermedio os quedan que tolerar bastantes reveses. Con todo yo os prometo haceros una visita todos los meses, y llevar conmigo á Biby. » Quedó el príncipe sumamente gozoso con esta promesa, y se propuso adquirir mucha gloria para agradar á Biby. El rey Violento, su enemigo, le presentó la batalla; pero no solo venció Tity, sino que ademas le hizo su prisionero. Aconsejábanle á Tity le quitase todo su reino, pero él se negó á ello, diciendo : « Los súbditos que siempre aman á su propio rey mas que á un extranjero, se rebelarán, y le volverán la corona. Violento no olvidará jamas su prision, y esto producirá una continua guerra que hará infelices á dos pueblos. Yo quiero por el contrario dar la libertad á Violento, sin pedirle por ella cosa alguna : sé que es generoso, que hará alianza con nosotros; y esta alianza será mas importante que su reino, que no nos pertenece. » Sucedió efectivamente lo que Tity habia pronosticado. Violento se admiró tanto de su generosidad, que juró una alianza perpetua con el rey Guinguet y con su hijo Tity, y se separaron siendo muy buenos amigos.

No obstante Guinguet se irritó mucho cuando supó que su hijo habia concedido la libertad á Violento, sin haberle hecho pagar una gran cantidad de dinero ; y aunque este príncipe le reconvinó con la facultad que le habia dado para obrar segun su voluntad, respondió el padre que él no tenia autoridad para perdonarle; y como Tity amaba y respetaba á su padre, cayó enfermo de pesar de haberle disgustado.



Un dia que estaba en cama y sin compañía, léjos de pensar en que era el primer dia del mes, vió entrar por la ventana dos hermosos canarios, que volviendo á tomar su forma natural, representaron á la encantadora y á su querida Biby,



cosa por cierto de grande admiracion para él. Al querer el príncipe dar las gracias á la encantadora, entró en su cuarto la reina, que llevaba en sus brazos un grande gato, á quien queria mucho porque cazaba los ratones que se comian las provisiones, y se mantenia sin costo alguno. Cuando la reina vió los canarios, se irritó mucho porque los dejaban andar sueltos, dando lugar á que echasen á perder los muebles. El príncipe la dijo que él los haria meter en una jaula; pero ella respondió que queria se los cogiesen al punto, porque gustaba mucho de ellos, y pensaba comérselos á mediodía. El príncipe afligido repetia sus súplicas, pero no le valian; pues todos los cortesanos y domésticos corrian tras de los canarios sin querer escucharle. Cogió un criado una escoba, y con ella hizo caer á la pobre Biby. Arrojóse de la cama el príncipe á socorrerla; pero hubiera llegado muy tarde, porque el gato de la reina saltó de sus brazos é

iba á matarla entre sus garras, cuando la encantadora, tomando improvisamente la figura de un grande perro, saltó sobre el gato y le ahogó; y despues de esto ella y Biby, tomando figura de raton, se huyeron por un pequeño agujero que estaba en un rincon de la sala. El príncipe cayó desmayado á vista del peligro que corria su querida Biby; pero la reina sin reparar en esto, solo sentia la muerte de su gato, por lo que hacia espantosas exclamaciones, y protestó al rey que se quitaria á sí misma la vida si no vengaba la muerte del pobre animal; que por darla pesar tenia Tity comercio con las brujas, y que no tendria un instante de sosiego hasta que lo hubiese desheredado, y dejase á su hermano la corona. Ofreció el rey hacerlo así, y la dijo que al dia siguiente mandaria arrestar al príncipe, y le formaria causa. El fiel criado Astuto no se habia dormido en esta ocasion: él se introdujo en el gabinete del rey, y de allí vino luego á advertir al príncipe de esta disposicion. El miedo que este cogió en el pasado lance le habia quitado la calentura de que ántes adolecia; y estando resuelto á montar á caballo para ponerse en salvo, se le presentó la encantadora, y le dijo: « Estoy cansada de las maldades de nuestra madre y de la flaqueza de vuestro padre: yo voy á daros un buen ejército; id y cogedlos dentro de su palacio, y meténdolos en prision con su hijo Mirtil, subid sobre el trono, y casaos luego con Biby. » El príncipe dijo á la encantadora: « Señora, bien sabeis vos que yo amo á Biby mas que á mi vida; pero el deseo de casarme con ella no podrá hacer que yo olvide jamas lo que debo á mi padre y á mi madre, y querré mas bien perecer en este mismo punto, que tomar contra ellos las armas. — Venid, príncipe, y os daré un abrazo, dijo la encantadora: sabed que he querido probar vuestra virtud, y os hubiera abandonado si hubiéseis admitido mis promesas; pero pues habeis tenido valor para resistirlas, seré siempre amiga vuestra, y de ello voy á daros una prueba. Tomad la figura de un viejo, y seguro de no poder ser conocido bajo de ella, recorred vuestro reino: informaos por vos mismo de todas las injusticias que se hacen en él contra vuestros pobres súbditos, para remediarlas cuando seais rey; y Astuto, que quedará en la corte, os dará cuenta de cuanto en ella ocurra durante vuestra ausencia. » El príncipe obedeció á la encantadora, y vió cosas que le hicieron temblar. Se vendia la justicia: los gober-



nadores saqueaban los pueblos : los grandes maltrataban á los pequeños, y todo esto se ejecutaba bajo el nombre del rey. Al fin de dos años le escribió Astuto que su padre habia muerto, que la reina habia querido coronar á su her-



mano, pero que se habian opuesto á ello aquellos cuatro señores que eran hombres de honor, á quienes él habia advertido que él estaba aún vivo ; y que la reina se habia retirado con su hijo á una provincia que ella misma la habia sublevado en su favor. Tity, que habia recobrado su primitiva figura, marchó á su capital, donde fué reconocido por rey, y despues escribió una carta muy atenta y respetuosa á la reina, rogándola no causase revoluciones, y ofreciéndola una buena pension para ella y para su hermano Mirtil; pero la reina, que tenia prevenido un grueso ejército, le respondió que queria la corona, y que vendria á quitársela de las sienes. Esta carta no fué capaz de hacer que Tity perdiese á su madre el respeto que la debia ; pero esta per-

versa mujer, habiendo sabido que el rey Violento venia al socorro de su amigo Tity con un gran número de soldados, se vió precisada á aceptar las proposiciones de su hijo. Viéndose pues este príncipe pacífico poseedor de su reino, se caso con Biby con general regocijo de todos sus súbditos, que se complacian de tener tan bella y buena reina.

JULIETA. — ¿Y este príncipe reparó despues los males que se habian hecho á sus súbditos?

AYA. — Eso os lo diré en la primera ocasion, pues aun queda que contar lo respectivo á la vida de Tity cuando fué rey; y esto seria por ahora muy largo.

MARIQUITA. — ¿Y veremos entónces lo que sucedió á Astuto? Yo le quieró mucho, porque era un jóven honrado.

AYA. — Sí, querida mia. Ahora diga V. su historia.

MARIQUITA. — Despues de haber tenido otros muchos jueces los hijos de Israel, volvieron á idolatrar, y Dios permitió á los Filisteos que los castigasen. Luego que se vieron llenos de trabajos pidieron perdon á Dios, y el Señor movido de sus lágrimas resolvió enviarles un libertador. Para esto el ángel del Señor se presentó á una mujer que era estéril, y la dijo : « Yo te anuncio que tendrás un hijo, el cual libertará á Israel. Será consagrado al servicio del Señor para destruir á los Filisteos; y por esta causa tú no beberás vino ni cosa que pueda embriagar hasta despues que él haya nacido. Este niño será Nazareno; esto es, que será del Señor. No beberá licor que embriague, ni cortará jamas sus cabellos. » Dijo pues esta mujer á su marido que habia visto un hombre grande, que la habia prometido un hijo en nombre del Señor (ignorando ella que fuese un ángel). Quiso su marido ver el ángel, y habiéndose este aparecido segunda vez á la mujer, le rogó ella se aguardase un poco miéntras iba á llamar á su marido, y este preguntó al ángel cómo se llamaba, suplicándole les hiciese el gusto de comer con ellos un cabrito. El ángel le respondió : « Mi nombre es maravilloso; y aunque tú me preparases un cabrito, yo no comeria contigo : convendria ántes ofrecerlo en sacrificio al Señor. » El hombre obedeció al ángel; y cuando la llama del holocausto comenzó á subir hácia el cielo, se envolvió el ángel en esta llama y subió con ella. Dijo entónces el hombre á su mujer : « Moriremos sin duda, porque hemos visto la cara del Señor; » y respondió ella : « Si el Señor hubiera querido que muriésemos no hubiera recibido nuestro holo-



causto. » Pasado algun tiempo tuvo esta mujer un hijo, á quien llamó Sanson. Habiendo Sanson llegado á grande, pidió á su padre permiso para casarse con una doncella filisteá, y le dijo este : « ¿No hay bastantes doncellas en Israel? ¿Por qué pues quieres casarte con una extranjera? » Y Sanson respondió : « Yo amo á esta doncella ; » y como era



voluntad de Dios que se casase con ella, su padre condescendió con su gusto.

Yendo Sanson un dia á visitar á su dama, encontró un leon, y habiéndolo asido con sus manos, lo dividió en dos partes, porque sus fuerzas eran excesivas : algunos dias despues, mirando el cuerpo de este leon, vió que las abejas habian hecho un panal dentro de su boca : tomó el panal y lo presentó á sus padres, sin decirles de dónde lo habia cogido. Casóse pocos dias despues, y dió á los Filisteos un banquete que duró siete dias. En el primero les dijo Sanson : « Yo os propondré un enigma, y os daré siete dias de término para que lo adivineis : si lo acertais os daré treinta vestidos; pero de lo contrario me dareis á mí vosotros otros tantos. Ved aquí mi enigma : « Del que comé salió un manjar, y del fuerte salió la dulzura. » Los mancebos que asistieron á su boda no podian acertar este enigma, porque ignoraban que Sanson hubiese hallado el panal en la boca del leon. Hablaron pues con su mujer, y la dijeron : « Si no haceis de

modo que vuestro marido os explique este enigma, os quemaremos viva dentro de vuestra casa con vuestro padre. » El séptimo día habló á su marido, y le dijo : « Si me amaras me hubieras declarado lo que este enigma que has propuesto significa. — No lo he revelado á mis padres, respondió Sansón; pero no obstante os lo declararé á vos. » La mujer buscó al punto á los mancebos, y les dijo lo que el enigma significaba, el cual declararon ellos por la noche á Sansón, diciendo : « ¿Qué cosa hay mas dulce que la miel, ni mas fuerte que el leon? » Sansón, conociendo bien que habian seducido á su mujer, y para vengarse, quitó la vida á treinta Filisteos, y dió sus vestidos á los que habian explicado el enigma. Habíase retirado despues de esto á su casa; y pasados algunos dias volvió á ver á su mujer, á quien amaba, á pesar de su infidelidad; y el padre de esta señora le dijo : « Creí que habíais abandonado á vuestra mujer, y por esta razon la dí otro marido. — Ved aquí (dijo Sansón) dos grandes agravios que he recibido de los Filisteos : despues de haber seducido á mi mujer, me la han quitado : pues yo les declaro una eterna guerra. » Queriendo Sansón ven-



garse, tomó trescientas raposas, y atándolas por la cola unas con otras, les puso un hachon encendido entre cola y cola, y habiéndolas echado por delante de sí, pegaron fuego á las

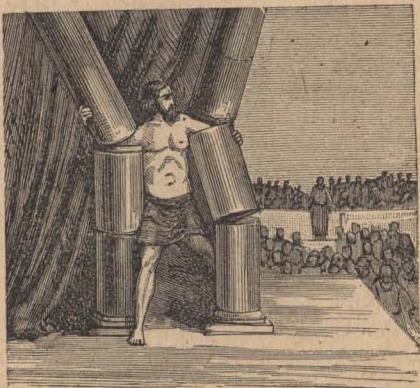


viñas, á los olivares y á las mieses de los Filisteos. Supieron despues ellos que Sanson habia ejecutado esto para vengarse de que le hubiesen quitado su mujer, y á esta y á su familia los quemaron dentro de su casa. Derrotó despues Sanson con las armas á los Filisteos, y ellos bajaron sobre los Israelitas de la tribu de Judá, donde se habia retirado Sanson, y les dijeron : « Nosotros hemos venido á prender á Sanson; si no nos lo entregais vamos á destruirlos. » Tres mil hombres de esta tribu se acercaron á Sanson; diciéndole : « ¿No sabes tú que los Filisteos son nuestros dueños? ¿por qué pues los has tratado de este modo? » Sanson les respondió. « Yo no soy quien comenzó la disputa, ellos me acometieron, y me es permitido vengarme de ellos. No obstante, yo veo que quereis entregarme en su poder, y os doy permiso para que lo ejecuteis, y me ateis cuán fuertemente pudiereis. » Cuando los Filisteos vieron á su enemigo atado con buenas cuerdas, hicieron grandes exclamaciones de alegría; pero apoderándose de Sanson el espíritu del Señor, recogió el aliento, y rompió las cuerdas como si fuesen un hilo, y por no tener armas, agarró una quijada de un jumento que halló á la mano, y con ella mató mil Filisteos. Conseguida la victoria tuvo mucha sed, y no habia agua en aquel lugar : exclamó al Señor, y dijo : « Es inútil que me hayais sacado de las manos de los Filisteos, supuesto que voy á morir de sed. » Oyó Dios la voz de Sanson, y abriéndose un diente de la quijada del asno que tenia en la mano, salió de él agua bastante para refrigerar la sed de este valeroso caudillo. Fué Sanson un dia á la ciudad de Gaza, y los Filisteos pusieron guardias en las murallas, y cerraron todas las puertas de la ciudad. Levantóse Sanson á medianoche para volverse á su casa, y encontró las puertas cerradas; pero esto no le sirvió de impedimento, porque como tenia toda su fuerza, arrancó los goznes de una de ellas, y llevándola sobre sus hombros, la condujo á la cima de una de las montañas vecinas, con grande espanto de los Filisteos, que decian : « Jamas podremos nosotros librarnos de este hombre. » Llegaron á saber que estaba Sanson enamorado de una doncella de su país; y habiéndola buscado los jefes de los Filisteos, la dijeron : « Nosotros te daremos una gran cantidad de dinero si nos entregas á Sanson. » Esta mujer se llamaba Dálila, y era avarienta y perversa. Resolvió vender á su amante por ganar este dinero, y le

dijo : « Ruégote que me digas en qué consiste tu fortaleza. » Conoció Sanson que queria venderle, y deseando burlarse de ella, la dijo : « Si me atasen con siete cuerdas mojadas, perderia todas mis fuerzas. Tomó pues Dálila siete cuerdas mojadas, y miéntras Sanson dormia lo ató. Tenia escondidos en su cuarto á los Filisteos, y cuando tuvo á Sanson atado, lo despertó, diciéndole : « Los Filisteos vienen á prenderos; vedlos aquí. » Despertó Sanson, y habiendo roto las cuerdas huyeron los Filisteos. Engañó despues otras dos veces á Dálila, y esta la dijo llorando : « Ya veo que no me amas, pues te burlas siempre de mí. » Atormentaba á Sanson incesantemente, y esto lo llenó de melancolía. En fin, fatigado de las importunaciones de esta mujer, le confesó la verdad, y la dijo : « Yo estoy consagrado al Señor desde ántes que naciese en calidad de Nazareno, y por esta causa no me he cortado los cabellos : en el punto mismo que estos sean cortados á navaja perderé toda mi fuerza. » Aprovechóse Dálila de este conocimiento; y habiéndose dormido Sanson en su regazo, hizo venir á un hombre que lo afeitó. Díjole entónces ella : « Sanson, ved aquí los Filisteos. » Creyó él que podria como en otras ocasiones matarlos; pero el Señor le habia abandonado, y solo habia quedado con las regulares fuerzas de los demas hombres. Cogiéronlo los Filisteos, y habiéndole sacado los ojos, le sentenciaron á que anduviese una tabona como si fuera una bestia. Celebraron los Filisteos algun tiempo despues una fiesta en honor de su Dios Dagon; y hallándose congregados todos los jefes del pueblo y personas de calidad celebrando su fiesta, mandaron traer á Sanson al templo para que los divirtiese. Luego que llegó, dijeron ellos : « Haz el bufon en nuestra presencia, y diviértenos. » El pueblo, luego que supo que Sanson hacia de bufon, concurrió al templo para verlo; y los que no pudieron entrar se subieron á las ventanas y al tejado. Estaban ya algo crecidos los cabellos de Sanson; y dijo al lazarillo que le guiaba : « Llévame al sitio donde están los dos mas grandes pilares que sostienen el templo. » Ejecutólo el hombre, y luego que estuvo allí levantó el corazon á Dios, y dijo : « Señor, dame tu auxilio: yo moriré gustoso en este lugar, con tal que perezcan conmigo los Filisteos que están aquí. » Abrazóse entónces con fuerza de los dos pilares, y desquiciándolos, cayó el edificio sobre él y los Filisteos, de los cuales quedaron tres mil



sepultados en esta ocasion; y de este modo Sanson hizo morir consigo mas que cuantos habia muerto en toda su vida.



JULIETA. — Señora Aya : yo no concibo el por qué Sanson no abandonó á la perversa Dálila desde la primera vez que conoció que procuraba venderle. Yo no sé cómo podia amarla, viendo que queria perderle ; era preciso que hubiese perdido el juicio.

SOFIA. — Sin duda tenia necesidad de que Astolfo hubiese hecho el viaje al reino de la luna en busca de su botella.

AYA. — Seguramente, señoritas mias; porque como yo he demostrado á Vds., las pasiones trastornan el juicio : buen ejemplo tenemos en la persona de Sanson.

MARIQUITA. — Señora Aya, ¿conque son las abejas las que hacen la miel? Yo no sabia eso.

AYA. — Sí, querida mia, las abejas son las que hacen la miel y la cera.

PALMIRA. — ¿Luego tienen ellas en su cuerpo cera y miel?

AYA. — No, querida; pero van á chupar las flores, y con el jugo de ellas hacen la miel y la cera.

ELENA. — ¿Cómo puede ser eso, señora Aya? Las flores son amargas y la miel es dulce.

AYA. — Eso es constante, querida mia. El jugo de las

flores es amargo, pero trabajándolo la abeja, y mezclándolo con su propia sustancia, lo vuelve dulce, como lo experimentamos. Nada hay mas admirable que el pequeño reino de las abejas. Digo que componen un reino pequeño, porque en cada una de sus casas (que se llaman colmenas) tienen ellas un rey, que no trabaja como las otras, al cual sustentan sin que haga cosa alguna. Este es únicamente el que tiene facultad para no trabajar : si las otras quisiesen ser perezosas las matarian sin remedio. Cada una tiene su



empleo: unas están encargadas de limpiar la colmena; otras de velar sobre las que trabajan; y otras andan todo el dia sobre las flores, y hacen á menudo grandes viajes para encontrarlas. Despues que han cargado se vuelven á casa sin errar el camino, y no haya miedo que se vayan á otra. Despues toman del jugo de las flores aquella parte que es á propósito para hacer la cera, y labran de ella un pequeño panal, y en este introducen la miel, que sin esto no se llamaria panal con propiedad.

MARIQUITA. — Señora Aya, ¿quién enseña á las abejas á hacer todo esto?

.. AYA. — El mismo Señor que enseña á los pájaros á hacer sus nidos con toda propiedad : que enseña á la gallina que



es menester estar sobre los huevos para tener pollos; y el que enseña á los gatos á fingirse dormidos para coger los ratones. Dios ha enseñado á todas las criaturas á quienes ha negado la razon lo que precisamente deben hacer, y ellas jamas lo yerran.

ELENA. — En verdad, señora Aya, que tengo dificultad en creer que mi perro no tenga razon, porque me entiende como si fuese una persona.

SOFIA. — Yo siempre he pensado que los brutos no tienen un discurso como el de los hombres; pero sin embargo no podré decir en qué está la diferencia que hay de ellos á nosotros. Si V. quiere manifestármela, la quedaré muy agradecida.

AYA. — Voy á decir lo que discurro. Examinemos ántes qué cosa es la razon : veamos lo que alcanza V. acerca de ella, Julieta.

JULIETA. — Eso es muy singular, yo tengo una razon, y no sé qué cosa sea. Es preciso confesar que soy una necia; pero escúcheme V. sin embargo. Dícese que una persona tiene razon cuando obra como debe, y cuando cumple con todas las obligaciones de su estado. La razon pues consiste en saberse dirigir bien.

AYA. — Maravillosamente dicho, querida mia; pero para que comprendais esto mejor, veamos todas las cosas que nuestra alma es capaz de hacer. Yo, por ejemplo, miro al fin de esta sala, y veo una puerta y una ventana : acércome, y reparo que al lado de esta puerta hay una escalera por la cual puedo paso á paso bajar al patio, y que si quiero salir por la ventana bajaré de un golpe : ¿en qué consiste que yo comprenda esa diferencia? Pensando. Pues ahora : esta facultad de pensar que reside en mi alma la llamaré entendimiento, y diré : mis ojos y mis oidos me mostrarán un objeto; pero quien conoce este objeto es mi alma. ¿Comprenden Vds. esto, niñas mias?

ELENA. — Sí, señora, grandemente. Yo veo por mis ojos que V. es una mujer, y que una mujer no es lo mismo que una cama : esto quien lo conoce es mi entendimiento. Mas : oigo hablar á V., y cantar á mi pájaro, y estas dos voces que entran por mis oidos van á encontrarse con mi entendimiento, y él entónces decide que la voz de V. es la voz de una mujer, y la otra es de un pájaro.

AYA. — Elena ha explicado esto como un catedrático.

Volvamos á nuestra primera comparacion, niñas mías. Yo pues quiero salir de esta sala : mi entendimiento me ha hecho ver la diferencia que hay entre salir por la ventana ó por la escalera, y dice : « Si salgo por la ventana me hallaré de un golpe en el patio ; pero podrá suceder que al caer se vuelva mi cuerpo de modo que caiga de cabeza y me la rompa ; ó podré caer sobre un brazo ó pierna, y me sucederá lo mismo. Si por el contrario, bajo por la escalera, tardaré algun tiempo mas, pero siempre quedaré en pié, y no tendré el riesgo de abrirme la cabeza. » El entendimiento hace estas reflexiones, el alma las escucha ; y entónces otra potencia que hay en ella, que es la voluntad, dice : « Yo quiero ir mas despacio, y no exponerme á una desgracia, y así tomaré mi camino por la escalera, y no por la ventana. » De este modo el entendimiento examina y pesa las cosas, y la voluntad elige. Hállome esta noche en esta sala, pero sin tener luz : por consiguiente no veo la diferencia que hay entre la puerta y la ventana, pero me acuerdo de esta diferencia que no veo ; pregunto : ¿cómo mi alma se acuerda y tiene presente esta diferencia ? Porque ella tiene una tercera potencia ó facultad, que se llama memoria. Volvamos á repetir esto : ¿cuántas facultades ó potencias tiene nuestra alma, Palmira ?

PALMIRA. — Tres : el entendimiento, que nos sirve para conocer las cosas : la voluntad, que nos hace elegir una cosa ántes que otra, á causa de la diferencia que el entendimiento ha notado en ellas ; y la memoria, que nos recuerda de esta diferencia áun sin ver los objetos que los ojos mostrarían á nuestro entendimiento si fuera de día.

AYA. — V. comprende esto, querida mia, tan bien como el mejor ; pero debe V. advertir, que la voluntad es una potencia ciega que nada conoce. Si fuese sábia pediría siempre consejo al entendimiento, y le daría tiempo para examinar lo que fuese mejor ; pero ella se adelanta á elegir ántes de examinar como una atolondrada, y de esto resulta que escoge lo peor, y que por esto es ella la causa de cuantos desaciertos ejecutamos. ¿Quieren Vds. ver ahora qué cosa sea una persona de razon ? Es una persona que hace un buen uso de su entendimiento, y que se habitúa á no hacer nada sino despues de haber dado tiempo al entendimiento para examinar lo mas conveniente ; y por consecuencia la razon no es otra cosa que la exactitud del entendimiento



para examinar, y la sumision de la voluntad á las luces del entendimiento para elegir. Para tener razon, y una razon tal como es la nuestra y la de todos los hombres, son necesarias dos cosas : un entendimiento para examinar, y una voluntad para resolver. Cualquiera de estas cosas seria inútil sin la otra. Ahora bien, ¿me dirá V. con certeza la causa de esto, Soffa?

SOFIA. — Discurro que sí, señora Aya. ¿De qué me serviría que mi entendimiento me enseñase que es mejor salir de esta sala por la puerta que por la ventana, si yo no tuviese libertad para elegir uno entre estos dos caminos; y si una fuerza, á la cual no pudiese resistir, me hiciese arrojar por la ventana? Entónces, léjos de serme útil el entendimiento, no serviría sino de hacerme desdichada, pues me descubriría á cada paso mil peligros, que no estaria en mi mano evitarlos.

AYA. — Lo que V. ha respondido es certísimo, querida mia. El entendimiento, que no hace mas que examinar, y que no puede querer, seria inútil sin la voluntad; y Dios, que nada hace inútil, no puede dar entendimiento sin voluntad. Si yo consigo hacer ver que los brutos no tienen voluntad, podremos decir con verdad que no tienen entendimiento, pues no puede haber lo uno sin lo otro. Si los animales no tienen ni entendimiento ni voluntad, es forzoso decir que no tienen razon, pues ya hemos decidido que la razon es una voluntad que se gobierna por las luces del entendimiento.

JULIETA. — Yo confieso, señora Aya, que me es imposible creer que los brutos no tengan voluntad y razon; porque yo tengo un mico muy bonito, al cual se le dió un dia vino con azúcar, y bebió con exceso, de cuyas resultas estuvo bien malo el pobre animalillo : desde entónces no ha querido jamas volver á beber vino : luego mi mico piensa, y para consigo mismo se hace esta cuenta : « Este vino es bueno, pero me ha hecho mal, y no quiero beber otra vez porque volveré á estar malo. » En esto ya ve V. que discurria, y que su voluntad obedeció á la razon.

AYA. — ¡Qué satisfecha ha quedado Julieta con su prueba! Pero querida mia, yo concluyo todo lo contrario; y el ejemplo de los hombres prueba lo que digo. Decidme, niñas mias : ¿no habeis comido vosotras alguna cosa que os haya hecho mal?

PALMIRA. — Sí, señora, mas de cuatro veces. Yo gusto mucho de la fruta, y siempre que puedo pillarla como tanta, que me hace mal.



MARIQUITA. — Y yo gusto del té. Dicen que él hace mal á las niñas chiquitas, y mamá nó quiere que lo tome; pero yo hago tantas instancias á mi criada, que siempre me da media taza.

AYA. — ¿Y no habeis visto tambien caballeros que se mueren mozos porque beben demasiado : señoras que se fatigan tanto bailando, que se les enciende la sangre y caen malas?

SOFIA. — Sí, señora Aya; pero á todas esas gentes les falta la razon.

AYA. — ¿Y por qué no tienen razon? No por otra cosa sino porque tienen una voluntad que no quiere obedecer á su entendimiento. Los desaciertos que los hombres hacen prueban que son libres, y euando vemos que los brutos obran razonablemente como lo hacen siempre, debemos entender que no son dueños para obrar de otro modo; porque si tuvieran voluntad como los hombres, hicieran desaciertos como ellos. El mico de Julieta hubiera vuelto á beber vino si hubiese sido dueño de hacerlo; así como un



señor, que por haber bebido ayer mucho ha estado hoy malo, volverá no obstante á beber mañana.

SOFIA -- Pero, Aya mia, ¿qué es lo que hace obrar á los brutos, no teniendo ni entendimiento ni voluntad?

AYA. — El Señor que los crió les ha dado en lugar de razon un instinto natural que los obliga á hacer todas las cosas que ha querido que hagan. Él ha dado á V. un perrito para entretenerse y guardarla; ese perrillo carece de libertad para no amar á V. dándole de comer todos los dias : tampoco la tiene para callar cuando entra en la sala una persona á quien él no conoce, y ladra aunque no quiera, para prevenir á V. que tenga cuidado con esa persona que tal vez ha entrado á robar ó á matar á V.

PALMIRA. — ¡Ay, señora, y qué feliz seria yo, y lo mismo todos los hombres, si en lugar de la razon nos hubiera dado Dios (como á los animales) un instinto que nos impeliese á hacer lo que debemos : no haríamos entónces tantos desaciertos!

AYA. — Cierto es, hija mia, que nosotros no procedemos mal por otra causa que porque tenemos una voluntad que no quiere obedecer al entendimiento; pero es necesario que conozcais tambien que sin la voluntad no podríamos ser virtuosos. Dios quiso ser servido por las criaturas, y que estas le amasen voluntariamente, y sin fuerza alguna. Cuando me haceis bien, yo os quedo obligada únicamente porque sé que no habeis sido forzada á hacerlo, sino que ha sido voluntad vuestra hacerme bien. Privando al hombre de la voluntad, le quitaríais todos los vicios, pero tambien todas las virtudes. Los brutos no tienen necesidad de ser virtuosos, porque no tienen castigo que temer ni recompensa que esperar en la otra vida. Cuando sus cuerpos mueren, todo muere con ellos; pero como al hombre le ha criado Dios para vivir feliz por toda la eternidad, siendo como es este Dios infinitamente justo, era necesario que dejase al hombre los medios para que ganase esta felicidad por sí, practicando la virtud; y para esto le dejó la libertad de hacer todo aquello en que consiste la virtud. Pero nosotros, niñas mías, nos hemos entretenido en filosofar, sin pensar en que es ya bien tarde. No tendremos pues tiempo para decir ni una sola palabra de geografia : necesitamos comenzar por ella en la primera ocasion.

MARIQUITA. — ¿Y el príncipe Tity, señora Aya?

AYA. — Tiene V. razon, querida mia. Lo concluiremos, y despues hablaremos de la Francia. Esta es la primera parte que se halla al medio de la Europa, comenzando por el oeste.

---

## DIALOGO VIGÉSIMOSEGUNDO

---

### TARDE VIGÉSIMA

AYA. — Prometí á Vds. acabar hoy el cuento del príncipe Tity, y voy á cumplir mi palabra.

Habiendo subido Tity sobre el trono, comenzó á restablecer el buen orden en sus Estados; y para conseguirlo ordenó que todos los que quisiesen quejarse á él de cuantas injusticias se les hubiesen hecho, serian bien admitidos, y mandó á sus guardias que no impidiesen la entrada á ninguno que quisiese hablarle, aunque fuese un miserable mendigo; porque decia este buen príncipe : « Yo soy padre de mis súbditos, y de los pobres igualmente que de los ricos. » No causó cuidado por entónces á los cortesanos este modo de pensar, porque decian : « El rey es jóven, y esto no durará mucho : él tomará el gusto á los placeres, y le será forzoso dejar á sus ministros el cuidado de los negocios : » mas ellos se engañaron. Tity distribuia tan bien el tiempo, que tenia lugar para todo. Por otra parte, el conato que puso en castigar á los primeros que faltaron á su deber, hizo que ninguno se atreviese despues á apartarse de su obligacion. Habia despachado embajadores á dar gracias al rey Violento por el socorro que le habia dispuesto, y este príncipe envió á decirle que gustaria volver á verle, y que si queria acercarse á las fronteras de su reino vendria él en persona á visitarle. Tity, viendo que en sus Estados estaba todo tranquilo, aceptó gustoso este partido, porque ademas le acomodaba para cierto designio que tenia formado, el cual



era el de hermosear la pequeña casa donde había visto á su querida Biby la primera vez. Para esto mandó á dos de sus oficiales que comprasen todas las tierras que estaban alrededor, prohibiéndoles hacer á nadie violencia alguna. « Yo no soy rey, decia, para forzar á mis súbditos, porque al fin



cada uno debe ser dueño de su corta heredad. » Entre tanto habiendo llegado Violento á la frontera, se reunieron las dos córtes, que sin duda estaban brillantes. Violento habia llevado en su compañía á su hija única, llamada Elisa, que ademas de ser un genio amable, era la doncella mas hermosa del mundo y de una bella índole. Tity habia igualmente llevado consigo, ademas de su esposa, á una prima suya llamada Blanca, que no solo era bien parecida y virtuosa, sino tambien de mucho entendimiento. Como estaban

(por decirlo así) en el campo, determinaron echar ceremonias á un lado, y obrar con libertad; para lo cual permitieron á muchos señores y señoras comer con los reyes y las princesas; y para quitar el ceremonial dispusieron que no se les diese á los reyes el tratamiento de Vuestra Majestad,



y que los que se le diesen pagasen por cada vez un doblon de multa. Aún no habia un cuarto de hora que estaban á la mesa cuando vieron entrar una viejecilla muy mal vestida, á la cual conocieron Tity y Astuto, y con este motivo se levantaron á recibirla; pero habiéndoles ella guiñado el ojo, comprendieron que no queria ser conocida. Pidieron pues permiso al rey Violento y á las princesas para presentarles una de sus buenas amigas que venia á pedirles de comer.



La vieja sin detenerse se puso en una silla de respaldo que estaba inmediata á Violento, y que nadie habia osado tomar por respeto, y dijo á este príncipe : « Como los amigos de nuestros amigos son amigos nuestros, no tendreis á mal que use de libertad con vos. » Violento, que era de su natural un poco altivo, se alteró de la familiaridad de la vieja, pero procuró disimular. Habian advertido á la vieja la multa que se debia pagar por cada vez que dijese vuestra Majestad; pero sin embargo, luego que estuvo á la mesa dijo á Violento : « Vuestra Majestad parece que se ha admirado de la libertad que yo me tomo; pero siendo esto una costumbre antigua, soy demasiado vieja para reformarme; y así vuestra Majestad se dignará perdonarme. — La multa, la multa, exclamó Violento, dos doblones debeis. — Vuestra Majestad no se inquiete, dijo la vieja : se me habia olvidado que no se debe decir vuestra Majestad; pero vuestra Majestad no ha reparado en que prohibiendo decir vuestra Majestad, hace acordar á todos que se abstengan de este molesto respeto, que quiere desterrar por este medio : así como aquellos que por familiarizarse dicen á los que admiten á su mesa, no obstante que sean inferiores á ellos : « Bebed á mi salud. » Nada hay tan ridículo como esta bondad en iguales casos, porque es lo propio que si les dijeseis : « Tened presente que no habeis nacido para brindar á mi salud, si para ello no os concedo yo el permiso. » Este es mi sentir. En cuanto á lo demas no quiero eximirme de pagar la multa : ved aquí siete doblones que debo. » Sacó entónces de su faltriquera una bolsa tan usada como si tuviese cien años, y echó los siete doblones sobre la mesa. Violento no sabia si disgustarse ó reirse de la conversacion de la vieja : él era propenso á encolerizarse de nada, y comenzaba ya á encendérsele la sangre; pero no obstante resolvió contenerse por respeto de Tity, y tomando el caso por pasatiempo, dijo á la vieja : « Ahora bien, buena madre, hablad como se os antojare, ya sea diciendo vuestra Majestad ó no : yo quiero tambien ser uno de vuestros amigos. — Entre ellos os cuento, respondió la vieja, y aun por eso me he tomado la licencia de decir lo que siento, y así lo haré siempre que haya motivo; porque el mayor servicio que á los amigos puede hacerse es advertirles de aquello en que se cree que obran mal. — No conviene que os fieis en eso, respondió Violento, hay casos en que yo

no recibiré con gusto tales avisos. — Confesad, príncipe mio, le dijo la vieja, que no os hallais léjos de uno de esos casos, y que daríais algo bueno por tener la libertad de enviarme á pasear á vuestro arbitrio. Ved ahí nuestros héroes : ellos se inquietarian si se les reprendiese por haber huido de la presencia de un enemigo, y de haberle cedido la victoria sin combate; y son ellos los que confiesan á sangre fria que no tienen valor para resistir á su cólera : como si no fuese mas vergonzoso ceder cobardemente á una pasión que á un enemigo, á quien no está siempre en nuestra mano poder vencerlo. Mas porque no os agrada mi plática, mudemos de conversacion. Permitidme haga entrar á mis pajes, que tienen que hacer algunos presentes á los congregados. » Dió, entónces un golpe la vieja sobre la mesa, y al punto vieron entrar por las cuatro ventanas de la sala otros tantos niños con alas, que eran los mas hermosos del mundo. Cada uno traia una cesta llena de diversas cosas de una riqueza extraordinaria. Habiendo al mismo tiempo vuelto á mirar á la vieja el rey Violento, se sorprendió al verla trasformada en una hermosa dama, tan costosamente adornada, que deslumbraba la vista. « ¡Ay madre mia! dijo á la encantadora, yo os reconozco por la verdadora de nísperos y avellanas, que á tanta ira me provocó : perdonadme el poco respeto con que os he tratado, pues no tenia el honor de conoceros. — De ahí podeis inferir que no conviene faltar al respeto á nadie, replicó la encantadora; pero, príncipe mio, para que veais que no guardo rencor, voy á haceros dos presentes : el primero es esta taza, que está hecha de un solo diamante, pero no es esto lo que la hace estimable. Siempre que os halleis próximo á ser poseido de la ira, llenadla de agua, bebedla en tres veces, y sentireis calmar la cólera para hacer lugar á la razon. Si os aprovechais de este primer presente os hareis digno del segundo. Yo sé que amais á la princesa Blanca, y que ella os tiene por muy digno de ser querido; mas por el temor de vuestros coléricos acometimientos solo se casará con vos con la condicion de que habeis de usar de esta taza. » Pasmado Violento de que la encantadora penetrase de este modo sus defectos é inclinaciones, confesó que efectivamente se tendria por muy feliz casándose con Blanca; pero añadió : « Cuando yo fuese tan dichoso que mereciera el consentimiento de Blanca, aún me quedaria un obstá-



culo que vencer, pues me seria siempre sensible casarme segunda vez por el temor de privar á mi hija de una corona. — Admirable modo de pensar : pocos padres se encuentran, dijo la encantadora, capaces de sacrificar sus inclinaciones

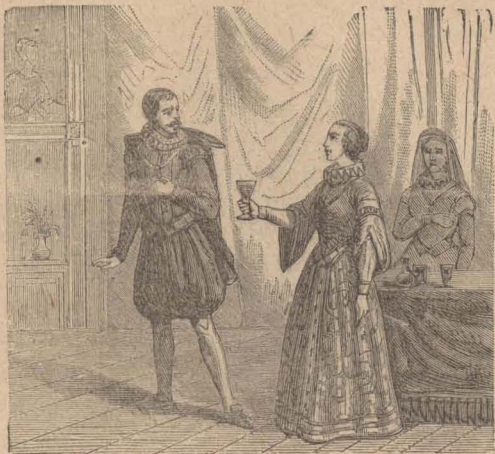


por la felicidad de sus hijos ; pero no os detengais en eso. El rey de Mogolan, que era uno de mis amigos, acaba de morir sin sucesion, y por consejo mio ha dispuesto de su corona en favor de Astuto : este no ha nacido príncipe ; pero merece serlo : ama á la princesa Elisa, y es justo que recompense la fidelidad de Astuto ; y si vos como padre se lo permitís, estoy segura de que obedecerá sin repugnancia. » Sonrojóse Elisa al escuchar estas razones ; porque á la verdad le habia parecido Astuto muy amable, y habia

oído con gusto lo que la habian contado de su fidelidad para con su amo. « Señora, dijo Violento, nosotros hemos puesto en práctica el hablar con sencillo corazon : yo estimo á Astuto, y si la costumbre no me atase las manos no tendria necesidad de verle con una corona para darla á mi hija; pero los hombres, y los reyes mas que todos, deben respetar los usos y costumbres recibidos; y yo quebrantaria estas costumbres si diése mi hija á un particular caballero. Ella procede de una de las mas antiguas familias del mundo, y vos sabeis bien, que de trescientos años á esta parte hemos ocupado nosotros el trono. — Príncipe mio, dijo la encantadora, ignorais sin duda que la familia de Astuto es tan antigua como la vuestra, siendo así que sois parientes, y procedéis de dos hermanos, y aún debia Astuto llevar la preferencia, porque proviene del mayor, y vuestro padre era solo un segundo. — Como me probeis eso, dijo el rey Violento, os juro que daré á Astuto mi hija, aún cuando los súbditos del difunto rey de Mogolan se nieguen á reconocerle por su dueño. — Nada es mas fácil de probar que la antigüedad de la casa de Astuto, dijo la encantadora : él procede de Elisa, la mayor de los hijos de Jafet, hijo de Noé, que se estableció en el Peloponeso, y vos venís del segundo hijo de este mismo Jafet. » No hubo quien pudiese contenerse sin dar una gran carcajada de risa viendo la seriedad con que la encantadora se burlaba de Violento. La cólera de este empezaba ya á apoderarse de sus sentidos; pero la princesa Blanca, que estaba á su lado, le presentó entónces el vaso de diamante. Bebiólo de tres golpes como se lo habia ordenado la encantadora, y en este intervalo pensó en sí mismo que efectivamente todos los hombres eran en realidad iguales en su nacimiento, puesto que todos procedian de Noé; y que á la verdad no habia entre ellos otra diferencia que la que se adquirian por sus virtudes. Acabó de apurar el vaso, y dijo á la encantadora : « Verdaderamente, señora, que os debo mucha obligacion : acabais de corregirme de dos grandes defectos sobre mi encaprichamiento, á saber : el de mi nobleza, y el de la costumbre de encolerizarme : admiro la virtud del vaso que me habeis regalado, porque conforme iba bebiendo sentia calmar mi cólera; y las reflexiones que he hecho en el intervalo que he gastado en beber los tres golpes, acabaron de tranquilizar mi razon. — No quiero engañaros, dijo la



encantadora; en el vaso que os he presentado no hay virtud alguna : quiero pues declarar á todos los presentes en qué consiste el hechizo que hay en esta agua bebida de tres veces. De un hombre de razon y juicio jamas se apodera la cólera si le da tiempo para reflexionar, y no le coge de sorpresa. Pues ahora bien : con tomarse el trabajo de hacer llenar de agua este vaso, y beberlo en tres veces, se toma tiempo; los sentidos calman, y dan lugar á las reflexiones; y al finalizar esta ceremonia, ya la razon ha dominado á la



pasion. — Verdaderamente, dijo Violento, que he aprendido mas en este dia que en todo lo restante de mi vida. Feliz vós, Tity, pues sereis el príncipe mas grande del mundo con semejante protectora : suplicoos empleeis el poder que teneis sobre la proteccion de esta dáma, para recordarla que ha prometido ser mi amiga. — Tengo mucha memoria para que se me olvide, dijo la encantadora : ya os he dado pruebas de ello, y continuaré repitiéndolas en adelante, con tal que seais dócil, y espero que esto sea hasta el fin de nuestra vida. Por ahora no pensemos en mas que en divertirnos celebrando vuestro casamiento, y el de la princesa Elisa. » A este tiempo avisaron á Tity, que los oficiales que de su orden estaban encargados en la compra de todas las tierras

y casas que rodeaban la de Biby deseaban hablarle. Habiéndolos mandado entrar, le manifestaron el diseño de la obra que habían hecho en esta pequeña casa, á la que añadieron un gran jardín y un dilatado parque, el cual hubiera quedado perfecto á haber podido derribar una casita, que por hallarse en el medio de uno de los paseos de este parque, destruía la simetría de él. « ¿Y por qué no habeis quitado esta bicoca? dijo el rey Violento, hablando con los oficiales



y arquitectos. — Señor, respondieron ellos, nuestro rey nos mandó que no hiciésemos á nadie violencia; y hemos dado con un hombre tan apasionado por su casa, que aunque hemos ofrecido pagar por ella cuatro veces mas de lo que vale, con todo no ha querido venderla. — Si ese pícaro hubiese nacido vasallo mio le haria ahorcar, dijo Violento. — Primero apuraríais el vaso, dijo la encantadora. — Yo creo, dijo Violento, que el vaso no le salvaria la vida; porque á la verdad ¿no es cosa terrible que un rey no sea dueño de sus Estados, y que se vea forzado á abandonar una obra que desea concluir, por la resistencia de un pícaro bribon, que debiera considerarse feliz por hacer su fortuna, obligando á su dueño, sin ponerlo en la precision de reprimirse y de abandonar su designio? — Yo, no haré ni



lo uno ni lo otro, dijo Tity riéndose, ántes pretendo que esta casa sea el mayor ornato de mi parque. — ¡Oh! yo desconfío de que así sea, dijo Violento : ella está situada en tal forma, que solo puede servir para echarlo á perder. — Ved aquí lo que haré yo, prosiguió Tity : la mandaré rodear de una muralla bastante alta, para impedir á este hombre la entrada en mi parque, pero sin quitarle la luz ; pues no sería justo encerrarle como en una cárcel. Esta muralla seguirá por ambos lados, y en ellos se leerán estas palabras escritas con letras de oro : « El rey que hizo construir este parque quiso ántes dejarle con este defecto, que ser injusto con un súbdito suyo, arrebatándole la herencia de sus padres, no teniendo sobre ella otro derecho que el de la fuerza. » — Todo cuanto veo me confunde, dijo Violento : confieso que ni áun tenia idea de las virtudes heroicas que hacen á los hombres grandes. Sí, Tity, esta muralla será el ornamento de vuestro parque, y la ilustre accion que haceis en erigirle será el ornato de vuestra vida. Pero, señora, ¿en qué consiste que Tity se incline tan naturalmente á las grandes virtudes, de que yo, como he dicho, áun no tenga siquiera idea? — Gran rey, le respondió la encantadora, Tity, criado por unos padres que le amaban poco, nada ha hecho sin sufrir alguna contradiccion desde que nació : por consiguiente se ha acostumbrado á sujetar su voluntad á la ajena en todas las cosas indiferentes. Como no tenia facultades algunas en el reino durante la vida de su padre, no podia conceder la menor merced, y ademas se sabia que el rey deseaba desheredarlo ; los lisonjeros no han tenido motivo para echarlo á perder, creidos que de él nada tenian que temer ni que esperar, y así lo abandonaron á los hombres de bien, y estos le inclinaban á la integridad y al recto proceder. En compañía de estos ha aprendido que un rey, que es dueño absoluto para hacer bien, debe tener atadas las manos cuando se trata de hacer mal : que los hombres á quienes manda son libres, y no esclavos : que los pueblos, dando la corona á sus iguales, no se someten á estos sino para dar padres y protectores á las leyes, y refugio á los pobres y á los oprimidos. Vos, hecho rey desde los doce años de vuestra edad, jamas habeis entendido estas grandes verdades : los ayes á quienes se confió vuestra educacion solo han pensado en hacer su fortuna ganando vuestra voluntad : á vuestra soberbia

llamaban noble fiereza; á vuestras iras vivacidades disimulables; en una palabra, ellos han causado hasta ahora vuestra infelicidad y la de vuestros pobres súbditos, á quienes habeis mirado y tratado como esclavos, pensando que habian nacido únicamente para servir á vuestros caprichos; siendo así que vos poseeis vuestro reino solamente para su proteccion y defensa. » Convencido Violento de las verdades que le dijo la encantadora, é instruido de sus obligaciones, se aplicó desde entónces á vencerse para cumplir con ellas, sirviéndole de estímulo para sus buenas resoluciones el ejemplo de Tity y de Astuto, los cuales conservaron sobre el trono las virtudes que los habian conducido á él.

JULIETA. — Ved ahí, señora Aya, el mas bonito cuento que yo he oido en mi vida; él hace que me acuerde de una pequeña historia que oí referir, y que contaré á estas señoritas, si V. me lo permite.

AYA. — Con mucho gusto, querida mia.

JULIETA. — Habia una mujer de humilde nacimiento, que era la mas desdichada del mundo: el marido que tenia la cascaba todos los dias, y tanto que frecuentemente solia enfermar. Fué á buscar á una mujer anciana, que era tenida por de mucha ciencia, y áun tambien se decia por algunos que era bruja, porque conseguia todo cuanto intentaba. La verdad es, que por tener esta mujer mucha prudencia se dedicaba á conocer el carácter de las personas con quienes trataba: hacia que ejecutasen cuanto ella queria, y preveia lo que deseaban hacer. La vieja oyó las quejas de su vecina, y como la conocia á ella y á su marido, la dijo que queria emplear toda su ciencia en servirla. Trajo pues un cántaro lleno de agua, y poniéndolo sobre la mesa, hizo tres círculos, diciendo algunas palabras en latin: echó despues en esta agua unos granos de sal, y habiendo llenado una botella, dijo á su vecina: « Guardad con cuidado esta agua, y siempre que veais á vuestro marido próximo á enfadarse, llenaos la boca de esta agua, y yo os prometo que mientras lauviéreis en la boca no os pegará vuestro marido. » La mujer dió muchas gracias á su vecina, y ejecutó puntualmente cuanto la habia mandado. Desde entónces no la quedó duda en que esta vieja era verdaderamente bruja, porque en ocho dias que le duró el agua no la pegó su marido ni siquiera una vez. Cuando vió vacía la botella se



afigió mucho, y volvió á casa de la vieja para que se la llenase. « No teneis necesidad de eso, la dijo la vieja: esta agua es del rio, sobre la cual he dicho palabras que nada significan. — No obstante, replicó la moza, ella ha tenido la virtud de impedir que mi marido me cascase. — Sí, por-



que os ha estorbado que replicáreis á vuestro marido, añadió la vieja, supuesto que no podiais hablar mientras la teniais en la boca. Volved pues á vuestra casa, y cuando veais que vuestro marido ha bebido algo mas, ó que está mal humorado, en lugar de insultarle y decirle injurias, guardad silencio como si tuviéseis la boca llena de agua, y vereis que se le pasa la cólera. » La moza siguió el consejo de la vieja, y se halló bien con él; porque su marido, con no ser contradicho fuera de razon, perdió la costumbre de encolerizarse, y vivió siempre bien con su mujer, á la cual amó mucho desde el punto que se hizo dulce, callada y sufrida.

AYA. — Esa historia es muy buena, querida mia. Yo quiero dar á Palmira una botella de agua: bien sabeis que teneis necesidad de ella: ¿es verdad, querida?

PALMIRA. — Verdad es, señora; pero no obstante, aseguro á V. que me voy corrigiendo de dia en dia, y que ya no soy tan mala como ántes.

AYA. — Si V. prosigue llegará á ser enteramente buena.

Hablemos ahora de geografia; pero ántes de examinar la situacion de la Francia quiero decir á Vds. de paso lo que era ántes de que tuviese este nombre.

Antiguamente llamaban á este país las Galias: era habitado por pueblos sumamente fuertes y robustos, y de un ánimo feroz, y esto los hizo que fuesen largo tiempo mirados como invencibles. Habiéndose multiplicado estos pueblos, buscaron su establecimiento en otros países; porque aunque las Galias tenian bastante extension, eran reducidas para tanta gente. Pasó á Italia un grande ejército de Galos, y pidieron políticamente un país en que establecerse, y ademas de habérselo negado, cometieron respecto de ellos una injusticia, de la cual su jefe, llamado Breno, pidió justicia á los Romanos. No habiéndosela hecho estos, condujo su ejército contra Roma, cuya ciudad hallaron enteramente abandonada de los Romanos. Pusiéronla fuego; pero habiendo sido atacados despues por uno llamado Camilo en ocasion que estaban para hacer las paces, fueron derrotados y hechos pedazos. Estos Galos que quemaron la ciudad de Roma salieron de la ciudad de Sena, que es la que os voy á mostrar sobre el mapa. En los tiempos sucesivos volvieron los Galos á enviar ejércitos á la Grecia y á la Italia; pero fueron casi todos deshechos, despues de haber alcanzado grandes victorias y tomado los pueblos por donde habian pasado. En fin, los Galos fueron vencidos y sometidos á Julio César despues de diez años que mantuvo guerra con ellos. Hablando de Inglaterra os he advertido, que habiéndose ido debilitando de dia en dia el poder de los Romanos, vinieron despues á no poder conservar sus conquistas, las cuales fueron quitadas por las naciones que se aprovecharon de su falta de fuerzas: Un pueblo llamado los Visogodos les tomó el Languedoc, y una parte de la Provenza, que es la que veis al sur de la Francia. Otro pueblo llamado los Borgoñones les quitó este país que veis, y que comprende las antiguas provincias de Borgoña y del Delfinado. En fin, los Francos, que habitan del otro lado del Rin en la Germania, vinieron á hacer sus correrías en las Galias, y por último se establecieron en ellas (despues de haberlas saqueado) bajo la dominacion de un príncipe que se llamaba Clovis ó Clodoveo, el cual acabó de echar de todo aquel país el resto que habia quedado de los Romanos. Clodoveo hizo despues un convenio con otro pueblo,



que de consentimiento de los Romanos se hallaba establecido en las Galias. Eran estos los Ingleses, que como ya hemos tocado hablando de Inglaterra, habitaban entónces la Bretaña, de la cual les cedió Clodoveo una parte, con condicion de que los principales ó cabezas no tomasen en adelante nombre de reyes ; pero sucesivamente fueron llamados condes.

Retened bien esto, señoritas, en la memoria ; y ahora diré á Vds. que ántes de 1789 estaba dividida la Francia en treinta y tres gobiernos ó provincias, y hoy lo está en ochenta y seis departamentos, cuyos nombres é indicacion de aquellas hallareis en los libros de geografia, pues estos pormenores son ajenos de nuestro objeto. Vamos, Mariquita, repita V. su historia.

MARIQUITA.— Un hombre llamado Elimelec se pasó á vivir al país de los Moabitas con Noemi su mujer, y dos hijos suyos, los cuales se casaron con dos hijas de Moab. Habian abandonado su país á causa de una grande hambre que se padecia en él. Residieron diez años en Moab, y durante este tiempo murieron el padre y los dos hijos. Quedó Noemi sola con sus dos nueras, y queriendo volverse á su país, dijo á las viudas de sus hijos : « Volveos á la casa de vuestros padres ; yo ruego á Dios que os bendiga, porque habeis vivido bien con mis hijos, y despues conmigo, y el Señor os recompensará dándoos otros maridos. » Una de sus nueras se despidió con lágrimas de ella, y se volvió á casa de sus padres ; pero la otra llamada Ruth la respondió : « Yo no he de dejaros : vuestro Dios será mi Dios, vuestro pueblo, pueblo mio, y solo la muerte me separará de vos. » Partió pues Ruth con su suegra, y viniéronse á Bethel, que era el país de Noemi, donde fué generalmente admirada la virtud de esta jóven, que lo habia abandonado todo por seguir á su suegra, no obstante ser muy pobre. Era esto en el tiempo de la siega, y dijo Ruth á Noemi : « Si me lo permitís iré á espigar, para que con esto podamos vivir. » Condescendió la suegra, y fué ella al campo de un hombre anciano y rico, llamado Booz, que era pariente del padre de su marido. Habiendo ido Booz á ver á sus segadores, y sabido que esta jóven era la Moabita, cuyo buen corazon habia aumiado á todos, la dijo : « Dios os bendiga, querida hija mia, yo estoy seguro de que ha de recompensaros el Señor. No salgais de mi campo, espigareis con mis hijas en él, y comereis en

nuestra compañía. » Despues de esto mandó Booz á sus criados, que como que era casualidad dejasen caer espigas en abundancia en el sitio donde ella espigase, y por esta causa juntaba mucho, y se lo llevaba á su suegra. Admirada Noemi de la prudencia, afecto y obediencia de Ruth, la dijo : « Hija mia, quiero recompensar tu amistad dándote un medio para hacerte feliz. Booz es pariente nuestro, y debe casarse contigo : ve pues muy de mañana á su granja, y luego que se levante humíllate en su presencia, y él te preguntará qué ocasion te mueve á esa accion ; y te dirá lo



que debes ejecutar. » Hizo Ruth lo que su suegra la habia ordenado, y Booz se quedó admirado viéndola postrada á sus piés. Dijole Ruth : « Señor mio, vos sabeis que yo soy vuestra parienta, y que segun la ley debeis casaros conmigo. — Vuestras operaciones, hija mia, respondió Booz, os acreditan verdaderamente de prudente, puesto que lejos de buscar un marido jóven, habeis elegido un viejo. Ciertó es que soy vuestro pariente, pero teneis otro que lo es más cercano : si él rehusare casarse con vos, como lo ordena la ley, en este caso os recibiré por mujer mia, porque todo el mundo conoce vuestra virtud. » El dia siguiente se sentó Booz á la puerta de la ciudad á presencia de diez testigos de los mas ancianos del pueblo, y dijo al hombre que era el mas inmediato pariente : « Noemi trata de vender la parte de heredad de su marido ; ved si quereis comprarla, y casa-



ros con Ruth para dar hijos á vuestro pariente difunto.» Él respondió: « Yo renuncio la heredad y la mujer, tómalala tú para ti.» Entonces se quitó, segun la costumbre, su zapato, porque esta era la señal de que renunciaba la heredad del difunto. Tomó Booz el zapato, y se casó con Ruth; y todo el mundo le decia: « Seais feliz con esta mujer, y Dios la bendiga como bendijo á Raquel y á Lia.» Oyó el Señor la bendicion del pueblo, porque Ruth tuvo un hijo que se llamó Obed, que fué abuelo de David. Noemi recibió en su seno este niño, que la consoló de todas sus desdichas, y lo tuvo en lugar del marido y de los hijos que habia perdido.

ELENA. — Señora Aya, esta historia es tan lastimosa, que solo de oirla me da ganas de llorar.

AYA. — Y yo, querida mia, he llorado efectivamente. Admira el buen corazon de Ruth para con su suegra, su prudencia y su obediencia. Admira asimismo el buen corazon de Booz, que quiso que pareciese casualidad el bien que la hacia, para que ella no tuviese que quedar obligada al agradecimiento. Observad esto bien, niñas mias. No basta el deseo de hacer bien, es menester aprender á hacerlo. Hay gentes que socorren á los pobres, pero lo practican de un modo tan áspero, que los consumen de vergüenza en lugar de aliviarlos. Si á un hombre honrado que hubiese venido á pobreza le dijéreis: « No obstante que por vuestra mala conducta habeis empobrecido, quiero daros una limosna para que no perezcais de hambre; » bien veis, niñas mias, que en este hombre tendria mas que sufrir recibiendo vuestra limosna, que cuanto pudiera tener que tolerar con su necesidad. Si servis á un amigo, y despues le vendeis este servicio, echándoselo en cara á cada instante, y diciendo á todo el mundo que este hombre os debe mucha obligacion, nada haceis; y en este caso creo yo que no debe quedaros agradecido; porque cuando se hace un beneficio es menester procurar que no le sirva de pena el haberlo recibido á aquel á quien se hace: no hablarle de él jamas, y procurar hacérselo como por casualidad; y si él publicare la obligacion que os debe, persuadidle que habeis tenido vos mas placer en hacerle este favor, que él en recibirle. Palmira, diga V. su historia.

PALMIRA. — Habia un hombre llamado Elkana, que tenia una mujer llamada Ana sin hijos, quien fué un dia al tem-

pló á pedir al Señor la libertase de esta afliccion, concediéndola uno, por lo que se consagraria á su servicio. Dios escuchó sus ruegos, y Ana tuvo un hijo que se llamó Samuel, y luego que acabó de criarle lo llevó al gran sacerdote Helí, con el fin de que sirviese al Señor en su templo. El gran sacerdote bendijo á Ana y á su marido, diciendo: « El Señor os envíe otros hijos por el que le dais. » Y Ana tuvo despues tres hijos y dos hijas. Una noche que dormia Samuel cerca del arca del Señor, oyó una voz que le llamaba, y habiendo creido que era el gran sacerdote Helí, se levantó, y fué á preguntarle qué le queria. « Yo no os llamo, hijo mio, le dijo Helí, volveos á acostar; » y habiendo sucedido esto por tres veces consecutivas, comprendió Helí que era Dios quien llamaba á Samuel, y dijo á este: « Si te vol-



viesen á llamar, responderás tú: Hablad, Señor, que vuestro siervo os oye. » Hizo Samuel lo que Helí le habia ordenado, y le dijo Dios: « Helí ha sido negligente en la correccion de sus hijos, y por esta causa le he anunciado que ninguno llegará á la vejez, porque sus hijos no son buenos, y él se ha contentado con reprenderlos sin castigarlos severamente como debia. » Samuel hubiera querido callar esta vision al gran sacerdote; pero habiéndole Helí mandado le dijese la verdad, le refirió lo que el Señor le habia dicho, y respondió Helí: « Cúmplase la voluntad de Dios. » Desde entónces



estuvo el Señor con Samuel, que habitaba en Siló, y todo el pueblo conoció que era profeta.

SOFIA. — Cuanto mas nos adelantamos en la historia de la Sagrada Escritura, la encuentro mas apreciable. A mi me parece que Helí era hombre de bien ; es lástima que tuviese hijos malos.

AYA. — Era culpa suya, querida mia. De otro modo no le hubiera Dios reprendido. Él se contentaba con darles solamente una reprension por delitos muy grandes, y que merecian los mas severos castigos. ¡ Cuántos padres y madres serán infelices por no haber castigado á sus hijos ! Por esto pues, niñas mias, es menester no enojaros contra vuestros padres y maestros cuando os corrigen : esta es su obligacion, y los castigará Dios severamente si no lo hiciesen, como vereis que castigó á Helí.

ELENA. — Dios amenazó á los hijos de Helí con que los haria morir ántes que fuesen ancianos : ¿ por ventura es castigo de Dios el morir jóvenes ?

AYA. — Lo es por lo comun, querida mia ; pero sucede frecuentemente tambien, que el morir en la juventud es un efecto de la bondad de Dios. Arrebata de este mundo á los niños ántes de que hayan cometido pecados graves, si preve que han de cometerlos y ser malos. Algunas veces son tambien llevadas al cielo en sus primeros años personas muy virtuosas. Yo leí el otro dia que un príncipe, que hubiera sido rey de Navarra, murió de veneno á los diez y seis años tocando la flauta. Era tan precioso, que por su hermosura le dieron el sobrenombre de Febo, y tan virtuoso, que léjos de murmurar porque se moria tan jóven, dijo á los que lloraban alrededor de su cama estas bellas razones : « Mi reino no es de este mundo : yo voy á mi padre, no lloreis. » Vosotras, niñas mias, ya conoceis que la muerte de este amable príncipe era la recompensa de su piedad, y que Dios se anticipó á coronarle en su gloria. Pero ya es bien tarde, y es preciso separarnos. Continuad, niñas siendo juiciosas y aprendiendo bien vuestra leccion.

---

## DIALOGO VIGÉSIMOTERCIO

## TARDE VIGÉSIMOPRIMERA

(En esta lección hay una discípula nueva, nombrada Emilia, de edad de trece años.)

SOFIA. — Mi Aya, señoritas mías, tiene gusto en que yo repita á Vds. una corta historia que leímos ayer noche : voy pues á contarla.

Habia una mujer que era demasidamente mala, á quien por lo mismo no podian aguantar sus criados : los maltrataba, y hacia tan infeliz á su marido, que murió á pesadumbres. Aunque esta mujer quedó todavía jóven y rica, nadie se presentaba á solicitar su mano : tanto era lo que habian llegado todos á aborrecerla. Ultimamente, un caballero de su misma vecindad tuvo la desgracia de pedirla en casamiento, y como él era hombre de bien, todo e' mundo le tenia lástima. Un amigo suyo le hizo ver que iba á ejecutar el mayor desatino del mundo, casándose con aquella furia, que lo mataria á pesares. « Os ahogais en poca agua, le respondió el caballero : ántes de un mes tengo de hacer á esta mujer mansa como una oveja. » Celebróse el casamiento en casa de esta señora á las cuatro de la mañana, y al salir de la capilla quiso ella subir á su cuarto á engalanarse, porque esperaba muchas visitas de amigas, á quienes habia convidado á comer; pero quedó sorprendida al oír decir á su marido, que no necesitaba componerse, porque tenia determinado llevarla á comer á una quinta suya, distante tres leguas de allí. « Por cierto, señor, creo que os habeis vuelto loco : ¿por ventura os habeis olvidado que esperamos convidados? — Yo no tengo que daros cuenta de mis acciones, respondió el nuevo marido : acostumbraos á obedecerme sin replicar, señora, porque soy de un genio fuerte, y tendreis que arrepentiros de vuestra resistencia : el caballo está prevenido, subireis en él al punto. » Enfurecida esta mujer, dijo á su marido que él solo podia irse,



porque ella seguramente no iria. El caballero sin moverse llamó á cuatro lacayos que habia traído en su compañía, y les dijo : « Si la señora no obedece voluntariamente, lo habrá de hacer por fuerza yendo atada sobre el caballo, » Ella irritada, viéndose inferior en fuerzas. subió en el caballo vomitando mil injurias contra su marido, que se cuidaba poco de escucharla. Entré tanto un perro, quien él estimaba mucho, se llegó á hacerle caricias, y le dijo : « Retírate que no estoy para fiestas. » El pobre perro, á que no le entendia, volvió segunda vez á halagarle, y él dijo : « Yo no gusto que nadie me porfie : tomó una pistola que estaba en



el arzon de la silla, y de un pistoletazo deshizo los sesos al pobre animal. A vista de esto, la señora toda asustada cesó de decirle injurias. « Este hombre furioso me matará sin duda del mismo modo que á su perro (dijo interiormente). » Caminaron tres leguas sin haber hablado una palabra, cuando asustado el caballo con un árbol que le causaba miedo, se resistia á pasar cerca de él. Mandóla apear el marido, y hablando al caballo dijo : « Yo te enseñaré á obedecer : » tomó otra pistola, y le mató á sangre fria. « Dios mío, tened piedad de mí, dijo en voz baja la mujer : ¿ qué

será de mí sola con este soberbio! Él me matará en el momento en que se le autoje. » Dijola el caballero : « He mudado de parecer : volvámonos á su casa de V. : yo haré que mi caballo vaya poco á poco para que podais seguirme; y porque no quiero perder la silla del caballo que he muerto, tendreis la bondad de llevarla á cuestras. » La mujer, mas muerta que viva, tomó la silla sin atreverse á hablar palabra, y llegó á su casa sudando á mas sudar. En tan corta ausencia habian despedido á todos sus criados, y en lugar de ellos halló otros que ella no conocia, los cuales tenian unas caras tan horrorosas, que infundian miedo. Ella hubiera querido huir, pero no tenia arbitrio ni aún para pensarlo. Su marido la hizo comer y cenar sin gana : tomó despues sus pistolas, y la dijo que subiese á su cuarto porque queria acostarse, y aquí fué quando ella pensó morir de temor. Entró pues en el cuarto, á quien miraba ya como su sepulcro, y sentándose él en una silla de respaldo, la mandó que le descalzase. Obedeció sin hablar palabra, y habiéndola dicho despues que se sentase en la misma silla, la descalzó él igualmente. « Es muy justo (añadió) que yo os haga igual servicio al que he recibido de vos, porque este es mi humor. Yo trato las gentes como me tratan á mí : tomad pues vuestras medidas. A un acto de imprudencia que tengais corresponderé con cuatro; y por el contrario, no hareis por mí la menor fineza, sin que yo no os la vuelva con usuras; esto es, mucho mayor. En este supuesto, vuestra conducta arreglará la mia, y en vos únicamente consistirá el que seais la mas feliz de todas las mujeres para conmigo; pero tened entendido, que si respecto de mi persona quereis ser como una sierpe, así como lo habeis sido con vuestro difunto, hallaréis en mí un leon cien veces mas furioso que vos. — Basta, señor, dijo la mujer : yo estoy contenta con que cumplais vuestra palabra : si mi modo de obrar ha de arreglar el vuestro, como conozco que es justo, espero no volveros á ver jamas del modo que os he visto hoy. » Con efecto, esta mujer hizo serias reflexiones sobre su anterior conducta; y persuadida firmemente de que habia encontrado con quien era peor que ella, resolvió corregirse, y lo consiguió con grande admiracion de todo el mundo; de suerte que nunca hubo matrimonio mas feliz.

AYA. — Confesad, señoritas mias, que este caballero habia tomado un medio no desproporcionado, á su parecer,



para aquel caso : por ejemplo : ya veis cuán suave soy yo para vosotras, pues jamas he reñido, y puedo sin embargo aseguraros que si hubiese hallado entre vosotras una discípula semejante á esta señora, hubiera tomado algun partido al modo del que este caballero se valió. Si Dios quiere, jamas tendré necesidad de llegar á iguales extremos, vosotras sois todas dóciles; y espero que Emilia, que ha venido á estarse algunos meses con su prima Sofia, seguirá vuestros buenos ejemplos, y que seremos siempre amigas.

EMILIA. — Así lo espero, señora.

AYA. — Llamadme vuestra Aya como las demas, querida mia : venid á abrazarme, y no esteis conmigo tímida; porque como os he dicho, quiero ser amiga vuestra : yo lo soy de todas estas señoritas : ellas hacen cuanto deben, y yo solo trato de darlas gusto. Preguntadlo sino á Palmira, que en otro tiempo era una fierecilla, y ya es tan buena niña, que la estimo entrañablemente. Es verdad que soy muy tierna con aquellas que, habiendo sido unas sierpecillas, he logrado amansarlas.

EMILIA. — De este modo yo podré llegar á ser querida de V.



AYA. — Eso es dar á entender, niña mia, que es V. de genio algo fuerte.

EMILIA. — Pienso que mamá habrá dado á V. la noticia,

y que á consecuencia de ella ha hecho V. que Sofía refiera la historia de esa perversa mujer, que acabamos de oír.

AYA. — Oigame V., querida mia : yo no quiero engañar á nadie . V. lo ha acertado ; pero con tal que tenga V buena voluntad, no me espantaré de sus defectos : los corregiremos. V., Julieta, que ha leído la historia de Francia, diga pues las diferentes casas que han ocupado el trono de ella desde el establecimiento de la monarquía.

JULIETA. — En Francia ha habido tres casas ó tres familias : la primera se llamó la familia de los Merovigienses por causa de Meroveo, que por su espíritu guerrero y sus hazañas mereció dar su nombre á los reyes de la primera casa : la segunda fué la de los Carolingos, nombrada así por respeto de Carlomagno, no obstante haber sido Pipino su padre el que introdujo en su casa la corona; y la tercera es la de los Capetinos, que tuvo principio en Hugo Capeto.

AYA. — Retengan Vds. bien esto en la memoria, niñas mías. Mariquita, díganos V. ahora su historia.

MARIQUITA. — Habiendo declarado la guerra los Filisteos á los Israelitas, fueron estos derrotados, y con este motivo hicieron traer á su campo el arca del Señor; pero como ellos eran perversos, los desamparó Dios. Fueron pues desbaratados, los hijos de Helí muertos, y tomada por los Filisteos el arca del Señor; la que hicieron llevar los mismos al templo de su falso dios Dagon, y el dia siguiente vieron que el ídolo de Dagon estaba caído la cara contra el suelo delante del arca. Levantáronle, y el dia siguiente volvieron á encontrarle caído, y sus piés y manos cortadas y puestas sobre el umbral de la puerta. Despues fueron afligidos con toda suerte de enfermedades por causa del arca. Llevaron á esta de pueblo en pueblo, y donde quiera que entraba enfermaban las gentes. Por último, habiendo tenido en su poder el arca por tiempo de siete meses, la pusieron sobre un carro, y habiendo uncido á él dos vacas, que tenian cada una su becerrillo, y que no habian sido uncidas jamas, estas, en lugar de volverse á su establo, tomaron el camino del país de los Israelitas. Los Filisteos habian puesto asimismo sobre el carro ofrendas ó presentes para aplacar la ira del Señor. Las vacas pararon en un lugar donde estaban segando los Betsamitas, y estos prorumpieron en exclamaciones de alegría cuando vieron el arca; pero habiéndola registrado curiosamente y sin respeto alguno, hizo Dios



morir un gran número de ellos. Depositaron el arca en una casa, donde permaneció veinte años. Despues de este tiempo se arrepintieron los Israelitas de sus culpas : echaron de sus casas los ídolos que habian adorado ; y habiendo rogado Samuel por ellos, alcanzaron perdon. Desde entónces fueron siempre vencedores de los Filisteos, recobraron sus pueblos, y Samuel los juzgaba en nombre del Señor. Habiendo Samuel llegado á la ancianidad, sus hijos juzgaban al pueblo en lugar de él ; pero ellos no eran semejantes á su padre, porque eran perversos, y por el interes condenaban á los inocentes y perdonaban á los culpados. Pidieron pues los Israelitas á Samuel que les diese un rey que los gobernase como á las otras naciones, y Samuel se afligió mucho



con esta peticion ; pero el Señor le dijo : « No es á ti, á mí es á quien desecha el pueblo. Dales á entender á cuánto se sujetan pidiendo rey, y dáselo despues. Él tomará á sus hijos, y los hará correr delante de su carro : obligará á sus hijas á que sean sus criadas : tomará la décima parte de sus haciendas, sus campos y sus viñas, y los dará á sus servidores. Entónces clamarán á mí, que soy el Señor, contra el rey que habrán elegido, y yo no los oiré. » Representó Samuel todas estas cosas á los Israelitas ; pero habiéndose ellos obstinado en pedir un rey, ordenó Dios á Samuel que preparase un sacrificio, y que él le mostraria el que habia escogido. Habia en la tribu de Benjamin un hombre

llamado Saul, hermoso de cara, y mas alto que todos los jóvenes de su edad. Habiéndosele perdido á su padre unas pollinas, le mandó fuese á buscarlas, lo que ejecutó Saul acompañado de su criado; y despues de haberse retirado á una larga distancia, y buscándolas inútilmente mucho tiempo, le dijo su criado : « Vamos á consultar á Samuel, que es el hombre de Dios. » Y habiendo Samuel convidado á cenar á Saul, le dió la mejor parte, y le llevó á lo alto de la casa, donde derramó sobre su cabeza una vasija de aceite, y le dijo que Dios le habia escogido para gobernar su pueblo. Y como Saul le respondió que él era de la última de las tribus del pueblo, Samuel le dió muchas señales para asegurarle de su eleccion, y le previno entre otras cosas esta : « Al salir de aquí encontrareis una tropa de profetas: os mezclareis con ellos, y profetizareis, y despues me esperareis de aquí á siete dias para que ofrezcamos un sacrificio al Señor. » Salió Saul: encontró los Profetas, y habiéndose apoderado de él el espíritu del Señor, se mudó en otro hombre. Los que le conocian, aturdidos de oírle profetizar, decian : « ¡Saul entre los Profetas! » lo cual quedó despues por proverbio. Entre tanto habia Samuel juntado el pueblo, se echó la suerte, y cayó sobre Saul, á quien se encontró con dificultad, porque se habia ocultado. Los Israelitas le recibieron con grandes trasportes de alegría.

AYA. — Continúe V., Palmira.

PALMIRA. — Reinó Saul por tiempo de dos años con mucha paz; pero habiendo atacado su hijo Jonatás á los Filisteos, juntaron estos un ejército casi innumerable contra los Israelitas. Asustado el mayor número de ellos se ocultaron, y los demas se juntaron con Saul. Samuel pues dijo á Saul : « Me esperareis para hacer un sacrificio al Señor. » Esperó Saul siete dias; pero viendo que no venia Samuel, y que desertaban los soldados, ofreció por sí solo el sacrificio. Inmediatamente que este fué acabado, llegó Samuel, y dijo á Saul : « Si hubiéseis obedecido lo que por mi boca ordenó el Señor, hubiera quedado la corona en vuestra familia; pero el Señor os desecha porque le habeis desobedecido, y ha escogido otro rey que será segun su corazón. » Estas palabras afligieron á Saul, quien sin embargo se dispuso á combatir á los Filisteos.

JULIETA. — Pero, señora Aya, Saul habia esperado siete dias á Samuel, y á mi entender tenia una buena razon para



ofrecer el sacrificio, pues se le huían todos los soldados : ¿qué hubiera hecho él solo contra los Filisteos?

AYA. — El Señor, á quien hubiera obedecido, hubiera estado con él, querida mía, y su socorro vale mas que millo-  
nes de soldados. Cuando Dios manda debemos someternos. Saul desobedeció, porque le faltó la confianza en el Señor. ¿No fué esto de su parte una grande ingratitud? Continúe V. esta historia, Elena.

ELENA. — Los Filisteos tenían su campo cerca del de los Israelitas; y Jonatás, lleno de confianza en Dios, á quien pidió su auxilio, fué á su campo acompañado de un solo hombre : mató veinte de los Filisteos, y les infundió Dios tal temor, que se mataban unos á otros, y arrojaban las armas para huir con mas precipitacion. Persiguiólos Saul, y dijo : « Maldito sea el que comiese ántes que yo haya acabado de vencer á mis enemigos. » El pueblo se hallaba muy fatigado, y padecía grande hambre; pero aunque pasó por un bosque donde habia mucha miel, no osó tocar á ella. Jonatás, que no habia sabido lo que habia dicho su padre,



se hallaba descaecido de hambre, y tomó un panal con la punta de su vara. Fortificóse con este corto socorro; pero habiéndole dicho uno el juramento de su padre, se quejó Jonatás. Entre tanto Saul, despues de la victoria, consultó al Señor para saber si debía continuar persiguiendo á los

Filisteos, y no habiéndole respondido el Señor, conoció que alguno había quebrantado el juramento que había profesado. Echó la suerte para conocer el culpado, y cayó sobre Jonatás. Quiso Saul que muriese, y el pueblo, oponiéndose á esta determinacion, obligó al rey á que le perdonase.

PALMIRA. — Yo estaba toda asustada de que Saul mandase matar á Jonatás : él no era culpado, supuesto que no sabía el juramento que su padre había hecho.

AYA. — Es verdad, querida mia ; pero tuvo la libertad de murmurar contra su padre por el juramento que había pronunciado. Esta falta debía ser castigada, y lo fué con el miedo que tuvo de morir. Admirad la conducta de este jóven príncipe : comenzó por recurrir al Señor, y lleno de confianza en su socorro, no teme acometer á un grande ejército con sola la compañía de un hombre. ¡Qué no conseguiríamos nosotras con el auxilio de la oracion y de la confianza en Dios! Vamos, Emilia, aquí es donde debemos buscar el auxilio. V. tiene un gran número de enemigos que vencer : la soberbia, la terquedad y la cólera : V. por sí sola no conseguirá vencerlos ; pero si Dios combaté con V. como con Jonatás y con los Israelitas, alcanzaré V. ciertamente la victoria sin que le cueste tanta dificultad como imagina.

EMILIA. — Han hecho á V. por cierto un bonito retrato de mi genio : pero no la han dicho que continuamente me dan motivo para encolerizarme, inquietándome fuera de razon. Por último, señora, cada una tiene su genio, y aseguro á V. que las que han hablado del mio le tienen un poquito peor que yo.

AYA. — Eso, querida mia, no es bien dicho : V. sabe que debe respetar á las que me han informado.

EMILIA. — Yo sé que debo respetar á mi madre, pero nada hubiera dicho á V. si mi criada no la hubiese estimulado á ello ; y no creo que deba yo respetar á una criada.

AYA. — Está V. equivocada. La persona que su señora madre ha puesto al cuidado de V., y á quien V. quiere llamar criada, tiene orden de su señora madre para velar sobre la conducta de V., y por consecuencia ocupa su lugar : por esto pues la debe V. respeto ; y digo mas, que lo debe á todo el mundo, y que si no muda V. de genio nadie se le tendrá á V.



EMILIA. — Yo soy señora de tan alta clase, que por solo ella me habrán de respetar aunque no quieran.

AYA. — Supuesto que me obliga V. á decirle verdades duras, debo advertirla, hija mia, que léjos de tener á V. respeto alguno por su calidad ni por su persona, la desprecio á V. desde ahora; áun mas que á las mujeres que venden pescado por las calles : nada tiene V. superior á ellas sino su vanidad y soberbia; y esta es una recomendacion que á nadie causa respeto. Suplico á V. que no haga labor cuando yo la hable, y que me oiga V. atentamente.

EMILIA. — Yo no hago mal en trabajar : con esto estoy entretenida, y V. quiere, por estar mal humorada, privarme de este placer; pero sin embargo, no dejaré de continuar en mi labor.

AYA. — Malo es el trabajar cuando habla una persona á quien se la debe respeto; y V. me debe á mí respeto y obediencia.

EMILIA *riéndose*. — ¿Yo debo á V. respeto y obediencia?

AYA. — Sí, querida mia, y á la verdad que si me falta V. será en su interior, porque exteriormente no lo toleraré. Si V. es semejante á esa mala mujer, cuya historia he hecho contar, le manifestaré á V. que soy aquí la dueña, y para dar principio advierto á V. que estará todo el dia con persona de su calidad, quiero decir, sin educacion, y que comerá V. con las criadas en la cocina.

PALMIRA á Emilia. — Querida mia, si viese V. cuán fea se ha puesto desde que ha hablado con insolencia á la señora Aya, al punto la pediria V. perdon.

AYA. — Déjela V., querida, no merece que se interese nadie por ella. Yo estoy sentida, niñas mias, de que esto haya pasado delante de Vds.; pero esta leccion será mas útil para Vds. que cuanto yo podria decir contra la soberbia y vanidad.

PALMIRA. — Señora Aya, cuando considero que yo era lo mismo siete meses ha, me hace temblar. ¡ Cuánta obligacion tengo á V. por haberme ayudado á corregir!

AYA. — V. tenia buena voluntad, niña mia : entónces no tenia V. mas de siete años : el dragon del orgullo, que estaba en su corazón, áun era pequeño, y lo hemos ahogado fácilmente; pero el dragon de esta infeliz criatura es fuerte, tiene trece años, y él vendrá á ahogarla á ella el dia ménos pensado. ¿Por qué llora V., Sofia?

SOFIA. — Bien sabe V., Aya mia, que yo amo á mi prima de todo mi corazon; pues juzgue V. ahora cuán afligida estaré al verla tan indócil. ¿Conque, señora Aya, es ya vieja para corregirse?

AYA. — No es demasiado tarde, querida; pero es cierto que tendrá mas dificultad en enmendarse hoy, que la hubiera tenido ayer, y que esto será mañana mas difícil que hoy, y lo será mas cada dia. Yo recomiendo á todas Vds. que rueguen mucho á Dios por ella, á fin de que la convierta.

JULIETA. — Yo lo haré de todo corazon, señora Aya; pero puede ser que ella esté ya pesarosa de los desaciertos que ha hecho.

AYA. — No, querida mia, yo la conozco bien: está actualmente rebosando en cólera, y hace cuanto puede por disimular, creyendo de ese modo echarme roncás; pero sin embargo se sofoca, porque quisiera llorar, y no puede. La pobre niña piensa darme pesar, y me lo da efectivamente por el perjuicio que á sí misma se hace, siendo cierto que yo solo por pura caridad me intereso en su bien. Si su soberbia no lastimara su alma, á quien amo, yo la perdonaria de todo corazon las necedades que me ha dicho: eso no me da calentura ni dolor de cabeza; y aún cuando me hubiera dicho cien veces mas no podría perjudicarme. Adios, señoritas, yo estoy desazonada, porque se nos ha desordenado nuestra lección; tenia un bonito cuento que decir á Vds.; pero lo reservaré para otra ocasion.

SOFIA *abrazando á su Aya*. — Aya mia, por amor de Dios no deje V. á mi prima en su soberbia, perdónela V. ¡Dios mio, qué seria de ella si se muriera esta noche!

AYA. — Pero, querida mia, aunque yo la perdone, no la perdonará Dios si no se arrepiente de lo que ha hecho. (*Emilia se echa en los brazos de la Aya llorando.*) Ved ahí, ya rebienta la soberbia. Animo, niña mia, ¿teneis pesar de vuestra falta?

EMILIA. — ¿De qué me serviría tenerle, si V. dice que soy muy vieja para corregirme?

AYA. — No digo eso, niña mia; lo que digo es que tendrá V. mas dificultad que otra. Si V. me promete hacer cuanto yo la dijere, podré prometerla que será V. buena en adelante.

EMILIA. — Yo, señora, no sé lo que quiero. Veo que



soy demasiado soberbia : que estas señoritas deben despreciarme; que V. debe aborrecerme, y que aún yo á mí misma me aborrezco.

AYA. — Ya es algo conocer todo eso, niña mia; cobrad ánimo, y pues tiene V. ahora la ocasion de corregirse, no hay que dejarla escapar, porque puede ser que jamas vuelva V. á tenerla. Por otra parte considere V. cuán desgraciada seria no haciéndolo : su señora madre me ha entregado á V. para su direccion, y yo no corresponderia á su confianza si la dejase con sus defectos. Por esto pues me



hallo en la precision de tener que atormentar á V. indispensablemente, siendo como es seguro, que ofenderia á Dios si la dejase en el estado en que está. ¿No seria mejor que nosotras fuésemos amigas, y que ambas trabajásemos en la correccion y enmienda de V? Yo no he de pedir á á V. cosas imposibles : ademas de esto, cuanto la diga será por amistad, y no para dar á V. pesar, porque no gusto de reñir; y aseguro á V. que tendré que sentir por lo que hoy he hecho.

EMILIA. — ¿Pero si prometo á V. corregirme, me hará V. comer con las criadas en la cocina?

AYA. — Sí, querida mia, esta noche cenará V. con ellas en castigo de la necedad que ha ejecutado. Cuando se tiene verdadero deseo de corregirse, se hacen de buen corazon las cosas que para ello se nos mandan.

SOFIA. — Para que no le cueste tanta vergüenza, señora Aya, permítame V. cenar tambien en su compañía.

AYA. — Yo, niña mia, alabo la caridad de V., pero no conviene disminuir su pena : merece sufrirla, pues por su altivez se ha hecho inferior á esas criadas : y aseguro á V. que actualmente es inferior á todas las criaturas en los ojos de Dios. Es menester que por esta reparacion redima su calidad : esto la atraerá la gracia del Señor para hacerse mejor ; pero es necesario que lo haga de buen corazon... Emilia, yo hago á V. árbitra, pero piénselo bien : el corazon me inspira que esto será motivo para que V. se corrija. V. que ha leído el Evangelio. ¿no sabe que Jesucristo, que es rey del cielo y de la tierra, fué tan pobre, que nació en un establo ; que tomó por compañeros á los pobres ; y que el que pasó por padre suyo era un pobre carpintero, sin embargo de que era de sangre real?

EMILIA. — Ea, yo tomo una buena resolucion : sí, señora, cenaré con las criadas en la cocina.

AYA. — ¿De buen corazon?

EMILIA. — Sí, señora, de buen corazon.

AYA. — Venga V., niña mia, la daré un abrazo, y hagamos las paces. Ya comienzo á tener alguna esperanza, pues se ha humillado V. con generosidad á la penitencia que la he impuesto : ea, dispenso por esta vez, y me contento con la obediencia de V.

EMILIA. — Ostenta V. su bondad en perdonarme de este modo ; y esto mismo me deja avergonzada de haber sido capaz de dar á V. pesar.

MARIQUITA *saltando de alegría*. — Y yo estoy tan contenta, viendo que Emilia ha mejorado de dictámen, que la perdono de todo corazon el habernos estorbado que la señora Aya nos contase un cuento.

AYA. — Mariquita vuelve siempre á sus cuentos, ella los ama con pasión.

MARIQUITA. — Eso es cierto, señora Aya. Pero V. nos ha dicho que el que pasaba por padre de Jesucristo era



de la familia real; y siendo así, ¿cómo es que fuese carpintero?

JULIETA. — Eso sucede algunas veces, querida mia. Yo me acuerdo haber leído en la historia antigua que hubo un hombre de la familia real de Sidon que fué jardinero.

MARIQUITA. — Señora Aya, ¿quiere V. permitir que Julieta nos cuente esa historia?

AYA. — Con mucho gusto, querida mia.



JULIETA. — Habia un rey llamado Alejandro, que tenia un amigo llamado Efestion. Este rey fué á la ciudad de Sidon, y los Sidonios le suplicaron les diese un rey de su mano.

Dijo Alejandro á Efestion : « Yo os doy esta corona para que hagais presente de ella á algun amigo vuestro. » Estaba Efestion alojado en casa de dos caballeros, que eran hermanos, y muy honrados. El les dijo que pues Alejandro le permitia disponer de la corona, nada tenia por mas conveniente que darla á uno de ellos. Los dos hermanos, despues de haberle dado gracias por su buena voluntad, le dijeron que ellos, segun sus leyes, no podian subir al trono, porque no eran de la familia real. Admiróse Efestion del respeto que estos honrados hermanos tenian á las leyes de su país, y les dijo que tenia tal confianza en su virtud, que les entregaba esta corona que ellos rehusaban, para que la diesen á uno de la sangre real, que fuese hombre de bien. Habia uno en la ciudad, que sin embargo de serlo, habia llegado á tanta pobreza, que todo su caudal se reducía á un corto jardin que cultivaba por sí mismo para sustentarse. Fueron los dos hermanos á la casa de este hombre, llamado Abdalónimo, donde le hallaron vestido pobremente ; y le dijeron : « Dejad esa ocupacion indigna de vuestra persona, y venid á poseer el trono de vuestros padres. » Creyó Abdalónimo que estos hombres se burlaban de él, y les dijo : « No es justo que vengais á mi casa á burlaros de mí porque soy pobre. » Los dos hermanos, viendo que no queria creer lo que decían, le despojaron de sus pobres vestidos, y le pusieron una ropa real, que á este efecto habian traído. Supo Alejandro este suceso, y deseó ver á este hombre. Presentóse Abdalónimo delante de él con una modestia firme : y habiéndole preguntado Alejandro que ¿ cómo le iba con su nueva dignidad ? le respondió el anciano estas palabras : « Quieran los dioses que yo soporte mi grandeza con tanto valor como mi pobreza : hasta ahora mis brazos han proveído á mi manutencion ; y mientras que no he tenido nada, de nada he carecido. » Alejandro admiró esta respuesta ; y habiendo hecho magníficos regalos al rey de Sidon, le concedió su estimacion y amistad.

---



## DIALOGO VIGÉSIMOCUARTO

## TARDE VIGÉSIMOSEGUNDA

AYA. — Tengo prometido á Vds. un cuento, niñas mías, y voy á cumplir mi palabra; pero ántes quiero decir á Vds. que Emilia ha estado tan mansa como una oveja: solo ha cometido una falta, pero la enmendó inmediatamente, y por esta razon la amo de todo mi corazon. Esta mañana me dijo que en toda su vida ha estado tan gustosa como en estos tres dias: por lo demas, si ella pudiese corregir su genio colérico y altivo, como yo espero, se hará sumamente amable, porque la gusta estudiar, no carece de talento, y tiene buen corazon.

EMILIA — V. me hace mucho favor en animarme.

AYA. — Yo aseguro á V., querida mia, que nunca estaré mas gustosa que cuando pueda alabarla con justicia: esto es mucho mas agradable que el reñir. Oigan Vds. el cuento, niñas mías.

Habia una vez una encantadora que deseaba casarse con cierto rey; pero teniendo esta mala reputacion, quiso ántes exponerse al rigor de sus iras, que casarse con una mujer despreciable; porque para un hombre de bien nada hay mas sensible que tener una mujer de poca estimacion. Una buena encantadora llamada Diamantina hizo casar á este príncipe con una princesa á quien ella habia criado, prometiendo defenderle contra la encantadora Furia. Pero habiendo sido poco despues nombrada Furia reina de las encantadoras, su poder, que desde entónces era superior al de Diamantina, le facilitó la venganza. Habiendo dado á luz la reina un príncipe, y hallándose Furia allí presente, le dotó de una fealdad incomparable. Diamantina, que estaba escondida detras de la cama de la reina, procuró consolarla despues que Furia se ausentó. «Tened buen ánimo, la dijo, pues á pesar de la malicia de vuestra enemiga, vuestro hijo será dichoso algun dia: vos le pondreis por nombre Espi-

ritual, y no solo tendrá el talento que es posible, sino que podrá comunicarle á la persona á quien mas estimare. » Entre tanto el pequeño príncipe era tan feo, que no era posible mirarle sin espanto ; y cuando reía ó lloraba, hacia tales gestos, que los otros niños pequeños que hacian venir para que jugasen con él tenían miedo, y decian que era el coco. Cuando llegó á la edad de la razon gustaban todos oirle hablar por su mucha elocuencia, pero cerraban los ojos ; y el pueblo, que por lo comun jamas sabe lo que apetece, llegó á aborrecer de tal forma á Espiritual, que habiendo dado á luz la reina un segundo hijo, obligaron al rey á que le nombrase por su heredero, pues que en aquel



pais tenía el pueblo derecho á elegir soberano. Cedió sin contradiccion Espiritual á su hermano la corona, y dis-



gustado de la necedad de los hombres, que anteponen la hermosura del cuerpo á la del alma, se retiró á la soledad, y aplicándose en ella al estudio de la sabiduría, llegó á ser extremadamente feliz : pero no era esta la cuenta que se hacia la encantadora Furia : ella queria que fuese desdichado, y ved aquí lo que practicó para hacerle perder su felicidad.

Tenia Furia un hijo llamado Admirable, á quien amaba con exceso, sin embargo de ser el mayor insensato del mundo ; y queriendo hacerle dichoso á cualquier precio que fuese, robó á una princesa perfectamente bella ; y para que esta no echase de ver la insensatez de Admirable, la dotó en que fuese tan necia como él. Esta princesa llamada Astro vivia con Admirable ; y no obstante que ambos habian ya cumplido diez y seis años, jamas se habia podido conseguir que aprendiesen á leer. Hizo Furia retratar á la princesa, y ella misma llevó el retrato á una casita donde Espiritual vivia con un solo criado. La malicia de Furia consiguió lo que deseaba ; pues aunque Espiritual supo que la princesa Astro estaba en el palacio de su enemiga, se enamoró tan apasionadamente de ella, que resolvió ir á visitarla ; pero acordándose entónces de su fealdad, se tuvo por el mas desdichado de todos los hombres, pues creyó sin duda alguna que pareceria horroroso á los ojos de esta bella dama. Resistió largo tiempo al deseo que tenia de verla ; pero en fin triunfó la pasion de su corazón. Partió pues con su criado, y Furia se regocijó de que tomase esta resolucion, por tener el gusto de atormentarle á su placer. Estaba Astro paseándose en un jardin con Diamantina su directora, y viendo al príncipe que se acercaba, dió un gran grito, y quiso huir ; pero habiéndoselo estorbado Diamantina, bajó la cabeza, y tapándose la cara con las dos manos, dijo á la encantadora : « Aya mia, haced que se vaya ese hombre tan feo que me hace morir de miedo. » El príncipe, aprovechándose de aquel tiempo en que tenia los ojos cerrados, la hizo un razonamiento bien ordenado ; pero fué como si la hubiese hablado en latin, porque era demasiado necia para comprenderlo. Al mismo tiempo oyó Espiritual que Furia se reia á carcajadas, burlándose de él. « Para la primera vez habeis hecho demasiadô, dijo ella al príncipe : podeis pues retiraros al alojamiento que os tengo preparado, donde tendreis la satisfaccion de ver á vuestro placer á la

princesa . » Vds. creerán tal vez que Espiritual se detuvo á decir injurias á esta perversa mujer; pues no fué así, porque su reflexión le contuvo. Sabia muy bien que ella solo deseaba darle pesar, y él no quiso darle el gusto de que le viese encolerizado. Sin embargo estaba bastantemente afligido; pero se angustió mas cuando en cierta conversacion que pasó entre él y la princesa, oyó de su boca tantas necesidades, que despues le pareció la mitad ménos bella de lo que anteriormente le habia parecido, y se resolvió á olvidarla, y volverse á su soledad, si bien quiso despedirse ántes de Diamantina. Sorprendióse sobremanera oyendo decir á la encantadora que no debia dejar el palacio, puesto que ella sabia el medio de hacerse amar de la princesa. « Yo os quedo muy obligado, señora, la dijo Espiritual; pero no tengo prisa alguna para casarme : confieso que Astro es admirable, mas es solamente cuando calla. La encantadora Furia me ha curado con haberme proporcionado ocasion de oir una de sus conversaciones : llevaré sí su retrato, que es excelente porque siempre guarda silencio. — Por mas que os hagais el desdeñoso, le dijo Diamantina, vuestra felicidad depende de que oscaseis con la princesa. — Yo os aseguro que no lo haré jamas, á ménos que no me ponga sordo; y aún seria necesario que perdiese la memoria, pues de otra manera no podria desechar de mí esta conversacion. Cien veces mejor quisiera casarme con una mujer mas fea que yo, si esto fuese posible, que con una insensata, con quien no pudiese tener una conversacion racional; porque en su compañía estaria temblando de miedo de oirla decir una simpleza cada vez que abriese la boca. — Vuestro espanto me ha divertido, le dijo Diamantina; pero quiero, príncipe mio, que sepais un secreto, de que solo vuestra madre y yo tenemos inteligencia. Yo os doté que pudiéseis comunicar vuestro entendimiento á la persona á quien mas amáseis; y así nada teneis que apelecer. La princesa Astro puede por este medio trocarse en la persona mas perspicaz, y entónces será perfecta; porque sobre ser la mejor dama del mundo, tiene un excelente corazon. — ¡Ah señora! dijo Espiritual; vos intentais hacerme sumamente miserable. Astro será en este caso muy amable para mi tranquilidad, pero yo no lo seré para agradarla: sin embargo yo sacrifico á la suya mi felicidad, y la deseo toda la instruccion que dependa de mí. — Mucha generosidad es esa, dijo Diaman-



tina; pero yo confio que esta bella accion no quedará sin recompensa. Estareis á medianoche en el jardin de palacio: esta es la hora en que Furia está precisada á dormir, y por tiempo de tres horas pierde todo su poder. » Retiróse entón-ces el príncipe, y fuése Diamantina al cuarto de Astro, á la cual encontró sentada, y apoyada la cabeza sobre sus manos como una persona que sueña profundamente, y habiéndola llamado Diamantina, la dijo Astro: « ¡Ah, señora! si fuese posible que viéseis lo que por mí acaba de pasar quedaríais sorprendida. Un instante ha que me hallo como en un nuevo mundo: yo reflexiono y pienso, pero mis pensamientos van ordenados en tal forma, que me producen infinito placer; y me avergüenzo cuando traigo á la memoria la



repugnancia que he tenido á los libros y á las ciencias. — Ahora bien, dijo Diamantina, vos podreis corregiros; de aquí á dos dias os casareis con el príncipe Admirable, y despues estudiareis cuanto querais. — ¡Ah, señora Aya! respondió Astro suspirando, ¿cómo habia de ser posible que fuese yo condenada á casarme con Admirable? Su rusticidad me hace estremecer; però decidme, os ruego: ¿en

qué ha consistido que no haya yo conocido ántes la insensatez de este príncipe? — En que vos érais asimismo una necia, dijo la encantadora; pero ved aquí ahora al príncipe Admirable. » Entró este entónces en la sala con un nido de gorriones en el sombrero. « Tomad, la dijo : mi maestro queda rabiando porque yo en lugar de leer mi leccion me fuí á sacar este nido. — Vuestro maestro tiene razon de estar enfadado, dijo Astro. ¿No es una vergüenza que un jóven de vuestra edad no sepa leer? — Vos me vais enfadando tanto como él, respondió Admirable. ¿Para qué necesito yo esta ciencia? Mas estimo un cometa ó una bola, que todos los libros del mundo : adios, que me voy á jugar al rehilete. — ¿Y habia yo de ser mujer de ese insensato? dijo Astro luego que él se fué : os aseguro, aya mia, que ántes quiero morir, que casarme con él. ¡O, y cuánta diferencia hay de él á ese príncipe que ántes he visto! Verdad es que es feísimo; pero cuando me acuerdo de sus expresiones, me parece ménos horrible : ¿por qué pues no tendrá el rostro como el de Admirable? Pero últimamente ¿de qué sirve la hermosura de la cara? Una enfermedad puede quitarla, y cuando no, la vejez la consume : y despues ¿qué le queda al que carece de entendimiento? Verdaderamente, aya mia, que si me fuera preciso escoger, amaria mas á este príncipe, sin embargo de su fealdad, que á este estúpido con quien quieren casarme. — Me acomoda mucho que penseis de ese modo tan juicioso, dijo Diamantina; pero es forzoso daros un consejo. Ocultad cuidadosamente de Furia vuestro entendimiento y modo de discurrir; porque si la dais á conocer la novedad que ha habido en vos, todo es perdido. » Obedeció Astro á su aya, y al punto que dieron las doce, la buena encantadora persuadió á la princesa que bajasen al jardin. Habiéndose sentado en un banco, no tardó en venir hácia ellas Espiritual. La alegría de este fué excesiva cuando oyó hablar á Astro; y entónces creyó haberle comunicado tanto entendimiento como él tenia en sí. Astro por su parte estaba encantada con la conversacion del príncipe; y acordándola entónces Diamantina las obligaciones que á Espiritual debia, su mismo reconocimiento la hizo olvidar su fealdad, aunque le estaba viendo á la luz de la luna perfectamente. « ¿Cómo podré pagar la obligacion que os debo? dijo ella. — Fácilmente, respondió la encantadora, casándoos con Espiritual. Vos sola podeis



comunicarle tanta hermosura como él os ha comunicado inteligencia. — Yo lo sentiría mucho, dijo Astro : Espiritual me agrada así como es, y para mí es de ningún impedimento el que sea feo : él es amable, y esto me basta. — Vos acabais de dar fin á todas sus desdichas, dijo Diamantina : si os hubiérais vencido á la tentacion de quererle hermoso, hubiérais quedado sujeta al poder de Furia ; pero ahora nada teneis que temer de su rabia. Voy á trasportaros



al reino de Espiritual : su hermano ha muerto, y el aborrecimiento que Furia habia inspirado al pueblo contra él ya no subsiste. » Efectivamente todos se alegraron de su vuelta, y á los tres meses de residencia en su reino se acostumbraron á su semblante ; pero jamas dejaron de admirar sus talentos.

PALMIRA. — Pero ¿por qué la princesa no le dió la hermosura á Espiritual, ignorando, como ignoraba, que esto la habia de volver á poner bajo el poder de Furia ?

AYA. — Porque Astro se habia trocado en una persona de juicio ; y á una doncella de entendimiento le interesa poco casarse con un hombre hermoso.

JULIETA. — ¿Y por qué razon, señora Aya ?

AYA. — Porque casi siempre un hombre hermoso es un necio, enamorado de su misma persona, y ocupado todo

del cuidado de componerse como una mujer. Vds. pues comprenden muy bien, que nada hay mas despreciable que un hombre semejante.

EMILIA. — Sí, señora, eso es muy cierto. Yo conozco un hombre que gasta tres horas todos los dias en componerse, como pudiera una mujer. Ademas de su nombre, que yo no diré, le llaman Narciso.

ELENA. — ¿Gusta V. decirme qué significa este nombre?

AYA. — Narciso es un personaje mitológico, y segun la fábula era un hombre jóven, extremadamente hermoso, el cual se enamoró de su propia figura, viéndola en una fuente, y fué en tanto extremo, que la llamaba; pero como ella no podia salir, por las razones que Vds. comprenden muy bien, tuvo tanto dolor de ver que no la podia sacar del agua, que se quedó allí muerto, y los dioses le convirtieron en una flor. De aquí procede que cuando un hombre está enamorado de sí mismo, dicen que es un Narciso... Digamos ahora algo de geografía. ¿Cuál es el reino que se halla al norte de la Francia? Dígalo V., Sofía.

SOFIA. — La Bélgica, que desde 1830 forma un reino independiente, y en 1814 estaba reunida á la Holanda, designándose con el nombre de los Países Bajos, pertenecientes mucho tiempo á la casa de Austria.

MARIQUITA. — ¿Qué quiere decir la casa de Austria?

AYA. — Lo propio que si dijese la familia de Austria. Para entender bien la geografía histórica es menester tener noticia de las principales familias de Europa, cuyas dos primeras son las de Austria y de Borbon, sumamente antiguas. Otra vez entraré en mayores pormenores sobre este particular, dándoles á conocer á Vds. las demas familias reinantes, más ó ménos ilustres, segun su grado de antigüedad ó de grandeza.

PALMIRA. — Señora Aya, permítame V. que la haga una pregunta : V. me dijo el otro dia que no hacia mucho caso de mi título, y no obstante hoy nos hace V. notar que hay casas mas antiguas y mas grandes que las otras ¿Por ventura es de alguna importancia proceder de una casa grande?

AYA. — Sin duda alguna, querida mia ; todos los hombres como sabe V. muy bien, proceden de Noé, y por esta razon todos son iguales por la naturaleza, y son parientes,



como lo eran entre sí los Israelitas; pero estos hombres, que por la naturaleza son iguales, no lo son por las cualidades del alma, del cuerpo y del espíritu; y ved ahí lo que ha producido la nobleza. Era justo honrar particularmente á aquellos que eran mejores que los otros, ó que tenían algunos talentos, y los empleaban en hacer mas felices á sus hermanos. Esos hombres pues fueron honrados con justicia para animar á sus hijos á imitarlos, á los cuales tambien se les honra por respeto de la memoria de sus padres. Es pues de importancia proceder de una familia noble y antigua, porque esto supone que alguno de sus abuelos tuvo talentos ó virtudes superiores á los otros; pero se debe advertir que esto obliga á los hijos á seguir el ejemplo de sus padres, sin lo cual no seria justo honrarlos por las virtudes ajenas. Esto lo entenderán Vds. mejor con un ejemplo: nosotros tenemos en Francia una costumbre muy necia: si se encuentra en una familia un pícaro, toda ella queda deshonrada, aunque sea de las gentes de mas honor del mundo, y nadie querria casarse con una hija ó hermana de aquel hombre á quien hubiesen llevado al suplicio.

PALMIRA. — Esa es una cosa injustísima. Que mi padre, mi hermano ó mi primo no sean hombres de bien, no es culpa mia: á mí no se me debe despreciar sino por mis propias acciones.

AYA. — Pues tampoco será justo honrarlos por las acciones ajenas, solamente porque vuestros antepasados fueron hombres de bien, y tuvieron un mérito superior. El haber nacido de una casa antigua es cosa apreciable; pero es mil veces mas glorioso introducir la nobleza por una accion heroica en su casa, que encontrarla establecida, no haciendo nada de su parte para sostenerla. Pero ya es tiempo de repetir nuestras historias; comenzad, Elena.

ELENA. — Samuel ordenó á Saul de parte de Dios que declarase la guerra á los Amalecitas, quitándoles la vida desde el primero hasta el último, y lo mismo á todos los animales. Marcharon pues Saul y los Israelitas contra los Amalecitas, y alcanzaron victoria de ellos; pero no obedecieron al Señor, pues conservaron todos los animales que estaban gordos, y Saul salvó la vida de Agag, rey de los Amalecitas. Habló el Señor á Samuel, y le dijo: « Saul ha desobedecido mis órdenes, y por eso le he abandonado, y

he escogido otro rey para mi pueblo. » Samuel anunció á Saul las palabras del Señor, y este príncipe le respondió : « Yo he pecado, pedid á Dios tenga misericordia de mí » Y como tenia cogido al profeta de la capa, le desgarró de ella un pedazo. Díjole Samuel : « Así como tú has desgarrado esta capa, y quitado un pedazo de encima de mi cuerpo, del mismo modo te quitará Dios el reino de Israel. » Dichas estas palabras dejó Samuel á Saul, y no volvió á verlo en el resto de su vida.

PALMIRA. — Pues si Saul confesó su pecado, y pidió perdon, ¿cómo Dios, que es la suma bondad, no le perdonó?

AYA. — Dios conoce, querida mia, el fondo de los corazones; veia que Saul no tenia dolor de haberle ofendido, sino de que esto era causa de perder su reino. Atended vosotras, niñas mías : es necesario que nos pese de haber pecado porque es ofensa de Dios, y no solamente nos ha de pesar porque el pecado nos acarree alguna desdicha. Continúe V., Mariquita.

MARIQUITA. — Samuel escogió por orden de Dios uno de los hijos de Isaí para que fuese rey, el cual se llamaba David. Y desde este día reposó sobre él el espíritu del Señor, y Saul por el contrario fué entregado al espíritu maligno, que le atormentaba tan fuertemente, que lo ponía furioso. Dijéronle á Saul que se aliviaria, haciendo que tocasen el arpa en su presencia; y como tocaba David muy bien este instrumento, lo pidió el rey á su padre, y David fué amado de Saul desde que le vió : le hacia llevar sus armas; y se aliviaba siempre que David tocaba el arpa. Habia entre los Filisteos un gigante llamado Goliath, que estaba armado de un modo terrible. Vino éste á desafiar á los Israelitas al combate; pero ninguno se atrevió á pelear con él. Habiendo preguntado David cuál seria la recompensa del que matase á este hombre, respondiéronle que el rey le daria á su hija en casamiento. Supo Saul las preguntas que David habia hecho, y le dijo si queria pelear con el gigante; y habiendo consentido David, Saul le dió sus propias armas; pero aquel, hallándose embarazado con su peso, las dejó, y tomó solamente su honda y cinco piedras. Despues de haber invocado al Señor, acometió contra el gigante, y disparándole una piedra, le dió en la frente, y cayó muerto en tierra, cortándole la cabeza con su propia



espada. Los Filisteos huyeron luego que vieron muerto al gigante, y los Israelitas mataron un gran número de ellos. Hiciéronse por esta victoria grandes regocijos, y las mujeres cantaban al son de los instrumentos : « Saul mató mil,



pero David diez mil. » Estas palabras produjeron grandes celos en el rey, y desde entónces no volvió á mirar con buenos ojos á David, así porque conseguia cuanto intentaba, como porque estaba poseido de Dios. Pero Jonatás, hijo de Saul, fué mas justo que su padre : admiró la bella accion de David, y le regaló el vestido que llevaba (lo cual en aquel tiempo era la mayor prueba de distincion que podia darse á una persona).

JULIETA. — En los libros de geografía he visto que la Lorena era una de las provincias de Francia : ¿cómo puede ser esto habiendo existido antiguamente un duque de Lorena?

AYA. — Voy á decir á Vds. cómo es que la Lorena pertenece á la Francia ; pero ántes es menester que enseñe la diferencia que hay de un reino electivo y un reino hereditario. Se dice que un reino es electivo cuando al rey no le suceden sus hijos en él, y el pueblo puede por sí dar la corona á un hombre que no es de la familia real ; y llámase reino hereditario cuando la ley obliga á los pueblos á reconocer por soberano al hijo de su rey, ó á falta de hijos, á su mas inmediato pariente. El reino de Polonia, niñas mías,

era electivo, y el pueblo elegia su rey. Pues el rey de Suecia, habiendo puesto guerra á los Polacos, les obligó á echar fuera del reino á su príncipe, y les hizo nombrar otro en su lugar. Este nuevo rey se llamaba Estanislao, y era el mejor príncipe del mundo; pero habiéndole despues declarado guerra el rey que habia sido depuesto del trono, Estanislao, que se veía con pocas fuerzas, tuvo precision de huir disfrazado. Decia pues á los hombres que encontraba al paso, que le ayudasen á ponerse en salvo de sus enemigos; pero eran tan perversos, que sufrió de ellos infinitos trabajos en todo el tiempo que tuvo que valerse de ellos, que fueron muchos dias; y á cada paso le amenazaban que le entregarían á los enemigos, y eso que no sabian que fuese el rey Estanislao, pues pensaban sin duda que era algun grande de su córte; pues á saber que era el rey le hubieran muerto. Por último se salvó felizmente, y pasó muchos años en los Estados de un príncipe que le acogió en ellos. Tenia una hija, que era tan virtuosa como su padre: cualquiera otra se hubiera muerto de pesar al ver que ya su padre no era rey; pero ella decia: « Para mi



padre será sin duda mas conveniente haber perdido la corona que el haberla conservado, puesto que Dios lo ha permitido así.» El Señor, queriendo premiar la compasion y la cordura de esta princesa, inspiró al duque de Borbon, primer ministro de Francia, el pensamiento de casarla con



el rey Luis XV, sin embargo de ser de mas edad que él, y no muy bien parecida. Casóse con ella el rey, y la estimó mucho por su gran virtud. Tuvo este poco despues una dilatada guerra, y quando llegó el caso de tratarse de la paz fué con condicion de que el duque de Lorena cediese este país á Estanislao en cambio de otro país mas rico que está en Italia, y se llama Toscana. Desde este tiempo, que fué el año de 1737, fué Estanislao duque de Lorena, donde solo trató de hacer felices á sus pueblos, y bien á los pobres; y despues de su muerte acaecida en 1766 fué reunida la Lorena al reino de Francia. En cuanto á su hija, murió siendo reina de Francia en 1768; y como habia sacrificado á Dios su corona, la dió el Señor una corona mucho mas rica, una hereditaria en lugar de una electiva.

ELENA. — Dice V. que la corona de Francia es hereditaria; esto es decir que quando el rey muere está el pueblo obligado á colocar sobre el trono á su hijo ó hija, si los tiene, ó en su defecto á su mas próximo pariente.

AYA. — En el reino de Francia no pueden heredar las hijas la corona en virtud de una ley llamada sálica. No sucede esto en Inglaterra, España, Rusia, etc., donde puede recaer la corona en la línea femenina; quiero decir, que quando el rey muere sin hijos varones, puede subir al trono su hija primogénita. Pero ya es tiempo de separarnos; adios, niñas mias.

---

## DIALOGO VIGÉSIMOQUINTO

---

### TARDE VIGÉSIMOTERCIA

JULIETA. — Ayer oí decir en una conversacion que estábamos cerca de la mitad del siglo diez y nueve. ¿Qué cosa es un siglo, señora Aya?

AYA. — Cien años, querida mia. Todos los pueblos han

elegido un suceso notable para distinguir los años. Así los hijos de Noé tomaron por era el Diluvio, esto es, el tiempo desde el cual empezaban á contar. Los Griegos contaban los años por sus asambleas, las cuales celebraban cada cuatro años en la ciudad de Olimpia, de donde vino el nombre de Olimpiadas, y por esto se decia : « Tal hombre vivió hasta la décima ó vigésima olimpiada. » La era pues de los Griegos era aquel tiempo en que comenzaron á juntarse en Olimpia. Los Romanos tomaron por su era el año en que fué edificada Roma; y así decian : « Nosotros hicimos tal guerra el año doscientos de Roma, » que es lo propio que decir : doscientos años despues que Roma se fundó. La era de los cristianos es el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo.

MARIQUITA. — Yo oigo hablar frecuentemente de Jesucristo, y en mis oraciones diarias digo, que creo en Jesucristo; sin embargo, ¿quiere V. creer, señora Aya, que no comprendo muy bien lo que digo?

AYA. — Consiste en que V. dice sus oraciones como un papagayo, sin poner atencion en ellas. Diga V. el Símbolo de la Fe, y yo la advertiré lo que en él se contiene acerca de Jesucristo, y en tanto acabaremos de aprender la Historia Sagrada, llamada el Antiguo Testamento, que es la historia de lo que hizo Dios por los hombres ántes del nacimiento de Jesucristo. Y despues que sepan Vds. bien esta historia, aprenderemos la del Nuevo Testamento, que es la historia de Jesucristo, correspondiente al tiempo que estuvo en el mundo.

MARIQUITA. — « Creo en Dios padre todopoderoso, criador del cielo y de la tierra : y en Jesucristo su único hijo, nuestro Señor. »

AYA. — Todos los dias dice V. que Jesucristo es el hijo único de Dios todopoderoso : esto es, de aquel Señor que crió el cielo y la tierra. Añade V. que es nuestro Señor, nuestro dueño, nuestro rey, nuestro juez, el que tiene derecho para darnos leyes; porque todo esto quiere decir la palabra Señor. Veamos ahora qué fué lo que hizo Jesucristo.

MARIQUITA. — « Fué concebido por el Espíritu Santo, y nació de la Virgen María : padeció debajo del poder de Poncio Pilato : fué crucificado, muerto y sepultado. Descendió á los infiernos, y al tercero dia resucitó de entre los



muertos. Subió á los cielos, y está sentado á la diestra de Dios padre todopoderoso : desde allí ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos. »

AYA. — Jesucristo, que es nuestro Señor, vino al mundo por virtud del Espíritu Santo, y nació de una Virgen llamada María; Jesucristo se hizo hombre para reconciliar á su padre Dios con los hombres, que eran todos pecadores. Observad, niñas mías, cuánto padeció para alcanzar nuestro perdón. Los Judíos le prendieron, le ataron, le dieron de bofetadas, le escupieron en el rostro : además de esto le azotaron, y le pusieron una corona de espinas sobre la cabeza; despues le cargaron sobre sus hombros una grande cruz, obligándole á llevarla hasta encima de un monte.



Luego que estuvo sobre este monte le tendieron sobre la cruz, y despues, tomando unos gruesos clavos, le atravesaron con ellos piés y manos, dejándolo así morir en esta cruz... ¿Parece que lloran Vds.? Bastante motivo tenemos todos para ello, supuesto que sufrió por nuestro amor todos estos tormentos, para impedir que fuésemos al infierno, y para alcanzarnos la gracia de ir al cielo.

EMILIA. — ¡O señora Aya! y cuán ingrata soy, pues ni aún he pensado en tanto como Jesucristo padeció por mí, no obstante que amo de todo mi corazón á los que me hacen algun bien. Mi prima Sofía pidió á V. el otro día licencia para comer conmigo en la cocina, para que yo no tuviese tanta vergüenza de comer con las criadas; y esta bondad que usó conmigo no la olvidaré aunque viva cien años, y la amaré siempre; y pues hago esto con las criaturas, ¿cómo pues no pienso en amar á Jesucristo, que hizo mucho mas por mí?

AYA. — Aun se ha portado V. peor, querida mía, pues en lugar de amarle le ha ofendido mucho. Jesucristo habla á su corazón, y la dice: « Hija mía, cuando te enfadas, y cuando faltas á tus obligaciones, me ofendes á mí, que tanto te amo: ruégote que te corrijas de veras, pues de lo contrario no irás al paraíso, y será inútil cuanto yo padecí por tí para que fueses á él. » V. sin embargo cierra sus oídos, y desprecia sus amonestaciones.

EMILIA. — Aseguro á V., señora Aya, que eso procede de que no reflexiono todas esas cosas. Rezo sí e. Credo todos los días, pero con ménos atencion que si recitara una tonada.

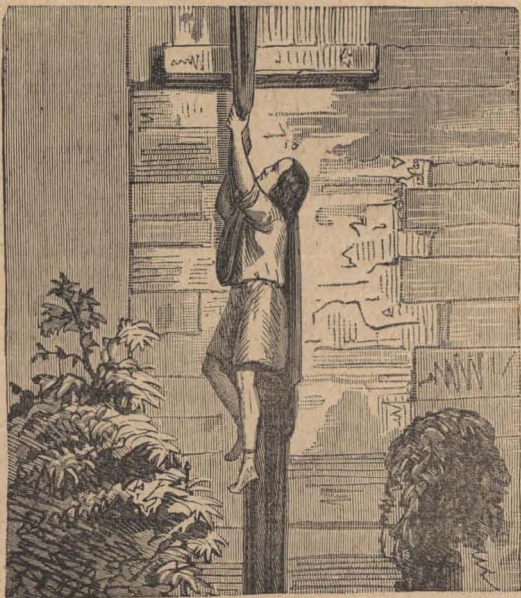
MARIQUITA. — Cuando yo le rece no podré ya dejar de llorar: y pues Jesucristo, que me ama tanto, solo me pide que sea buena, protesto que de cuanto V. me diga nada dejaré de hacer para corregirme. Pero pregunto, señora Aya: ¿cómo hubo hombres tan perversos que hicieron padecer tanto á Jesucristo? ¿Qué mal les hizo el Señor?

AYA. — Jesucristo nació entre los Judíos, y descendia de Abraham y de David: ved ahora lo que con ellos habia practicado. Habia curado sus enfermedades, resucitado sus muertos, hecho bien á todos; pero reprendia á los sacerdotes y á los hipócritas, que se llamaban Fariseos. Reprendiales, como he dicho, su hipocresía y otros vicios: ademas de esto, como el pueblo seguia á Jesucristo, y les hacia tanto bien, concibieron de ello tantos celos, que estaban como rabiosos: engañaron al pueblo, diciéndole que Jesucristo era un hombre perverso; y así hicieron que muriese del modo tan bárbaro y cruel que he referido; pero al tercer día salió vivo de su sepulcro: y habiendo estado despues cuarenta dias en el mundo, subió al cielo á vista de muchas personas, y en él está sentado á la diestra de su



padre Dios, de donde vendrá á juzgar á todos los hombres al fin del mundo. Mariquita, prosiga V. la historia del Antiguo Testamento, que hemos comenzado.

MARIQUITA. — Como se aumentaban cada vez mas en Saul los celos contra David, resolvió en su corazon perderle. Díjole pues que le daria á su hija en casamiento, con tal que matase cien Filisteos; el Señor protegió á David, y en lugar de ciento mató doscientos de ellos; por lo cual se vió Saul precisado á darle su hija : pero un dia que David tocaba el arpa en su presencia, intentó Saul matarle. Refugióse David en su casa : y habiendo el rey enviado soldados para que lo prendiesen, su esposa Michol lo descolgó por la ventana, y entró en casa del gran sacerdote Abimelec, y le



suplicó le diese armas y algunos panes. El gran sacerdote, ignorando que David estaba desavenido con Saul, le dió cinco panes y la espada de Goliat; pero habiendo visto esto un Idumeo, criado de Saul, y dado á su amo noticia de

ello, ordenó este á sus soldados matasen al gran sacerdote con toda su familia. Abimelec les hizo patente su inocencia; y no atreviéndose los soldados á poner las manos sobre el sacerdote del Señor, mandó Saul al Idumeo que le matase, y él lo ejecutó al punto. Perseguia Saul á David en



todas partes donde creia poder encontrarle ; y un dia que estaba David oculto en una caverna con sesenta de sus compañeros, le ocurrió á Saul una necesidad corporal, que le precisó á entrar en ella. Vds., señoritas mias, saben muy bien que cuando se viene de una gran claridad, y se entra en un lugar oscuro, nada se ve : pues Saul como iba de la claridad no vió á David, pero este lo vió á él muy bien ; y habiéndole aconsejado los que le acompañaban que lo matase, respondió : « El Señor me libre de poner la mano sobre mi rey, y sobre el que ha ungido con su óleo santo. » Contentóse con cortarle un pedazo de su vestido, y áun le pesó despues, creyendo haber faltado al respeto de su rey. Luego que salió David subió sobre la roca, y llamando á Saul, le dijo : « Señor, ¿por qué dais oidos á los que os hablan mal de mí? Yo que he podido cortar un pedazo de vuestro vestido, pude tambien mataros ; pero por ser mi rey os he respetado : el Eterno Dios será juez entre vos y yo, porque sabe que me perseguís injustamente. » Saul,



habiendo oído estas palabras, dijo : « ¡O hijo mío ! » Enternecióse, y prosiguió diciendo : « Mejor eres que yo : conozco tu bondad, y que ciertamente te ha escogido el Señor para darte la corona : júrame delante de Dios, que cuando te halles en el trono no harás morir á mi familia : » y habiéndolo David jurado se retiró el rey. Jonatás tenia hecha la misma súplica á David, y le habia dicho : « Tened buen ánimo, mi padre no puede haceros perecer, pues sabe muy bien que sereis rey de Israel : por mi parte no tendré celos al veros sobre el trono, y me contentaré con ser el primero cerca de vos. » El príncipe Jonatás amaba á David mas que á su vida.

PALMIRA. — Yo estoy muy contenta de ver á David en buena amistad con Saul; y me persuado que aquel rey no volveria á buscarle para darle muerte despues que David usó con él la bondad de dejarle la vida.

AYA. — Un corazon endurecido no se corrige con esa facilidad, niñas mías : avergüenzase tal cual vez de su perversidad ; pero olvida al punto esa vergüenza, y vuelve á su maldad, como vereis que lo ejecutó Saul.

JULIETA. — Este perverso rey tenia sin embargo un buen hijo ; y creo que David obraria bien con él cuando llegase á reinar.

AYA. — David no tuvo ese gusto, pues murió Jonatás ántes que él fuese rey ; pero esto lo veremos en la primera ocasion. Continúe V., Elena.

ELENA. — Murió Samuel en aquel tiempo, y David se retiró al desierto inmediato al monte Carmelo, casándose con una mujer llamada Abigail. Saul juntó un ejército para perseguirle nuevamente; y habiendo llegado á una llanura, colocaron sus tiendas para pasar allí la noche. Guardaba Abner con algunos soldados la tienda del rey; pero en lugar de estar vigilantes se durmieron, y David con uno de los suyos se entró hasta la tienda de Saul. El que acompañaba á David le pidió licencia para darle muerte ; pero se lo estorbó David, y le dijo : « El hombre que ponga la mano en el ungido del Señor no será inocente. » Contentóse pues con llevarse la copa y la lanza de Saul, y cuando estuvo algo retirado, dió voces, diciendo á Abner. « Qué bien cumplís con vuestra obligacion: sin duda merecis la muerte por haber descuidado la guarda del rey. » Oyendo Saul estas palabras volvió á llamar hijo suyo á David; y convencido de que era

mejor que él, le dió su palabra de que jamas le haria mal: pero como David le conocia ya muy bien, no fiándose de esta palabra, se huyó con los Filisteos.



PALMIRA. — Saul me impacienta, viendo que no cumple sus promesas. Verdaderamente que era necesario que fuese David muy bueno para no acabar de un golpe con un hombre que tan cruelmente le perseguia.

AYA. — Pero este hombre era su rey y su suegro. Porque Saul fuese perverso, ¿lo habia de ser tambien David? ¿Qué seria del mundo si cada uno creyese que tenia autoridad para vengarse? Es necesario dejar este cuidado á la justicia de los hombres; y cuando no se halle en ellos, recurrir á la justicia de Dios.

EMILIA. — No obstante toda su paciencia, era David desdichado, pues á cada momento estaba en riesgo de perder la vida: se veia obligado á vivir en los bosques, á que le faltasen las cosas mas necesarias; y esto en un tiempo en que era verdaderamente rey.

AYA. — ¿Hubiera V. apetecido mas estar en el lugar de Saul que en el de David?

EMILIA. — No, señora Aya, no hubiera querido estar en el lugar de Saul, porque creo que era aún mas desdichado que David.

AYA. — Así es, querida mia: no hay que tener lástima



al que es virtuoso, y David lo era. Los accidentes de la vida no son los que hacen á los hombres infelices : estas cosas son todas males del cuerpo : nuestro cuerpo no es nuestro, es un extraño ; es el vestido de nuestra alma, y los males de él solo son sensibles á proporcion de lo que nuestra alma se interesa por él.

MARIQUITA. — Pero, señora Aya, David tenia ántes otras dos mujeres. ¿Es permitido tener muchas mujeres?

AYA. — Lo era antiguamente : mas ahora no lo es entre los cristianos, porque Jesucristo lo tiene prohibido.

JULIETA. — Yo me alegro de eso ; porque si pudiese un marido tener muchas mujeres, no me casaria jamas.

AYA. — Eso es dar á entender que V. está cerca de ser celosa, querida amiga mia ; si hubiera V. nacido en la China seria muy desdichada.

MARIQUITA. — Pues qué, ¿los Chinos tienen muchas mujeres?

AYA. — Sí, querida, y lo propio sucede casi á todós los pueblos del Asia. Voy á contar á Vds. cómo se hacen en la China los casamientos. Antes es necesario que sepan Vds. que las mujeres en la China no salen á pié, ni ven jamas otros nombres que á sus padres y maridos.

SOFIA. — ¿Pues cómo se casan, Aya mia ? ¿Es posible que un caballero no tenga la libertad de ver á una dama cuando quiere casarse con ella?

AYA. — Los que se casan no son los que se mezclan en tratar el casamiento, sino sus padres. El padre que tiene un hijo va á buscar á otro que tiene una hija, y despues que se informa de sus cualidades, la pide para esposa de su hijo, si ve que le conviene. El padre, luego que se la concede, va á decir á su hija que acaba de casarla : adórnarla entónces de sus mas preciosos vestidos ; hácenla entrar en una silla de manos, y la conducen á casa del marido. El recién casado espera con suma impaciencia el momento de ver á su esposa ; esta algunas veces le es agradable ; pero otras no suélé ser á su gusto ; mas no creais que por esto la trata mal : él tiene mucho respeto á su padre, que es quien se la ha escógido : vive ocho dias en su compañía, y al cabo de este tiempo la pide permiso para escoger otra mujer entre las que le sirven. La mujer jamas le rehusa esta licencia ; pero esta otra mujer que el marido elige siempre permanece de criada suya, pues la mujer que escogió el padre

queda por señora de la casa, y los hijos de la criada la llaman madre, y la obedecen.

EMILIA. — Eso debe consolarla, pues queda siempre ama; y si la criada es insolente podrá castigarla.

AYA. — Sin duda alguna; pero eso no sucede, porque la criada sabe que debe respetar á su ama, y procura granjear su voluntad en beneficio de ella y de sus hijos; el ama, por complacer á su marido y para ser amada de él, trata bien á una mujer á quien él quiere; y todas estas gentes viven siempre en la mayor concordia del mundo.

ELENA. — De ese modo son ellas mas juiciosas que las de los otros pueblos del universo; porque yo he leído en la historia de Dionisio, tirano de Siracusa, que se casó con dos mujeres y halló el secreto de que viviesen en paz.

AYA. — Ese hombre tenia tanta mas habilidad, cuanto las dos mujeres de Dionisio tenian cada una sus hijos, á quienes naturalmente procurarian poner en el trono: lo que no es tan difícil en la China, donde si el ama tiene hijos son superiores siempre á los de la criada. Ademas de esto, niñas mias, la educacion lo allana todo: las mujeres desde su infancia están instruidas de que esta es la costumbre del país, y ellas la observan sin que esto les parezca extraordinario.

ELENA. — ¿Pero estas mujeres que no salen jamas de casa estarán muy disgustadas?

AYA. — Dije ántes que no salen jamas á pié, pero las llevan en sus sillas de mano en casa de las otras señoras para visitarlas, porque es vergonzoso en algun modo que las damas se dejen ver en público; y allí solo se permite esto á las pobres; ademas, que aun cuando las señoras quisiesen corretear, no podrian alejarse mucho por el defecto de sus piés.

MARIQUITA. — Pues qué, ¿sus piés no son como los nuestros?

AYA. — Al tiempo de nacer son lo mismo; pero acostumbran doblarles los dedos de los piés hácia la planta, atándoselos con unas vendas; y por esto cuando son grandes están los dedos de los piés del mismo modo que los de nuestras manos cuando las tenemos cerradas. No se sabe quién dió principio á practicar esto con las niñas; pero sin duda quisieron de este modo dar á entender á las damas que no deben apetecer el andar de calle en calle; y que su



verdadero lugar es su casa, donde es justo permanezcan para tener cuidado de sus hijos y de su hacienda. Pero como ya es tarde, debemos hablar algo de geografía. Vos, Sofía, díganos cuáles son las divisiones del Nuevo Mundo, políticamente hablando.

SOFIA. — Considerado bajo su aspecto político, el Nuevo Mundo presenta dos divisiones principales, á saber: la América Independiente, que comprende dos confederaciones, la Confederacion Anglo-americana, llamada tambien la Union y los Estados Unidos, y la Confederacion ó los Estados Unidos del Rio de la Plata; quince repúblicas, la de México, las cinco del Centro-América, las tres de Nueva Granada, Ecuador y Venezuela, que pudieran llamarse Repúblicas Colombianas por haber formado primitivamente bajo la presidencia de Bolívar la república de Colombia, las dos del Perú y de Bolivia, y las de Chile, Paraguay, Uruguay y Haití; un imperio, el del Brasil, y la América Indígena Independiente. La otra division es la América Colonial, subdividida en América Inglesa, Española, Francesa, Neerlandesa, Danesa, Rusa y Sueca.

AYA. — Muy bien, querida Sofía; veo que retiene V. bien en la memoria lo que aprende. Continuaremos la geografía otra vez, pues ya es hora de separarnos.

---

## DIALOGO VIGÉSIMOSEXTO

---

### TARDE VIGÉSIMOCUARTA

MARIQUITA. — Señora Aya, ya hace tiempo que no nos refiere V. un cuento. ¿Tendremos hoy uno?

AYA. — Sí, queridas mías, soy gustosa.

En una ocasion habia un señor que tenia dos hijas mellizas, a las cuales puso dos nombres muy oportunos. La mayor, que era muy bella, se llamaba Hermosina, y la

segunda, que era sumamente fea, pero de bastante agrado, fué llamada Atractiva. Diéronlas maestros con quienes hasta la edad de doce años aprendieron sus ejercicios con aplicacion: pero entónces cometió su madre un desacierto; pues sin tener presentes muchas cosas que áun les quedaba por aprender, las llevaba consigo á las tertulias. Como estas dos niñas eran inclinadas á divertirse, se alegraron



mucho de ver el mundo, y solo esto las llevaba la a encion áun en el tiempo de sus lecciones, de tal modo que comen- zaron á fastidiarse de sus maestros. Escribíanles papeles, rogándoles que no viniesen, ya con el pretexto de la cele- bracion de sus dias, y ya con que estaban convidadas á un baile ó á una tertulia, para lo cual necesitaban estarse todo el dia aderezando, etc. Por otra parte, como los maestros



veían ya que las dos niñas no cuidaban de aplicarse, descuidaban ellos de su enseñanza (porque en aquel país no daban la lección únicamente por el interés del dinero, sino por tener la satisfacción de ver adelantados á sus discípulos), y la falta de asistencia en ellos era para estas niñas de mucho gusto. Pasaron así hasta los quince años, y de esta edad estaba Hermosina tan bella que era la admiración de cuantos la miraban. Cuando la madre llevaba á las dos hijas en su compañía, todos los caballeros hacían á Hermosina la corte: uno alababa su boca, otro sus ojos, sus manos, su talle, etc., y mientras que á ella la daban todas estas alabanzas, ninguno pensaba en que su hermana estaba en el mundo. Moríase de pesar Atractiva por ser fea; y por esto, disgustada del mundo y de las concurrencias, donde todos los honores y preferencias eran para su hermana, trató de no salir de casa; y un día que estaban convidadas á una tertulia que se había de acabar con un baile, dijo á su madre que tenía mala la cabeza, y que quería quedarse en casa; pero se enfadó inmediatamente de esto, y por pasar el tiempo fué á buscar una novela á la librería de su madre; y habiendo sabido que su hermana se había llevado la llave de ella, recibió mucho pesar. Tenía su padre también librería, pero se componía de libros serios, y ella los aborrecía de muerte. Vióse no obstante precisada á tomar uno, que era una colección de cartas; y abriendo el libro, encontró en él la que voy á referir:

« Me preguntais de qué procede que la mayor parte de las personas hermosas sean extremadamente necias y tontas. Yo creo poderos decir la razón. No es porque ellas tengan cuando nacen ménos entendimiento que las otras, sino porque se descuidan en cultivarle: todas las mujeres tienen vanidad, y quieren agradar: una fea conoce que por razón de su cara no puede ser amada; y esto la hace pensar en distinguirse por sus talentos; de aquí es que estudia mucho, y llega á ser amable á pesar de la naturaleza. La hermosa, por el contrario, como para agradar solo necesita dejarse ver, la satisface su vanidad, y como no reflexiona jamás, no conoce que su hermosura es poco durable. Además de esto está tan ocupada en su compostura, y en el cuidado de correr las tertulias por dejarse ver, que no la queda tiempo para cultivar su entendimiento, aún cuando conozca la necesidad de hacerlo. De este modo se hace una

necia enteramente, llena de puerilidad y bagatelas ; y esto dura hasta los treinta años, ó cuarenta lo mas, si acaso las viruelas ú otra enfermedad no viene ántes á descomponer su hermosura ; si bien cuando ya son grandes no pueden aprender nada. Por esto pues esta niña hermosa, que ya no lo es, queda una necia para toda su vida, aún cuando la naturaleza la haya dado tanta comprension como á otra cualquiera : miéntras la fea, que se ha hecho muy amable, se burla de las enfermedades y de la vejez, que nada la pueden quitar. »

Luego que Atractiva leyó esta carta, que parecia haberse escrito para ella, resolvió aprovecharse de las verdades que habia descubierto. Pidió de nuevo sus maestros, se aplicó á la lectura ; y haciendo serias reflexiones sobre lo que habia leído, se hizo en pocos dias una señorita de mérito. Cuando se veia precisada á acompañar á su madre á las concurrencias, se ponía siempre al lado de aquellas personas en quienes descubria talentos y razon : promovía algunas cuestiones, y retenía en la memoria todas las cosas útiles que oía á los otros. Además de esto se acostumbró á escribirlas para acordarse mejor de ellas ; y á los diez y siete años hablaba y escribia con tanta propiedad, que todas las personas de juicio se complacian en conocerla. Las dos hermanas se casaron en un mismo dia ; Hermosina con un gallardo príncipe, que solo tenía veintidos años, y Atractiva con el ministro de este príncipe, que era un hombre de cuarenta y cinco años, que habiendo conocido el talento de esta niña, se pagó de él. Fué pues Hermosina tres meses feliz ; pero al fin de este tiempo su marido comenzó á acostumbrarse á su hermosura, y persuadido de que no era preciso abandonarlo todo por su mujer, se entregó á la caza y á otros diversos placeres, de que ella no participaba. Extrañó Hermosina este proceder, tanto mas, cuanto ella estaba creída de que su marido habia de amarla siempre con el propio teson ; y por esto se consideró la mas infeliz del mundo al ver disminuido su amor. Dióle sus quejas, y él las recibió con disgusto. Reconciliáronse, pero como estas quejas se repetian diariamente, se cansó el príncipe de escucharlas. Por otra parte, habiendo Hermosina tenido un hijo, disminuyó su hermosura considerablemente ; y por último, su marido, que solo amaba en ella esta hermosura, dejó enteramente de quererla. El pesar que recibió



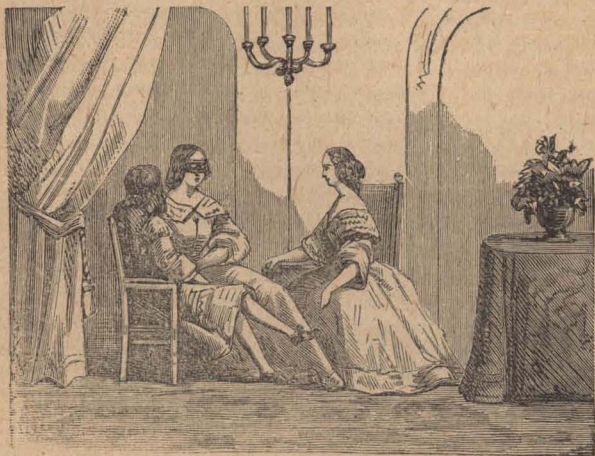
con este motivo acabó de echar á perder su rostro; y como no tenia instruccion de nada, fastidiaba á todos su conversacion. Las gentes jóvenes estaban disgustadas con ella por su tristeza: otras personas de mas edad y talento estaban tambien displicentes porque era necia, de modo que la dejaban sola casi todo el dia; y lo que aumentaba mas su desesperacion era ver que su hermana Atractiva era la mujer mas feliz del mundo. El marido la consultaba sobre sus negocios, la confiaba todos sus pensamientos, se gobernaba por sus consejos, y publicaba en todas partes ser su mujer el mejor amigo que tenia en el mundo. El mismo príncipe, que era hombre de talento, se complacia de la conversacion de su cuñada, y decia seria imposible estar media hora con Hermosina sin bostezar; porque ella solo sabia hablar de galas y composturas, de que él no entendia. Su displicencia con su mujer fué tal, que la envió al campo, donde vivia tan aburrida, que si su hermana Atractiva no hubiera tenido la caridad de ir á verla lo mas frecuentemente que la era posible, se hubiera muerto de pesar. Un dia que esta procuraba consolarla, la dijo Hermosina: « Pero, hermana mia, ¿en qué consiste la diferencia que hay entre las dos? Yo no puedo dejar de conocer tu grande talento, y que yo soy una necia: sin embargo, cuando éramos jóvenes se decia que yo tenia por lo ménos tanto talento como tú. » Refirió entónces Atractiva su aventura á la hermana, y la dijo: « Tú estás enojadísima contra tu marido porque te ha enviado al campo; y no obstante, esto que miras como la mayor desgracia de tu vida, puede producir, si quieres, toda tu felicidad. Aun no tienes diez y nueve años: seria muy tarde para aplicarte si estuvieras en la disipacion de la ciudad; pero la soledad en que te hallas te franquea todo el tiempo necesario para cultivar el entendimiento: tú, hermana mia, no careces de él, pero es necesario cultivarle, y adornarle con la lectura y las reflexiones. » Hermosina halló por entónces mucha dificultad en seguir los consejos de su hermana, por la costumbre que habia adquirido de emplear el tiempo en fruslerías; pero á fuerza de vencerse salió con su empresa, é hizo progresos asombrosos en todas las ciencias, á proporcion de la razon que iba adquiriendo con ellas. Y como la filosofía la consolaba en sus desgraciás, recobró su robustez, y se puso aún mas hermosa que ántes lo habia sido; pero de esto

hacia ya tan poco aprecio, que ni aún pensaba en mirarse al espejo. Entre tanto el marido la había aborrecido de tal suerte, que buscó modo de anular el matrimonio; y esta última desgracia pensó acabase con ella, porque le amaba tiernamente. Su hermana Atractiva halló medio de consolarla, diciendo: « No te aflijas, que yo proporcionaré que vuelvas con tu marido: sigue únicamente mis consejos, y nada te dé cuidado. » Como el príncipe había tenido un hijo en Hermosina, que como primogénito era el heredero, no se apresuró á tomar otra mujer, y solo pensaba en divertirse mucho. Gustaba con extremo de la conversacion de Atractiva, y la decia muchas veces que no volveria á casarse, á ménos que no encontrase una mujer que tuviese tanto talento como ella. « ¿Pero y si fuese tan fea como yo? le respondió riéndose. — En verdad, señora, la dijo el príncipe, que no me detendria en eso: es cosa fácil acostumbrarse á un semblante feo: el vuestro no me parece ya enfadoso por la costumbre que tengo de veros: cuando hablais casi me parecéis hermosa; y para deciros la verdad, Hermosina me ha quitado el gusto de las hermosas. Siempre que de\* estas encuentro una necia, no me atrevó á hablarla, temiendo no me responda una necedad. » Entre tanto llegó el tiempo del carnaval, y el príncipe creyó que si pudiese ir al baile sin que nadie le conociese, se divertiría mucho: confióló únicamente á Atractiva, y la rogó se vistiese de máscara, que él la acompañaria, porque siendo cuñada suya, nadie tendria que censurar; y aún cuando se supiese, no podria esto agraviar en nada su reputacion. No obstante Atractiva pidió para ello permiso á su marido, quien se lo concedió con tanta mas voluntad, cuanto él mismo había metido al príncipe esta fantasía en la cabeza con el fin de facilitar el designio que tenia de reconciliarle con Hermosina. Participóselo pues á esta princesa abandonada, con acuerdo de su mujer, quien al mismo tiempo previno á su hermana el modo con que el príncipe estaria vestido.

A la mitad del baile Hermosina vino á sentarse entre su marido y su hermana, y entabló con ellos una conversacion extremadamente agradable. El príncipe creyó desde luego que la que oia era la voz de su mujer; pero no había hablado media hora cuando se le desvaneció esta sospecha. El resto de la noche pasó, á su parecer, tan ligeramente, que al romper el día se frotó los ojos, creyendo que soñaba,



y quedó admirado del entendimiento de la desconocida, á quien jamas pudo reducir á que se quitase la máscara; y lo mas que de ella pudo alcanzar fué que volveria al primer baile con el mismo vestido. El príncipe concurrió á él de los primeros; y aunque la desconocida llegó un cuarto de hora despues que él, la acusó de perezosa, y la aseguró que le habia causado mucha impaciencia. Admiróse aún mas de la desconocida esta segunda noche que la primera, y pro-



testó á su cuñada Atractiva, que estaba enamorado y loco por aquella dama. « Confieso su mucho entendimiento; pero si he de deciros lo que siento, le dijo la cuñada, debo suponer que ella es mas fea que yo, y conoce que la amais; pero acaso teme perder vuestro corazon al punto que veáis su cara. — ¡Ah, señora! no puede ella leerme en el alma. El amor que me ha inspirado es independiente de las facciones de su rostro: admiro sus luces, la extension de sus alcances, la superioridad de su discrecion, y la bondad de su corazon. — ¿Cómo podeis juzgar de la bondad de su corazon? le dijo Atractiva. — Voy á decíroslo, respondió el príncipe: cuando yo la he estimulado á que repare en las mujeres hermosas, las ha alabado de veras, y ella misma me ha hecho reparar con maña en las perfecciones que tenian, y que yo no advertia. Cuando por experimen-

tarla he querido contarla algunas malas acciones que se decian acerca de estas mujeres, ha mudado enteramente de conversacion, ó me ha interrumpido, contándome alguna cosa loable ejecutada por estas mismas; y en fin cuando he querido continuar, me ha tapado la boca, diciendo que no podia sufrir que se murmurase de nadie : y vos sabeis, señora, que una mujer que no muestra celos de las que son hermosas; una mujer que se complace en decir bien del prójimo; y una mujer que no puede sufrir que se hable mal de nadie, sin duda debe ser de excelente carácter, y no puede dejar de tener un buen corazon. ¿Qué me faltaba para ser dichoso con semejante mujer, aún cuando fuese tan fea como pensais? Yo estoy resuelto á declararle mi nombre, y mi voluntad de que sea mi esposa. » En efecto, en el primer baile dijo el príncipe su calidad á la no conocida, y añadió que no le quedaba felicidad alguna que desear si conseguia su mano; pero no obstante estas ofertas, se mantuvo firme Hermosina en permanecer enmascarada, porque estaba en esto de acuerdo con su hermana. Ved aquí al pobre príncipe en una terrible inquietud (pensaba del mismo modo que Atractiva); pues creia que esta persona tan sabia debia ser un monstruo, supuesto que tenia tanta repugnancia en dejarse ver; pero aunque se le figuraba la más fea del mundo, no disminuia esto el empeño, la estimacion y el respeto que habia concebido de su juicio y de su virtud : estaba ya próximo á enfermar de pesadumbre, cuando la no conocida le dijo : « Yo, príncipe mio, os amo, y no os lo procuro ocultar; pero cuanto es mi amor mayor, temo mas el perderos cuando me conozcais : tal vez os figurais vos que yo tengo grandes ojos, pequeña boca, hermosos dientes, una tez lisa y sonrosada; y si por ventura encontráreis en mí que tengo ojos vizcos, una boca grande y la nariz roma, me pediríais que me volviese á poner la máscara. Por otra parte, cuando yo no sea tan horrible, sé que sois inconstante, que amábais á Hermosina con extremo, y sin embargo la abandonásteis despues. — ¡Ah, señora! la dijo el príncipe, sed mi juez en esta causa : yo era jóven cuando casé con Hermosina, y os confieso que empleaba el tiempo en solo mirarla, y no en oirla; pero despues que fuí su marido, la costumbre de verla disipó mi ilusion : contemplad ahora si pudo ser agradable mi situacion. Cuando estaba solo con mi esposa, me hablaba



de un vestido nuevo que habia de ponerse el dia siguiente, de los zapatos de esto, la escofieta de lo otro : si tenia á mi mesa una persona de talento, y si hablaba de alguna cosa seria, comenzaba Hermosina á bostezar, y acababa quedándose dormida. Quise obligarla á que se instruyese, y esto la dió pesar. Era tan ignorante, que cuando abria la boca me abochornaba, y hacia temblar. Aun si me hubiese sido permitido divertirme y esparcirme de algun modo, hubiera tenido paciencia; pero no era esta la cuenta que ella hacia : queria que hubiese durado toda mi vida el necio amor que me habia inspirado, y que hubiese sido un esclavo suyo : vos conoceis muy bien que ella me puso en la necesidad de hacer que se anulase mi casamiento. — Confieso que teniais razon de quejaros, le respondió la desconocida; pero todo lo que acabais de decir no me satisface; y pues decís que me amais, ved si os atreveis á casaros conmigo á presencia de todos vuestros súbditos, sin haberme visto. — Si no me pedís mas que esto, soy el mas feliz de los hombres, respondió el príncipe : venid á mi palacio con Atractiva, y mañana temprano haré juntar mi Consejo para casarme á presencia suya. » Pareció largo al príncipe el resto de la noche; y quitándose la mascarilla ántes de salir del baile, convidó á todos los señores de la corte que fuesen á su palacio : y habiendo mandado llamar á sus ministros, estando todos en su presencia, contó lo que le habia sucedido con la desconocida; y despues que concluyó su razonamiento, juró que jamas tendria otra esposa que á ella, fuese cual fuese su rostro. No hubo persona que (como el príncipe) no creyese que aquella con quien así se casaba seria horrible á la vista; pero fué grande la admiracion de todos cuando habiéndose quitado la mascarilla Hermosina, les manifestó que era la mas bella persona que pudo imaginarse; pero lo mas singular fué que ni el príncipe ni los otros la conocieron por el pronto : tanto era lo que le habia hermoseado la soledad y la quietud del campo. Decian en voz baja, que se parecia á la anterior princesa; pero el príncipe estaba como extático en verse tan agradablemente engañado, que no acertaba á hablar : Atractiva fué la que rompió el silencio, dando el parabien á su hermana de la terneza de su esposo. « ¡ Y qué! exclamó el príncipe, ¿ esta admirable y sabia persona es Hermosina? ¿ por cuál encanto ha unido ella á los embelesos de su semblante los del

entendimiento y del carácter de que carecia? ¿Quién ha sido la benévola encantadora que ha hecho en favor suyo este milagro? — En esto no hay milagro alguno, respondió Hermosina : yo me habia descuidado en cultivar los dones de la naturaleza : mis desdichas, la soledad y los consejos de mi hermana me abrieron los ojos, y me empeñaron á buscar unas gracias que no puede quitarme el tiempo ni las enfermedades. — Pues estas gracias, dijo el príncipe, han inspirado tambien en mí un desengaño de lo que puede el cultivo de los talentos, teniéndome por dichoso en vuestra amable compañía. » Con efecto la amó toda su vida con tal fidelidad, que la hizo olvidar sus pasadas desdichas.

JULIETA. — Aseguro á V., señora Aya, que este cuento es el mas bonito de cuantos nos ha contado V. Diga V. la verdad : ¿le ha compuesto V. expresamente para nosotras?

AYA. — Bien podria ser; pero que sea compuesto para vosotras ó no, lo que importa es aprovecharos de él. Comencemos nuestras historias : á V. le toca, Mariquita.

MARIQUITA. — Habiendo los Filisteos declarado guerra contra Saul, tuvo este mucho miedo, y consultó con una mujer que adivinaba por medio del espíritu maligno. Fué á su casa disfrazado con dos criados suyos, y la dijo que la suplicaba hiciese venir á su presencia una persona que le era necesaria. Hizo esta mujer sus conjuros, y le respondió que veia un anciano; y por las señas que de él dió, conoció Saul que era Samuel, á quien preguntó cuál seria el éxito de la batalla. « Lo que tengo profetizado sucederá, le dijo Samuel : el Señor va á quitarte el reino, y tú y tus hijos estareis conmigo mañana. » Fuése Saul asustado, y el dia siguiente dió la batalla; y como vió que los enemigos eran mas poderosos que él, se atravesó el cuerpo con su espada, y sus hijos fueron muertos.

PALMIRA. — Señora Aya, yo siempre he tenido miedo á los muertos : bien decia mi ama que se aparecian, y me contó no sé cuántas cosas acerca de esto.

AYA. — Eso es porque el ama que crió á V. es una necia, amiga mia : todas las historias que sobre esto se cuentan son falsas. Podria contar á Vds. de esto muchos ejemplos; pero me contentaré con referir dos.

Un caballero que fué á Alemania á negocios de consecuencia, enviado por su rey, volvia en posta con cuatro criados, y le cogió la noche en un lugarejo, donde no habia

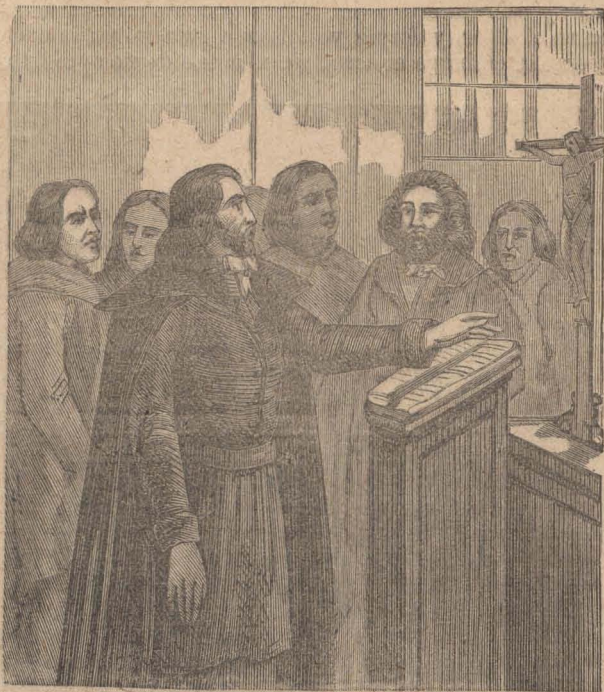


ni aún una mala taberna : preguntó á un paisano si podría alojarse en el palacio, y el paisano le respondió : « Está abandonado, y solo hay en él un rentero, cuya pequeña casa está de la parte de afuera del palacio; porque en él se aparecen de noche fantasmas que maltratan á las gentes. » El caballero, que no era medroso, dijo al paisano : « Yo no me espanto de duendes ó fantasmas, soy mas malo que ellos; y para hacértelo ver, quiero que mis criados se queden en el lugar, y dormir yo solo en el palacio. Su intencion no era sin embargo el acostarse : habia oido siempre hablar



de apariciones de muertos, y deseaba verlos. Mandó encender una buena lumbré : tomó pipa y tabaco, y dos botellas de vino, y puso sobre la mesa cuatro pistolas cargadas. A eso de medianoche oyó un gran ruido de cadenas, y vió á

un hombre mucho mayor que lo ordinario, que le hacia señas para que fuese hácia él. El caballero se puso dos pistolas en el cinto, una en la faltriquera, y tomando en la mano derecha la última, cogió la luz con la otra. En esta disposicion siguió hácia la fantasma, quien bajó la escalera, atravesó el patio y se entró por un pasadizo; pero habiendo llegado el caballero al fin de él, le faltó de repente la tierra



debajo de sus piés, y cayó en un hoyo. Conoció entónces el desacierto que habia hecho; pues por la hendidura de un tabique desunido que le separaba de una caverna, vió que habia caido, no en poder de los espíritus malignos, sino de una docena de hombres, que á la sazón tenian sus conferencias sobre si lo habian de matar ó no, y por sus razonamientos infirió que eran monederos falsos. El caballero,



viéndose cogido como raton en trampa, levantó la voz, y pidió á aquellos hombres licencia para hablar; y habiéndosela concedido, les dijo: « Señores, mi conducta en haber venido aquí os hace ver que soy un intrépido, pero al mismo tiempo os manifiesta que soy hombre de honor, pues no ignorais que un picaro por lo regular es cobarde. Os doy palabra de guardar secreto de este suceso, y os lo prometo sobre mi honor: no cometais un crimen matando á un hombre que jamas ha tenido intencion de haceros mal. Por otra parte, considerad las consecuencias de mi muerte: yó llevo conmigo cartas de importancia, que debo entregar al rey en mano propia, y tengo en ese lugarejo cuatro criados: creed pues que se harán tantas diligencias para averiguar lo que ha sido de mí, que al fin se descubrirá. » Estos hombres, habiéndole escuchado, decidieron que era forzoso fiarse de su palabra, y le dejaron ir, habiéndole hecho jurar con la mayor formalidad, que contaria cosas asombrosas de este palacio. Efectivamente, el dia siguiente dijo que habia visto en él cosas capaces de hacer morir á un hombre de espanto; y Vds. bien comprenden que no mentia. Ved ahí una historia de muertos aparecidos bien tramada, y que ninguno osaria dudar de ella despues que la habia afirmado un hombre semejante. Al cabo de tiempo, estando él en una casa suya divirtiéndose con varios amigos, le dijeron que un hombre que conducia dos caballos le esperaba para hablarle sobre el puente, pero que se excusaba de entrar. Los conurrientes, que deseaban saber el fin de esta aventura, salieron fuera en su compañía, y cuando se dejó ver, le dijo el que estaba sobre el puente: « Deteneos si gustais; yo solo tengo, señor, una palabra que deciros: aquellos á quienes prometisteis el secreto doce años ha. os dan gracias de que lo hayais guardado con tanta puntualidad, y ahora os sueitan vuestra palabra: ellos han ganado con que mantenerse, y han salido del reino, y ántes de partirme con ellos me encargaron os suplicasen os sirviésem de aceptar estos caballos que os envian, y yo os dejo. » Con efecto, este hombre, que habia atado á un árbol los dos caballos, picó al suyo, que caminaba como un gamo, y brevemente le perdieron de vista. Entónces el héroe de la historia contó á un amigo lo que le habia sucedido, y ellos concluyeron de esto, que no debian creerse las historias de aparecidos, áun cuando parezcan las mas ciertas; pues si se las examina con aten-

cion, se encontrará que la malicia ó la debilidad de los hombres ha fomentado estos cuentos.

MARIQUITA. — Yo hubiera jurado que los diablos ó los aparecidos eran los que estaban en aquel palacio.

AYA. — Un poco de reflexion, niñas mías, bastaba para no dar crédito á estas historias. ¿Green Vds. sencillamente que Dios, que es la misma sabiduría y la misma bondad, se complazca en hacer milagros por solo atormentar á los hombres? ¿Green Vds. que permite á un alma volver al mundo para hacer cosas ridículas, tirar de la manta á una persona que duerme, desvelarla, y otras mil frioleras, que solo son dignas de risa? Voy á probar con lo que me sucedió á mí misma el partido que conviene tomar en semejantes ocasiones. Yo creía que la suerte habia destinado para mí las mas necias de todas las criadas : á los seis años sabia ya mas de quinientas historias de aparecidos, las cuales creía como el Evangelio, y esto me habia hecho tan medrosa que á mí misma sombra la temia; pero luego que comencé á tener razon resolví curarme de esta enfermedad, acostumbándome á ir sola de noche, al principio con luz, y despues á poco tiempo sin ella; y decirme á mí misma : «Yo no estoy sola; Dios está en esta sala donde voy á enrar, y él sabrá defenderme : » despues de esto entraba animosamente, me sentaba, y no desamparaba el sitio hasta que estaba verdaderamente tranquila; y luego me burlaba de mí misma : si veía en lo oscuro alguna cosa, me levantaba, iba á tocarlo, y encontraba ser un lienzo ó una silla, que de lejos se me representaba bajo de una forma asombrosa, porque el miedo abulta los objetos. Poco á poco me curé de esta flaqueza, y una aventura que me sucedió acabó enteramente de desengañarme. Tuve que hacer por algunos meses en un pequeño pueblo, y habiendo llegado á él envié á llamar un tapicero para alhajar un cuarto que yo queria tomar. El tapicero me dijo que él tenia una casa pequeña bien alhajada, y que me la daria enteramente por un doblon al mes. Esta casa hacia solo dos años que se habia reedificado, por haberse quemado, como tambien al mismo tiempo se quemó con ella una vieja que entrando á sacar su dinero pereció en las llamas. Los vecinos tuvieron gran cuidado de contarme esta historia, y añadieron que venia la vieja todas las noches á contar su dinero. Yo dí una carcajada en presencia de estas gentes; pero ellos me dijeron que yo seria



la engañada de mi propia confianza; que esta casa se habia alquilado muchas veces; pero que nadie podia vivir en ella mas de tres dias. « Estoy admirada, les respondí: siempre he deseado ver alguna cosa extraordinaria, y por fin puede ser que tenga este gusto; pero como los espíritus temen á quien no los teme á ellos, me persuado que no salga á mí la buena vieja. Luego que entré en esta casa la reconocí desde la cueva hasta el desvan, porque aunque no tengo miedo de los muertos, temo no obstante á los vivos, y me persuadí que algun enemigo del tapicero podia tal vez divertirse en asustar las gentes, á fin de impedir que alquilase su casa. No habiendo encontrado cosa alguna, pasé el dia con gran tranquilidad. A cosa de las once de la noche, estando arrimada á la lumbre con mi marido, oí un ruido sordo, pero sin poder distinguir de donde salia, porque variaba de sitio á cada momento: lo mas á menudo, sin embargo, parecia salir de en medio de la sala. No me asustó este ruido, y riéndome dije: « A no haber visitado los sótanos, creeria que se hacia en ellos moneda falsa, porque ese ruido es semejante al de un balancin. » Por la mañana nada se oía; pero el ruido volvia á repetirse de nuevo las noches siguientes; y al fin de dos semanas observé que era mucho mas fuerte el viérnes, que era justamente el dia en que habia sido quemada la casa. Pasé la noche del segundo viérnes sin acostarme, y á mas de las cuatro de la mañana me parecia que oía hablar; pero todo esto se dejaba percibir que salia como debajo de tierra. Esperé con impaciencia el dia, y diciendo á mi marido que se quedase en el mismo lugar, sali yo, y fuí á la casa inmediata. Era esta una posada, y noté que la caballeriza de ella estaba detras de la sala donde nosotros oíamos este ruido. Vds., señoritas, saben que las caballerías patean de rato en rato: de dia no se les oía, porque el ruido que se hacia por todos lados lo estorbaba; pero con el silencio de la noche no se perdía ni una de sus patadas. Tomé un garrote, y habiendo dado tres golpes contra la tierra con cuanta fuerza pude, me volví á mi casa, y me dijo mi marido que despues que yo habia salido habian sonado tres golpes. Los viérnes eran dias de mercado, y como venian á él muchas gentes del campo que se quedaban á dormir en el pueblo, metian sus bestias en esta caballeriza, y esto era lo que aumentaba el ruido. Yo me daba prisa á contar mi historia, y muchas personas vinieron á

oir el ruido : pero desde que se supo la causa de él, solo parecia lo que en realidad era, porque se distinguia muy bien que este era un ruido de patadas de caballerias contra el suelo. Los que habian desacreditado esta casa quedaron muy avergonzados. Yo viví un solo mes en ella, porque acudieron de todas partes inquilinos que la solicitaban á porfia; y el dueño estaba tan contento de ver mi valor, que me costó trabajo hacerle que tomase el dinero del alquiler.

SOFIA. — Y bien, Aya mia, si V. no hubiese tenido valor



para ir á esta casa, siempre se estaria en la creencia de que aquella buena mujer hacia aquel ruido.

AYA. — Sin duda alguna; pero esto correria entre las personas de poco juicio, porque era extravagancia creer que Dios permitia que esta vieja viniese al mundo á contar su dinero. Continúe V. Elena.

ELENA. — Pasados estos acontecimientos, fué David reconocido rey de la tribu de Judá, de la cual procedia.



Abner, uno de los capitanes de Saul, hizo reconocer por las otras tribus á uno de los hijos de este desdichado príncipe; pero habiendo el hijo de Saul hecho un mal tratamiento á Abner, vino este á verse con David, á quien se ofreció y reconoció por su dueño. Abner fué muerto á traicion por Joab, capitan de David, en venganza de la muerte que Abner habia dado á un hermano suyo, defendiéndose de él. Lloró David á Abner, y maldijo á Joab. Después (habiendo David consultado ántes al Señor) hizo guerra á los Filišteos; venciéndolos, y ademas tomó á Jerusalem. Un profeta, llamado Nathan, fué á buscar á David de parte del Señor, y le dijo: « Dios me ha ordenado te diga, que te ha dado la corona de Israel, y tu sangre reinará hasta el fin de los siglos. » Humillóse David delante del Señor, y cantó un cántico de alabanzas. Pasado algun tiempo, habiendo descubierto un hijo de Jonatás, le dió todos los bienes de Saul. En este tiempo tuvo David una guerra con los Filisteos, pero quedóse en Jerusalem, y nombró á Joab por su teniente general. Un dia pues que andaba paseándose por el terrado ó azotea de su palacio, vió una hermosa mujer que estaba bañándose, y habiéndose informado de su nombre, supo que era Bethsabée, mujer de Urías, que se hallaba en el ejército. David escribió á Joab una carta en la cual le mandaba que en la batalla pusiese á Urías en un sitio peligroso donde pudiese perder la vida. Obedecióle Joab, y murió el valiente Urías. Casóse David con su viuda, de quien tuvo un hijo, y al cabo de dos años envióle Dios á Nathan, quien le dijo: « Dios os ha dado el reino de Israel y bienes en abundancia; y á pesar de todos esos beneficios le habeis ofendido, habiendo hecho matar á Urías por poseer á su mujer: yo os anuncio que la espada no saldrá de vuestra casa. » David respondió: « Yo he pecado. » Y el profeta dijo: « Y el Señor os ha perdonado: no obstante porque habeis escandalizado al pueblo, el hijo que habeis tenido en Bethsabée morirá. »

SOFIA. — ¡Ay, Aya mia, y cuán enfadada estoy! ved ahí á David hecho ya perverso como Saul. ¿Cómo es posible que un hombre tan santo viviese dos años en su pecado, sin tener pesar de él?

AYA. — Ese es efecto de los grandes delitos, niñas mías: ellos endurecen el corazon; pero os ruego hagais un reparo: David dijo como Saul: « Yo pequé; » pero David lo dijo de

lo íntimo de su corazón, sin enfadarse por las desdichas de que estaba amenazado, sino porque había ofendido á su Dios; y el Señor le perdonó inmediatamente.

Antes de separarnos ocupémonos algo de geografía. Ya Sofía nos ha dicho los países que comprende la América, y ahora nos va á decir sus respectivas capitales.

SOFIA. — Con mucho gusto. señora Aya : los Estados Unidos tienen por capital á Washington ; México á la ciudad del mismo nombre ; Centro-América á Guatemala ; Nueva Granada á Bogotá ; Ecuador á Quito ; Venezuela á Caracas ; el Perú á Lima ; Bolivia á Chuquisaca ; Chile á Santiago ; la confederacion del Rio de la Plata á Buenos Aires ; el Paraguay á la Asuncion ; el Uruguay á Montevideo ; Haiti á Puerto Príncipe ; y el Brasil á Rio Janeiro. La capital de la isla de Cuba es la Habana.

---

## DIALOGO VIGESIMOSÉPTIMO

---

### TARDE VIGÉSIMOQUINTA

MARIQUITA. — Señora Aya, ayer ví una estampa que representa un rey, á cuyos piés está una señora en ademan de pedir el perdón de unos infelices que están de pié, en camisa, con la cabeza desnuda, los piés descalzos y una cuerda á la garganta. ¿Quiere V. darme la explicacion de esto?

AYA. — Julieta va á hacerlo por mí, pues si no me engaño, esa estampa debe representar el sacrificio de los caballeros de Calés.

JULIETA. — El rey de Inglaterra Eduardo III se apoderó de Calés despues de un largo sitio. Este príncipe, picado de la dilatada resistencia de los Calesienses, pidió á estos que le enviasen cuatro jefes de las familias principales de Calés, porque queria mandarlos matar. ¿Vds., niñas mías, pensa-



rán que todas las gentes de calidad de Calés tendrían temor de ser escogidos? Pues no, señoritas : cada uno de ellos solicitó el honor de dar su sangre por su país. Los cuatro que fueron elegidos se fueron al campo del rey de Inglaterra en camisa, con la cabeza desnuda, los pies descalzos, y la cuerda á la garganta ; pero la reina, que admiró su virtud, les alcanzó el perdon. Despues hizo salir de Calés á



todos los Franceses, y estas pobres gentes fueron socorridas por la reina y las damas de su corte. Los Ingleses poseyeron esta ciudad mas de dos siglos, y se volvió á tomar por los Franceses bajo el reinado de Enrique II, y un duque de Guisa, nombrado Balafre, fué quien la reconquistó.

JULIETA. — Esas pobres gentes que se vieron precisadas á abandonar su país y sus caudales, me traen á la memoria un pasaje histórico que lei no sé donde, cuyos nombres no tengo presentes. Habia un príncipe tomado una ciudad, y estando muy irritado contra los habitantes, resolvió hacerlos perecer, perdonando únicamente á las mujeres : permitió-las pues salir de la ciudad, y llevar lo que quisiesen, y

tuviesen de mas valor. ¿A que no adivinan Vds. lo que sacaron, señoritas mías?

PALMIRA. — ¿Tal vez llevarian todo su oro, su plata, sus diamantes y sus mas preciosos vestidos?

JULIETA. — No, querida mia : tuvieron mas espíritu. Cada mujer tomó á su marido sobre sus hombros, y de este modo pasaron por delante del vencedor, quien se admiró tanto de la virtud de estas mujeres que perdonó á toda la ciudad.

SOFIA. — La historia de Julieta me recuerda otra que voy á referir. Habia un príncipe llamado Demetrio Poliorcetes, que habia hecho muchos beneficios al pueblo de la ciudad de Atenas. Marchó este príncipe á una guerra, y dejó su mujer é hijos en poder de los Atenienses. Perdió la batalla, y se vió obligado á huir, y desde luego creyó que hallaria abrigo en sus buenos amigos los Atenienses : pero estos ingratos no solo no le recibieron, sino que le enviaron su mujer é hijos con el pretexto de que no estarían seguros en Atenas, donde podrian venir los enemigos á tomarlos. Atravesó esta conducta el corazon de Demetrio, porque nada hay tan sensible para un hombre de honor como la ingratitude de aquellos á quienes ama y á quienes ha hecho bien. Algun tiempo despues puso en órden este príncipe sus asuntos, y fué con un grande ejército á poner sitio á la ciudad de Atenas ; los Atenienses, persuadidos de que no tenían que esperar perdon alguno de Demetrio, resolvieron morir con las armas en la mano, y promulgaron sentencia, condenando á muerte á cuantos hablasen sobre rendirse á este príncipe, no acordándose de que apenas habia trigo en la ciudad, y que muy presto carecerian de pan. Efectivamente, despues de haber sufrido largo tiempo el hambre, dijeron los mas juiciosos : « Mas vale que Demetrio nos mande matar de una vez, que morir de necesidad : quizá tendrá piedad de nuestras mujeres y de nuestros hijos ; » y últimamente abrieron las puertas de la ciudad. Mandó Demetrio que todos los hombres fuesen á una gran plaza, la cual estaba por órden suya rodeada de soldados con espada en mano. No se oía entónces en la ciudad otra cosa qué exclamaciones y gemidos : las mujeres abrazaban á sus maridos, y los hijos á sus padres, dándoles la última despedida. Luego que estuvieron todos en esta plaza se subió Demetrio á un lugar elevado, desde donde les reprendió su ingratitude



en los términos mas sensibles, el cual estaba tan penetrado de dolor, que vertia lágrimas cuando les hablaba. Guardaban ellos silencio, y á cada momento esperaban que el príncipe mandase á sus soldados que los matasen; pero quedaron sorprendidos cuando oyeron que este príncipe les decia: « Quiero mostraros cuán culpables sois respecto de mí; porque en fin no fué un enemigo á quien negásteis vuestro socorro; fué á un príncipe que os amaba, y que áun os ama, y léjos de vengarse, solo quiere perdonaros y haceros bien. Volveos pues á vuestras casas, y en ellas encontrareis trigo y pau que he hecho llevar por mis soldados miéntras habeis permanecido aquí. »

JULIETA. — Si los Atenienses eran hombres de bien, debian haberse muerto de pena por haber ofendido á un príncipe tan bueno.

AYA. — Aun cuando hubieran sido todos infames, esa conducta era enteramente oportuna para hacerlos entrar dentro de sí mismos. Acordadme, señoritas, la primera vez que nos veamos, que os cuente una historia que os hará ver lo que os digo; pero ahora necesitamos darnos prisa á decir nuestras historias. A las cuales debe suceder una cosa que nos sorprenderá mucho : anochecerá de repente, y media hora despues volverá á ser de dia.

MARIQUITA. — ¡O Dios! Señora, ¿cómo puede ser eso?

AYA. — Entónces os lo explicaré, amiga mia: decid ahora vuestra historia.

MARIQUITA. — Dios castigó á David por el crimen que habia cometido con la muerte del hijo que habia tenido en Bethsabee. David se sometió á la voluntad del Señor, y humillóse en su presencia. Recompensó Dios la conformidad de David, y le dió otro hijo en Bethsabee, á quien llamó Salomon, y quien reinó despues de él. Tuvo despues David un gran número de hijos, pero fué para su desgracia. Uno de ellos llamado Absalon, habiendo recibido un ultraje de su hermano Amnon, le convidó á un banquete, y le mató en él. Absalon, temeroso del enojo de su padre, se pasó á un príncipe comarcano, con quien permaneció tres años; pero al fin de este tiempo consiguió el perdon por medio de Joab, que comandaba las tropas de David. Léjos de ser agradecido Absalon á la bondad de su padre, resolvió echarle del trono. Trató de lisonjear al pueblo para atraerle á su voluntad, y cuando le pareció tenerlo conseguido pidió á su

padre licencia para ir á cumplir un voto que habia hecho ; y en lugar de esto juntó tropas, y marchó hácia Jerusalem. David se escapó con sus amigos, y se retiró al monte Olivete ; pero los que estaban con David no permitieron que fuese contra Absalon. Fué pues Joab quien mandó el ejército, y David le encargó que preservase á su hijo ; pero Joab



no obedeció las órdenes del rey ; porque habiendo sido Absalon derrotado, y queriendo huir, fué cogido por sus cabellos al pasar por debajo de un árbol, de donde quedó pendiente, y Joab entónces le atravesó el corazon ; y habiendo David recibido esta noticia, dijo : « Pluguiese á Dios fuese yo el muerto, y mi hijo el vivo. » Las tribus de Israel tuvieron envidia de la de Judá, porque habia conducido á David, y hubo grandes quejas entre ellas. Con este motivo un hombre llamado Seba tocó la trompeta, é hizo rebelar las diez tribus de Israel contra David. Sitió Joab una ciudad donde este hombre se habia encerrado, y la hubiera destruido, á no haberla salvado la sagacidad de una mujer, la cual habiendo hecho juntar al pueblo, les representó que tenia por locura exponerse á la muerte por un rebelde. Unióse el pueblo contra Seba, y cortándole la cabeza, la arrojaron á Joab por encima de la muralla, y con esto tuvo fin la guerra.



JULIETA. — Señora Aya, aseguro á V. que no tengo lástima de Absalon : es preciso que fuese muy perverso, pues procuraba la muerte de su padre, que le amaba con tanta ternura, y que le habia ya perdonado la muerte de su hermano Amnon.

AYA. — Quizá habia Absalon nacido con buenas inclinaciones, niñas mias, pero tenia las pasiones violentas, y por no haberse aplicado á moderarlas, llegó por sus grados á este exceso de perversidad de querer matar á su propio padre. Tal vez si hubiesen predicho á Absalon cuando era jóven que habia de llegar á ser tan malo, se hubiera muerto de pesar ; pero él se acostumbró á lisonjear sus pasiones, y no fué despues dueño de ellas. Esto es lo que sucede á muchas gentes, niñas mias ; y ved ahí lo que os sucederá tambien á vosotras si no teneis cuidado de reprimir vuestros vicios.

EMILIA. — Señora Aya, ¡ cómo es posible que fuese yo tan perversa como Absalon ! Verdaderamente que no puedo creerlo.

AYA. — Toda persona que tiene las pasiones vivas debe estar cierta de que es preciso que llegue á ser muy virtuosa, ó muy mala ; en esto no hay medio. Sí, querida mia : si como yo espero, toma V. el partido de vencer sus pasiones, le costará mucho sin duda ; pero su virtud será fuerte, sólida y constante : mas si no toma V. este partido, no habrá desaciertos que no sea V. capaz de cometer en lo sucesivo si tiene ocasion para ello. Un terrible ejemplo de esto tuvimos en Francia ya hace algunos años, y me parece del caso referirlo.

Habia una doncella muy amable y muy rica, que solo tenia el defecto de amar mucho sus riquezas, y que no queria casarse sino con un hombre que fuese tan rico como ella. Vivía con una tia suya, que gobernaba todo su caudal, y que conocia el defecto de su sobrina. Un tal M. Tiquet pidió su mano y se dedicó á ganar la voluntad de la tia. Esta mujer deseosa de que M. Tiquet emparentase con ella, le descubrió la intencion de su sobrina, y le dijo, que si él era rico, seguramente seria de su gusto. M. Tiquet declaró á esta mujer, que sus bienes no eran muchos, y la suplicó la ayudase á engañar á su sobrina. Ella condescendió con sus instancias, y habiéndole dado quince mil escudos del caudal de aquella, mandó M. Tiquet hacer un ramo

de diamantes, y se le regaló á la señorita el día de su santo. Ella creyó que un hombre que tenia facultades para hacer semejantes presentes debia ser tan rico como Crespo,



y convino en casarse con él. Despues que fué su mujer, y comprendió que la habia engañado, le cobró un grande aborrecimiento; y para desvanecerlo resolvió tener una gran tertulia. Entre los que venian á visitarla habia un caballero muy amable, de quien ella se enamoró, y con este motivo maldecia el momento en que se habia casado, y deseaba todos los dias la muerte de su marido para casarse con este otro caballero. La primera vez que le ocurrió este pensamiento se horrorizó de él, porque no era aún enteramente



perversa; pero como creia que jamas seria feliz con un hombre á quien aborrecia, acabó de corromperse su corazon, y se abandonó absolutamente al deseo de verle muerto. Luego que se fué familiarizando con este pensamiento, cavilaba en que su marido gozaba salud, y que viviria quizá mas que ella, é insensiblemente la vino á la idea que seria mejor matarle. Para acostumbrarse á este abominable pensamiento, bien conocen Vds., niñas mias, que se necesitaba mucho tiempo; pero por último llegó el fin, y pagando á un hombre para que matase á su marido, le disparó á este un pistoletazo, del cual quedó solamente herido. Como era constante que su mujer lo aborrecia, todo el mundo creyó que habia sido ella la que habia trazado este fatal golpe; y sus amigas la aconsejaban que se pudiese en salvo, pues tenia tiempo para ello; pero temerosa de que el marido en su ausencia la tomase su caudal, no quiso jamas hacerlo. Prendieronla, y habiendo sido convencida de su delito, la sentenciaron á ser degollada. Vean Vds., niñas mias, á qué extremo pueden conducirnos las pasiones: es menester que esto nos estimule á pelear contra ellas, y á no cederlas en nada.

MARIQUITA. — ¡Ah, señora Aya! yo creia que V. se burlaba de nosotras cuando dijo que á las cuatro seria de noche, y no obstante comprendo que nos ha dicho V. la verdad. ¿Por qué se viene la noche tan temprano? ¿Habia V. observado acaso que habia de suceder esto?

AYA. — Esta oscuridad, niñas mias, la causa un eclipse de sol, y los astrónomos nos han advertido que este eclipse sucederia hoy á las cuatro.

EMILIA. — Yo no sé qué cosa es un eclipse, ni qué son los astrónomos.

AYA. — Sofia lo va á hacer presente. Querida mia hágame V. el favor de decir á estas señoritas qué cosa es un eclipse.

JULIETA. — Yo sé tambien lo que es, señora Aya, y lo diré, si gusta V.

AYA. — No, querida mia; pero gustaria que aprendiese V. á vencer su vanidad. Es el caso que en esta ocasion hubiera V. sentido mucho callar; y por lo mismo quiere V. ahora tomar motivo de ostentar su saber; sin conocer que al mismo tiempo manifestaba V. su amor propio. Sofia, que sabe ahora mas que sabrá V. de aquí á diez años, es

mas prudente con mucho : jamas habla de cosas que las otras ignoran, á ménos que no se las pregunten ; y guarda silencio, como corresponde á una niña de su edad. Y bien, Julieta, hé aquí que la considero á V. muy mortificada, y sumamente irritada contra mí. Sin embargo, yo acabo de hacer á V. mayor servicio que si la hubiese dejado hacer demostracion de su ciencia, y que si la hubiese dado muchas alabanzas : en agradecimiento venga V. á abrazarme ; pero que esto sea de buen corazon.

JULIETA. — ¡O señora Aya! yo no estoy enfadada contra V., sino contra mí : por mas que me reprimo, mi vanidad me hace cometer mil yerros á cada momento.

AYA. — Al fin conseguirá V. la enmienda, querida mia ; pero con la misma amistad que he vituperado su vanidad voy á alabar la docilidad de V. Aprovechaos de este ejemplo, Emilia : V. está enteramente sorprendida de ver que su compañera no se ha enojado contra mí aunque la he reprendido delante de todas con aspereza.

JULIETA. — Señora Aya, yo creeré siempre que cuanto ejecute conmigo será en beneficio mio.

AYA. — Y pensará V. en esto justamente, querida mia. Volvamos á nuestros eclipses ; pero voy ántes á encender una vela, porque casi no se ve.

SOFIA. — Se dice que hay eclipse cuando se halla la luna entre el sol y la tierra. En otros tiempos no se sabia cuál era la causa de los eclipses : los antiguos creian que estos anunciaban una grande fatalidad ; y así con dificultad emprendian cosa alguna en el tiempo de un eclipse. Estaba pues un dia un capitán llamado Pericles próximo á embarcarse para ir á una guerra : al tiempo de poner el pié en el navío ocurrió un eclipse de sol, y el piloto no quiso partir, creido de que habian de perecer infaliblemente. Pericles, que era sabio y no tenia miedo, dijo al piloto que esta era una cosa natural, y que habiéndose puesto la luna delante del sol impedia su vista. El piloto sin embargo no comprendia nada de esto, y Pericles impaciente le echó su capa sobre la cabeza, y le dijo : « ¿Me ves tú ahora? — ¿Cómo quereis que os vea, respondió el piloto, cuando vuestra capa, que está entre vos y mis ojos, me lo impide? — Pues ignorante, replicó Pericles, ve ahí la razon porque no ves el sol, porque la luna está entre el sol y tus ojos, como mi capa entre tus ojos y yo. »



AYA. — ¿Entiende V. esto, Mariquita?

MARIQUITA. — No, señora Aya; porque no alcanzo cómo puede la luna ponerse delante del sol, ni cómo se puede acertar justamente el momento donde ella debe encontrarse entónces.



AYA. — Estando el sol mas alto que la luna, y caminando esta, no es extraordinario que se encuentren, pues se sabe precisamente el camino que hace la luna y asimismo que ella jamas se aparta de su ruta ordinaria; por lo cual pueden pronosticarse todos los eclipses que han de suceder. Los que estudian la ciencia de los astros se llaman astrónomos.

JULIETA. — ¿Pero de qué forma se inventó esta ciencia?

AYA. — La necesidad, que es la madre de la industria, ha producido todas las ciencias y las artes; pero la ociosidad fué quien produjo la astronomía. Vds. deben acordarse que los primeros hombres fueron pastores; esto es, que guardaban los gánados. Como vivian en países muy ardientes pasaban la noche en el campo. En este tiempo en que nada

tenian que hacer se entretenian mirando las estrellas. A fuerza de mirarlas todas las noches observaron que á tal hora se aparecian tales y tales estrellas : vieron tambien que estas estrellas caminaban con regularidad : ellos llegaron á poder pronosticar el camino que hacian y los sitios que debian ocupar. Se hizo pues con el tiempo un plan de sus observaciones, y las gentes hábiles que las examinaron inventaron de ellas una ciencia, porque se fundaba sobre experiencias.

SOFIA. — Permítame V. hacer una impugnacion, Aya mia. Supuesto que los primeros hombres sabian la astronomia. ¿por qué en tiempo de Pericles se asustaban cuando veian un eclipse?

AYA. — Esta ciencia se conservó largo tiempo en Egipto; pero jamas se perfeccionó entre los Griegos ni entre los Romanos. Las gentes hábiles sabian muy bien que los pueblos se asustan sin razon de los prodigios naturales; pero en lugar de curar la supersticion la fomentaban, porque esto les servia para obligar á los pueblos á hacer cuanto ellos querian.

ELENA. — Nos dijo V. que las otras ciencias y las artes las inventó la necesidad. ¿Son muchas estas ciencias?

AYA. — Sí, querida mia : cada necesidad ha producido un arte. La mas urgente para los hombres, despues del pecado de Adan, fué la de cultivar la tierra : esta necesidad produjo un arte que se llamó agricultura. Despues fué necesario pensar en alojarse : al principio se refugiaban los hombres en las cavernas, pero como estas no se encontraban en todas partes hicieron cabañas, que por entónces solo sirvieron para ponerlos á cubierto de las inclemencias del tiempo. Sucesivamente pensaron en hacer mas cómodas estas cabañas. Despues trataron de construirlas magnificas, y esto produjo otro arte que llamaron la arquitectura. Los que vivian en Egipto, ese país donde jamas llueve, y adonde el Nilo sale de madre, inventaron un arte llamado la geometría : este arte es el de medir y contar.

PALMIRA. — Segun eso yo sé la geometría, pues sé contar bien.

AYA. — Sabe V. una parte de la geometría, querida mia, supuesto que sabe la aritmética; pero esta ciencia es mucho mas dilatada, porque comprende tambien el arte de medir segura y prontamente. Voy á deciros qué fué lo que empenó



á los Egipcios á inventar esta ciencia. Como la abundancia ó la escasez entre ellos pende de las inundaciones del Nilo, podeis pensar que midieron con atencion el crecimiento de este rio. Por otra parte el Nilo quando sale de su caja arrebatada sin duda las piedras y los cercados que señalan y distinguen la heredad de cada uno : y esto les ponía en la necesidad de tener siempre la medida en la mano.

La necesidad de curarse de las diferentes enfermedades que afligen á los hombres dió nacimiento á otro arte, que llamaron medicina.

Hubo despues hombres ambiciosos que querian mandar á los otros : hubo tambien hombres virtuosos que quisieron estimularlos á vivir en sociedad los unos con los otros ; y como estos hombres no tenian el poder necesario para forzarlos á obedecer, ni eran tan perversos, que querian abusar de su poder, buscaron un medio mas suave á fin de conseguir su intento. Como habian estudiado el carácter de los hombres, penetraron que estos se dejaban persuadir de los buenos discursos ; y esto hizo nacer la retórica, ó el arte de bien hablar. Reflexionaron despues, que para ordenar las palabras era necesario saber ordenar ántes sus ideas, y esto produjo otro arte que llamaron lógica, ó el arte de pensar bien. Otros hombres consideraron que en vano habia encontrado el hombre las otras artes, si ignoraba el de ser feliz siendo virtuoso, los cuales le dieron el arte de adquirir la felicidad arreglando sus pasiones ; y este arte, mas necesario que todos, fué llamado filosofia. Otras necesidades de los hombres hicieron nacer las otras artes mecánicas ; pero por mas que lo procuro no puedo acordarme, niñas mías, cuál fué la necesidad que causó el invento de la música y pintura.

SOFIA. — ¿Fué el deseo de divertirse, señora Aya?

AYA. — Acaso seria eso, niñas mías : la danza en su origen tal vez no se inventaria sino para ejercitar el cuerpo. Sofia, suplico á V. nos repita los nombres de las artes de que acabo de hablar.

SOFIA. — La agricultura, arquitectura, geometría, lógica, retórica, filosofia, astronomía, medicina, física, pintura, música y danza.

AYA. — Ha tenido V. mas memoria que yo, querida mia ; porque me habia olvidado de la física, que es la ciencia de las cosas naturales, la cual debe su nacimiento á la

curiosidad. Palmira, ¿cuáles son las principales montañas de América y sus ríos mas caudalosos?

PALMIRA. — Las montañas principales son siete : los montes Alleghany, en los Estados Unidos; los montes Rocales, la Sierra Verde, la Sierra de los Mimbres y la Sierra de la Madre, que recorren del norte al sur la América Setentrional; la Cordillera de los Andes, que se extiende por la América Meridional; y los montes del Brasil.

Hay trece ríos caudalosos, pertenecientes siete de ellos á la América Setentrional, que son : el Mackensio, que desagua al norte; el Nelson, en la bahía de Hudson; el San Lorenzo, en el Océano Atlántico; el Misisipi y el río del Norte, en el golfo de México; el Colombia ú Oregon, en el Gran Océano; y el Colorado, en el golfo de las Californias. Los seis de la América meridional son : el Magdalena, que desemboca en el mar de las Antillas; el Orinoco, el río de las Amazonas, el de los Tocantinos, el San Francisco y la Plata, que van á parar al Océano Atlántico.

---

## DIALOGO VIGÉSIMOCTAVO

---

### TARDE VIGÉSIMOSEXTA

PALMIRA. — Señora Aya, V. nos tiene prometido dar principio á la lección por una historia.

AYA. — Cumpliré con gusto mi palabra. Hubo un padre tan desgraciado, que no teniendo mas de un hijo, salió tan perverso, que ese monstruo resolvió quitarle la vida. Confió tan depravado designio á un criado, que hasta aquel día le habia ayudado á robar á su padre; pero horrorizado el mozo del asombroso intentado parricidio, se echó á los pies del padre, y le descubrió el malvado proyecto de su hijo. Disimuló este anciano el horroroso secreto, y dijo á su hijo que queria llevarle al campo á fin de que viese una her-



mosa y rica doncella con quien pensaba casarle. Era necesario pasar por un bosque extremadamente peligroso, porque de continuo habia ladrones en él. Cuando llegaron al medio de este bosque mandó el padre al hijo que se apease del caballo, y le dijo: « Yo he descubierto el horroroso designio que has concebido contra mi vida. Pero hijo mio, ¿has reflexionado bien las consecuencias de este atentado? Si fuese tu delito descubierto te llevarian á un cadalso, yo he querido excusarte este último suplicio trayéndote aquí: en este sitio puedes atravesarme el corazon con seguridad. Hieme, hijo mio, añadió el anciano, presentándole un puñal y su pecho: por lo ménos tendré el consuelo de poner en seguridad tu vida y tu honor, muriendo en este lugar solitario: puede ser que algun dia te acuerdes de mi bondad, y que movido de esta postrera señal que de ella te doy, llores el atroz parricidio que intentas cometer. » Bien conocen Vds., niñas mias, que por malo que fuese este jóven quedaria confundido del razonamiento de su padre: arrepiñtióse tan sinceramente, y llegó á ser tan hombre de bien, como ántes habia sido perverso.

SOFIA. — ¿Pero es posible, Aya mia, que haya hombres tan malos que sean capaces de pensar en matar á sus padres ó madres?

AYA. — Un gran legislador que pensaba de este modo, estableció castigos para toda suerte de crímenes; pero no quiso señalarlos para los parricidas, porque no creyó que hubiese hombres que pudiesen cometer semejante delito.

MARIQUITA. — ¿Qué quiere decir eso de parricidas?

AYA. — Llámense parricidas los que matan á sus padres ó madres: fraticidas los que matan á sus hermanos: suicidas los que se matan á sí mismos: y deicidas los Judíos que hicieron morir á Jesucristo.

ELENA. — ¿Es quizá grande pecado matarse á sí mismo?

AYA. — Sin duda alguna, querida mia: los que se matan se condenan eternamente, é ménos que ántes no se hayan vuelto locos, como ordinariamente sucede.

EMILIA. — Yo he oido decir que las gentes de valor son únicamente las que se matan á sí mismas.

AYA. — Os han engañado, querida mia: quizá es todo lo contrario. Los que se matan á sí mismos son gentes de poco espíritu, que ceden cobardemente al dolor: que no tienen valor para soportar las penas y pesadumbres de la

vida; y que prefieren desembarazarse de una vez de ellas por la muerte.

JULIETA. — Yo he leído una historia singular de un hombre que queria matarse. Julio César tenia sitiada una ciudad, en la cual habia dos hombres, que habiendo sido enemigos suyos, habian intentado hacerle mucho mal. Uno de estos hombres, temiendo la ira del vencedor, resolvió darse veneno á sí mismo; pero el otro pensó que le era mejor ir á buscar á César, porque decia para sí mismo: « Quizá me perdonará: nada puede ocurrirme que sea peor que la muerte; cuando esta se me presente la sufriré con valor; pero quiero hacer todo cuanto el honor me permite para evitarla. » Habiendo tomado estos hombres tan diferente resolucion, el primero pidió á su médico un veneno muy suave para que le matase sin mucha pena; y el segundo salió de la ciudad para ir á ponerse en presencia del César, y decirle que venia á poner su vida en sus manos. César, que tenia alma grande y generosa, quedó muy prendado de la confianza de este hombre, y le dijo: « Yo os quedo muy agradecido de que hayais hecho tan buen concepto de mí, que me creais capaz de perdonaros, en lo cual me habeis hecho un gran servicio, pues nada en el mundo me produce tanto placer como perdonar á un enemigo; y así podeis contar con mi favor y estimación. » Este hombre, ágradablemente sorprendido de este discurso, se despidió al punto de César, y fué corriendo á la ciudad para tratar de salvar á su amigo, si aún llegase á tiempo. Encontróle en su cama pálido, y ya como muy próximo á dar el postrer suspiro. Aturdióse este al oir la generosidad de César, y le pesó haber tomado el veneno. Díjole su amigo que enviase á buscar al médico para que le aplicase un contraveneno; y el enfermo se excusaba, diciendo: « Yo estoy muy malo, y conozco que solo tengo un momento de vida. » No obstante, por complacer á su amigo se redujo á llamar al médico que le habia dado el veneno, le preguntó si habia algun remedio que pudiese salvarle la vida. Echóse á reir el médico, y dijo á los dos amigos: « Admirad, señores, la fuerza de la imaginacion: la idea de una próxima muerte ha reducido á la agonía al señor... Pero como yo conocia la bondad del corazon de Julio César, hubiera apostado todo mi caudal á que os perdonaria á los dos, y así, en lugar de daros un veneno os receté una píldora muy propia para fortificaros



contra el miedo. Levantaos pues, porque absolutamente no estais malo sino del espíritu. » Con efecto, luego que supo este hombre no haber sido veneno el que habia tomado, y que por consecuencia no corria riesgo su vida, se halló sano, y se levantó al punto. Habiendo sabido César esta historia no pudo ménos de reirse, y recompensó al médico por el buen concepto que tenia de él.

AYA. — Vosotras veis que este hombre que quiso envenenarse parecia no temer la muerte, pues voluntariamente habia tomado el veneno, y no obstante tenia tal miedo de morir, que estaba realmente enfermo. Pero basta sobre este particular, y ahora Sofía va á decirnos algo de los Normandos, que tan importante papel hicieron en la historia de Francia.

SOFIA. — El país que hoy se designa con el nombre de Normandía se llamaba antiguamente Neustria, y las gentes venidas del Norte fueron quienes la dieron este nombre que ahora tiene; porque el nombre de Normando quiere decir en inglés Nor-man, hombre del norte. Estos hombres, de los cuales la mayor parte eran Daneses, ó que habitaban en las cercanías de este reino, conociendo que para su país eran sobradamente muchos, el cual ademas era excesivamente frio, resolvieron salir á buscar fortuna. Embarcáronse, y vinieron á todos los reinos vecinos, donde hicieron destrozos espantosos, matando los hombres, cautivando las mujeres y los ganados, quemando los árboles, y asolando la tierra. Despues que habian arruinado un país pedian una gran cantidad de dinero por retirarse de él; y cuando volvian á su tierra, como iban cargados de riquezas, ponian en codicia á sus compatriotas para salir á enriquecerse por el mismo estilo. La Francia y la Inglaterra tuvieron que sufrir mucho de estos Normandos, y últimamente redujeron á la Francia á la última extremidad, sitiando á la ciudad de Paris. En fin, uno de sus jefes llamado Rollon, que se habia hecho cristiano, pidió al rey de Francia la Neustria, que estaba absolutamente arruinada y casi desierta, prometiendo al rey que si lo hacia duque de aquel país impediria á sus compañeros que volviesen á Francia, porque ellos entraban ordinariamente en ella por el rio Sena, que tiene su embocadura en la Neustria. Fué necesario concederle su demanda, y prometió hacer homenaje al rey de este ducado; esto es, reconocer públicamente que

lo habia recibido del rey ; y cada vez que hubiese nuevo duque en Normandía debia renovarse. De esta forma se establecieron en la Neustria estas gentes del norte, y mudaron el nombre de esta provincia en el de Normandía, porque á ellos mismos se les llamaba Normandos.



JULIETA. — Yo celebro la memoria de Sofía tanto como su ciencia.

SOFIA. — V. me favorece, señora ; pero lo que únicamente debe V. celebrar es el cuidado que mi Aya ha tenido en instruirme.

AYA. — Yo estoy muy obligada, querida mia, por el reconocimiento que teneis de mis cuidados. Es cierto que nada he excusado para haceros buena y hábil ; pero es



menester que yo diga tambien que habeis hecho fructuoso mi trabajo por vuestra docilidad y aplicacion.

EMILIA. — Yo daria cuanto hay en el mundo porque pudiese V. decir otro tanto de mí.

AYA. — Eso es muy posible, con tal que continúe V. corrigiéndose. Yo jamas estoy tan contenta como cuando puedo alabar con justicia; y para probar á V. que digo verdad, la mostraré esta noche una carta que he tenido el honor de recibir de su señora madre. En ella me insinúa que está admirada de las buenas noticias que la dí de V. en mi última carta; y que respecto de que V. se ha reducido á la razon, vendrá á buscarla de aquí á tres meses.

EMILIA. — Si yo vuelvo á mi casa seré dentro de un año lo mismo que era ántes. Ea pues, señora Aya, yo quiero instruirme : Mariquita es mas hábil que yo, que soy ya grande, esto me es muy vergonzoso; y si quiere V. tener la bondad de continuar cuidando de mí, rogaré á mi madre me deje con mi prima el mas largo tiempo que sea posible.

AYA. — Admirad, niñas mías, cuán política se ha vuelto Emilia.

EMILIA. — Señora Aya, á mí me parece haber leído en la historia, que un rey de Inglaterra se hizo duque de Normandía.

AYA. — Os equivocais, querida mia : lo que habeis leído es, que un duque de Normandía pasó á ser rey de Inglaterra, como dirá Sofía.

SOFIA. — Habiendo muerto sin hijos un rey de Inglaterra, nombró por su heredero á Guillermo, duque de Normandía, á quien llamaban el Bastardo, y despues el Conquistador. Como habia en Inglaterra muchos príncipes parientes del último rey, no se apresuró Guillermo á ir á tomar posesion de ella : dejó que estos príncipes se hicieran unos á otros la guerra; y cuando supo que estaban bien aniquilados, vino á Inglaterra con un buen ejército, y se hizo dueño del reino : y por esta causa la Normandía llegó á ser una provincia inglesa, y los reyes de Inglaterra súbditos ó vasallos de los reyes de Francia; pero de aquellos vasallos que son tanto ó mas poderosos que sus señores, y que le dieron bastante en que entender. Cuando los reyes de Inglaterra ejecutaban alguna cosa contraria á lo que habian prometido á los reyes de Francia en el acto del homenaje, el rey de Francia tenia derecho á hacerles comparecer ante los pares

de Francia, para que por ellos fuesen juzgados ; y en caso de excusarse á ejecutarlo podia apoderarse de las tierras que ellos tenian en Francia, y por esto fué por lo que perdieron los Ingleses la Normandía, y volvió á la Francia en el reinado de un rey de Inglaterra nombrado Juan Sans-Terre.



AYA. — Ahora Mariquita va á repetiros su historia.

MARIQUITA. — Reinó David despues muchos años ; pero habiéndose dejado vencer al fin de sus dias de la vanidad, quiso saber el número de sus súbditos. Sus servidores le hicieron presente que debia contentarse con dar gracias á Dios porque habia bendecido á su pueblo, sin querer averiguar su número. Obstinóse David en que se habia de hacer el empadronamiento, y se halló que habia de ellos quinientos mil hombres en la tribu de Judá capaces de tomar las armas, y ochocientos mil en las otras tribus. Despues conoció David el yerro en que su vanidad le habia hecho incurrir, y pidió perdon á Dios. El Señor le envió un profeta, que le dijo : « Es necesario que esta falta sea castigada : escoged pues una de tres cosas, ó una hambre de tres años, ó una guerra de tres meses, ó una peste de tres dias. » David escogió la peste por dos razones : la primera porque dijo



que queria mas bien caer en las manos de Dios que en las de los hombres : la segunda, porque comprendia que la hambre solo la habria de sufrir el pobre pueblo, y no él ; y que de la guerra estaria igualmente seguro, respecto que habia prometido á su pueblo no ir en persona contra sus enemigos ; pero conociendo que la peste no le excusaria ménos que al último de sus súbditos, quiso tener parte en el castigo, puesto que era el mas culpado. Comenzó pues el ángel del Señor á herir en los Israelitas, y murieron de ellos setenta mil. Viendo David que el ángel se dirigia hácia Jerusalén, se humilló, y dijo al Señor : « ¿ Por qué herís á estas ovejas que están inocentes ? Yo solo soy, Señor, el culpado : vuélvase, os ruego, vuestra mano contra mí y contra la casa de mi padre ; pero tened lástima de mi pobre pueblo. » Apaciguóse la ira de Dios por esta súplica de David, quien vió meter al ángel la espada en la vaina. David erigió al Señor un altar en un lugar donde el ángel se habia detenido.

PALMIRA. — Señora Aya, ¿ como siendo pecado el airarse, dijo la Sagrada Escritura que estaba airado el Señor ?

AYA. — Porque no hay en nuestra lengua otra frase que pueda explicar los efectos de la justicia de Dios y el aborrecimiento que tiene al pecado. Supongo, querida mía, que si viese V. á un hombre enfurecido que mataba á otro, se enojaria V. mucho con este hombre, y le haria castigar, si esto dependiera de V. ; se podria decir entónces que estaba V. airada ; esto es, enfadada contra este hombre ; pero esta cólera seria justa, y no seria una pasion ni un pecado. Continúe V., Elena.

ELENA. — Uno de los hijos de David, llamado Adonías, resolvió hacerse rey, y para esto ganó á Joab, que comandaba las tropas, y á otras muchas personas de la primera elase. Habia mucho tiempo que Adonías se distinguia entre sus hermanos por su magnificencia, y ya lo habia notado David ; pero amaba tanto á sus hijos, que temia darles pesar. Esta paciencia de David autorizó á Adonías, el cual juntó á sus hermanos y á los principales de sus secuaces para hacerse nombrar por rey ; pero David mandó que fuese al punto consagrado Salomon. Súpolo Adonías, y temiendo que le mandasen matar, se refugió en el tabernáculo del Señor, del que no se separó hasta que estuvo asegurado del perdon. Juró Salomon perdonarle lo pasado, con tal que

fuese hombre de bien en lo sucesivo. Conoció David que iba á morir, y haciendo venir ante sí á Salomón, le mandó que fuese fiel al Señor. Era Salomón muy jóven cuando subió sobre el trono; y una noche se le apareció el Señor, y le dijo : « Pídeme lo que quieras, y te lo concederé. » Humillóse Salomón delante del Señor, y considerando que era muy jóven, rogó al Señor le concediese aquella sabiduría que conviene y es necesaria á los reyes para gobernar justamente á sus pueblos. El Señor le respondió : « Porque has preferido la sabiduría á las riquezas y á los otros bienes temporales, te haré no solamente el mas sabio de todos los reyes, sino tambien el mas rico y poderoso. » Despues de esta vision tuvo Salomón motivo de mostrar su sabiduría juzgando un pleito muy singular. Presentáronse ante él dos mujeres; y díjole la una : « Señor, yo vivia en una misma sala con esta mujer, y teniamos cada una un niño de pecho: sucedió pues que habiendo metido en su cama esta mujer á su hijo, lo sofocó, y cuando conoció que estaba muerto, se levantó muy suavemente, y poniendo á mi lado su hijo muerto, se llevó el mio, que estaba vivo : cuando yo vi por la mañana este niño muerto, conocí que no era mi hijo, sino el de esta mujer. » La otra dijo al rey : « Señor, esta mujer os engaña y el niño muerto es el suyo, y mio el vivo. » Cualquiera otro que no fuese Salomón se hubiera hallado muy perplejo en este caso, por no haber testigo con quien poderlo justificar; pero dijo á uno de sus guardias : « Tomad este niño vivo, y dividiéndole por medio con una espada, dad á cada una de estas dos mujeres la mitad. » La que habia hablado primero, que era la verdadera madre del niño, tembló al oír estas palabras, y se le trastornaron todas las entrañas. Echóse pues á los piés de Salomón, y le dijo : « ¡ Ah ! Señor, dad el niño entero á esta mujer que lo pide, y yo quiero ántes perderlo que verlo perecer; » pero la otra decia : « Justo es lo que el rey ordena; y de ese modo no tendremos niño una ni otra. » Salomón dijo entónces : « Dad el niño vivo á esta primera mujer; pues por su compasion conozco que es la verdadera madre de él. » Todo el mundo quedó admirado de la sutileza con que el rey habia descubierto lo cierto; y la verdadera madre se retiró colmándole de bendiciones.

JULIETA. — Señora Aya, yo he leído los cuentos árabes, y tratan con mucho respeto á Salomón : dicen que mandaba



á todas las criaturas elementales, y que los que logran tener su anillo las mandan igualmente.

MARIQUITA. — ¿Qué cosas son las criaturas elementales?

AYA. — Los que habitan los elementos, en los cuales creen los Turcos y los Arabes. Ya os tengo dicho que los antiguos no conocian mas que cuatro elementos, el fuego, el aire, la tierra y el agua : ellos pues creen que el aire está lleno de criaturas, á quienes llaman Silfos; y que de estas hay otras en la tierra, que nombraron Gnomos; que el fuego tiene habitantes, llamados Salamandras; y que en el agua se encuentran otras, llamadas Ninfas. Añaden que estas criaturas son superiores á los hombres, á quienes por permission de Dios hacen grandes bienes y grandes males; pero confiesan al mismo tiempo, que los sabios de la tierra tienen grande dominio sobre estos espíritus, así como antiguamente lo tuvo Salomon, y que ellos los obligan á que les obedezcan con mas exactitud que los esclavos á sus amos, y no solo á ellos, sino á aquellos á quienes los sabios han dado el talisman.

ELENA. — Dígame V., si gusta, ¿qué cosa es un talisman?

AYA. — Una sortija ó una pieza de metal, en la cual uno de estos sabios grabó ciertos caracteres.

PALMIRA. — ¿Y es cierto todo lo que se dice del talisman y de esas criaturas elementales?

AYA. — Lo propio que los cuentos de las encantadoras que yo os he contado, niñas mias.

MARIQUITA. — Señora Aya, nos dijo V. que los Turcos creian que Dios permitia á las criaturas elementales hacer bien y mal á los hombres : ¿acaso los Turcos creen en Dios? Yo pensaba que estos eran unos hombres incrédulos, y que adoraban ídolos.

AYA. — Se engaña V., niña mia. Los Turcos no son idólatras, porque ellos adoran un solo Dios, y el mismo que nosotras adoramos; pero son infieles, porque no creen que Jesucristo sea Dios. Dicen que es un gran profeta que el Señor envió á los cristianos, así como envió á Moisés á los Judíos, y á Mahoma á ellos. Por otra parte los Turcos no son perversos y tienen un corazon piadoso.

SOFIA. — Yo no sé, Aya mia, de qué ha procedido esta imaginacion : ello es que se mira á los Turcos como unas gentes crueles. ¿Maltratan acaso á los cristianos?

AYA. — Las mas veces, querida mia; pero esto procede del desprecio que hacen de nosotros : dicen que somos perros, no tanto por ser cristianos, cuanto porque no observamos los preceptos que Jesucristo nos dejó ; pero cuando ven un cristiano que procede como debe, le estiman, y no le hacen mal alguno,

MARIQUITA. — Señora Aya, ¿gusta V. decirnos quién fué Mahoma ?

AYA. — Tengo entendido que Mahoma era un mancebo de mercader, que casó con la viuda de su amo. Él tenia mucho ingenio y bastante valor ; y sobre todo una ambicion



desmesurada. Como su nacimiento le habia reducido á tener una vida oscura, resolvió distinguirse, inventando una nueva secta. La empresa era tanto mas fácil, cuanto los cristianos que vivian en aquellos parajes, eran muy ignorantes, entre los cuales habia tambien un gran número de Judíos y de idólatras, que no estaban muy ilustrados. Mahoma compuso de tal forma su nueva secta, que atraia discípulos ; porque para ganar á los cristianos hablaba decorosa-



mente de Jesucristo como de un gran profeta, que merecia ser respetado; y lo propio de Moisés, para atraer á los Judíos, y no espantar á los paganos, conservando muchas de sus ceremonias. Decia, que habiendo dado Dios por Moisés una ley con los truenos y relámpagos, habia querido hacerse obedecer por el temor: que no habiéndolo conseguido por este medio, envió otro profeta para estimularlos á obedecer por la suavidad, y que habiéndole salido tambien inútil este medio, le habia enviado á él para forzar á los hombres por la espada á serle fieles. Segun este principio publicaba que una secta debia establecerse por las armas, lo cual le atrajo de todas partes un sin número de hombres que pensaron hacer su fortuna siguiéndolo; pero lo que aumentó mucho la religion de Mahoma fué el prohibir á sus sectarios el estudio de las ciencias y de la religion, creido de que su secta no podria subsistir sin ayuda de la ignorancia. Todos sus libros se limitan al Alcoran, el cual es una obra de Mahoma y una coleccion de sentencias y oraciones sin órden alguno. De este modo Mahoma de legislador se hizo monarca, y dejó el trono á su posteridad. Su sepulcro está en la Meca, y es reverenciado por la mayor parte de los pueblos del Asia, que son mahometanos.

SOFIA. — Aya mia, ¿quiere V. permitirme que refiera á estas señoritas lo que sucedió cuando los mahometanos tomaron á Alejandría?

AYA. — Sí, querida mia, con mucho gusto.

SOFIA. — En la ciudad de Alejandría habia una magnífica biblioteca, que habian formado los reyes de Egipto con extraordinario cuidado. Sus libros no eran como los nuestros, señoritas mías, porque en aquel tiempo se ignoraba el arte de la imprenta y se suplia con los manuscritos. Despues que los mahometanos tomaron la ciudad, un sabio que habia tomado amistad con su general le pidió esta gran porcion de libros: el general no se atrevió á concederle su peticion, y escribió á su jefe para saber lo que debia ejecutar con esta biblioteca. Ved aquí lo que le respondió: « Si no hay en todos esos libros otras cosas que las que están en el Alcoran, son inútiles, y es necesario quemarlos: si hay otras cosas, es preciso quemarlos tambien. » Quemaron pues esta biblioteca, y era tanto el número de sus libros, que con ellos se dice hubo suficiente para calentar los baños públicos por tiempo de seis meses.

JULIETA — ¡ Ah señora Aya, qué lástima!

EMILIA. — ¿Según eso ama V. mucho la lectura, señorita?

JULIETA. — Mas que todas las cosas del mundo.

EMILIA. — Yo soy de dictámen contrario. Jamás he podido sufrir la lectura; y si leo ahora, es únicamente por obedecer á mi Aya.

AYA. — Es defecto amar con exceso la lectura; pero, querida mia, lo es mucho mayor aborrecerla enteramente: este es un defecto de necias; y si yo le tuviera, procuraria corregirme de él. Adios, señoritas mias, el tiempo de nuestra leccion se acabó.

---

## DIALOGO VIGÉSIMONONO

---

### TARDE VIGESIMOSÉPTIMA

AYA. — ¿Qué tiene V., Palmira? Parece que ha llorado V., pues trae los ojos encendidos.

PALMIRA. — Yo no merezco estar en compañía de estas señoritas: he sido malísima despues que me separé de Vds.

AYA. — Muy malo es eso, querida mia; pero el reconocer vuestra falta, y estar disgustada de ella, ya es alguna cosa; y pues lo que importa es repararla, dad principio á ello, confesándola delante de estas señoritas.

PALMIRA. — No sé cómo me atreva, señora, porque es cosa muy horrible, y si la digo, no me podrán sufrir despues estas señoritas.

AY. — Tendrian poquísima caridad si pensarán de ese modo, querida mia. Ellas saben que nosotras somos todas capaces de incurrir en las mayores culpas; y la que fuese tan orgullosa, que despreciase á un pecador arrepentido, ella misma seria muy delincuente delante del Señor. Yo



apuesto que ha sido el orgullo de V. quien ha originado su falta; y para castigarle es necesario que le confiese V.

PALMIRA. — Tiene V. razon, señora Aya : mi orgullo es quien hace que mire á mis criados como á esclavos; y esto me provoca á irritarme cuando me contradicen. Ayer, despues de haber comido mucho, me entretuve en partir mi pan en pedazos, y tirarlo contra el suelo : mi aya dijo á mi criada que me quitase el pan, y yo la dije que aún tenia hambre, y que lo queria comer. Yo mentia, pues no tenia tal hambre, señora, y solo era por un espíritu de contradiccion. Mi aya, que lo conoció, mandó segunda vez á esta doncella que me quitase el pan; y porque la obedeció la pugué un bofetón, la dí de puntapiés, y quise arañarla.

AYA. — Con razon está V. avergonzada, querida mia : esa es cosa horrible; pero porque veo que V. se reprende á sí misma, no quiero reprenderla yo. Antes de advertir á V. lo que debe hacer para reparar esa falta, voy á contar una historia.

Habia en la ciudad de Atenas una señorita jóven llamada Elisa, que casi era del mismo genio que V. : tenia un gran número de esclavos, á quien hacia las personas mas infelices del mundo. Esta perversa señorita tenia una doncella llamada Mira, que era una excelente criatura, y que á pesar de los malos modales de su ama la queria mucho. Tuvo Elisa que hacer un viaje por mar : y porque el negocio, aunque era urgente, debia concluirse en corto tiempo, solo llevó á Mira en su compañía. No bien se hallaron en alta mar cuando se levantó una furiosa tempestad que separó el navío de su ruta regular, y habiendo corrido muchos dias de borrasca, últimamente los marineros alcanzaron á ver una isla; y como no sabian el paraje donde se hallaban, y carecian de víveres, les fué preciso abordar á ella. Inmediatamente que entraron en el puerto se les presentó una chalupa, y los que venian en ella preguntaron á los del navío sus nombres y calidad. La orgullosa Elisa hizo escribir los dictados de su familia, los cuales llenaban mas de una plana, creyendo ella que esto obligaria á aquellas gentes á respetarla; pero cuando observó que se habian retirado sin hacerla el menor cumplimiento, quedó sorprendida, y mucho mas despues que su criada declaró su nombre y su calidad; porque estas gentes practicaron con ella los mayores obsequios, diciéndola que podia como dueña

mandar en el navío. Impacientó esto de tal modo á Elisa, que dijo á su esclava : « Yo os tengo por demasiado necia en dar oídos á los discursos de estas gentes.— Poco á poco, señora, le dijo el patron de la chalupa : no es en Aténas donde estais : sabed pues que trescientos esclavos, desesperados de los malos tratamientos de sus dueños, se refugiaron trescientos años ha en esta isla, y fundaron en ella una república, donde todos los hombres son iguales ; pero establecieron una ley, á la cual es menester que os sometais por voluntad ó por fuerza. Para que los amos conozcan la ninguna razon que han tenido en abusar del poder que tenian sobre sus domésticos, los condenaron á que por su turno fuesen esclavos tambien.



Los que obedeciesen gustosamente, pueden esperar que se les conceda la libertad ; mas los que rehusasen someterse á nuestras leyes, quedarán esclavos por toda su vida. Todo este dia se os concede para acostumaros á sufrir vuestra desventura ; pero si mañana murmurais de ella en lo mas mínimo, sereis esclava siempre. Elisa, aprovechándose de la permission, vomitó mil injurias contra esta isla y sus habitantes ; pero Mira, no queriendo desperdiciar el momento en que se hallaban solas, se arrojó á los



piés de su ama, y la dijo : « Consolaos, señora; yo no abusaré de vuestra infelicidad, y siempre os respetaré como á dueña mia. » El dia siguiente la hicieron ir ante los magistrados con su ama, trasformada ya en esclava suya. « Mira, la dijo el primer magistrado, es necesario instruiros de nuestras costumbres; pero tened entendido que el faltar vos á ellas costará la vida á vuestra esclava Elisa. Recorred fielmente la memoria sobre la conducta que ella ha tenido con vos en Atenas; es forzoso que por tiempo de ocho dias la trateis como os ha tratado á vos, y necesitais al punto jurarlo así : despues de estos ocho dias queda á vuestro arbitrio tratarla como os agradare: y vos, Elisa, tened presente que por la menor desobediencia sereis esclava toda la vida. » Al escuchar estas palabras echaron á llorar Mira y Elisa. Arrójase entónces Mira á los piés del magistrado, y le suplicó la dispensase este juramento. « Levantaos, señora, dijo el magistrado á Mira: sin duda que esta señora os trataba de un modo muy cruel, puesto que vos temblais imitarla. Quisiera que la ley me permitiese concederos lo que me pedís; pero esto no es posible: todo lo que puedo hacer por serviros es moderar la prueba, reduciéndola á cuatro dias: pero no me repliqueis; porque en hablando una palabra mas, hareis se complete el número de dias. » Hizo pues Mira su juramento, y previnieron á Elisa que su servidumbre comenzaria desde el dia siguiente. Enviaron á casa de Mira dos mujeres, las cuales debian escribir todas sus palabras y acciones durante estos cuatro dias; y Elisa, viendo que la era esto forzoso, tomó su partido como una persona que á pesar de su altivez tenia entendimiento. Resolvió pues ser tan exacta en servir á Mira, que no tuviese ocasion de maltratarla; pero debió acordarse que esta doncella se veia precisada á imitar los caprichos de sus malos humores. La mañana del dia siguiente la llamó Mira, y Elisa estuvo á pique de romperse la cabeza por correr hácia su cama; pero de nada sirvió esto. Mira la dijo con un tono desabrido : « ¿En qué se detiene esa doncella? siempre viene un cuarto de hora despues de haberla llamado. »

Respondió ella : « Señora, yo os aseguro que lo dejé todo luego que os oí. — Callad, la dijo Mira: sois una impertinente replicadora, y no haceis sino responder fuera de propósito: dadme mi ropa, que quiero levantarme. » Elisa suspirando fué á buscar la ropa que el dia ántes se

habia puesto Mira; y habiéndosela llevado, se la tiró Mira á la cara, y la dijo : « ¡Que sea esta mujer tan bestial! todo es menester decírselo : ¿no debéis saber que quiero ponerme hoy el vestido azul? » Volvió á suspirar Elisa, pero sin hablar una palabra, acordándose muy bien que en Atenas necesitaba Mira adivinar sus caprichos para eximirse de que ella la riñese. Despues que se vistió su ama, y la sirvió el desayuno, bajó ella á desayunarse tambien; pero aún no se habia sentado cuando sonó la campanilla con que Mira la llamaba. Esto sucedió en una hora mas de diez veces, haciéndola su ama bajar y subir para unas bagatelas. La señora avisó á las dos que queria ir á la comedia, y necesitaba componerse, y la previno que el peinado habia de ser de bucles gruesos; pero viendo despues que éstos la hacian la cabeza muy abultada, se los hizo deshacer, y mandó que se los volviese á hacer de otra forma; y hasta las seis que se fué, tuvo Elisa que permanecer de pié derecho, ademas de otras groserías que tuvo que sufrir, porque al peinarla la tiró casualmente de los cabellos, la dió un



bofetón. Vióse Elisa entónces en términos de perder el sufrimiento; pero se acordó que ella habia dado á Mira mas de diez, y esta memoria la obligó á callar. En fin practicó Mira todas las operaciones que su ama habia usado con



ella, y con tanta propiedad, que conoció Elisa toda la dureza de su conducta, y al fin de los cuatro dias cayó mala de puro fatigada. Mira entónces la hizo acostar en su cama : la llevaba por sí misma sus caldos, y la servia con la misma exactitud que cuando estaba en Atenas; pero Elisa no recibia ya sus servicios con la misma altivez. Estaba tan confusa de ver el buen corazon de su esclava, que hubiera consentido serlo suya toda su vida, para reparar todas las faltas que habia hecho en perjuicio suyo. En el mismo bajel donde venia Elisa habian apresado algunas otras señoras y caballeros de Atenas; pero como estas no eran de su clase, apenas la conocian. Volvieron á juntarlos todos al cabo de un mes, y los jueces que para esto estaban nombrados examinaron su conducta, y comenzaron sus preguntas por las amas reducidas á esclavas, á fin de saber cómo se hallaban con su nueva condicion. Todas declararon suspirando, que para ellas habia sido muy duro el estar sometidas á aquellas á quienes estaban enseñadas á mandar. Los jueces las preguntaron : « ¿Y por qué os creéis con derecho para mandar con crueldad á vuestros esclavos? ¿Acaso a naturaleza ha puesto entre ellos y vosotras alguna distincion real? No os atreveréis á decirlo. El esclavo, el criado y el amo proceden de un mismo padre; y los dioses, poniéndolos en condiciones tan diferentes, no han pretendido por eso que fuesen los unos mas que los otros. El esclavo debe distinguirse por la inclinacion á su amo, por su fidelidad y su amor al trabajo; y es menester que los amos por su caridad y su dulzura, suavicen lo que tiene de dura la esclavitud. Vosotros habeis experimentado las condiciones, dijo el juez á los amos hechos esclavos : sírvaos esto de lección para cuando volvais á Atenas, y no trateis ya á vuestros domésticos de otra manera que como quisiérais que se os hubiese tratado en el tiempo que habeis permanecido aquí.» Volviéndose despues el juez á los esclavos hechos amos, les dijo: «La ley os permite dar libertad á vuestros esclavos; pero no os precisa á ello : podeis dejarlos aquí toda su vida : podeis enviarlos á Atenas; y podeis, si quereis, volveros allá con ellos : vengan pues á escribir sus nombres en este libro todos los que quieran dar libertad á sus antiguos amos. » Esperaba el juez que Mira seria la primera en dar libertad á su ama, pero permaneció fija en su lugar igualmente que otra moza y un jóven que tenian la mas bella

fisonomía del mundo. Preguntaron á esta moza, por qué causa no daba libertad á su ama, que era una buena vieja; y respondió : « Porque habiendo yo sido su esclava veinte años, es justo que tenga mi desquite por otros tantos : estoy cansada de obedecer, y quiero disfrutar mas largo tiempo el gusto de mandar recíprocamente. » Esta esclava se llamaba Belisa. Al punto el hombre jóven, que tenia tan agradable semblante como se ha dicho, que se llamaba Zenon, se adelantó, y dijo al juez : « No me he anticipado á firmar el acto de la libertad de mi amo, porque ha dejado de ser esclavo mió desde el punto que tuve la libertad de tratarle segun mi voluntad : yo le pido perdon de haberme sido forzoso maltratarle en estos ocho dias. La ley me ordenaba imitar los malos modos con que él se habia portado conmigo; pero os aseguro que en esto he sufrido mas que él : podeis dejarle partir para Aténas : yo me ofrezco á ir en su compañía, y tambien á servirle toda mi vida, si él quiere; porque en fin él me compró, yo le pertenezco, y no creo poder en honor y en conciencia aprovecharme de un acaso que me da la libertad, sin volverle el dinero que pagó por mí. — Este mozo ha hablado por mí, dijo Mira : su historia es la misma que la mia, enviádnos pronto á Aténas : el corazon me anuncia que seré en ella mas feliz; porque, ó yo estoy muy engañada, ó mi querida ama, que ha conocido mi aficion, me tratará con mas dulzura que ántes. » Interrumpió Elisa á su esclava, y dijo al juez : « Si ántes no he hablado ha sido porque la vergüenza y la confusion embargaban mi lengua. Esta pobre moza es digna de ser mi dueña, y yo merezco ser su esclava toda mi vida : hasta ahora me habia tenido por de otra especie que la suya, y no me engañaba enteramente, pues era superior á ella en riquezas, en fama, vanidad y altivez; y ella era superior á mí en buen corazon, humildad, paciencia y generosidad. ¡Qué hubiera sido de mí en este dia si ella no hubiera tenido mas que mis títulos! Reconozco pues con complacencia su superioridad sobre mí. Acepto sin embargo la libertad que me ha dado, y la agradezco que quiera volverse conmigo á Aténas; porque con esto tendré ocasion de mostrarla mi reconocimiento, partiendo con ella mi fortuna, y mirándola como una amiga respetable, de quien seguiré los consejos, y cuyo ejemplo procuraré imitar. »



El amo de Zenon, llamado Cenócrates, que nada habia hablado, le tocó su turno; y volviéndose á los jueces, les dijo : « Yo participo de la confusion de Elisa : he maltratado como ella á un criado que me era muy superior por la nobleza de sus sentimientos : yo tengo como ella el pesar de mi mala conducta, y como ella quiero tambien repararla, haciendo mas feliz la suerte de Zenon. » El juez entónces condenó á Belisa á ser esclava toda su vida, por no haber tenido compasion de su ama anciana; hizo los mayores elogios de la virtud de Mira y Zenon, y los exhortó á que volviesen á Aténas, con Cenócrates y Elisa. Estos dieron muchas gracias ántes de partir á los habitantes de la isla, y les dijeron que jamas olvidarian las lecciones de humanidad que entre ellos habian recibido. Durante el viaje que hicieron para volver á Aténas, Cenócrates y Zenon, que conocieron mas particularmente las buenas cualidades de Elisa y Mira, se enamoraron de ellas, y habiéndolas pedido en casamiento, fueron oídos favorablemente, y se desposaron luego que llegaron á Aténas; y como estos dos fieles esclavos no quisiesen separarse de sus amos, no obstante haber obtenido su libertad, se encargaron del gobierno de toda la casa, y cumplieron su obligacion en ella con un celo y fidelidad que pueden servir de ejemplo á cuantos la Providencia ha colocado en la esclavitud.

Ahora bien, Palmira, si nosotras estuviéramos en la isla de los esclavos, ¿qué es lo que nos sucederia?

PALMIRA. — Que mi criada me arañaria, me diria que era una insolente, me daria un bofetón, y me llamaria impertinente.

AYA. — Eso seria muy justo : yo no pido tanto ; pero sin embargo es menester castigar esta falta. Mañana estaré en su casa de V. á la hora de comer y haré que se sienta en el lugar de V. su criada, y la servirá V. ¿Qué, tiembla V., Emilia?

EMILIA. — Sí, señora : yo creo que no podria jamas vencerme á eso. Por otra parte, estas gentes son tan insolentes y tan dispuestas para perder el respeto, que tendria miedo de autorizarlas.

AYA. — Ese es un error, querida mia : vuestros vicios son los que os atraen el desprecio de vuestros domésticos, y no los medios de procurar corregirlos. Yo conocí á la señorita Tomelle, que habia sido guardaropa de la señorita de

Beaujolais, la cual tenia el mejor corazon del mundo; pero era tan viva, que con frecuencia se la escapaba decir cosas duras; y ved aquí lo que con este motivo me contó la señorita Tomelle.

Un dia la señorita de Beaujolais puso sobre su tocador una taza de café con agua de olor. La pobre Tomelle, que gustaba colocar cada cosa en su lugar, viendo esta taza de café fuera de su sitio, creyó que por olvido no la habia llevado á su debido lugar; y sin hacerse cargo de lo que tenia dentro, arrojó el agua en una palangana. Cuando la



princesa vino á vestirse pidió su agua de flor de naranja, y aunque le confesó Tomelle que la habia arrojado creyendo que fuese agua comun, la dijo muchas palabras injuriosas. Tenia la señorita de Beaujolais una hermana mas pequeña que ella, que despues casó con el príncipe de Conti, la cual tenia un genio angelical; cuando esta se vió sola con su hermana la dijo: « A la verdad, querida hermana mia, que si yo hubiese incurrido en una falta grande como la que habeis cometido, no dormiria esta noche. » La señorita de Beaujolais, que no se acordaba de su imprudencia, preguntó á su hermana ¿qué cosa era aquel gran pecado de que la reprendia? y la otra la trajo á la memoria su ligereza.



« ¿No es mas que eso? dijo riéndose la princesa. — ¡Ah, hermana mia! la dijo la menor, vos me dáis pesar : ¿llamais pequeña falta á una prontitud que ha atravesado el corazon de la pobre Tomelle? Desde esta mañana la habeis hecho desdichada, y apuesto que no ha comido un bocado con gusto. Las palabras de los príncipes llevan la alegría ó la desesperación al alma de los que están inmediatos á ellos : deben cuidar mucho de no usar jamas un término áspero ó despreciativo : esto es una espada penetrante que atraviesa el corazon de aquel á quien se dirige, y principalmente si es una persona que nos ama. Tratad, hermana mia, de volver la alegría á esta pobre doncella, reparando vuestra inconsideracion con ella. — Hermana mia, respondió la señorita de Beaujolais, yo os quedo sumamente agradecida y obligada por la reflexion que me estimulais á hacer; ella es justa, y os prometo premeditar en lo sucesivo lo que he de decir : ¿pero de qué modo repararé lo pasado? Yo supongo que no querreis que yo pida perdon á esta mujer, que es la última de mis doncellas. — ¿Y por qué os excusais á darla vuestras disculpas, cuando la habeis ofendido sin razon? respondió á la princesa su segunda hermana : creedme, hermana mia : una persona de nuestra clase se degrada, se hace despreciable cuando comete defectos; pero vuelve á su sér, y se hace mas estimable cuando tiene valor para repararlos. Por mas que digais que esta moza es inferior á vos, esta diferencia no será real y verdadera sino en cuanto tengais mas virtudes que ella : ved ahí lo que la razon me ha enseñado, querida hermana mia; y lo mismo os manifestará vuestro buen juicio, si quereis reflexionar lo con atencion. » Efectivamente la señorita de Beaujolais conoció la verdad de lo que su hermana la decia. En Francia es costumbre que la persona mas distinguida presente la camisa á la reina, ó á las princesas cuando se visten, y esta por lo comun es la primera dama de honor. Cuando la señorita de Beaujolais se vistió á la noche, dijo á su primera dama de palacio : « Yo os ruego, señora, permitais que Tomelle me dé mi camisa ; yo la reñí esta mañana, y tengo verdadero pesar de ello. » Esta pobre moza estaba oculta detras de las otras y no osaba presentarse. Mas ¡cuál fué su alegría cuando oyó hablar á su ama de este modo! Despues de haberla dado la camisa, se arrojó á sus piés, y alargándole la princesa la mano se la besó, toda bañada en lágrimas. Y

me referia que se halló tan confusa y tan humillada, que hubiera querido meterse debajo de la tierra en reconocimiento de esta bondad, y que á sí misma se reprendia como un sacrilegio las palabras de sentimiento que habia proferido contra una ama tan buena. Ved ahí, señoritas mías, el efecto que en los criados produce la reparacion de vuestras inconsideradas palabras; y así espero que Palmira hará lo que la he dicho para enmendar su falta.

PALMIRA. — Sí, señora, lo haré de todo mi corazon.

AYA. — Elena, repita V. su historia.

ELENA. — Viéndose Salomon tranquilo en su reino, pensó seriamente en erigir un templo al Señor. Pidió á Hiram, rey de Tiro, madera de cedro, que es preciosa, y se sirvió de ella para la construccion de este magnifico templo, el cual en parte cubrió de planchas de oro. Habia tambien en él un altar de oro, diez candeleros, y una gran parte de los vasos del templo eran de una materia preciosa, ó admirable por su trabajo. Luego que se acabó este suntuoso edificio, hizo Salomon conducir á él el arca que contenia las tablas de piedra donde Dios habia escrito su ley. Despues hizo la dedicacion del templo, sacrificando un gran número de víctimas. Sucesivamente rogó al Señor quisiese residir; esto es, permanecer de un modo particular en esta casa que él le habia construido, no obstante que reconocia no ser digna de aquel á quien no son capaces de contener los mismos cielos. Suplicóle oyese las promesas de los que en este templo le dirigiesen sus ruegos; y queriendo el Señor manifestarle que oia sus súplicas, llenó el templo de una nube que estorbó por algun tiempo á los sacerdotes cumplir con sus funciones. Habiendo Salomon bendecido al pueblo, que estaba junto, se retiró á su casa, y aquella noche se le apareció el Señor, y le dijo que habia oido sus ruegos, y volvió á mandarle que fuese fiel á sus mandamientos. Despues erigió Salomon un palacio para sí, y otro para su esposa; y despues se aplicó á hacer florecer el comercio en sus Estados; y de tal modo lo consiguió que era en Jerusalem tan comun la plata como las piedras. La reina de Sabá dejó su reino para ir á Jerusalem á admirar la sabiduría de Salomon; pero este gran rey abandonó en su vejez el camino de la virtud. Entónces abandonó Dios á Salomon y le suscitó enemigos. Envió asimismo un profeta á un jóven llamado Jeroboan, y habiéndole el profeta dividido en doce par-



tes su capa, le dijo : « Toma diez pedazos de esta capa : del mismo modo dividiré el reino, y te daré diez partes de él; pero dejaré el resto á los hijos de Salomon por respeto de mi siervo David. » Aparecióse Dios á Salomon por la última vez; pero fué para reprenderle su ingratitud, y anunciarle que se desmembraría su reino. No obstante dijo, que esto no sucedería hasta despues de su muerte, por causa de David su padre. Habiendo sabido Salomon que un profeta habia prometido á Jeroboan una parte de su reino, intentó matar á este jóven, y él se refugió en Egipto, de donde no volvió hasta que supo la muerte de Salomon, que sucedió algun tiempo despues. Salomon no solo dejó escritos sobre todos los árboles y plantas, sino tambien sobre todos los animales; y asimismo habia compuesto un libro de Proverbios, ó de bellas Sentencias.

AYA. — ¿Ve V., Julieta, cuán poco caso debe hacerse de la ciencia cuando no va acompañada de la virtud?

JULIETA. — Dice V. muy bien, señora Aya : yo me aflijo mucho cuando pienso cuán desconocido, y cuán ingrato fué Salomon para con Dios.

ELENA. — Ayer, señora Aya, leí una historia que me ha divertido tanto, que no me pude quedar dormida hasta haberla acabado. Si V. lo permite, voy á referirla á estas señoritas.

AYA. — Con mucho gusto, querida mia.

ELENA. — A pocos años de haberse reconquistado Granada del poder de los Moros, nació en aquella hermosa ciudad un niño de buen natural y gentil persona, pero de una familia humilde y extremadamente pobre. Hasta tuvo aquel angelito la desdicha de perder á su padre, siendo todavía de muy corta edad; y quedó al cuidado de su madre, cargada de años, y tan necesitada que cuando no podia ganar la vida con su trabajo « y le faltaba el sustento necesario (segun cuenta un escritor veraz), iba con su hijito de la mano á la portería del convento, donde le acudian con los cortos alimentos que reparten á los pobres vergonzantes. »

Tomáronle aficion los religiosos ; bien que el niño lo merecia : dócil, sumiso, lleno de candor y de inocencia ; en tales términos, que todas las madres le citaban por dechado y modelo á los demas chicos de la Alhambra. Tenia un alma tan noble y un corazon tan tierno, que no podia ver una

lástima. Ocasión hubo en que viendo pasar á un pobre, viejo y achacoso, se quitó el pan de la boca para socorrerle.

En algunos ratos de esparcimiento solia ir nuestro muchacho á buscar á una buena vieja, que tenia un hermoso huerto al lado mismo de los Siete Suelos; y se quedaba embelesado, oyéndole referir mil historias y cuentos.

Aquella buena mujer era mora : motivo por el cual otros rapaces del contorno solian insultarla, llamándola perra; y se complacian en hacer rabiar á la vieja, hurtándole algunas frutas de los árboles, y sobre todo las mejores granadas, que tan hermosas se crian en aquella tierra. Nuestro muchacho conocia que no habia causa ni razon para ofender así á una pobre mujer; faltando á lo que manda la ley de Dios : de no hacer nunca á otros lo que no quisiéramos que nos hiciesen á nosotros mismos. Tomó pues mas de una vez la defensa de aquella desventurada, intercediendo por ella y salvándola de nuevos insultos : así un niño tan débil y menesteroso, sin mas que el impulso de la caridad, pudo hacer bien á su prójimo.

Pues como se hallase una tarde jugando con otros chicos moros y cristianos, segun uso de aquellos tiempos, acertó á pasar por allí el marques de Mondejar, primero de este título, que tanto habia contribuido con su valor y consejo á la conquista de Granada, recibiendo por recompensa ser nombrado capitan general de aquel reino. Salia el noble marques de pasear por su huerta (que hasta hoy dia lleva su nombre), y se encaminaba desde el palacio de la Alhambra al del Generalife. Temió el buen caballero no se hiciesen daño los chicos en aquella reñida pelea; y pirándose á cierta distancia, le llamó la atencion uno de ellos por su modesto ademan y agraciado rostro; y le hizo seña para que se acercase.

Obedeció el muchacho, mas encendido que una amapola, y pudiendo apenas dar un paso por temor de que le riñesen. Templó entónces el marques la gravedad del rostro; y se entabló entre ambos el siguiente diálogo. « ¿Cómo te llamas, niño? — Luis me pusieron en la pila. — ¿De dónde eres natural? — Aquí mismo he nacido. — ¿Tienes padres?... » No contestó el muchacho, y levantó los ojos al cielo. « ¿Por qué no respondes?... — Solo tengo madre, y la pobrecita está ya muy vieja. — ¿Eres muy pobre?



— Nada me hace falta, con el favor de Dios. — ¿Quieres venir á mi palacio, y estarás mejor? — No, señor; que mi madre se quedaria sola y se pondria muy triste. — ¿Y si consiente en ello? — Entónces... entónces haré lo que me mandare. »

Quedó prendado el marques del despejo del muchacho, y aún mas de las hermosas dotes de su alma; y mandando venir á aquella buena vieja, dispuso el modo y forma de que viviese holgadamente, y trájose al chico á su palacio, donde se crió al lado de sus propios hijos.

Fué creciendo en años; y cada dia se aumentaba el santo temor de Dios y el amor al prójimo que habia mostrado desde niño: ellos servian de luz y guia á su clarísimo entendimiento; aventajándose á todos en las escuelas y colegios. Su diversion era el estudio; su placer y delicia hacer alguna buena obra.

Llegado á la edad viril, aprovechó cumplidamente los favores del cielo; siendo un varon eminente en saber y virtudes. Las palabras fluian de sus labios mas dulces que la miel de un panal: predicaba con la persuasion, y aún mas con su ejemplo: explicaba los sagrados misterios de la religion y su moral purísima; y dejó á la posteridad, en sus excelentes obras, sabroso pasto y útil enseñanza.

El huérfano desvalido, que amparó el marques de Mondejar, adquirió eterna fama, no ménos para sí que para su patria, bajo el modesto nombre de Fray Luis de Granada.

AYA. — Esta historia es muy bonita, y felicito á Elena por el modo como la ha dicho. Mi ánimo es contarles á Vds. un cuento mañana.

ELENA. — Ruégoos, señora Aya, nos lo diga al instante, pues todavía no es tarde, y tendremos tiempo para concluir nuestra leccion de historia.

AYA. — Lo que V. me pide no está muy puesto en razon; mas como no tardaré en dejar á V. necesitando hacer un viaje, condesciendo con gusto á ello. Prestadme pues atencion.

En la sierra de Guadalupe vivia un ganadero, ya anciano, que habia perdido la mayor parte de sus bienes á causa de la guerra, en términos que solo le quedaba un corto rebaño, para mantenerse él y su familia. Habia encargado su guarda á un muchacho de diez á doce años, hijo suyo, y á quien como tal amaba muy entrañablemente, si bien aquel

rapaz tenia el genio díscolo, y solia no escuchar los consejos y advertencias de su padre con la docilidad y respeto que debiera. Una de las cosas que mas le atormentaban, aunque en sí muy pequeña, era que le hubiesen dado por compañero y vigilante un perro de ganado, nacido y criado en la casa, á quien todos los pastores de aquellos contornos conocian y acariciaban, porque realmente merecia el nombre de Leal. Solo el pastorcillo le miraba con malos ojos, y al menor descuido ó falta, le daba golpes con el cayado; mostrándose el animal tan humilde y sumiso, que lejos de volverse contra el dueño, se echaba en el suelo y meneaba la cola, como para desenojarle, y á veces lamia la mano que le habia castigado. « ¿Para qué quiero yo este estorbo? decia á sus solas el muchacho : yo solo bastaria para guardar el ganado, y para traer sobre mis hombros alguna oveja que se descarriase; en vez que este torpe mastin anda y desanda cien veces el camino, y con sus vueltas y revueltas me cansa y me marea. Ni tiene siquiera la gracia y viveza de otros, que saltan y hacen mil habilidades, para diversion y entretenimiento de sus amos : durante horas enteras está echado á mis piés; y no parece sino que mi padre le ha dicho al oído que no me pierda ni un instante de vista. No : pues en llegando yo á ser grande, con la mayor gracia del mundo le pongo á la puerta, y que vaya á buscar refugio á la portería del convento. » Mas de una vez habia tenido aquel muchacho esta plática consigo mismo; y de tal suerte manifestaba en su rostro lo que pasaba dentro de su corazon, que no parecia sino que el buen Leal le adivinaba los pensamientos, y se quedaba mirándole de hito en hito, inquieto y pesaroso. [Mas aconteció un dia, en el mes de agosto por cierto, que estando sesteando el ganado, y el zagal desapercibido, apareció de repente una loba, que tenia atemorizada la comarca con sus muchos estragos. No se sabe si venia acosada del hambre ó perseguida por los cazadores; pero lo cierto de ello es que daba tales aullidos, como cuando pocos dias ántes le quitaron sus cachorros; y apenas la sintió el ganado, se desparramó por el monte, habiendo algunas ovejas tan tímidas y azoradas que se despeñaron por un tajo. El terror del pastorcillo fué tal, que se quedó como si fuese de piedra, sin poder moverse ni gritar siquiera; porque el miedo le embargó la voz y el sentido, hasta el punto de caer desmayado y poco



ménos que muerto. Mas no así Leal; quien así que divisó á la rabiosa fiera, en vez de acobardarse, empezó á ladrar con tanta furia que atronaba el monte; colocándose delante de su amo, como pudiera hacerlo un padre en defensa de un hijo. La fortuna de ambos fué que la hambrienta loba pasó como un relámpago junto á ellos, en seguimiento de una oveja; dando al paso un mordisco, que hizo al pobre Leal una herida en el lomo. A pesar del dolor vivísimo, no por eso dejó de ladrar y de querer embestir á la fiera; y apenas la vió léjos, volvióse cariñoso al muchacho, y empezó á acariciarle con tales demostraciones como si quisiera con ellas restituirle la vida. En este afán permaneció durante algun tiempo; dando de vez en cuando unos quejidos como una persona que está muy apesadumbrada; mas viendo que sus conatos eran inútiles y que el chico no volvía en sí, quedóse suspenso, como dudando de lo que habia de hacer; hasta que, guiado por una especie de instinto, echó á correr por aquellos montes, y llegó jadeando á la cabaña, en que vivia á la sazón su amo. Halló la puerta cerrada; y empezó á moverla con impaciencia, dando en ella golpes con las manos, como una persona que llama con necesidad de socorro. Abrió la puerta el anciano; y se le cayeron las alas del corazon, al ver á Leal tan fatigado y brotando sangre de la reciente herida. Lo primero que se le ocurrió fué si habria muerto su hijo; y daba pena ver al afligido viejo, acariciando al perro, y queriendo preguntarle qué habia hecho del tesoro que le confió. No pudiendo permanecer en tan congojosa incertidumbre, salió el buen padre en busca de su hijo; y Leal le iba guiando por aquellas rocas y vericuetos, extenuado de cansancio, y sin poder apenas moverse; pero haciendo esfuerzos para aligerar el paso, y volviendo sin cesar la cabeza, para ver si le seguia su amo. Así llegaron al paraje en que estaba el muchacho, sin haber recobrado todavía el uso de sus sentidos. Abrazóle su padre con la mayor ternura, rocióle despues el rostro con agua de una fuente, que allí cerca manaba; y dándole á oler unas matas de cantueso y tomillo, fué volviendo en sí el rapaz cual si saliese de un profundo letargo. Al pronto no sabia ni dónde estaba ni lo que le habia sucedido; volvió la vista alrededor en busca del ganado, y vió á su padre, que estaba junto á él, y á Leal echado á sus piés, rendido y casi desangrado. Al cabo de pocos momen-

tos, por la relacion que el padre le hizo y por lo que él propio recordaba, comprendió el gravísimo riesgo que habia corrido, y que tal vez era deudor de la vida á aquel fiel animal. En el instante mismo se le vino al pensamiento la mala voluntad con que obedecia los mandatos de su padre, encaminados todos á su provecho, y la ingratitud y mal trato con que habia pagado la vigilancia de Leal; y sin despegar los labios, pero arrepentido y sonrojado, besó la mano á su padre, como pidiéndole perdon y ofreciendo la enmienda; y despues levantó del suelo á Leal, le curó la herida; y dándole palmadas en el cuello, le decia con cariño, cual si él lo comprendiese : « Ya tengo un compañero y un amigo para toda la vida. »

JULIETA. — Señora Aya, ese cuento es uno de los mas bonitos de cuantos hasta ahora V. nos has referido, y esperamos que no será el último.

AYA. — Yo tambien así lo espero; pero ya sabeis, queridas mias, que muy pronto vamos á separarnos, é ignoro cuándo nos volveremos á reunir.

ELENA. — Señora Aya, V. puede estar segura de una cosa, y es que no la dejaremos marcharse sin prometernos ántes solemnemente que volverá á continuar sus lecciones tan instructivas como divertidas.

AYA. — Ea pues, niñas mias, ya que tal es vuestro deseo, os lo prometo, á no ser que se opongan á ellos obstáculos invencibles, pues bien sabeis que « el hombre propone y Dios dispone. » Pero perdemos el tiempo en charlar. Vamos, Mariquita, prosiga V. la leccion de historia santa en el punto donde la dejamos.

MARIQUITA. — Habiendo Roboan, hijo de Sa'omon, juntado el pueblo para hacerse coronar por rey, le dijeron sus súbditos : « Vuestro padre nos ha impuesto grandes tributos, aliviadnos un poco ahora que subís al trono. » Pidió Roboan tres dias para responder; y habiendo consultado á los ancianos, cuyos consejos seguia su padre, le respondieron estos : « La súplica del pueblo es justa; y si cedéis en esta ocasion, os obedecerá siempre fielmente. » Roboan consultó despues á algunos jóvenes con quienes se habia criado, y ellos le dijeron : « Guardaos bien de ceder al pueblo : es necesario le respondais, que en lugar de disminuir sus tributos, se los aumentareis : con esto sereis temido, y nadie osará resistirse á vos. » Siguió Roboan este perverso



consejo ; y habiéndosele rebelado diez de las tribus, eligieron por su rey á Jeroboan, y solo permanecieron fieles á Roboan las tribus de Judá y Benjamin ; y desde entónces compusieron dos reinos, el de Israel, donde reinaba Jeroboan, y el de Judá, donde Roboan reinó, y después su posteridad. Entre tanto Jeroboan dijo en su interior : « Si yo deajo que vaya el pueblo á sacrificar á Dios en Jerusalem, volverán á adquirir la aficion natural que tienen á la sangre de David, y me matarán para hacer la paz con Roboan. » Para precaver este daño mandó hacer becerros de oro, y exponiéndolos al público, dijo á las diez tribus : « Estos son los dioses que os sacaron de Egipto ; » y de este modo hizo adorar ídolos á su pueblo. Estando él un dia cerca del altar para darles incienso, le envió Dios un profeta, que le dijo : « Nacerá un hijo de la sangre de David, que se llamará Josías, el cual rociará este altar con la sangre de los



sacrificadores : y porque podeis dudar que yo sea enviado del Señor, voy á daros una prueba de ello con el milagro de que este altar se hunda, y desparrame la ceniza que hay encima de él. » Jeroboan extendió la mano, haciendo señal para que se arrestase á este profeta ; pero la mano que habia extendido se secó, y se hundió el altar. Jeroboan asustado dijo al profeta : « Rogad al Señor por mí, para que me vuelva el uso de mi mano ; » y habiéndole el varon de Dios concedido su peticion, volvió la mano del rey á su primer

estado. Rogó al profeta entrase en su casa á comer un bocadillo, y este le respondió : « Aunque me diéseis la mitad de vuestro reino, no podría hacerlo, porque el Señor me ha prohibido comer cosa alguna hasta que haya vuelto á mi casa. » Partiósese pues al punto ; pero habiéndole encontrado en el camino un perverso profeta, le dijo que Dios le habia revelado su llegada, y le habia mandado le ofreciese de comer : se dejó tentar, y comió ; pero fué por ello severamente castigado, porque luego que volvió á tomar camino, salió de un bosque un león que lo despedazó, mas no lo comió, y permaneció inmediato al cuerpo, sin llegar á él, para manifestar que no la hambre, sino la orden del Señor lo habia hecho salir del bosque.

AYA. — Continúe V., Palmira.

PALMIRA. — No habiendo Jeroboan enmendado su mala vida, envió Dios á su hijo una grande enfermedad, y el rey dijo á su mujer fuese á consultar el profeta que le habia ofrecido el trono, sobre la enfermedad de su hijo, previniéndola que fuese disfrazada. Hizolo ella, pero inútilmente : el profeta, á quien Dios habia revelado su venida, luego que la oyó hablar, la dijo ; « Entrad, mujer de Jeroboan : en el punto que pongais el pié en el umbral de la puerta morirá vuestro hijo, y será el único de vuestra familia que entrará en el sepulcro de vuestros padres, porque ha reconocido Dios en él alguna cosa de bueno. Por lo que mira al resto de vuestros descendientes, los que mueran en la ciudad serán comidos por los perros, y los que mueran en el campo serán comidos por las aves ; porque Jeroboan, lejos de servir al Señor que le habia dado un reino, ha inducido al pueblo á que sirva á los dioses extranjeros. » Verificóse en lo sucesivo esta profecía, porque se levantó un nuevo príncipe de Israel, que destruyó la familia de Jeroboan ; pero no habiendo tampoco sido este nuevo rey mas fiel á Dios, trató otro príncipe á su familia como él habia tratado á la de su amo. Sucedieron despues otras muchas alteraciones en la sucesion de los reyes de Israel ; pero todos ellos fueron malos hasta Acab ; que fué aún mas malo que los otros, y casó con Jezabel, hija del rey de los Sidonios.

Tampoco fueron mas fieles al Señor los pueblos de Judá que los Israelitas : adoraron como ellos divinidades falsas ; pero el nieto de Salomon, llamado Abdías, que fué rey de



Judá, anduvo fielmente en el camino del Señor, y quitó por sí mismo la regencia á su madre, porque tenia un ídolo.

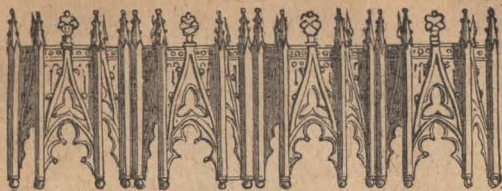
JULIETA. — Señora Aya, es necesario confesar que los Judíos eran muy necios, y que tenian grande inclinacion á la idolatría. ¡Es posible que despues de tantos milagros como Dios habia hecho por ellos y por sus padres, pudiesen oir tranquilamente el razonamiento de Jeroboan, que les decia mostrándoles los becerros de oro que él habia fabricado : « ¡Ved aquí los dioses que os han sacado de Egipto! »

AYA. — Vds. sin embargo bien creerán que Jeroboan no pensaba que hubiese divinidad alguna en los becerros; pero la ambicion de que estaba poseído no le permitia seguir las voces de su conciencia. Los Israelitas tenian una desmesurada inclinacion á la idolatría, la tenian sin duda, pero procedia ménos de inclinacion, que del mal ejemplo de los pueblos de que estaban rodeados, el cual los arrastraba frecuentemente á ella. Ved pues ahora, señoritas mías, la sabiduría y la equidad de las órdenes de Dios, que les habia dado al entrar en la tierra prometida : « Exterminareis á todos los pueblos que habitan en ella : » he conocido gentes que osaban decir, que esta orden habia sido cruel; y esto procedia de que ellos no habian jamas reflexionado lo que sucedió á los Israelitas por haber desobedecido esta orden. Es cosa cierta, niñas mías, que seria mas ventajoso á los pecadores morir luego que cometer el primer delito, que permanecer largo tiempo sobre la tierra para cometer otros de nuevo. Yo me he servido ya, á lo que creo, de esta comparacion : perdonar á un hombre que se hubiese encontrado matando á los pasajeros por robarles sus dineros, seria una caridad mal ordenada. La caridad para con el público pide que á este hombre se le quite la vida; y un príncipe, que por una compasion mal entendida le perdona la vida, y le diese libertad, tendria que responder de todas las muertes que hiciese despues. Tal fué la compasion que tuvieron los Israelitas á unos pueblos que Dios habia justamente condenado, porque sus maldades habian llegado al colmo; y porque sabia, que léjos de corregirse en lo sucesivo, continuarian en sus perversidades, y serian ocasion de que pecasen los mismos Israelitas, exponiéndolos á hacerse idólatras por sus consejos y malos ejemplos. Esto

pues debe enseñarnos, niñas mías, á respetar las providencias del Señor, aún quando sean contrarias á nuestras cortas luces, persuadidas de que siendo la misma justicia, no puede ordenar jamas cosa alguna que no sea justa.







## INDICE

La posada de las Tres Coronas, ó séase reseña biográfica de Madama Leprince de Beau- mont. . . . .	5	Casamiento de Jacob con las hijas de Laban. . . . .	119
El príncipe Querido (cuento). . .	19	Muerte de los habitantes de Sichem. . . . .	120
Pecado de Adán. . . . .	33	El príncipe Deseo ó Narigudo (cuento). . . . .	124
El Leñador y su mujer (cuento). .	38	José vendido por sus hermanos. .	132
Muerte de Abel. . . . .	41	Sueño de Faraón. . . . .	136
La Bella y la Fiera (cuento). . .	43	El Perro reconocido. . . . .	139
El Diluvio universal. . . . .	64	El León reconocido. . . . .	141
Fatal y Afortunado (cuento). . .	67	Los hermanos de José en Egipto. .	143
Perversidad de la mujer de Só- crates. . . . .	79	Anécdota sobre Licurgo. . . . .	147
Maldición de Noé á Can. . . . .	80	Aurora y Amada (cuento). . . . .	149
Torre de Babel. . . . .	83	Moisés echado á las aguas. . . .	158
El príncipe Admirable (cuento). .	86	Nombres de las doce tribus. . . .	163
Destrucción de Sodoma. . . . .	93	Los tres Deseos (cuento). . . . .	164
Nacimiento de Isaac. . . . .	97	Las plagas de Egipto. . . . .	169
La Viuda y sus dos Hijas (fá- bula). . . . .	101	Filemon y Baucis (fábula). . . .	172
Sacrificio de Abraham. . . . .	108	Los Israelitas en el desierto. . .	177
Casamiento de Isaac y de Rebeca. .	109	El Pescador y el Caminante (cuento). . . . .	185
Las siete Maravillas del mundo. .	114	Las tablas de la Ley. . . . .	191
Fábula del Laberinto (Ariadna y Teseo). . . . .	115	Historia del rey Canuto. . . . .	196
Explicación de las Maravillas del mundo. . . . .	117	Descubrimiento del Nuevo Mun- do. . . . .	200
Principales países de Europa. . .	117	Por qué se llama América. . . . .	201
Jacob y Esaú. . . . .	119	La Calabaza y la Encina (fábula). .	202
		Sublevación y castigo de Coré, Datan y Abirón. . . . .	204

La serpiente de bronce. . . . .	206	Alejandro y Abdalónimo. . . . .	307
El asnc de Balaan. . . . .	209	El príncipe Espiritual y la prin-	
Bonitilla (cuento). . . . .	213	cesa Astro. . . . .	309
Caminos de hierro y barcos de		David mata al gigante Goliat. . . . .	318
vapor. . . . .	222	Estanislao, rey de Polonia. . . . .	319
Globos aerostáticos. . . . .	223	Explicación del <i>Credo</i> . . . . .	322
Muerte de Moisés. . . . .	224	Saul persigue á David. . . . .	325
Toma de Jericó por Josué. . . . .	227	Casamientos de los Chinos. . . . .	329
La resurrección. . . . .	229	Países de América. . . . .	331
Orlando (cuento). . . . .	233	Hermosina y Atractiva (cuento). . . . .	331
Batalla de Roncesvalles. . . . .	238	El Gentilhombre y los monede-	
Astucia de los Gabaonitas. . . . .	240	deros falsos (anécdota). . . . .	340
Jahel mata á Sisara. . . . .	241	David reconocido por rey. . . . .	346
Historia de Margarita de Dina-		Toma de Calés por Eduardo III. . . . .	348
marca y de Gustavo, rey de		Generosidad de Demetrio Po-	
Suecia. . . . .	244	liorcetes. . . . .	350
El príncipe Tity (cuento). . . . .	246	Muerte de Absalon. . . . .	351
Gedeon triunfa de los Madiani-		El Buen Padre (anécdota). . . . .	360
tas. . . . .	254	Los dos Amigos y Julio César. . . . .	362
Sacrificio de Jepté. . . . .	256	Establecimiento de los Nor-	
El príncipe Tity (cuento), conti-		mandos en Francia. . . . .	363
nuacion. . . . .	258	Guillermo el Conquistador. . . . .	365
Historia de Sanson. . . . .	264	Muerte de David; reinado de	
Las abejas. . . . .	269	Salomon. . . . .	367
Qué cosa sea razon é instinto. . . . .	271	Historia de Mahoma. . . . .	370
El príncipe Tity (cuento), conti-		Elisa y Mira, ó la isla de los	
nuacion y fin. . . . .	276	Esclavos (cuento). . . . .	373
Historia de los Galos. . . . .	288	Anécdota sobre la señorita de	
Ruth y Noemi. . . . .	289	Beaujolais. . . . .	380
El profeta Samuel. . . . .	291	Muerte de Salomon. . . . .	382
El Gentilhombre y la Mujer per-		El feliz encuentro. . . . .	383
versa (anécdota). . . . .	294	El Pastorcillo y el Perro. . . . .	385
Saul elegido por rey. . . . .	298		



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS



